

LA CARTA



«En su espléndida novela, Sarah Blake trata sobre el poder de las palabras para cambiar a las personas y al mundo.» USA Today

A dried purple rose is the central focus, resting on a stack of old, yellowed letters. One letter in the background has a blue postage stamp and a circular postmark. The scene is set against a light, textured background.

SARAH BLAKE

Lectulandia

Corre el año 1940. En una Europa devastada por la Segunda Guerra Mundial, las bombas caen sobre Londres. Al otro lado del océano, el presidente Roosevelt ha prometido a sus compatriotas que no enviará a sus muchachos a luchar a los frentes extranjeros. La periodista Frankie Bard, la primera mujer que informa del conflicto bélico desde las trincheras, insiste en mandar a Estados Unidos noticias sobre la gravedad de la situación, convencida de que sólo la intervención norteamericana puede acabar con la guerra.

En Franklin, una pequeña ciudad de Cape Cod, Iris James, una empleada de correos, soltera y madura, sigue las retransmisiones radiofónicas de Frankie. Sabe que es cuestión de tiempo que su país intervenga en la Segunda Guerra Mundial. Está enamorada en secreto de Harry Vale, el mecánico del pueblo. También siguen las informaciones de Frankie Will Fitch, el médico de Franklin, y su flamante y embarazada esposa, Emma. Con la promesa de volver al cabo de seis meses, Will parte como voluntario a Europa.

Por su parte, una conmocionada Frankie abandona el frente y se retira a Cape Cod, donde conoce a Iris y a Emma. Pronto los destinos de estas mujeres tan diferentes se entrelazan, y una carta marcará para siempre la vida de las tres.

Lectulandia

Sarah Blake

La carta

ePub r1.0
nalass 03.11.14

Título original: *The Postmistress*
Sarah Blake, 2009
Traducción: Esther Roig

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Josh, siempre

«La guerra sucede a las personas, una por una. En realidad, esto es todo lo que tengo que decir y tengo la sensación de que llevo toda la vida diciéndolo.»

MARTHA GELLHORN, *The Face of War*

Después de que sucediera, después de que yo volviera del pueblo al vacío ajetreado de la ciudad, hubo años en los que alguien hacía un comentario sobre la Segunda Guerra Mundial y cómo había ido —algún comentario tonto sobre claridad e intención— y tenía que esforzarme por no apagar el cigarrillo y darme el gusto de interrumpir la cena de golpe. Pero últimamente se han librado tantas guerras a la vista de todos, y se ha hablado tanto de pautas y determinación (como si la guerra pudiera dirigirse como la música) que anoche ya no pude contenerme más.

—¿Qué pensaríais de una cartera que decide no repartir el correo? —pregunté.

—No digas más —gritó una mujer sentada al otro extremo de la mesa, feliz y risueña a la luz de las velas—. Ya estoy enganchada.

Observé cómo la cuestión se adueñaba de ellos. El correo, cartas de verdad, escritas a mano, sin repartir. ¡Menuda broma! Podía pasar de todo. Podían naufragar matrimonios. ¡O no llevarse a cabo! La luz de las velas se reflejaba de la cubertería a los ojos que se abrían ante la idea. Alrededor de la mesa se plantearon posibilidades. Alguien podía esquivar la notificación del cobrador de recibos. La carta que ofrecía a un joven su primer empleo podía no llegar nunca y obligarlo a buscar otro.

—Y ser perfectamente feliz —propuso uno de los hombres mayores, sonriendo ante la ironía.

—¿Y ella lo contaría a alguien?

—Oh, no —decidió rápidamente la mujer del otro extremo—. Eso estropearía el placer.

—Ah, entonces, ¿lo hacía por placer?

Su pareja le dio un golpecito en el hombro desnudo.

—No. El placer es un tema insignificante —declaró el anfitrión—. Tiene que ser una creyente. Una especie de científica. Alguien que planificaba observar cómo se pulverizaba la maquinaria. Una saboteadora. —Sonrió a su esposa a través de las velas—. Es una historia excelente.

—De hecho —dije secamente—, no fue ninguna de estas cosas.

Entonces se callaron.

—Un momento —dijo uno de los hombres—. ¿Así que es verdad?

—En efecto.

—Entonces es monstruoso —intervino la primera mujer—. Si es verdad, es horrible, y...

—Ilegal. —El anfitrión le llenó la copa—. ¿Cuándo sucedió?

—En 1941.

—¿Entonces?

El anfitrión estaba asombrado.

Asentí. De alguna manera aquello hacía más profundo el tema. Hoy día, los errores se detectan con rapidez. Puedes coger el teléfono y llamar. Están los correos electrónicos y los faxes. Pero entonces, no. Entonces una carta era la única forma de transmitir noticias. La idea de una cartera saboteando la carta que alguien había

enviado a casa, o la que había mandado alguien a los soldados... No tenía nada que ver con nuestra idea de aquella época.

—Es el reportaje de guerra que nunca envié.

—¿Porque habría sido demasiado para nosotros?

El anfitrión intentó quitar hierro al asunto.

—Era demasiado para mí —contesté.

El ambiente jocoso se había esfumado. El anfitrión se levantó con brusquedad para descorchar otra botella. La mujer al otro extremo de la mesa me miró atentamente, no muy convencida de que le estuviera diciendo la verdad. Escritores. No se puede confiar en ellos.

Qué más da, pensé. Soy vieja. Y estoy cansada de la terrible simplicidad de los jóvenes. Y hoy día todos sois jóvenes.

Hace tiempo creía que, si podían elegir, las personas se volverían hacia la bondad como lo harían hacia la luz. Creía que informar —retratos honestos e implacables de la verdad— podía ser un faro que nos guiara para exigir que se enmendaran los agravios, se castigaran las injusticias y se cuidara a los débiles y a los inocentes. Cuando empecé, creía que el hombre de la opinión pública podía apoyarse contra la puerta de la indiferencia pública y, si recibía la dirección apropiada, empujar hasta abrirla con la fuerza del deseo de situarse del lado de los ángeles.

Pero he sido corresponsal en demasiadas guerras —informando sobre cómo se sembraron, se cultivaron y se dejaron brotar— para seguir creyendo en ángeles, o, lo que es lo mismo, en que un único rayo de verdad ilumine la oscuridad. Todas las historias —de amor o de guerra— se basan en alguien que miró a la izquierda cuando debía haber mirado a la derecha.

O es lo que me parece a mí.

Éste es el reportaje de guerra que nunca envié. Lo empecé a finales de los cuarenta, cuando ya veía las cosas con bastante claridad y desde entonces me he propuesto entenderlo, definirlo. Lo que sabía entonces está ensamblado con las partes que no podía saber, pero que imagino que son ciertas.

Y la chica que era —Frankie Bard, periodista de radio— vive en estas páginas como alguien que conocí hace tiempo.

FRANCES BARD, *Washington, D. C.*

OTOÑO 1940

1

Todo empezó, como sucede a menudo, con una mujer que quería poner orden en su vida.

Hacía algunas semanas —en pleno verano, cuando los turistas congestionaban la oficina de correos con sus cuerpos untados de crema y su júbilo vacacional disperso e infantil— Iris había pensado que si ocurría lo que creía que iba a ocurrir, debía estar preparada. Sin duda debía estar preparada para demostrar a Harry que, a pesar de tener cuarenta años, tantos como el siglo, él sería el primero. El primero absoluto. Y ella siempre había dado más valor a las palabras escritas en un papel en blanco que a la conversación. Hablar era...

—Bien —dijo el doctor, volviéndose para lavarse las manos.

Iris supuso que debía levantarse y vestirse mientras el médico estaba de espaldas, pero no había tenido la previsión de ponerse una falda. Había pensado que su vestido azul era perfecto para la ocasión, y por muy concienzudo que fuera el doctor Broad, se daría la vuelta mucho antes de que ella tuviera tiempo de pasárselo por la cabeza, y ¿qué situación sería ésa? La litera de piel en la que estaba echada era cómodamente dura y olía como los sillones de la sala de lectura de la biblioteca. No, se quedaría quieta. Deslizó la mirada del techo al pequeño lavamanos en el que el médico se frotaba las manos bajo el chorro de agua. Sin duda era concienzudo. Bueno, seguro que había toda clase de mugre allí abajo de la que cualquiera querría desprenderse. Teniendo en cuenta que el siguiente paso era el certificado, ella sería la primera en insistir en que nada raro ensuciara la página por accidente.

El médico se incorporó, cerró el grifo y golpeó con los dedos el lavamanos negro antes de coger la toalla.

—¿Está visible, señorita James? —preguntó, dirigiéndose a la pared.

—Ni mucho menos.

—Bien. La veré en el despacho.

—Para el certificado.

Casi en la puerta, el médico se detuvo con la mano extendida y la miró. Ella le dedicó su sonrisa de la oficina de correos, la que utilizaba detrás de la ventanilla, dirigida a incitar la cooperación.

—Sí —dijo él, y cogió la manilla y la bajó con firmeza para abrir la puerta.

Iris esperó a oír que el pestillo se cerraba antes de levantarse, sosteniendo con una mano las agujas sueltas del pelo y tapándose el pecho con la otra. Se sentía un poco como por las mañanas, sin las limitaciones del sostén o la faja, suelta. Eso estaba bien en la seguridad de su dormitorio, pero no en pleno Boston, en uno de los edificios discretos situados frente a Public Gardens, a primera hora de la tarde de un jueves de septiembre. Al otro lado de la puerta se oía el repiqueteo constante de una máquina de escribir. Las baldosas estaban frías bajo sus pies; primero se puso la ropa interior, que había dejado apoyada en la camilla, primero una media y después otra, cerrando

los jarretes con firmeza. Colgando del respaldo de la silla, las copas de su sostén apuntaban como faros directamente a la habitación. Sonrió al ponerse el sostén y, por tercera vez aquella tarde, pensó en Harry Vale.

Llamaron una vez a la puerta.

—Cuando quiera, señorita James.

—Enseguida voy —contestó ella.

Todo había sido cordial. Todo había sido muy agradable. La consulta del médico era impecable: cortinas verdes gruesas en altos ventanales, rozando una lujosa moqueta gris. La secretaria en el despacho exterior, tecleando. El murmullo del orden al recoger la chaqueta de Iris y colgarla en el perchero de madera. Y el médico también era impecable. Cómo le había abierto la puerta y le había ofrecido la mano con amabilidad, en parte a modo de saludo, en parte como un reclamo para que se levantara de su asiento. Y la había llevado a su consulta, indicándole la silla frente a su gran mesa de roble, mientras él le daba la vuelta para sentarse en su butaca. Incluso había unido las puntas de los dedos bajo la barbilla, mirándola con ojos serios mientras ella abría el cuaderno sobre las rodillas. Habían hablado un momento de la señora Alsop, intercambiando palabras corteses sobre la mujer que había dado el nombre del doctor Broad a la señorita James, como si fueran viejos conocidos que habían coincidido en el vestíbulo de un hotel. El doctor había escuchado y sonreído, y había preguntado a Iris si iba a menudo a Boston.

Todo se había resquebrajado ligeramente después de su petición. No de forma sonora, pero sí lo bastante evidente para que Iris viera que el médico necesitaría un empujón: que a pesar de su espaciosa consulta, al doctor Broad le faltaba imaginación. Le dijo que estaría encantado de reconocerla, retrepándose en su silla. Pero ¿para qué quería el papel?

—Creía que a cualquier hombre le gustaría tenerlo —insinuó ella.

El doctor Broad se aclaró la garganta.

—Tal vez he sido demasiado directa —dijo ella elevando la voz mientras observaba cómo el hombre al otro lado de la mesa apoyaba las manos en los brazos de la butaca como para levantarse.

—¿Le parece bien que empecemos?

El médico sonrió y se levantó, dando por terminada la conversación.

Así que ella no tuvo la oportunidad de responder por completo a la pregunta. Y, al abrir la puerta que conectaba la sala de exploración con la consulta, Iris vio, por la forma estudiada en que el médico levantó la cabeza de lo que le mantenía ocupado en su mesa, que no tendría otra oportunidad. Era un hombre ocupado. Ella sólo era una más de las mujeres que atendía.

—Por favor —dijo el médico—, tome asiento.

—¿Está todo bien?

—Está perfecta —contestó él.

—Qué bien.

Sin dejar de mirar el papel que tenía delante, el médico lo cogió y se lo entregó a Iris por encima de la mesa.

—¿Será suficiente?

Ella cogió la página y leyó.

A 21 de septiembre de 1940, tras examinar a la señorita Iris James, certifico que está intacta.

Iris estaba en lo cierto. No había ninguna mácula en la hoja. El papel que hacía servir el doctor Broad era de un hermoso color crema, casi parecía lino. Y, a pesar de que era evidente que no le entusiasmaba en absoluto el proyecto, lo había escrito maravillosamente. Iris pensó que hasta puede que hubiera obtenido un premio de caligrafía en la escuela.

—Es perfecto —dijo sonriéndole—. Gracias.

—Me alegro de haber podido ayudar —respondió el médico y se levantó cortésmente mientras ella se encaminaba hacia la puerta.

El médico se quedó un rato de pie, escuchando cómo Iris pedía su chaqueta a la señorita Prentiss, al otro lado de la puerta, y después cómo ésta le indicaba cuál era el autobús que debía tomar para dirigirse a South Station. Las voces de las mujeres eran ligeras y agradables, la cadencia y el tono que solía ignorar mientras trabajaba en la consulta. Después, la puerta principal se abrió y se cerró y, al cabo de un rato, la señorita Prentiss siguió tecleando. El médico se acercó a una de las dos ventanas que daban a Public Gardens.

Por poco se le escapa. Iris había salido tan rápidamente del edificio que ya estaba al otro lado de la calle y, tras dar la vuelta a las columnas de la esquina de Gardens, caminaba con rapidez por el sendero exterior. Se movía como si pasara una inspección, con los hombros hacia atrás y la cabeza muy alta.

—Qué personaje tan curioso —musitó el médico.

La siguió los quince metros que estuvo a la vista hasta que la ciudad y la distancia la engulló. Se volvió y se dirigió hacia su mesa.

«Creía que a cualquier hombre le gustaría tenerlo», había dicho la mujer.

Y las bombas caían sobre Coventry, Londres y Kent. Lisos perdigones de metal en forma de puntas romas de lápiz que apuntaban a setos y techos de paja. ¿Qué era un seto? ¿Dónde estaba Coventry? En clase de historia y geografía, el ejército de Hitler avanzaba por los mapas escolares de Europa, mientras en el aula contigua, en lengua y literatura, las voces canturreaban de memoria: «Me levantaré y ahora me iré, a Innisfree y a una cabañita que tengo allí, hecha de arcilla y enramada». Los bombarderos volaban sobre las enramadas, sobre una Inglaterra llena de canciones de jilgueros y tordos. Se rompían cosas para las que los norteamericanos no tenían nombre. Era la guerra. ¿Qué significaba guerra? Desplegados en las páginas de *Life*, los niños de Coventry miraban a una cámara inquisitiva. Podíamos verlos. No parecían atemorizados en la trinchera excavada para estar a salvo. Dos niñas todavía

con enaguas, con los brazos extendidos hacia las paredes de tierra para mantener el equilibrio. Había un niño inexpresivo. Nos miraba directamente, y llevaba el cuello de su chaqueta cerrado con un imperdible. Él ya estaba allí, en la guerra.

Donde nuestros chicos no irían. Lo había prometido el presidente. Hablaba sin rodeos, como si fuera uno más del pueblo, aunque no lo era, gracias a Dios. Nadie lo pensaba. Cuando decía que los chicos no combatirían en guerras extranjeras, le creíamos, a pesar de haber oído los nombres de las ciudades francesas que caían como la gente escucha los nombres de los medicamentos antes de enfermar.

Ahora se hablaba de la invasión alemana. ¿Resistiría Inglaterra? Sus tanques y camiones blindados, sus armas, se amontonaban inútilmente al otro lado del Canal, donde los habían dejado, en Dunquerque. Pero cuando nos dijeron que los ingleses habían sacado los cañones del Museo Británico, empujándolos hasta el Támesis, lo comprendimos. Hacía dieciséis noches que las bombas caían sobre Londres. Los autobuses se paraban en la calle. A los niños los sacaban bruscamente de la cama, nos decían. Sin embargo, por la mañana, uno por uno, los londinenses salían a la luz y nosotros los vitoreábamos. Inglaterra resistiría. Nadie sabía cómo acabaría. Buchenwald seguía siendo sólo una ciudad de Alemania, donde el sol iluminaba los árboles. Auschwitz. Bergen-Belsen. Simplemente nombres extranjeros. Era el fin del verano y las luces seguían encendidas.

En South Station, Iris se dirigió hacia el tren con destino a Buzzard's Bay, y se entretuvo observando cómo cargaban las sacas de correos en los vagones de carga de cola. Pocas veces tenía ocasión de viajar con el correo, pero le producía un placer exquisito sentarse en el primer vagón, en el primer asiento si podía. Todas aquellas cartas, todas esas palabras garabateadas, dando vueltas de camino hacia alguien. Alguien que esperaba. Alguien que escribía. El sentido era ése, mantener los conductos inmaculadamente abiertos para que la carta de cualquiera —tras encontrar el camino de la oficina de correos, dentro de la saca, llena de sobres de diferentes colores, empujándose y acurrucándose, confundiéndose unos con otros— pudiera seguir viajando, reuniéndose con todos los demás pensamientos en papel enviados minuto a minuto para vencer...

Al tiempo.

El jefe de estación anunció la salida del Buffalo Express e Iris miró el reloj y observó cómo la aguja marcaba un segundo tras otro. Un minuto más y anunciarían la salida de su tren, y ella se uniría a la multitud que subiría al vagón, y recuperaría la forma de su nombre y de su persona. Sería Iris James otra vez. Jefa de correos de Franklin, Massachusetts.

Donde estaba Harry. Y se definió un nuevo lugar en su pecho que parecía haber sido hecho para él —que se agitaba y daba un vuelco cuando le veía en la calle o en la cola con los demás en la oficina de correos. Un año antes, él era sólo Harry Vale, el

simpático mecánico del pueblo, que te arreglaba la rueda de recambio y charlaba contigo. Y un día, sin más ni más, dejó de serlo. Se convirtió en otra cosa. Porque había entrado en el mercado de Alden no hacía mucho y se había situado lentamente detrás de ella para que cuando se volviera, con una lata de maíz cremoso en una mano y una de maíz solo en la otra, no pudiera hacer otra cosa que levantar una y ofrecérsela. La miró y después miró las latas, como si se lo pensara detenidamente. Por fin, levantó una gruesa mano y señaló el maíz solo. Ella asintió. Tendría que levantar la cabeza para besarla, pensaba Iris.

Nunca habría imaginado que eso pudiera pasarle a ella, pero había pasado: Harry Vale la había mirado con una expresión que indicaba que sucedía algo. Y lo había hecho a la vista de todos. Sin importarle que Beth Alden observara desde el mostrador. Sin importarle el calor que escapaba de los alimentos enlatados del fondo de la tienda. Iris acarició su cuaderno. ¿Era raro lo que había hecho? Bueno, ¿y qué si lo era? Lo que había dicho al médico era la pura verdad —cualquier hombre querría saber que era el primero, estaba segura de ello— y ella podía entregarle el papel a Harry, elegante y limpio como un vestido blanco al final de un pasillo, para el que ya era demasiado mayor y, de todos modos, el blanco no la favorecía.

En Nauset, Iris bajó del tren de Boston y caminó cuatro manzanas por la ciudad principal de Cape hasta el autobús de Franklin. El señor Flores, que estaba sentado a la sombra proyectada por el autobús, se levantó rápidamente y se echó a caminar. Antes de que el tren entrara en la estación, Iris se había retocado el carmín y se había cepillado el pelo, y gracias a Dios porque él la estaba mirando fijamente.

—Hola, señorita James. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, gracias.

Le miró a los ojos, desafiándolo a decir algo más.

Él le señaló la puerta del autobús abierta. Iris subió los tres escalones. Dentro había una pareja extranjera, un par de mujeres solas y algunos hombres situados cerca del asiento de Flores, en la parte delantera. Iris saludó con la cabeza y se dirigió al fondo, pasando junto a una joven enfrascada en la lectura de un libro grueso, con la curva del cuello a la vista y el pelo caído hacia delante. No levantó la cabeza ni se movió cuando Iris pasó por su lado para situarse tres filas más atrás.

Iris buscó los cigarrillos en el bolsillo de la falda, sacó un Lucky y miró la cabeza y los hombros de la mujer menuda que leía delante de ella. La cartera pensó que podía ser una fugitiva, aunque iba bien vestida, con un traje azul formal, el cabello castaño bien cortado rozando el borde recto del cuello de la blusa. Sea como fuera, era de las que necesitaban que las cuidaran, mujeres de pechos pequeños que miraban a los hombres levantando la cabeza y sonriendo encantadas como niñas. Por fin, la muchacha se volvió un poco, como si fuera consciente de la atención de Iris, y le sonrió con cortesía, una respuesta mecánica como una mano que se levanta para protegerse del sol. Iris la saludó con la cabeza, amablemente, soltando humo. No pasa nada —se dirigía a la espalda de la mujer, que se había vuelto otra vez—, no muerdo.

El autobús se balanceó un poco cuando el señor Flores se puso al volante y se acomodó en el asiento. El motor se puso en marcha, haciendo temblar el suelo bajo los pies de Iris.

«Vronsky hacía el amor a Ana.»

Emma volvió a leer la frase, distraída por la mujer grandota de detrás. ¿Realmente Tolstoi se refería a hacer el amor? Ella no lo creía. ¿Relaciones sexuales? Sería muy descarado escribirlo de aquel modo. Seguro que no podían hacer el amor aquí y allí sin más ni más en el siglo XIX. Tenía que referirse a otra cosa, algo más inofensivo. Se ruborizó, sintiéndose culpable. No era que el sexo no fuera inofensivo, por supuesto que lo era, al fin y al cabo, de ahí salían los niños. Pero las cosas que ella y Will habían empezado a hacer en la oscuridad no tenían nada que ver con los niños. No obstante, ¿Ana y Vronsky? Estaban inhibidos, ¿no trataba de eso, el libro? Quizás era culpa de la traducción. Volvió a la cubierta del libro y leyó el nombre debajo del de Tolstoi: Constance Garnett. Emma creyó comprender. Vronski había susurrado algo amoroso al oído de Ana, o había tranquilizado a Ana cariñosamente o algo por el estilo, y la señorita Garnett había utilizado otras palabras, pintando de escarlata una escena que debería ser rosa. Seguramente era una solterona; una mujer patética que veía pasión en el giro de una sombrilla cerrada. Como aquella mujer del fondo del autobús.

Echó el trasero más atrás en el asiento para sentarse más recta, la flamante esposa del médico con un buen traje de viaje y pañuelo a juego sobre los hombros. Miró por la ventana. Desde que hacía dos semanas había dicho sí, sí, quiero, a Will, apresuradamente y sin atreverse a mirarlo, algo firme, satisfactorio y nuevo había penetrado en el frecuente caos de su mente. Como si la voz de Edward R. Murrow, aquella voz masculina valerosa y apasionada, llena de premura y volumen, hubiera dibujado el camino por el que ahora ella avanzaba canturreando. El camino estaba inundado de claridad y de determinación.

Pamet. Después Dillworth. Finalmente Drake. Con los ojos cerrados, Emma recitó los nombres de los pueblos que conocía sólo a través de las cartas de Will, en los que estaba cartografiada la geografía de su nueva tierra con las distintas dolencias de las personas que él trataba. Afección cardíaca. Bursitis. Gemelos nacidos en Drake, que fue un milagro, escribió Will, teniendo en cuenta que la madre no tuvo ni tiempo ni medios para llegar a Cape con suficiente rapidez...

—¿Cuántos cumple tu Bobby? ¿Veinte, veintiuno? —preguntó una voz masculina delante de ella.

—Veintiuno.

—No les mandarán a Europa. Les instruirán, eso sí. ¡Puede que los envíen a construir puentes! Pero a la guerra no.

El otro hombre no contestó inmediatamente y miró por la ventana. Emma observó

el perfil recto de la nariz y la barbilla como si fuera una señal. Los árboles pasaban veloces.

—Ya lo creo que los mandarán —contestó, mirando a su compañero.

Le estaba bien empleado. Emma se enfadó consigo misma por escuchar. Lo había oído por la mañana y había intentado olvidarlo, de hecho lo había olvidado, pero ahora estaba ahí otra vez. El Congreso había aprobado el alistamiento, y todos los hombres en edad militar tenían que presentarse en las oficinas de reclutamiento que se habían instalado en todas las ciudades, pequeñas y grandes, como setas después de la lluvia. A ella no debería importarle, se dijo, mirando el reflejo en la ventana de sus manos posadas sobre el regazo. Will no se marcharía. Se lo había dicho. (Aunque no de forma taxativa, se corrigió, siendo escrupulosamente sincera a pesar de su preocupación.) Era más exacto decir que no debería ir. Tenía causas para alegar una dispensa. Era el último de la saga de los Fitch. Era el único médico en varios kilómetros y acababa de casarse con ella.

En fin, no podía dejarla. Pensó que en la vida de todos había un hecho esencial, un hecho del que surgía todo lo demás. El de ella era que había estado espantosamente sola en el mundo, hasta que conoció a Will. Había perdido a sus padres y a su hermano en la epidemia de 1918. Habían muerto en un sueño febril, pero ella había sobrevivido, y ahora hacía tanto tiempo de eso que era como si nunca hubieran vivido. Había una casa en una colina, lejos del mar, donde ella había nacido. Y un pueblo que recordaba lleno de banderas ondeando, que ahora se daba cuenta de que era su recuerdo de las tiendas donde vivían todos, en pleno campo, porque el hospital estaba lleno a rebosar de enfermos. El recuerdo que podría haber tenido de su madre estaba borrado por la cara de una enfermera, tapada con una mascarilla, inclinada sobre su catre, comprobando si respiraba.

Ahora empezaría la siguiente parte. La niña huérfana con los ojos serios y la peca en la base del cuello era ahora la esposa del médico, tenía un marido, una casa y un pueblo. Casarse con Will le había hecho cruzar la cortina gris y lúgubre del tiempo monótono. El tiempo transcurrido en una habitación compartida en el último piso de una pensión, con las medias puestas a secar en el respaldo de una silla. Se dirigía a casa. Probó una sonrisa mirándose en el cristal de la ventana. A casa. Con Will.

Emma sacó de su bolsa de viaje la guía del Proyecto Federal de Escritores sobre Cape Cod, y lo abrió por el apartado de Franklin: «El cebo al final del anzuelo arenoso, aproximadamente ochenta kilómetros sobresaliendo hacia el Atlántico, el pueblo de Franklin ondula ligeramente hacia atrás en el litoral. Lo primero que se pierde allí es el sentido de la dirección. Rodeado por dunas amarillentas de arena y agua por todos lados, norte y sur parecen cambiar de lugar en la brújula, y el cielo no ayuda mucho. Es un lugar repleto de pescado y de olor a pescado, de aceite de bacalao, de las costillas rotas de los huesos de las ballenas y mástiles arrastrados por el agua hacia la amplia expansión de las playas, detrás del pueblo. Siempre han acudido toda clase de peregrinos: primero los puritanos, después los balleneros

portugueses, y con el cambio de siglo llegaron los artistas, ataron sus pañuelos en lo alto de antiguos botes de pesca y los pintaron, y las hijas de policías que han llegado de Boston mezcladas con la multitud multicolor, diciendo qué divertido, qué raro que los hijos de pescadores del Mediterráneo pasearan del brazo con los yanquis ricos mientras las luces brillantes de los teatros de verano resplandecen en la oscuridad...». ¡Por Dios! Emma cerró el libro de golpe y lo guardó. Era tan grandilocuente como la tal Garnett.

El señor Flores se encorvaba sobre el volante, escrutando la luz oblicua, y Emma sintió que la carretera la hacía girar más y más. Las austeras casas blancas de Woodling pasaron una detrás de otra. Cruzaron el bosque de Tralpee, de hayas achaparradas separándose a los lados, hasta que por fin el autobús llegó a la cima de la colina anterior a Franklin. Mientras el autobús vacilaba en lo alto justo antes de descender, Emma se sentó bien recta deseando —de repente, sin más ni más— que se quebrara la línea entre ella y aquel pueblo. El puño del señor Flores se apoyó en el cambio de marchas. Las dunas se desplegaron alrededor de ellos.

Durante un instante, Emma se sintió capaz de volar. El cielo a través de la amplia ventana delantera la reclamaba. Y estuvo a punto de levantarse del asiento, imaginándose capaz de seguir en línea recta, y la carretera desaparecería mientras el autobús avanzaba hacia el aire ilimitado. Pero la marcha entró y el autobús traqueteó descendiendo a través de altas colinas de arena. Bajaron hasta que el asfalto se liberó de las dunas y giró hacia el mar, trotando junto al puerto gris, hacia el pueblo.

El autobús rezongó junto a los perfiles sombríos de los tejados de teja que se triangulaban hacia la noche de septiembre. La bandera ondeaba al viento sobre la empinada asta de la oficina de correos, y el señor Flores redujo la marcha al mínimo para hacer pasar el autobús por las calles estrechas llenas de transeúntes, que saludaban al autobús, y de bicicletas que corrían al lado. Contemplando el pueblo por la ventanilla, Emma apoyó la mano en el asiento de delante, sintiendo un ardor en el fondo de la garganta. Se había convencido de que aprendería rápidamente los nombres de los vecinos, y demostraría sus conocimientos a Will, quien creía que volvería cada noche como si fuera a un teatro hecho por ella, encantado de encontrarse en su pueblo de origen, descubierto e iluminado ahora por las percepciones de Emma. La muchacha pretendía de esa manera ser valiosa para él. Él sería mejor médico porque sus exploraciones no serían a ciegas.

Pero las personas eran algo distinto. Al llegar al centro del pueblo, la levedad de su imaginación la golpeó con todas sus fuerzas. Ya habían arribado. Dos mujeres que conversaban en la esquina callaron para observar cómo el autobús se detenía en su parada. Para empezar, no había nadie del pueblo esperándola. Estaba claro que el pueblo estaba en marcha sin ella. La puerta se abrió y Emma olió el aire del mar. Se quedó un momento sentada, recogiendo los guantes y haciendo acopio de fuerzas para buscar a Will entre la gente, segura de que estaría al otro lado del autobús, esperándola con aquella sonrisa suya impaciente y severa. La mujer del fondo del

autobús pasó por su lado, Emma la miró, y entonces vio la cabeza de Will por encima de las de los demás, acercándose, con su cuerpo larguirucho hacia delante. Daba la sensación de tener muchas cosas en la cabeza y muchas cosas que hacer. La había visto a través del cristal y la saludaba con la mano. Ella le devolvió el saludo y el pañuelo le resbaló de los hombros cuando se levantó bruscamente, feliz, y cruzó el autobús vacío hacia la puerta.

—Hola.

Will asomó la cabeza por la puerta y subió los escalones justo cuando ella llegaba. La cogió y tiró de ella para abrazarla. Emma levantó la cabeza hacia él y los cálidos labios de Will se apretaron contra los suyos, primero con suavidad y después con más intensidad mientras la atraía con más fuerza hacia él y ella sentía todo su cuerpo contra la falda. Aunque estaban a la vista de todos, Emma cerró los ojos y se abandonó en la cueva de su beso, donde estaba oscuro y fresco, abriendo los labios a los de él, y, después, con un gemido de felicidad se apartó y regresó a la luz.

—Hola.

Le sonrió sin aliento, con un cosquilleo de orgullo al verlo frente a ella. ¿Cómo lo había conseguido? Se había sentado a su lado en restaurantes, en autobuses, había paseado con él por las calles de Cambridge, sintiéndose cómoda con la longitud familiar de su zancada, casi como una sabiduría. Así se conocían. La había guiado, cogiéndola del brazo, apoyando la mano en su espada, empujándola dentro de habitaciones llenas de humo y después al exterior otra vez. Habían hablado y reído. Incluso habían discutido. Y, entonces, de repente, una tarde de primavera, le había pedido que se casara con él. Era una locura, pero eso formaba parte de la historia, ¿no? El doctor Lowenstein le había escrito para que trabajara en su consulta y él se había guardado el telegrama en el bolsillo y se había arrodillado allí, en la oficina de correos de Back Bay. Y ella le había mirado y había asentido incluso antes de que él abriera la boca. Habían cerrado el pacto como niños. Era el siguiente paso, el único, el serio. Como si, uniendo las manos, hubieran cerrado los ojos y saltado, olvidándose incluso de contener la respiración.

Will se inclinó para leer el título del libro que Emma tenía en la mano, sin dejar de abrazarla. El pañuelo le había resbalado de los hombros y el largo triángulo de su piel al aire desprendía un calor brillante como la hierba de verano.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¿Es posible que hicieran el amor en el siglo diecinueve?

Apartó la mirada, ofreciéndole lo último y menos importante que había permanecido en la estantería de su mente.

—No sé cómo estaríamos nosotros aquí si no lo hubieran hecho.

—No, no. Mira. —Abrió el libro allí mismo, en el último escalón del autobús y lo hojeó, consciente de los ojos de él sobre sus hombros y brazos. Se habían besado. Se habían tocado a través de capas de seda y lana. A través de chaquetas y pantalones y blusas y faldas, pero ahora sus ojos podrían haber sido manos, porque a Emma le

cosquilleaba la piel mientras él ponía el pie en el escalón junto al de ella y se le abría la americana—. Aquí —señaló.

Will miró y leyó.

—Vronski hacía el amor...

—Es tan crudo —dijo Emma, y se ruborizó—, dicho así.

Él se apretó contra ella.

—¿Dicho cómo?

—Escrito. ¿No se escandalizarían los lectores? Yo sí.

—No es verdad —susurró Will.

—Sí, lo estoy —dijo ella riendo, y apoyando el hombro contra él—. En serio. Y soy una lectora moderna.

—Significa otra cosa. Todos lo entendían.

—¿Sexo?

—Cortejo —contestó él, con una sonrisa que iluminó el ínfimo espacio entre ellos.

—Oh. —Emma suspiró feliz—. Claro, tú ya lo sabías.

—Vamos —dijo él cogiéndola por el codo para que bajara los escalones—. Vamos a casa.

A través de la puerta abierta, una maleta escapó al gancho del conductor, y salió volando por los aires hasta que aterrizó en el suelo y se abrió sobre la acera, limpiamente, como un huevo golpeado suavemente.

—¡Oh! —gritó Emma.

Will se detuvo donde estaba, en la puerta del autobús, mirando la voluptuosa explosión de lo que debía ser ropa interior de Emma cayendo en cascada fuera de la maleta. Era abundante y sedosa y de color azul grisáceo, tirada y arrojada en un *striptease* delirante, como sirenas exhibiéndose. Apretó la mano de Emma que tenía cogida a la espalda.

—No lo ha visto nadie —dijo—. Iré a echar una mano a Flores. Así tendrás un minuto.

Emma asintió, soltándose de su mano, y bajó a la calle. Tuvo que esforzarse para no correr hacia la maleta rota y tapar con su cuerpo la ropa a la vista. La mujer del autobús se asomó sobre la barandilla de la acera, mirándola.

—¿La ayudo a recoger? —preguntó.

Sorprendentemente, Emma asintió. Las dos se arrodillaron sin decir palabra y recogieron las medias, los sujetadores delicados, y las bragas de color azul claro del suelo. La mujer fue tan cuidadosa con las cosas de Emma que a ésta se le cerró la garganta, a punto de llorar.

—Sólo es ropa —dijo la otra mujer en voz baja—. No significa nada.

—Lo sé —susurró Emma.

—Pues que no la vea llorar. Creerá que se avergüenza.

La mano de Emma se afanó con un camisón y se ruborizó. ¿Qué sabía aquella

mujer de Will o de lo que podía pensar? Arrojó el camisón dentro de la maleta.

—No estoy avergonzada.

Iris notó la advertencia en la voz de la chica y la miró por encima de la maleta.

—Estupendo —contestó. Después, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Me llamo Iris James.

Emma miró a la mujer a la cara, cuadrada pero no desagradable, enmarcada por unos cabellos rojizos oscuros que le caían a los lados como cortinas.

—Hola —contestó.

—¿Y quién es usted?

Emma echó la última prenda dentro de la maleta y cerró la tapa.

—Emma Trask —contestó, y se ruborizó—. Quiero decir Fitch.

—Vaya —dijo Iris con una sonrisa encantadora—. La esposa del médico. Y yo que la había tomado por una fugitiva.

Era la primera vez que Emma se reía en muchos días. Siempre recordaría el burbujeo de la risa que se apoderó de ella en la acera, arrodillada a los pies de la señorita James, con sus cosas de cualquier manera, la franja de árboles detrás de la cabeza de la mujer, y el sol poniéndose cálidamente a su espalda. Will se acercó, desde el otro lado del autobús, y le ofreció las manos para ayudarla a levantarse. Todo iría bien, decidió Emma en aquel momento. Y volvió a reír con ganas, dejándose caer en el círculo de los brazos de Will.

—Gracias —dijo Will a Iris, sonriendo—. Ha sido de gran ayuda.

—Encantada de ayudar, doctor Fitch —contestó Iris.

—Vamos a casa —dijo a Emma.

—De acuerdo.

Sonrió. Y él asió la maleta con la otra mano, sin soltar a Emma en ningún momento. Varios pasos después, Emma volvió la cabeza por encima del brazo de Will y vio a la señorita James esperando que pasaran los coches para cruzar la calle.

—¿Quién es?

—James, la encargada de correos.

Deseaba besar a Emma allí mismo, en la calle, pero en lugar de hacerlo aceleró el paso.

—Eh —protestó ella, riendo, pero corrió a su lado, sin enterarse de nada de su nuevo pueblo, excepto del intenso olor a mar, y el aire denso, y el bum bum de las olas contra el rompeolas a su izquierda.

Cruzaron el centro del pueblo hacia la parte antigua, más tranquila, donde las casas en pendiente se suavizaban con la luz menguante de la tarde. Cualquiera que mirara —y seguro que miraban, Emma lo sabía, porque era un pueblo al fin y al cabo, y ella debía de ser el tema de conversación de las cenas, ¿no?, era joven y bastante guapa y ¡él era su médico!— sin duda se fijaría en la facilidad con la que caminaban juntos, como si hiciera años que caminaran así. Todos lo comentarían y las lámparas que se encendían en el interior de las casas que dejaban atrás le parecían a Emma un

son silencioso, como un murmullo bajo las conversaciones, de aprobación o de atención. Se enderezó un poco a modo de respuesta.

Quizá fuera por eso que, cuando Will se le adelantó ligeramente y abrió una verja, mirándola con orgullo, ella dudó. Allí estaba por fin. Miró la casa, que parecía igual a las demás que había visto por el camino, tejado a dos aguas y tejas grises, un porche delantero ancho y una puerta del color de las tejas, sin pintar. Caminaron lentamente hacia ella y, cuando llegaron a los escalones del porche, Will puso la mano bajo el codo de Emma. Dentro de la vivienda alguien estaba hablando, una mujer, y mientras Emma subía los escalones hacia la puerta mosquitera, la tensión en la voz la penetró como si la casa hablara.

—Vaya por Dios —murmuró Will al abrir la puerta—. Me he dejado la radio encendida.

Emma caminó hacia la voz. Al fondo del pasillo podía ver la cocina donde Will había puesto rosas en un bote de mermelada frente a la ventana, a modo de bienvenida. El sol del atardecer astillaba el agua y las flores se erguían como estrellas rosadas. «En el fondo del pub, hay un marcador —decía la mujer de la radio—. Y esta noche, dice: RAF 30, Luftwaffe 20. Aunque ha sido una mala noche para los ingleses, ha sido peor —una pausa— para la población de Berlín. RAF 30, Luftwaffe 20. Ahí está, la puntuación que anota Londres cada noche que la batalla...»

Will se dispuso a apagarla.

—No —Emma le empujó suavemente la mano—, no, ¿quién es?

—¿Quién es quién?

Era más pequeña de lo que la recordaba, podía rodearla con los brazos y prácticamente también rodearse a sí mismo. La atrajo hacia él y sintió su corazón contra el suyo, esperando. Así fue cómo lo sintió entonces. Incrustado en aquel tierno cuerpo —pechos, estómago y caderas—, el corazón de ella esperaba contra el suyo mientras se apretaban en la amable oscuridad, escuchando a la mujer que informaba de la guerra, con tanta intensidad que Will no podía soportarlo, no podía soportar esperar más, y en cuanto la mujer de la radio hizo una pausa antes de decir «Desde Londres, buenas noches», por fin la apagó.

—Oh, por el amor de Dios. —Frankie Bard se apoyó en la silla del estudio de radiodifusión y cerró los ojos—. Demasiado fuerte, ¿no?

Murrow permaneció en silencio. Ella abrió los ojos.

—Demasiado fuerte y demasiado rápido.

Hizo una mueca, aceptando lo que él no había dicho.

—Tú lo has dicho. —Se levantó y recogió su sombrero—. Las de tu tipo siempre...

Frankie levantó la cabeza a tiempo de ver su sonrisa.

—¿Mi tipo?

Él se inclinó hacia la puerta del estudio.

—Mezclan el Martini con la precisión que matan un oso de un tiro, ¿no?

—Sí. —Frankie se levantó—. Pero en Nueva York no les gustará.

Murrow abrió la puerta.

—Que les den en Nueva York. Lo has hecho estupendamente.

Pero en Nueva York no les gustaría ni pizca. Habían tenido el mismo problema con Betty Wason, en Noruega. La puerta se cerró lentamente. Una voz de mujer no debería hablar a los norteamericanos sobre los combatientes. Era demasiado intensa. Demasiado emocional. Por el amor de Dios. Frankie se inclinó y apartó el micrófono de un manotazo. El hombre que era la mano derecha del señor Paley se negaba incluso a contratar secretarías para la oficina central de la CBS. Una gira por los hospitales, la vida cotidiana, cosas así, la clase de temas que podías oír en las tiendas, pero una mujer no podía informar de ninguna manera sobre la guerra. Los hombres morían en los cielos por encima de Londres. Frankie recogió las páginas de su guión, apagó la luz del estudio y fue hacia la puerta. Las mujeres debían casarse y tener hijos. Las mujeres no debían caminar a cabeza descubierta bajo las bombas alemanas buscando imágenes vivas en palabras para describirlas a los que estaban en casa.

Bueno, pensó, soltando una risita y subió el tercer tramo de escalones desde el estudio subterráneo hacia la calle. Abrió la pesada puerta trasera de la Broadcasting House y salió a la ciudad a oscuras a la espera de las sirenas nocturnas.

Cuando las bombas empezaron a caer a la hora del té del 7 de septiembre, nada distinguió ese momento como el comienzo, no había forma de saber lo que se avecinaba, ni por qué ni por cuánto tiempo. La guerra cayó sobre ellos y se quedó. Cuatrocientas personas murieron el primer minuto de los bombardeos, el Blitz. Mil cuatrocientas más resultaron heridas aquella primera noche y diecisiete noches después no había manera de saber quién seguía vivo. Las cifras cambiaban cada noche y Murrow la había instruido: «No digas que las calles son ríos de sangre. Di que el policía que siempre saludabas por la mañana ya no está en su puesto».

La luna nueva se había elevado sobre los tejados humeantes, y por un momento fue posible recordar el cielo sin los bombarderos y las líneas brillantes del fuego antiaéreo sobre las chimeneas y las agujas medievales lejanas de la abadía de Westminster.

Frankie caminó rápidamente junto a las fachadas de las casas con las ventanas oscurecidas, notando con su ojo agudo de periodista los ínfimos haces de luz que escapaban de algunas de ellas. Más allá de la plegaria, más allá de la suerte, para algunas personas sólo quedaba la simple recompensa de permanecer quietos. Que fuera lo que Dios quisiera. La luna brillaba en los parachoques de cromo de los taxis. Del gran refugio público del lado norte de la calle salía la voz de un hombre cantando «Body and Soul» y humanizando el silencio gris de las calles iluminadas por la luna. Frankie sonrió. Clima de guerra.

Los ataques nocturnos seguían una pauta, el ronroneo agudo e irregular de los

aviones de la Luftwaffe creciendo alrededor de medianoche como una canción letal en crescendo. Los focos rasgando la oscuridad donde, solos o por parejas, los aviones alemanes volaban como pelotas de bádmin-ton arriba y abajo del río con un ritmo incesante. Primero caían las bombas incendiarias sobre la ciudad a oscuras, iluminándola con las llamas, abriendo un sendero que los otros seguirían. Éstos llegaban aullando, o silbando, los más pesados rugiendo como un tren exprés a través de un túnel. Las peores eran las bombas en paracaídas que flotaban suavemente, silenciosamente, cayendo para matar. En Oxford Circus, Frankie dio la vuelta hacia Wilmot Road y empezó la caminata hasta su casa. Dos camiones de bomberos pasaron veloces por las calles vacías, con los faros tapados como sirenas ciegas, hacia los incendios. Estaba el cielo, estaban los refugios subterráneos, y en la calle —entre los bombarderos y los bombardeados— estaba la Tierra Media. De noche, en la Tierra Media, todo estaba al revés en un brillante caleidoscopio de muerte aturdidamente brillante, con el fondo de la silueta negra de Londres.

Hacía un mes, antes del inicio de los intensos bombardeos, Murrow había empezado a emitir desde cinco puntos distintos de Londres, llevando a las casas el sonido de la ciudad bombardeada de noche. Frankie le había acompañado, observándole apostado en la boca del refugio de la cripta de St. Martin's-in-the-Fields, apartando el cable del micrófono del paso de los londinenses que bajaban, como una educada dama de compañía. No había forma de saber si los alemanes bombardearían aquella noche, pero Murrow se concentró en el ritmo constante de personas que caminaban en la oscuridad, volviendo a casa o bajando al refugio, con pasos resonantes, como fantasmas calzados con zapatos de acero, decía. Y cuando empezó el ataque aéreo, el largo vahído que ascendía una octava en el cielo, la voz tensa y excitada de Murrow narró el ronroneo de la Luftwaffe acercándose, ya llegan, ya pueden oírlos, y Frankie se sintió intocable en ese momento, inmortal, sosteniendo el micrófono en la noche. Ahora mismo. ¿Lo oyen? Frankie deseaba unir su voz a la de Murrow, quería que su voz llegara a los oídos de los oyentes al otro lado del cable. En aquel momento, a través del aire, los alemanes penetraron directamente en un salón norteamericano y Frankie sujetaba el telón abierto para que pudieran oírlo mejor, y fue un desafío. Os desafío, pensaba, a mirar hacia otro lado.

¿Y adónde mirábamos? Hacia allí. Septiembre terminó y empezó octubre y los bombardeos empeoraron; los niños de Londres habían sido embarcados en autobuses y trenes, y algunos miles más en barcos hacia el otro lado del Atlántico. Canciones que rompían el corazón trinaban en las ondas antes y después de las noticias de la noche.

Mi hermano y yo recordamos el día que dejamos a los amigos y nos embarcamos y pensamos en los que se quedaron pero de eso no hablamos.

Escuchábamos a Murrow, a Shirer y a Sevareid. «Informando desde Londres. — Murrow calló antes de empezar la última emisión nocturna—. Esta noche, aplastados contra la pared por el efecto de las bombas... que no es una sensación más fuerte que la de golpearse contra una pizarra cubierta de plumas... y tras perder nuestra tercera oficina... que parece como si un gigante enloquecido hubiera batido huevos en su interior... no puedo más que concluir que el bombardeo ha sido tremendo.»

Frankie sonrió al recordar la sonrisa de él, la extraña euforia del peligro vivido y superado. No todos tenían la calma de Murrow. A pesar de haber informado de la caída de Francia y de estar acostumbrado a la guerra, tras tres meses de bombardeos, Eric Sevareid regresaba a Estados Unidos. Tras intentar llegar caminando a Broadcasting House para la emisión de la noche, había susurrado:

—No lo soporto más... cuando empiezan las sirenas, por mucho que me esfuerce, echo a correr como un desesperado.

—Venga.

El hombre que caminaba delante de Frankie por la calle se apoyó en la pared de ladrillo y tiró de la chica hacia sus labios.

Feliz y contenta, la chica rodeó el cuello del hombre con los brazos y se apretó contra él «como si tuvieran todo el tiempo del mundo y estuvieran completamente solos», empezó a escribir Frankie mentalmente. La luz de la tarde otoñal se estaba desvaneciendo y los sonidos del atardecer, los últimos, disminuyeron de intensidad alrededor de ella en la oscuridad y el frío. Al otro lado de la calle, en el diminuto parque, un niño aullaba indignado: «¡Es mío, Charlie!». «Es la vida normal con la tapa abierta», dobló una esquina, «y la tapa en tiempos de paz es el agua puesta a hervir, nada por delante salvo acostarse, los niños en la bañera, y los platos de la cena junto al fregadero para más tarde».

Cruzó High Street, dirigiéndose a Argyll Road. «Es de noche en el mundo exterior, la hora antes del momento de bajar al subsuelo, la última hora de luz. A pesar de que es un frío día de octubre, todos están fuera. Buenas noches. Buenas noches, si Dios quiere. Las campanas ya no tañen en las iglesias.» Tras cincuenta noches de bombardeos, se podía esperar que los alemanes aparecieran, y —aunque esto jamás pasaría la censura— la verdad era que la regularidad de las bombas, la aparición constante de la Luftwaffe, hacía que los alemanes estuvieran perdiendo la

batalla. Porque los londinenses habían descubierto que podían seguir adelante. Se podían hacer planes para la noche. En la esquina, el señor Fainsley entró su carrito y bajó la persiana de cristal laminado. «No puedo evitarlo —había dicho el tendero la noche anterior encogiéndose de hombros—; no puedo evitar cerrar como he cerrado siempre, aunque los dos sepamos que la ventana y la tienda pueden no estar por la mañana. No puedo evitarlo —había oído ella una y otra vez durante las seis semanas anteriores con la misma sonrisa irónica—, no puedo evitar seguir haciendo lo que he hecho siempre.»

Te podías parar en una esquina y ver una larga hilera de casas intactas, con las fachadas blancas perfectamente recortadas contra el cielo otoñal —toda Inglaterra en una manzana—, doblar por la esquina y en la siguiente no encontrar nada más que ruinas y fuego, las caras agotadas de las mujeres arrastrando maletas baratas de cartón y dejando a sus hijos en los autobuses del refugio parados en la esquina. Cada noche de bombardeo, la guerra pasaba sobre Londres como un ángel del Antiguo Testamento, manzana a manzana: tocando aquí, pasando de largo allí, y Frankie lo seguía, deseando abatirlo, deseando llegar a su corazón.

Hizo una mueca. Max Prescott, su editor en el *New York Trib*, le habría tachado «su corazón» sin pensárselo dos veces. ¿Su? ¿De quién, Frankie?, habría preguntado. ¿Cuál es la historia? ¿Dónde está la historia de este «su»? Sé la mujer que coge el mundo por el gaznate. No por los labios, por Dios. Por el gaznate. De acuerdo, jefe, diría ella, sonriendo ante la imagen que había evocado.

Una mujer que se dirigía al refugio de Liverpool Street, con un bebé en brazos y, curiosamente, la pesada cuna de madera del bebé, miró por encima del hombro a Frankie mientras bajaba hacia la oscuridad. Frankie se paró de golpe. Muchas personas lo hacían, ir a los refugios antes de que sonaran las sirenas, para coger un buen sitio; los rincones están muy solicitados, le había explicado una anciana la semana pasada. La mujer del bebé miró a Frankie parada en la acera y ésta vio que llevaba el cabello rubio sucio recogido con una cinta negra, y que el cuello del jersey le colgaba ligeramente como si hubiera adelgazado.

Por enésima vez, Frankie deseó poder volver a aquel lugar por la mañana para asegurarse de que la mujer y el bebé volvían a salir a la luz, para saber que habían dormido y se habían despertado y seguirían adelante. Para saber qué pasaba después.

El peligro que estaba por todas partes —Frankie empujó con el hombro la puerta del número 8 de Argyll Road— significaba que todos podían estar viviendo sus últimos días. La de cada uno —Frankie volvió la cabeza hacia la calle mientras empujaba la puerta— podía ser una historia desgarradora.

—¡Eh, señorita!

Frankie relajó el hombro y enderezó el cuerpo. El chico del extremo de la manzana le bloqueaba el paso.

—Hola, Billy. ¿Qué hay?

Él cambió el peso de un pie a otro con la impaciencia y el recelo de un niño de

seis años.

—Mi madre dice que todos los norteamericanos tienen chocolate... pero dice que es un secreto. Y que no podemos pedir.

Frankie asintió.

—¿Y tú has decidido averiguarlo?

—Eso es.

La miró fijamente.

Ella deseó tener chocolate para darle.

—Es un secreto —convino Frankie—. Porque no he oído nada sobre ello. Y yo debería saberlo.

Él asintió. Lo sabía todo de ella y de la otra señora de arriba. Por su madre. Eran periodistas. Habían venido para informar a los norteamericanos de lo que ocurría.

—¿Quiere decir que no tiene, entonces? —preguntó el niño, decepcionado.

Frankie se inclinó hacia el chico y se llevó un dedo a los labios, conspirativamente.

—Lo investigaré —dijo—. Te lo prometo. Si es un secreto, lo descubriré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó el chico sin aliento y echó a correr.

Frankie siguió empujando la puerta con el cuerpo. El padre del chico estaba en la RAF y llevaba fuera desde el verano. La madre —la puerta se abrió— no tendría más de veintitrés años.

—¿Harriet? —preguntó a gritos, cerrando la puerta del piso.

—En la bañera —contestó gritando su compañera de piso.

—Sal, corre. Tengo novedades —gritó Frankie por el pasillo, colgando la llave del gancho junto a la puerta.

Se quitó el pañuelo y lo guardó dentro del sombrero, contenta de que Harriet estuviera en casa. Harriet Mendelsohn era corresponsal de Associated Press y estaba en Europa desde 1938. Era muy divertida y charlatana. Era mayor que Frankie y estaba convencida de la necesidad de que los corresponsales de guerra fueran personas con esperanza, con indignación y que persiguieran la verdad.

—Quedarse en casa y ser buena persona no es suficiente. No hacer daño, no mentir. No es suficiente —dijo brindando con Frankie el día que ésta fue a vivir a su piso—. No estarás sucio... pero estarás muerto.

Sobre el bufé había una carta de la madre de Frankie. La cogió y abrió el sobre, caminando por el diminuto pasillo hacia el salón, donde Harriet ya había corrido las cortinas para oscurecer la estancia. Frankie encendió el interruptor junto a la puerta y leyó la carta todavía de pie, apoyándose en el marco de la puerta. La letra diminuta de su madre describía todas las noticias cotidianas de la última semana en la casa de Washington Square, y, aunque Frankie adorara el ángulo de su letra, su madre hacía un recuento meticuloso de comidas, pensamientos, conversaciones oídas, y recitaba todos los sucesos del día con la constancia de una yegua recorriendo un camino

conocido. Sin ninguna prisa y sin olvidar nada. Y no había olvidado nada, gimió Frank para sus adentros, aunque leyó hasta la última palabra, reconociendo de mala gana que su madre era una periodista sin periódico, o sin editor, desde hacía años. «El martes me desperté y hacía un día horrible. La única cura para eso fueron dos huevos con tostadas seguidos de un largo paseo hasta la biblioteca. La señora Taylor te manda...»

—Hola.

Harriet estaba detrás de ella.

Frankie se dio la vuelta, sin dejar de leer la carta que tenía en la mano.

—Hola.

—¿Esta noche sales o te quedas?

—Salgo. —«Buenas noches, cariño...» Frankie dobló la carta, sonriendo, y la guardó en el sobre, antes de mirar a Harriet—. A ver si adivinas qué me ha encargado Murrow.

Harriet entornó los ojos ante la emoción de la voz de Frankie.

—Dime, vaquera.

—Un reportaje sobre la batería de artilleros del hospital.

Harriet soltó un silbido.

—Por lo visto, al fin y al cabo, no soy sólo... —Frankie arqueó las cejas— sólo una rubia con faldas. Anda ya.

Harriet rió. Desde el momento que Harriet había aparecido en su vida, Frankie había pensado en praderas, indios y hombres que vivían en libertad.

—¿Te apetecen unos huevos revueltos con tostadas antes de salir a por tus artilleros? —preguntó secamente, pero sonreía al pasar junto a Frankie para ir a la diminuta cocina—. ¿Has leído el informe de Steinkopf desde Varsovia? —gritó mientras buscaba los huevos en la nevera.

—No.

Frankie apareció en el umbral.

—Han construido un muro de cemento alrededor de cien manzanas de la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Una pared de dos metros y medio de alto y tan lisa que dicen que ni un gato podría trepar por ella.

—¿Alrededor del gueto?

Harriet asintió.

—¿Cuándo lo han dicho?

—Ahora, por cable.

—Al menos están en sus casas.

—Por ahora —contestó Harriet sin volverse.

Frankie observó la curva de los hombros de la otra mujer. Como una costurera, Harriet Mendelsohn había recogido retazos de noticias sobre los apuros de los judíos desde que los nazis empezaron a apoderarse de un país tras otro, en una especie de

gran barrido. Lo hacía desde que los nazis habían tomado Polonia el año anterior. Escribía sobre los miles de judíos de Varsovia y otras ciudades polacas, que buscaban refugio en Letonia y Lituania y eran rechazados en la frontera. Los suicidios en Varsovia, las expulsiones, los arrestos en masa: lo que oía lo escribía y lo mandaba por cable. Fue Harriet la primera que informó de la propuesta de Hitler al Reichstag en 1939 de que Alemania creara una reserva judía dentro del estado polaco, a imagen y semejanza —había asegurado Hitler a su público— de las reservas de los indios americanos. Cuando Harriet cosió los retales, parecía como si los nazis intentaran movilizar a los judíos, obligarlos a huir, echarlos; por encima de todo, expulsarlos de Alemania.

Pero ¿era algo organizado? Ésa era la cuestión. ¿Y era creíble? Ésta era la inquietud. Se habían oído tantas historias sensacionales y falsas atrocidades sobre Alemania durante la Primera Guerra Mundial que ahora la prensa era cautelosa con las historias de actos deliberados y siniestros contra los judíos. No había parecido posible hasta que a principios de año el Vaticano confirmó que los nazis estaban trasladando a judíos —de Austria, Checoslovaquia y todas partes de Polonia— a guetos. Pero ¿los estaban reuniendo con algún objetivo?, había preguntado el *Times* de Londres hacía un par de semanas. Sí, Harriet empezaba a pensar que sí. La noticia era la de alguna clase de agresión organizada. Y Harriet analizó fragmentos y frases de la política nazi incluidos en largos discursos para contar la noticia, a pesar de que excediera los límites de lo comprensible. Tenía primos en Polonia, y cuando sus cartas aparecían en el bufé del salón, las novedades se acompañaban del alivio de saber que seguían en su casa, en su calle. Seguían allí.

Por el momento, Frankie sirvió dos whiskies y dejó uno en la repisa de la ventana, junto a Harriet. Por el momento. Por el momento. Éstas eran las palabras que presagiaban el terror. ¿Cómo escribir esa noticia? Las tres preguntas de Murrow, que eran el fundamento de todas las emisiones —¿Qué sucede? ¿Cómo afecta a los norteamericanos? ¿Qué dice el hombre corriente?— no se ajustaban a esta noticia. Los retales se unían en una imagen terrible para los judíos, eso podía verlo cualquier persona de su país. Terrible, era terrible. Pero la guerra era terrible. Así era, la guerra era un infierno. ¿Qué se suponía que podíamos hacer para evitarlo?

«Prestar atención —Frankie brindó con Harriet— y después escribirlo todo.» Se llevó su copa al sillón blanco del salón. Recién licenciada en el Smith College, promoción del 32, Frankie había vuelto a Nueva York y al día siguiente se había presentado, ante el asombro de su madre, en el despacho de Max Prescott en el *Trib*. Él había mirado con impaciencia aquella muchacha vivaracha y la mandó directamente a la calle a informar de lo que encontrara. Con el bolso balanceándose al lado del cuerpo, la muchacha caminó, por West Fourth Street, sin saber lo que buscaba, hacia el caos y las fauces de Broadway, y más al este, hacia las fincas de pisos baratos, junto al río. Caminó y descubrió encantada que podía ir a cualquier parte con un cuaderno. No sólo esto, sino que la gente hablaba con ella. La gente

estaba deseosa de ser escuchada. Así, recogió los retazos de lo que veía u oía y los escribió. Seis meses después, Prescott reservó dos columnas —sin firma— para ella con el título de «El pulso de la ciudad».

Hasta el extremo de Hoover y por el otro lado, dentro del New Deal y la gran dentadura del señor Roosevelt, Frankie informó de toda la ciudad, barrios altos y bajos, en zapatos de satén y en mocasines, *Summa cum*, como insistía su madre en presentarla, orgullosa, todavía esperanzada de que encontrara un marido. «*Summa cum* privilegiada», murmuraba Frankie para sus adentros, observando, disfrutando, absorbiendo algo que había visto y dándole vueltas hasta que estaba bien comprimido. No partido. No sin el aire que llevaba dentro. Pero sí comprimido y meridiano. Contando algo sobre vivir. Sobre la vida.

Hasta la noche de la primavera pasada, cuando entró en su casa y oyó a William Shirer hablando desde Berlín por la radio en aquel preciso momento. Frankie se sentó en los escalones y se apoyó en la barandilla, escuchando su voz. Aguda y aflautada, dolorida, no tenía nada que ver con los tonos caoba de Murrow. Pero los minutos en los que habló, todo ese mundo invisible estaba contenido en su voz, en su ritmo medido y tranquilo a través de la distancia y el tiempo. Aquello era el mundo en una voz: lo que estaba sucediendo ahora. En el esfuerzo que hacía por mantener la voz bajo control, en su pronunciación sin acento de las palabras *Führer* y *Herr*, en el desprecio escapado a la censura de un originario del Medio Oeste. Aquella voz contenía más que la noticia, más que las palabras. Dos semanas después Frankie tenía una reserva en el *SS Trieste* y venía sin nada que la recomendara para la radio salvo una carta de Prescott, su máquina de escribir y su sonrisa.

No obstante, cuando vio el «estudio», no mucho mayor que un armario, amueblado con una mesa y una silla viejas y una lámpara iluminando el micrófono colocado sobre la mesa, pesado y rudo como un arma del crimen, casi se echó a reír. Cuán humilde e incierto. Te sentabas a una mesa, escuchando por los auriculares hasta que en Nueva York decían «Le escuchamos, Londres», y entonces apretabas el interruptor a un lado del micrófono y hablabas. Si el tiempo acompañaba, tu voz era relajada, como un corredor de fondo, a través del aire inglés, desde los tubos de vacío a través de los cables y los transmisores, y de algún modo emergía tras el clic y el balbuceo de cinco mil kilómetros otra vez en el aire, en Estados Unidos. O todos los puntos del camino podían fallar en algún momento, y tu voz podía desvanecerse en las ondas.

Mecanografió los guiones de Murrow. Llenó vasos de agua y los dejó junto al micrófono. Encontró a las personas con las que Murrow necesitaba hablar, y se las llevó para que las entrevistara. E hizo lo que había hecho siempre: caminar y escuchar. Caminó por Londres sin plano, doblando calles hacia el sonido de voces en los pubs y en las luces todavía brillantes de los teatros y salas de baile. Hitler avanzaba hacia París. Los ingleses se retiraban en Dunquerque. Defensa Civil repartió máscaras antigás a la población. Los niños fueron evacuados al campo. Y en

las tiendas y en las colas de los autobuses, escuchó a los londinenses comentando estos acontecimientos. «¿Qué tiene que decir hoy el tendero?», le preguntó un día Murrow, y ella había respondido sin pensar: «Bueno, dice que las ovejas no llegarán a ser carne de cordero si siguen cayendo bombas cada noche». Murrow se había reído. Dos noches después, ella salía en antena con él, y *¿Qué dice el tendero, señorita Bard?* había sido un éxito en Nueva York, y el punto de inflexión para Frankie. El esfuerzo del lechero para seguir teniendo botellas; el par de zapatos de hombre intactos en su pedestal en el escaparate bombardeado de una tienda, «dos semanas enteras», se fijó Frankie, tan necesarias en su perfecta paz como el rey. Con zapatos como ésos todavía en pie, Inglaterra sigue en pie. Durante seis meses, Frankie había deambulado y recopilado aquellos retazos de vida. Pero esta noche sería completamente diferente. Sería un reportaje concreto, de hombres en la batalla, y sería todo suyo.

A las nueve, Frankie salió de casa. En la calle, miró hacia arriba para comprobar que las cortinas de su ventana estaban bien echadas antes de dirigirse hacia el oeste, a la estación de Artillería Antiaérea. Al principio de los bombardeos, no se utilizaron las armas de tierra, porque el Ministerio de Guerra consideró que la RAF estaba mejor preparada para echar a la Luftwaffe de los cielos, pero los ciudadanos se volvían locos, esperando como patos, como dijo la señora Preston que vivía dos puertas más abajo de Frankie, «nosotros aquí abajo mientras los aviones zumban y nos bombardean desde arriba». Un mes después, se dio la orden para que la artillería antiaérea abriera fuego —mandando diez proyectiles de 12 kilos por minuto, alzándose ocho kilómetros en el aire—, aunque sólo Dios sabía a qué apuntaban. Porque los hombres —acurrucados bajo sus mantas, con las cuatro armas apuntando a un cuadrante diferente del cielo—, esperando el ronroneo de los bombarderos alemanes, sólo conocían el frío.

Alrededor de las cuatro armas antiaéreas de la Batería 165 en el prado de Kensington Gardens, un puesto de mando con dos observadores echados hacia atrás en sus asientos plegables, con los prismáticos de visión nocturna apuntando al cielo.

—No puede estar aquí, guapa —dijo uno de los observadores, con el ojo puesto en el telescopio.

Frankie buscó sus credenciales de prensa en el bolso y las entregó al otro observador, que había apartado el ojo del cielo y le tendía una mano.

—Puede ser peligroso —repuso, devolviéndole los documentos.

—Para ustedes también —comentó ella.

El hombre gruñó y volvió a observar el cielo.

Frankie se volvió hacia los artilleros. Vio que eran nueve, y muy jóvenes, todos a la espera y alerta.

—¿Qué posibilidades hay de abatir algún avión esta noche?

Se sentó junto a uno de los cañones.

—Tan fina como la cintura de mi mujer —contestó uno de los hombres

suspirando.

—No empieces con tu esposa.

Frankie sonrió al hombre que había hablado.

—¿Dónde está su esposa, soldado?

—En Kent.

A salvo, en otras palabras. En Inglaterra, donde los incendios lejanos de Londres eran la luna nueva en el cielo del campo, negro como la boca del lobo.

—¡A sus puestos! —gritó uno de los observadores, y los hombres que rodeaban a Frankie se despojaron de las mantas y se colocaron en posición: elevador del arma, encargado de la mecha, elevador de cañón, encargado de baqueta, de culata y de munición—. Preparados —gritó el hombre de Kent—. ¡Preparados, señor!

Los hombres que la rodeaban estaban tensos y silenciosos. Encendió su linterna y miró la hora en el reloj, y a continuación anotó la hora y el ruido de la espera a su alrededor. Hombres que tosían. Un silencio con ojos y oídos. Un silencio animal.

Del este, por encima de su hombro izquierdo, llegaba el ronroneo familiar de los primeros aviones alemanes. Volad recto, cabrones, siseó uno de los hombres, con la mano en la ametralladora, volad recto para que os tengamos a tiro. Frankie se puso el casco y se apretó contra la pared donde estaban dispuestas las ametralladoras.

Bum. La primera descarga salió de una de las ametralladoras, rugiendo hacia el cielo y el avión que nadie podía ver, pero cuyo sonido los observadores intentaban interpretar gritando coordenadas. La primera descarga fue seguida inmediatamente por otra, y las ventanas de las casas alrededor del parque vibraron a la mortecina luz y estallaron. Cristales rotos salieron proyectados hacia la calle. Más descargas explotaron una tras otra hacia el cielo, y la metralla de las armas cayó ruidosamente sobre los tejados, como bailarines de zapateado sin música. Murrow había sopesado la posibilidad de mandar un camión de grabación con ella, pero aunque ella hubiera podido oír el sonido de la voz del hombre en aquel momento instándola, «Entra, Frankie, entra», era demasiado brutal, demasiado fuerte, y no habría podido decir nada más que «es brutal».

—Jodeos —masculló el soldado al lado de Frankie, con la mejilla contra el gatillo.

«Jodeos, jodeos», como una plegaria que el soldado lanzaba y disparaba. Disparaba una y otra vez contra la nada, y Frankie también deseaba coger algo y lanzarlo; y el que todos los disparos volvieran a caer encima de ellos, que cada disparo pudiera atraer la atención de un piloto que volaba sobre ellos, que pudiera mover un dedo y lanzarles una lluvia de muerte tan rápidamente que no la verían venir, no importaba. Ahora, a pesar del frío de la noche de octubre, los hombres estaban sudando, la metralla rugía en respuesta a los gritos de los observadores, en mangas de camisa y manejando las ametralladoras como si fueran instrumentos de percusión. «Vamos, vamos, vamos», aullaban los tiradores escupiendo fuego, y las luces se volvían de color verde y azul eléctrico brillante y la cordita les quemaba en

el interior de la garganta. «Vamos, vamos, vamos, cabrones.» Cargaban a toda prisa la metralla, como estibadores letales y esperanzados, una y otra vez hasta que uno de los observadores ordenó parar.

Algunos hombres sólo se echaron en el suelo junto a las ametralladoras que habían estado disparando. A Frankie le temblaban las piernas. Se había acabado. No les habían tocado. El silencio repentino, la ausencia de explosiones, era ensordecedor.

—Dios mío, qué valientes sois —dijo Frankie en medio de aquel silencio exhausto.

—Es nuestro trabajo, señorita —respondió alguien jocosamente en la oscuridad.

Otro hombre soltó una carcajada.

—Cállate, Jack.

—Pero es verdad.

Estaba a punto de llorar y quería reír al mismo tiempo.

Una ráfaga de aire nocturno la golpeó, así como el sonido de las bombas cayendo, a lo lejos, por el oeste. Pasó una densa racha de humo cuando el viento cambió y llegó del río transportando el hedor de las explosiones. Alrededor de ella, parecía que algunos hombres se hubieran dormido. No había velo, no había telón que los separara de lo ocurrido fuera de la vista, «allí». Esto era lo más impactante. Esto había sido siempre lo más impactante, y a Frankie le parecía que era lo más importante que la gente debía saber. Allí no había nada entre la guerra y tú. Recogió la bolsa y se alejó en silencio, como si estuviera en la habitación de un bebé, eufórica y agotada, dando vueltas frenéticamente en la cabeza a lo que diría en antena.

Era esto, ¿no? La nada entre medio. Ese aire escaso entre la pareja que se besaba aquella noche: sus cuerpos apoyados el uno en el otro antes de bajar al subsuelo era el mismo aire entre los tiradores y las bombas, y era el mismo aire que transportaba su voz al otro lado del mar, con las ondas sonoras, a personas que escuchaban sentadas en sus sillones en casa. Un artículo de periódico tenía que estar fundido en plomo, las palabras tenían que estar atadas y bien atadas, impresas sobre papel, dobladas y entregadas a los chicos que gritaban en las esquinas «Extra, extra», con el artículo en la mano, la historia compactada. En la radio, la historia fluía en el aire, de labios a oídos —como un secreto hallando su lugar más inmediato en los oscuros recovecos del cerebro—, la cúpula celeste hundiéndose en el espacio, y el mundo convirtiéndose en una gran galería susurrante para todos nosotros.

Una explosión tremenda resonó sobre sus cabezas y después descendió la antorcha brillante de una bomba incendiaria surcando el cielo. Frankie se paró de golpe y empezó a contar, como si contara los kilómetros entre el trueno y el relámpago. La parte baja de los globos de fuego plateados navegando sobre la ciudad reflejaban las llamas, transportando su color de lado a través de la oscuridad. Bum, llegó como respuesta. A salvo. No sabía cuándo había empezado a contar, pero ya no sabía no hacerlo. Se imaginaba que había caído un par de kilómetros delante de ella, en alguna parte cercana al Parlamento. Caminó hacia delante, esperando que sus ojos

se adaptaran otra vez a la oscuridad. Por delante de ella, la línea de pintura blanca que Defensa Civil había pintado en el suelo para guiar a las personas por las calles sin iluminación se acabó de golpe, elevándose un metro donde habían pintado los círculos alrededor del tronco de un árbol.

—¡Vigile dónde pisa! —exclamó alguien a su lado.

—Perdone —se disculpó ella, después de que pasara la apresurada silueta oscura.

Tardó más de una hora en llegar a Broadcasting House. La densa niebla de humo le obstruía los pulmones. Se levantó el cuello del abrigo hasta las orejas, caminando hacia las ruinas y las llamas. Había coches aparcados junto a los lugares bombardeados, ordenados como taxis frente a los teatros al final de la función, y una mujer en un camión cantina sirviendo té. Negro y rojo, y el resplandor azul de la extraña luz nocturna captó el brillo del capó de un coche que pasó veloz bajo la luna llena.

—Estás horrible —observó Murrow mientras ella colgaba el abrigo sobre el de él en la puerta del estudio.

—Pues, muchas gracias, señor Murrow —contestó Frankie, sentándose en la silla.

—¿Qué tienes?

Ella sonrió.

—Es de locos, Ed. Esos chicos disparando una descarga tras otra hacia el cielo. No se ve nada, y al cabo de un rato de estruendo y armas y de bam, bum, catapum, una y otra vez... bueno, empiezas a dejarte llevar —dijo—, es como esquiar, bajando y bajando hacia la blancura, sin pensar en nada, abandonándote.

Calló.

Tom había dado la señal de los cinco dedos a través del cristal por detrás de la cabeza de Murrow.

—Hacemos la apertura —dijo Murrow— y después entras tú y lo explicas, lo explicas tal como has empezado ahora, y con esa ronquera en la voz, Frankie. No la pierdas.

Ella asintió y cuando Tom dio la señal y se encendió la luz y Ed la miró y empezó a introducir la noticia, sonrió y respondió y entonces él también desapareció y ella cerró los ojos como hacía siempre y sencillamente comenzó a decir lo que tenía que decir a su madre —imaginándosela sentada al lado de la radio negra del salón del número 14 de Washington Square— sobre los hombres y el frío y el ruido y el impulso que te empujaba a luchar —era eso, ¿no?—, cómo la sangre rugía hacia la luna con la metralla y cuán diferente era estar sentada en un refugio bajo tierra.

«Pónganse en el lugar de alguno de estos hombres —dijo cuando llegaba al final—. Ninguno de ellos quiere ser abatido. Aun así, se apodera de ti un frenesí alborotado y embriagador en que coges tu corazón en las manos y te lanzas directamente a las fauces del peligro, olvidas el peligro. Que sea lo que Dios quiera, piensas, estoy en manos de Dios —sonrió— y de algunos hombres. Aquí, cierras los ojos, haces tu trabajo, y te lanzas... sea lo que sea.»

—¡Dios santo!

Harry Vale se volvió en su sillón en Franklin, Massachusetts, para mirar el aparato de radio.

«Frankie Bard, desde Londres. Buenas noches...»

Harry apagó la voz de la muchacha y se quedó sentado, inmóvil. Estrangulado en la voz de la mujer había oído el apremio por perseguir un fin, el salto que das hacia el peligro cuando lo único que puedes hacer es mirarlo a los ojos, porque lo que tenga que pasar pasará. Harry había olvidado lo que se sentía. Demonios, la había oído sonreír, a pesar de que era más de la una en Londres, y las ocho ahí. Se puso de pie sin pensar, apagó la luz de la salita y cogió la chaqueta del respaldo de la silla. En la oscuridad de la habitación que se alargaba por encima del taller de su garaje, se quedó de pie escuchando.

La sirena antiniebla gemía en Long Point. Harry se abrochó la chaqueta y caminó por el pasillo débilmente iluminado.

Pasó junto al pequeño dormitorio que había cedido a Otto Schelling en primavera, y vio que el alemán se había vuelto a dormir con la luz encendida y completamente vestido. Durmiendo, con el fino cabello rubio caído sobre las mejillas y la almohada, parecía un niño. El día que Flores lo había traído en el autobús de Nauset, el hombre se había quedado un buen rato en la calle, donde antes estaba el autobús, y era una tarde fría, a pesar de ser abril. Despejada y suficientemente fría para asustar a los tulipanes y que no intentaran salir hasta pasado otro mes. Mucho después de que el autobús se marchara, Harry observó a Otto a través del cristal del café, quieto en su sitio, totalmente atascado, como si se hubiera quedado sin gasolina. Agotado y perdido, a Harry le pareció que el hombre permanecía allí como si esperara que el mundo dejara de girar.

Flores diría después que había sido raro. Que llegara aquel alemán sin más ni más y se quedara.

Harry se encogió de hombros.

—¿Por qué está aquí, Harry? Es lo que yo me pregunto.

—Puede que sea judío —contestó Harry.

Harry cerró la puerta de Otto, bajó la escalera y salió por la puerta hacia la noche. No había nadie en la calle, y el pueblo estaba a oscuras exceptuando las tres farolas que el año pasado habían colocado con gran fanfarria y que iluminaban las tres manzanas del centro de la ciudad. A su lado estaba el parque, el ayuntamiento, y al otro lado de la calle, la oficina de correos. A su izquierda, y desvaneciéndose en la oscuridad, la carretera ascendía hacia la colina y más allá. Era la hora de la radio en toda la calle, la hora antes de acostarse. Harry sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió, mirando unos faros que se acercaban lentamente a él desde las casas del otro extremo del pueblo. Las luces iluminaron las vallas de madera y entonces, durante un instante, iluminaron el asta blanca de la bandera de la oficina de correos,

que se alzaba por encima del pueblo como el dedo de un fantasma señalando hacia la noche. Harry frunció el ceño. Con aquellas luces, el asta de bandera marcaba claramente el centro del pueblo. Debería hablar con Iris para que cortara la parte superior, pensó, levantando la mano para saludar al coche. Al tocar la bocina al pasar, la cara del médico resplandeció brevemente bajo la luz reflejada en el rótulo de la gasolinera, y entonces detrás de él todo fue oscuridad, una oscuridad que atraía a las dos luces rojas traseras hacia la colina.

Iris. Harry sonrió tontamente. Casi podía oírla: «¿Quieres que corte el asta de mi bandera? Bueno». Asintió, todavía sonriendo, pero no era una broma. Al otro lado de la calle estaba el paseo de la playa. Más allá de la arena gris todo era negro. Y más allá, por espacio de dieciocho meses, Hitler se había apoderado de Checoslovaquia, Polonia y Francia, y estaba por ver si podría cruzar las veintiuna millas del Canal y marchar triunfalmente por Dover Road hacia Londres. Harry miró hacia la inmensa oscuridad y tiró su cigarrillo al canal. Se volvió en la dirección del doctor Fitch, pero estaba negro como la boca del lobo, las luces rojas habían desaparecido, el pueblo volvía a estar sumido en la oscuridad. Y entonces Harry se volvió y miró hacia el agua, donde la guerra les estaba esperando a todos.

3

En la parte trasera de la oficina de correos, el viento soplaba directamente desde el agua sobre la sala de alto techo de clasificación, y tras un par de horas de trabajo Iris estaba entumecida de frío. Era de tierra adentro y estaba acostumbrada a la nieve en invierno, pero el viento que soplaba desahogado a través del Atlántico se introducía en todas partes y tomaba posesión de todo lo que podía. La mujer sacó el mapa escolar de su tubo y lo desplegó sobre la mesa. El mundo verde y bien definido de antes de la guerra se desplegó ante ella.

Allí estaban Francia y Alemania. Austria. Inglaterra. Polonia. Letras impresas en líneas rectas en el reconfortante tipo escolar; el mundo tan bien ordenado como lo estaban ahora los hombres. Desde que había empezado el alistamiento en octubre, cada número de cada hombre se sacaba a mano de la urna de cristal del Ministerio de Guerra y se registraba; las carreteras y las líneas de ferrocarril estaban llenas de muchachos norteamericanos, a quienes enviaban por todo el país, con sus uniformes oliváceos, consultando libros y mapas extendidos en los asientos demasiado estrechos, trasladándose de Ohio a Omaha. Tennessee. Georgia. Las Carolinas. Los dos hermanos Snow se marcharían los primeros del pueblo, después un Wilcox, un Duarte y un Boggs. Johnny Cripps y el doctor Fitch tenían unos números demasiado altos, lo que era lo mismo que no haber sido llamados. Ya no los necesitarían.

Pero Iris James había encargado un mapa de todos modos. Y ahora Florence Cripps, propietaria de la pensión más grande del pueblo, se paró en el umbral del vestíbulo de correos y dejó su bolso en el suelo. Robusta y guapa, con el pelo rubio permanentado y un buen vestido de seda, la señora Cripps destacaba como un toldo a rayas sin fiesta, estudiando la escena que tenía ante ella. Debía prestar toda su atención, porque la funcionaria más conocida de Franklin estaba lejos de su ventanilla, sentada en un taburete, clavando cuidadosamente con tachuelas un gran mapa escolar del mundo, cubriendo con despreocupación las caras de los Más Buscados.

—¡Iris! ¿Qué haces?

—Colocar un mapa —contestó la cartera, pegando un rotundo golpe con un martillo a la última tachuela.

—Pero, Iris —dijo la señora Cripps razonablemente, deseando sólo señalar con un dedo amable, no sacudirlo—. ¿Y si alguno pasara por aquí? —Se acercó a Iris—. Estaríamos perdidos. Nunca reconoceríamos a los elementos criminales aunque estuvieran entre nosotros.

Iris bajó del taburete y abrió la puerta de la gruesa división de roble entre el vestíbulo y la sala de clasificación, al fondo de la oficina de correos.

—En toda tu vida, Florence, ¿has reconocido jamás a uno de los hombres de esos retratos?

La señora Cripps se tomaba todas las preguntas en serio, y dado que la señorita

James era una funcionaria federal, sopesó su pregunta aún más de lo normal. No, sacudió la cabeza, no podía afirmar que jamás hubiera reconocido alguno.

—Pues ya lo tienes. Hasta hoy te ha ido bien. No tiene por qué cambiar.

—Pero ¿un mapa, Iris? Ni siquiera nos hace falta saber dónde estamos.

Iris se volvió.

—Si entramos en guerra, es mejor que sepamos adónde van nuestros chicos.

—Nuestros chicos no se van a marchar. —A la señora Cripps no le gustó la facilidad con la que la mujer había dicho «nuestros chicos». No le correspondía a ella hablar así—. El presidente lo ha prometido —siguió Florence—. Y Churchill ha dicho que no necesita que le mandemos a nuestros chicos, «ni este año, ni el próximo —recitó con las palabras resonantes del primer ministro—, ni ningún otro». Lo ha dicho.

Iris se encogió de hombros.

—Tendrán que ir.

—Ah, y ¿cómo es eso?

Iris se guardó el lápiz detrás de la oreja.

—Los ingleses no son suficientes, Florence. Nunca lo han sido. ¿Qué tienes?

Irritada, la señora Cripps le entregó una carta. Iris se la llevó y reapareció detrás de la ventanilla; pesó la carta en la balanza.

Cuando el año pasado se corrió la voz que una mujer soltera se haría cargo del empleo del viejo cartero, Snow, hay que reconocer que hubo dudas. La señora Cripps se aseguró de estar junto al fregadero observando desde la ventana de la cocina cuando entró en el pueblo el autobús con la nueva cartera. Inmediatamente, la figura impecable de la mujer y la boina negra sobre los cabellos lisos rojizos la alarmaron. Debería prestar atención.

—Yo diría que se las arreglaré —había mascullado Johnny Cripps junto al codo de su madre.

—Me da igual si se las arregla o no, siempre que no nos deje plantados —contestó la señora Cripps—. Aunque es un misterio que el gobierno de Estados Unidos considere correcto contratar a una mujer soltera mayor para un puesto de tanta influencia, cuando hay tantos hombres aquí que no encuentran empleo en este momento.

Madre e hijo observaron a la nueva cartera siguiendo a Flores, el conductor del autobús, por la acera hasta la escalera de la oficina de correos, donde el hombre dejó las tres maletas de la mujer, se tocó el ala blanda de su sombrero y se marchó. Vieron cómo la mujer se quitaba la boina y se la guardaba lentamente en el bolsillo del abrigo. Pero no se movió, parecía sumida en una larga consideración sobre el sólido edificio de ladrillo que tenía ante ella. Entonces, antes de abrir la verja, la nueva cartera se había vuelto y había dirigido una larga mirada hacia el pueblo.

—¡Vaya! —exclamó la señora Cripps—. ¡Aquí no encontrará a nadie con quien casarse!

—A lo mejor no lo busca.

—Todos lo buscan. —La señora Cripps sonrió a su hijo peligrosamente—. Aunque no lo sepan.

Como una piedra lanzada contra una bandada de pájaros, los rumores emprendían rápidamente el vuelo cada vez que se mencionaba a la cartera. La señorita James era agradable a la vista, aunque nadie sabía explicar por qué. Era alta y fuerte, y llevaba el jersey azul marino de uniforme del Departamento Postal abrochado en el cuello y colgando sobre los hombros como una capa, dejando así sus brazos pecosos libres para moverse con el esmero deliberado de un mensajero o una ardilla.

Aquella imagen, por supuesto, ignoraba los labios de la cartera, pintados de un rojo intenso y atrevido, que alarmaba a algunos, hasta que la temperatura de aquellos labios pudo ser tomada por las mujeres casadas de la ciudad. Sin embargo, unos días después quedó claro que no había nada de lo que preocuparse, nada más siniestro que una baliza de canal en la boca de un puerto bien gestionado.

No, vieron claramente que los motivos de la señorita Iris James se comprendían mejor al echar un vistazo a la oficina de correos de Franklin. Como en las casas de todos, el espíritu de la mujer se había insinuado allí firmemente. Dentro del vestíbulo, la papelera se vaciaba con regularidad, y los blocs de formularios de transferencias estaban firmemente apilados sobre la mesa contra la pared. Los pósteres del gobierno en blanco y negro nunca tenían ocasión de agitarse descuidadamente con la brisa, porque estaban bien clavados por las cuatro esquinas sobre el gran tablón de anuncios, a un lado de la ventanilla de la cartera. Ni una sola vez durante el turno de la señorita James hubo sobres arrugados, pedazos de cartas o catálogos rasgados en el suelo bajo las hileras de cajas de apartados postales de metal, como sucedía en algunos pueblos de Cape. Uno podía entrar cada día e inmediatamente experimentaba la sensación de calma que emana de una rígida adherencia a una rutina implacable.

—Yo sólo creo que deberías ser más cuidadosa, Iris —dijo la señora Cripps arrugando la nariz—. Ese alemán ronda por aquí, y lo sabes. La otra noche volvía a casa y la luz de su ventana sobre el garaje de Harry estaba encendida, sin cortinas, ¿comprendes? Podía verse tan claramente como la luz del día sobre el agua, brillando a través del cristal. Y entonces la apagó. ¿Qué deduces de eso?

—Que iba a acostarse.

Iris tiró el sobre en la saca.

—Sí. —Florence inclinó la cabeza—. Sí, eso pensé, pero entonces, no me había alejado mucho, cuando volvió a encenderse.

Iris no contestó.

—Podría ser una señal, Iris. Podría formar parte de una invasión alemana, ser su hombre avanzado sobre el terreno.

Florence soltó la frase, impresionada consigo misma.

—Tiene a su esposa allí —dijo Iris con toda la ecuanimidad de que fue capaz—. En un campo de refugiados. En Francia.

—Es lo que él dice.

—Sí —contestó Iris rápidamente.

—Lo he leído todo sobre esos campos —dijo Florence, sorbiendo por la nariz—. No hace falta que me cuentes nada. Pero, a ver, ¿por qué está allí su mujer? Habrá hecho algo para que la retengan, al menos tuvo que destacar por algo.

—Supongo que no tendría los documentos en regla.

—Exactamente. —Florence asintió con aire triunfal—. A eso iba. Debes ir con cuidado. Debes vigilar, estar alerta. Es horrible, pero sinceramente, los franceses ya lo han pasado bastante mal sin necesidad de esa gente, judíos y lo que sea, desplazados por la guerra, huyendo por toda Europa, montones de personas que llegan sin más ni más, como si no tuvieran ya bastante. Primero los alemanes, ahora esto, y puede que ella no lo sea, pero algunos son peligrosos, de eso puedes estar segura...

—Creo que el pobre lo ha pasado muy mal —interrumpió Iris para hacerla callar.

Otto Schelling iba cada día a correos con una carta dirigida a «Frau Anna Schelling, Gurs Ilot K 20, Francia», y los jueves, le añadía una transferencia que Iris rellenaba con la cantidad de cinco dólares, ganados trabajando en el garaje de Harry. Hundidos y azul oscuro, los ojos del hombre la miraban desde muy lejos cuando ella le hacía las preguntas de rigor —«¿Cómo está? ¿La misma cantidad que la semana pasada?»— y cogía los billetes de un dólar que él empujaba hacia ella, y le entregaba un recibo. Escribía una carta cada día. Y todavía no había recibido ninguna respuesta. Cada tarde, se volvía y se marchaba tan silenciosamente como había venido, con el agotamiento de un hombre que se lanzaba contra la pared cada día, y lo haría una y otra vez, hasta que la pared se quebrara.

—Todos debemos ser cautelosos, Iris. —Florence estaba decidida a ser indulgente—. Es lo único que quería decir.

—¿Cautelosos con qué?

Las puertas se habían abierto para que entrara Marnie Niles.

—Sabía que te encontraría aquí, Florence —declaró, satisfecha.

La señora Cripps arqueó las cejas mirando a Iris, como para señalar el fin de su conversación, antes de volverse a mirar a Marnie. Pero su atención se desvió hacia la cabeza de Emma Fitch envuelta en un pañuelo amarillo anudado quién sabe dónde, que estaba cruzando la puerta abierta.

—Es realmente menuda.

—Sí, sí que lo es —convino Marnie.

Las tres mujeres miraron cómo Emma se alejaba. A Iris le caía bien «la pequeña novia» como parecían llamarla todos en el pueblo. Participaba en las conversaciones animosamente, ofreciendo comentarios sobre lo que pensaba su marido, lo que estaba decidido a intentar, ejerciendo el papel de la esposa del médico como se esperaba de ella.

—¿Necesitas algo? —preguntó Iris a Marnie Niles, quien sacudió la cabeza.

Iris volvió a la habitación trasera, donde el montón de correo de la mañana sin clasificar seguía sobre la mesa. La mayoría de la gente no se aventuraba a pasar por allí hasta después de las once, cuando ella levantaba la cabeza de las cartas de la mesa y encontraba el vestíbulo casi lleno, como si alguien hubiera convocado una reunión. Las mujeres reunidas en el vestíbulo hablaban rápida y mecánicamente, e Iris sólo las escuchaba a medias.

—Es misterioso.

—Misterioso e imperdonable.

—Eso es ir un poco lejos, Marnie.

—No, querida, ¡es imperdonable que un hombre se case con una mujer débil!

—Pero es de suponer que le guste cuidar de ella. Tal vez eso le haga sentir más fuerte.

—Un hombre cuida mejor de una mujer que no dependa de él —dijo Marnie altivamente—. Will Fitch se las verá y se las deseará ahora que ha elegido a una chiquilla de ciudad... y de fuera.

La voz de Marnie se apagó cuando Iris volvía a la ventanilla con cartas que necesitaban franqueo.

—Por supuesto que es de fuera —insistió Florence—. ¿Con quién iba a casarse Will después de lo que hizo su padre?

Iris levantó la cabeza. ¿Qué habría hecho el padre de Will?

—¿Recuerdas cómo, después de todo, él se quedó de pie en el fondo del jardín, vestido de algodón de pies a cabeza, como uno de los criados de los veraneantes, con el cuello y los hombros hundidos, mirando el parterre de rosas?

—¿Qué podía hacer?

—Debería haberse marchado —contestó secamente la señora Cripps—. Cualquiera con un poco de vergüenza se habría ido, en lugar de quedarse. Piensa en los Alden y los Dale. Lo perdieron todo. Todo. Y él, en cambio, seguía con sus rosas.

—De todos modos... —reflexionó Marnie, metiendo la mano en su casilla y sacando un único sobre—, fue difícil para Mary.

—Para las esposas siempre es peor —asintió misteriosamente la señora Cripps—. Es como si todas fuéramos novias indias.

—¡Por el amor de Dios, Florence! —Marnie se echó a reír—. ¡Deberías dejar de comprar el *National Geographic*!

Su risa aleteó detrás de ella como cintas mucho después de que cerrara la puerta.

En vista de que la señora Cripps no tenía intención de marcharse, Iris se dispuso a introducir el correo en la máquina de matasellar. Los sobres se deslizaron bajo el rollo de la máquina: «18 de noviembre, 24 h. Franklin. 18 de noviembre, 24 h. Franklin, 18 de noviembre, 18 de noviembre, 18 de noviembre». Las cartas salían rápidamente por el otro lado, con cada giro que daba Iris a la manivela. El último sobre se había atascado y tuvo que darle un tirón para sacarlo por el otro extremo de la máquina.

—Supongo que es el poder —comentó la señora Cripps sin ceremonias a Iris;

evidentemente terminando alguna conversación consigo misma— lo que es atractivo de un trabajo como éste.

Iris dirigió una mirada breve a la señora Cripps.

—Al fin y al cabo, sólo hay que ver lo que pasa por tus manos.

Iris sintió que se ruborizaba. ¡Esa mujer! Y encima la máquina no funcionaba bien. El siguiente sobre se atascó exactamente en el mismo sitio. Tiró de él y vio fastidiada que la fecha se había emborronado. ¿18? ¿19 de noviembre? Iris se lo acercó a los ojos. No, no se veía bien. Podría deducirse fácilmente que hoy era diecinueve.

—¿Qué problema hay? —preguntó la señora Cripps solícitamente.

—La fecha.

Iris dejó el sobre. Tendría que escribir una nota a Midge Barnes, el inspector postal de Nauset. Maldita sea.

—¿Crees que importa? —preguntó la señora Cripps, pegándose como una babosa. Nunca había visto a la cartera enfadada—. Un día u otro, el correo llegará de todos modos.

Iris había cometido el error de esperar que el fallo se hubiera arreglado, pero el tercer sobre había pasado y había quedado suspendido en algún punto entre el 18 y el 19 de noviembre.

—Sí importa, señora Cripps —estalló Iris—. Importa mucho.

La máquina parecía la misma de siempre. La miró fijamente, con irritación. Su armazón azul estaba allí tan tranquilo, como si no hubiera hecho nada malo. Sabía que era una tontería, pero esa clase de sucesos inexplicables la sacaban de sus casillas. Podía soportar que la leche tuviera fecha de caducidad en el estante, que los seres humanos tropezaran y cayeran, que unos cielos perfectamente despejados se oscurecieran de repente y lloviera, pero se negaba a aceptar que esas cosas ocurrieran sin ninguna razón. Alguien había dejado la puerta de la nevera abierta, alguien no había mirado por dónde iba. Pero la máquina de franqueo...

La puerta del vestíbulo se abrió de golpe y Florence se volvió para ver quién era. Su cara se animó con una gran sonrisa.

—Hola, Harry —dijo, voluptuosamente—. La señorita James tiene problemas con la máquina.

Iris puso cara de exasperación.

—¡Ah! —exclamó Harry—. ¿Qué ocurre?

La señora Cripps decidió que tenía mucho que contar a Marnie Niles. Que Harry se había peinado, para empezar. Y, al cruzar el vestíbulo, vio sin tener que mirar que la temperatura había subido ligeramente detrás de la ventanilla. «Oh —sonrió para sí misma—, llegaré al final de esto.» Se volvió hacia Iris y dio un golpecito al mostrador.

—Adiós, señorita James. Tengo cosas que hacer. Buena suerte con esto —dijo intencionadamente.

Harry dejó la taza que llevaba en la mano y miró la máquina de franquear.

—¿Te está dando problemas?

—Sí —contestó Iris, ruborizándose, consciente de repente de que estaban solos los dos en la oficina de correos—. Se atasca.

—Le echaré un vistazo.

Iris empujó la pequeña máquina hacia Harry. Él la levantó y la sacudió. No hizo ningún ruido. Entonces la depositó cuidadosamente y buscó un destornillador en el bolsillo, mirando a Iris como si le pidiera permiso. Ella asintió.

—¿Qué crees que le ocurre?

—Ni idea —respondió él con la alegría del que ha vivido siempre rodeado de máquinas—. Las cosas se rompen.

¿Cómo era posible que no lo supiera, o que no le importara no saberlo? Iris observó mientras él aflojaba los cuatro tornillos que mantenían asegurada la pieza frontal. El interior de la máquina se parecía al engranaje de un reloj y los martillitos con las fechas, a campanillas. Harry se inclinó y sopló hacia el centro de la máquina, se apartó y miró, después volvió a soplar. Iris le miraba los dedos. No se habían dicho nada, nada de nada, exceptuando esta especie de intensa atención. Él iba cada día a recoger su correo, y aunque al principio Iris creía que debía dar alguna señal de que estaba a punto, se dio cuenta de que aquel lento confort sin palabras entre ellos era una especie de movimiento: el principio de un baile. Sin prestar mucha atención, Harry volvió a montar la pieza y la atornilló rápidamente.

—Ya está —dijo, empujándola hacia Iris—. Prueba a ver si funciona.

Ella metió un papel en blanco en la ranura de franqueo y giró la manivela. El papel cayó sobre el mostrador, delante de Harry.

—«Dieciocho de noviembre, 1940» —dijo.

—Estupendo —se oyó decir Iris—. Gracias, señor Vale.

—Harry.

Ella le miró.

—Harry —repitió él bajito—. Llámame Harry.

Iris se ruborizó y miró al suelo.

Él se aclaró la garganta.

—Oye.

Ella abrió el cajón de los sellos con el corazón acelerado.

—Quería preguntarte algo.

Las hojas de sellos estaban perfectamente colocadas delante de ella.

—¿Qué te parecería bajar un poco el asta de la bandera?

Oh. Levantó la cabeza, desilusionada. Era un funcionario municipal hablando con otro funcionario. Nada más.

—¿Por qué?

—Bueno —vaciló—, me parece que sobresale mucho, que llama demasiado la atención.

A regañadientes, Iris sonrió.

—¿Esto es lo que parece?

—Si los alemanes realizan un avistamiento de la ciudad, podrían orientar su rumbo con esa pértiga.

Hablaba con seriedad.

—Tendría que hablar con el inspector del servicio postal —contestó Iris, y cerró el cajón.

—Me parece bien.

Bajó la cabeza, pero no hizo ningún gesto para marcharse.

Sólo había venido a preguntar por el asta de la bandera, se dijo Iris, acaloradamente. ¿Para qué más estaría frente a su ventanilla? Sería mejor atenderle y acabar de una vez.

—¿Necesitas una caja, Harry?

Él palideció y miró la taza sobre el mostrador que había entre ellos.

—¿Una caja?

—Sí —respondió ella. Estaba muy pálido, la verdad—. Para mandarla —añadió.

—Yo...

Iris señaló la taza.

—¿Te la mido?

Y sacó la cinta métrica de la cintura, para medir la altura y la anchura.

—Con una caja pequeña será suficiente —decidió, y desapareció detrás de las cajas de clasificación del fondo de la sala, donde se guardaban los artículos necesarios para los paquetes.

—También he traído papel. Una taza tan bonita debe envolverse con esmero.

—Ya.

Harry apoyó los codos en el mostrador.

Con destreza, Iris dobló el grueso cartón por los pliegues y levantó los lados dándoles forma de caja. Arrugó el papel y colocó cuidadosamente la taza dentro. Él parecía cautivado por las manos de ella, lo que hizo que ella trabajara aún más deprisa para poder quitarlas de en medio. Por fin, la caja quedó bien cerrada.

Entonces lo miró.

—¿Adónde?

—A ti —dijo él.

Iris parpadeó y se colocó la manga del jersey que se le había deslizado del hombro.

—¿Cómo dices?

Harry puso las manos a cada lado de la caja y la deslizó hacia ella.

—Es para ti.

Iris escrutó a Harry unos segundos. Después sonrió muy lentamente.

—¿Puedo abrirla?

Entonces él sonrió y apoyó los codos en el mostrador.

—Adelante.

Cuidadosamente, ella cortó la abertura de la tapa con la hoja de las tijeras que colgaban al lado de la ventanilla e introdujo el dedo para levantarla. La taza estaba allí, abrigada, y ella retiró el papel que acababa de arrugar, consciente de que Harry la miraba, indefenso y esclavizado.

—Es preciosa —exclamó ella, colocando la taza azul de cerámica entre ellos—. Gracias.

—Pensé que te iría bien para el café.

Ella le sonrió.

—Es verdad.

—Bien.

Golpeó el mostrador a modo de despedida, se giró sin decir nada más y se encaminó hacia la puerta.

Iris se ruborizó y miró al suelo. Él cruzó la puerta sin cerrarla, y una pequeña brisa llegó hasta ella.

Una lluvia persistente y fría hizo entrar más y más gente al ya atestado bar del Hotel Savoy, y con ellos el olor a lana húmeda y a cuerpos calientes. Habían vivido ciento veintiuna noches, ciento veintiuna, noche tras noche, y a las personas que quedaban, a las personas que salían a la luz cada mañana, podían perdonárseles los gestos extravagantes, los hurras y los puños levantados. Aunque los bombarderos podían llegar dentro de una o dos horas, y todos lo supieran, ahora mismo nadie pensaba esconderse en los deprimentes agujeros. Londres había salido a la calle. Por ahora, la gente se apresuraba llamándose a voces incluso en aquella noche húmeda y desapacible, desconocidos que se decían «¡Buenas noches! ¡Buenas noches!», lanzando sus voces a la calle, sin sirenas, sin pitidos, sin bombas.

Frankie estaba sentada a una mesa al fondo del bar, entre Jim Dowell, un periodista de Associated Press recién llegado de París, Harriet y Dusty Pankhurst, otro de los muchachos de Murrow. Esa noche no había nada de lo que informar, aparte de la ausencia de bombas. Tampoco habrían podido, pensó Frankie, observando el panorama de la sala: la sala de prensa estaba allí.

—¿Quiénes son?

Pankhurst ladeó la cabeza en dirección a un trío de mujeres que acababan de aparecer en el umbral, sacudiendo los paraguas y riendo, mandando un calor brillante hacia la sala atestada.

Dowell se volvió a mirar.

—Más periodistas glamurosas —explicó, volviéndose otra vez— que vienen donde está la acción.

—Exceptuando lo presente, claro —dijo Pankhurst magnánimamente.

—¿Nosotras no somos glamurosas?

—No sois chicas —se zafó Pankhurst.

—En ese sentido —acabó Dowell sonriendo a Harriet.

Los ojos de Frankie se volvieron con rapidez hacia Harriet, que frunció los labios pero no dijo nada. Hasta hacía poco, sólo había un puñado de mujeres periodistas acreditadas en Europa, pero cada vez había más mujeres abriéndose camino en el ámbito de la información seria de guerra, que llegaban con encargos para escribir sobre dobladillos franceses y sencillamente se quedaban y mandaban reportajes sobre los bombardeos y las colas del pan.

—De hecho... —Dowell suspiró, y echó un vistazo a la sala—, parece que el número de turistas de guerra ha batido el récord aquí.

—Es que llueve, Jim, nada más —replicó Harriet.

—Sea como fuere, muchos americanos no desean entrar en guerra. —Dowell siguió con el tema que había empezado antes de que las chicas aparecieran—. Más del ochenta por ciento.

—Eso da igual. —Pankhurst hizo un gesto desdeñoso. Rubicundo y sudoroso e

imposible de sobrevalorar; hacía tan bien el papel de metepatas que los demás tenían la costumbre de contarle más de lo que deberían—. Eso da igual. El voto para la reelección de Roosevelt se ha convertido en un voto para combatir.

—Y ahora los alemanes están colocando sus piezas en el tablero —aceptó Dowell—. Por lo que sé, el almirante Dönitz pretende que sus submarinos estén en el puerto de Boston el año que viene por estas fechas.

—Tonterías —respondió Pankhurst—. Los alemanes tienen ventaja donde están ahora. ¿Para qué iban a desperdiciar eso? ¿Has visto con qué rapidez hundieron treinta y siete barcos el mes pasado en la bahía de Vizcaya? Se quedarán sin efectivos si pretenden llevar la guerra al otro lado del mar.

—Calla —dijo Dowell cordialmente— y escucha a tus mayores. La semana pasada estuve en el bar de los marineros en Lorient y les oí hablar. Muchas fanfarronadas, claro, pero si escuchas con atención, parece que se está preparando un submarino para cruzar el océano.

—Dios, siempre jugáis con ventaja.

Harriet apagó el cigarrillo.

—¿Jugamos? —preguntó Dowell inquisitivamente.

—Los hombres —aclaró ella.

—Ja.

Dowell apretó el hombro contra el de ella, y Frankie vio que los dos estaban juntos otra vez. Por la mañana serían tres a desayunar en casa.

¿Porque somos mejores sacando información?

Harriet le apartó la cara un poco.

—Porque los marineros no están midiendo el ángulo preciso en el que vuestros pechos navegan por encima de la mesa.

Frankie se atragantó.

—Podéis ser invisibles, podéis ser una máquina grabadora con patas —dijo Harriet con un suspiro—. Y podéis enterrar esa charla de marineros en vuestra sonrisa, mientras la archiváis para más tarde.

—Conozco esa sonrisa. —Dowell sonrió—. Ya, aquí está. —Y sonrió insípidamente, sin ninguna luz en los ojos—. La especial del censor.

—La historia detrás de la historia —convino Pankhurst.

Frankie asintió. Bill Shirer escribía diez minutos de guión para cinco minutos de antena, y Murrow a menudo acababa las emisiones con sudor frío, tras planificar las noticias para que no alertaran ningún radar, adelantándose al censor, esquivando y eludiendo el corte imaginado. Ella ya había aprendido lo que podía decir que había visto —una luna llena podía describirse como luna de bombero— y cómo sembrar la noticia sin que los alemanes, que estaban escuchando, supieran lo que habían oído. Era un desafío, un baile en la cuerda floja. Era la representación de lo que es y lo que no es.

—Me juego algo a que podría sacar algo de allí —musitó Frankie.

—Seguro que sí, preciosa.

—Calla. —Dio un empujoncito a Jim—. Lo digo en serio.

—Pues ya somos dos.

Jim le sonrió.

Frankie brindó con Dowell y se acabó su bebida, observando el movimiento del pelo de Harriet al inclinarse hacia la mano de él que protegía la cerilla, apoyando el jersey dorado contra la chaqueta de Jim, la forma como ladeaba la cabeza al preguntar y responder, acribillándolo con preguntas sobre Francia. Aunque nunca llegaran a ser como los hombres, a Frankie le gustaba esa tierra de nadie desde donde informaban Harriet y ella. Era una mujer, sin duda. Pero esta charla —la conversación franca y curiosa de los periodistas, la droga que era estar allí, anotar todo, conseguir la información— se enquistaba en todos ellos, hombres o mujeres.

—¿Crees de verdad que los alemanes lanzarán un ataque contra Estados Unidos?

Frankie regresó a la tesis de Dowell.

Dowell apuró lo que quedaba de su whisky sour.

—Yo sólo os digo lo que he oído. Lo juro, los hombres de Dönitz aparecerán en el puerto de Nueva York una de estas noches, no harán nada y volverán a casa sonriendo, un triunfo seguro. Y después le seguirán un montón de ellos —miró el vaso vacío con los ojos entornados—, a finales de verano, del cuarenta y uno.

—¿Te apuestas algo?

—Apuesto —asintió Dowell—. Hecho.

—Pues claro. —Pankhurst rió burlescamente—. Eh, Reggie —gritó al camarero, levantando el vaso de Dowell—. El soñador necesita otra.

En una mesa del centro de la sala, Frankie observó a uno de los hombres inclinándose hacia su pareja y susurrándole algo al oído. La muchacha se doblaba hacia él, escuchando. Después sonrió. Frankie miró su vaso y bebió un poco de escocés. Cuando volvió a mirar, un hombre atractivo sentado en un taburete de la barra le sostuvo la mirada.

—Yo os diré por lo que deberíais apostar —dijo Harriet tranquilamente—. Si las cuotas de inmigración en nuestro país se levantarán o no.

—¿Para los alemanes refugiados?

Harriet asintió.

—Veintisiete mil trescientos setenta puestos. Esto es lo que ofrecemos. Veintisiete mil trescientos setenta. ¿Qué cifra tan tonta es ésa? Y por ahora no se modifica, no se ha modificado en dos años, a pesar de que hay torrentes de personas esperando visado. Atascadas aguardando un pedazo de papel.

—Existe el temor a los espías —observó Pankhurst.

—Tú sabes y yo sé que esos refugiados no son espías nazis —replicó Harriet—. Y aunque sigamos denominándolos «refugiados», personas que han dejado sus hogares arrastradas por la guerra y todas esas estupideces, son judíos. Que son obligados a abandonar sus casas. Que son deportados. Que tienen veinte minutos

desde que llaman a su puerta hasta que los empujan como un rebaño por la calle. Veinte minutos para recoger lo que pueden. Que les dicen que se vayan. Que se vayan de Alemania. De Austria. De Europa. Y Estados Unidos no te deja entrar a menos que demuestres que tienes recursos. Así que están atascados. Y lo digas como lo digas, la indiferencia de la burocracia, la crisis de los refugiados, las noticias no se publican en primera página. Lo que les está sucediendo a los judíos se entierra en las páginas centrales de los periódicos. Se considera una noticia secundaria y aún gracias.

—Alguien debería ir y mostrarlo. Describir la imagen de las personas que intentan salir de Alemania. Seguir a una familia. Entonces quedaría claro que no es casualidad que los refugiados sean judíos. Ésta es la noticia que hay que obtener — dijo Pankhurst.

Harriet sacudió la cabeza.

—No se puede. Ya es demasiado oscura para contarla. La semana pasada conocí a una mujer en el centro de refugiados de Marylebone que fue separada de su marido en la frontera entre España y Francia debido a un error de transcripción. Una «n» de menos en el visado de ella. A pesar de que tenía el pasaporte, de que les mostró su nombre como es debido, y de su certificado de matrimonio, la retuvieron veinticuatro horas antes de soltarla. Y entonces él ya se había ido. Y lo único que sabe es que se dirigía a Lisboa y de allí a Norteamérica. Norteamérica, me dijo, como si yo pudiera saber cómo localizarlo. Están separados para siempre, ¿no? No hay forma de reunirlos. Ella no está donde él cree que está, y lo único que puede decir, una y otra vez a todos los que van al centro, es: «¿Eres de Norteamérica? ¿Norteamérica?». Es muy triste. Casi se podría decir que Dios se ha caído del cielo. Que se ha ido. Ésta es la noticia, maldita sea.

—¡Dios! —exclamó Frankie. Inquieta y tensa, golpeó su vaso con la uña. Se agitó en la silla, deseosa de levantarse, deseosa de moverse—. Dios todopoderoso, qué ganas tengo de hacer algo.

—¿Qué pasa, guapa? ¿Es que no te diviertes?

El hombre que la había estado observando desde la barra se había inclinado entre ella y Pankhurst. Tenía unos rasgos clásicos y era moreno y su acento era de clase alta, Oxbridge. Sus ojos se posaron ligeramente sobre la cara de Frankie.

—Siempre —contestó ella.

—¡Ja!

Pankhurst dio un manotazo a Dowell.

—Pues ven a bailar.

El hombre le tendió la mano y Frankie la cogió, mirándolo.

Lo siguió a través de la sala, hacia los bailarines, miró por encima del hombre y vio que Dowell y Harriet también se levantaban y Pankhurst alzaba su vaso hacia ellos brindando. El ruido en el bar del hotel subió de volumen cuando la orquesta empezó a tocar «In the Mood», mandando ráfagas de conversaciones al aire. Fuera, en la fría oscuridad, la ciudad esperaba, pero allí dentro, por el momento, había luz y

existía la posibilidad de reír y la alegre cresta de una pequeña ola levantándose, y el hombre la conducía hacia la pista de baile con soltura, tanta que Frankie sintió un estremecimiento subiéndole por la columna donde él había puesto su mano, y sonrió contra la chaqueta de él. Fáciles y familiares, las horas que tenían por delante se desplegaban con seguridad, debido a la forma como la guiaba y la forma como el cuerpo de ella se adaptaba a la curva de la mano de él. Y se abandonó a lo que vendría como un regalo, un regalo a punto de abrirse lentamente y con toda su atención. La música bajó un poco, y se hizo más lenta, o era él que se paraba un tiempo, un contrapunto, para que ella entrara con más facilidad. Hacía meses que nadie la sujetaba así, aunque se sentía como si hubiera ascendido a la cima de una montaña y pudiera pararse un momento y mirar al vacío, mirar atrás. Él estaba muy cerca de ella y sus labios eran gruesos, y Frankie olió el escocés en su aliento. Todas las bombas y todo el ruido habían quedado atrás por un momento, y en este tiempo intermedio, ahora mismo, el mundo retrocedió y podían tener una hora completa; así que cuando la música cesó y él cubrió los últimos centímetros que había entre ellos, ella abrió la boca bajo la suya y él gimió.

Salieron afuera, a la noche, todavía besándose, y Frankie tropezó contra él; estaba muy oscuro, pero se sentía el olor a madera quemada, la madera quemada de la ciudad, como si..., bromeaba su cerebro, y mantuvo los ojos cerrados, como si se besaran frente a una hoguera y él la hubiera descalzado y le acariciara los pies, y estaban en un sofá y había nieve. Había dejado de llover. Tenía la espalda apoyada contra el áspero ladrillo de la pared del pub y abrió los ojos para ver cómo volvía a besarla, y cuando lo hizo, ella también le besó, con ganas. Por encima del parapeto de su hombro, la gente pasaba en la oscuridad, pasaba por la calle, y cuando él la levantó y ella se hundió en él, gimió en voz alta, y todos los que pasaban, todos lo que miraban, como hacían algunos, porque sucedía muy a menudo, parejas que se apareaban bajo las bombas, en los refugios, a pesar de que abajo había niños; pero abajo estaba oscuro y lúgubre y era como volver a la cueva y la hoguera, y el destello de vida en los ojos del otro, y no importaba el suspiro que se escapaba, el inconfundible «oh oh oh», no pasaba nada, sólo éramos humanos.

Alguien rió en la calle. Alguien rió y Frankie echó la cabeza atrás contra la pared, con el corazón acelerado. Suavemente, él la sostuvo mientras salía de ella, manteniendo una mano en su cintura, con tanta ternura, tanto cariño, mientras se subía la cremallera de los pantalones con la otra.

—Vaya —suspiró ella y sintió que él volvía a apoyarse sobre ella y le devolvió el beso.

Estaban absortos, descansando, de pie y rozándose perezosamente con los labios, cuando por el oeste gimieron las primeras sirenas, lejanas pero inconfundibles. Él se incorporó y ella abrió los ojos.

—Suena como si fuera en Hammersmith —dijo él.

Sonó otra tanda de sirenas, ésta mucho más cerca.

—¿Te acompaño a algún sitio?

—No —le sonrió—. No, gracias.

La sonrisa de él era simpática y muy profunda, y le tocó la barbilla con los dedos. Un globo de barrera pasó rápidamente sobre sus cabezas y tiñó la parte alta de la pared sobre la cabeza de Frankie.

—Hasta luego, entonces —dijo él.

—Hasta pronto —gritó ella mientras se apartaba de la pared para tomar la dirección de su piso.

No había recorrido ni media manzana cuando escuchó algo parecido a un tren de mercancías rugiendo a su lado y sólo tuvo tiempo de apretarse contra la pared antes de que la bomba cayera con una fuerza que la levantó por los aires y la dejó caer contra el asfalto. Otro aullido en el ambiente y otro, y las bombas caían tan cerca que era como si el propio aire temblara. Se quedó quieta en el suelo, demasiado aturdida para moverse o gritar. Le caía polvo encima y entonces alguien gritó desde el otro lado de la calle. Y después otro grito y entonces oyó ruidos humanos alrededor. Un poco más allá sonó una sirena. Dios santo, sollozó. Intentó ponerse de pie, pero temblaba tanto que tuvo que volver a echarse. Era como si el corazón fuera a salirle disparado por la garganta. Se quedó echada y el tiempo retrocedió y la devolvió a los últimos momentos, a la última hora, a las manos del hombre sobre ella y sus labios, ni siquiera sabía su nombre, y se preguntó si él estaría caminando y hacia dónde se dirigiría ahora.

Alguien gritó. Frankie se sentó y entonces buscó su bolso, que había saltado de la acera a la calzada, se levantó y empezó a caminar. Los alaridos continuaron y, por primera vez en todos aquellos meses, deseó echar a correr y tuvo que hacer un esfuerzo para caminar en la oscuridad. Estaba muy oscuro. ¿Dónde estaban las bombas? Avanzó por la calle. «Por favor —sus pies se movían—, por favor, por favor, dejadme llegar al final de la calle. Dejadme cruzar y llegar a la otra calle. Dejadme llegar a casa», suplicaba. Había cuatro manzanas entre ella y su vivienda.

Tropezó incluso antes de que se oyera el sonido, el estallido de las ventanas como preludio del desplome de las paredes hechas pedazos que seguiría. Bum, un sonido tan brutal que se balanceó en la boca de su estómago y, por un momento, fue como si le agarrara el corazón y también lo sacudiera. Bum. La metralla rebotó en los tejados. Directamente encima, a unas tres o cuatro manzanas, estalló otro obús y Frankie se lanzó hacia la barandilla de las escaleras del sótano del edificio que tenía al lado. Entonces un tercer obús estalló sobre su cabeza y ella bajó corriendo la escalera y la puerta se abrió y tiraron de ella hacia dentro. Estaba a salvo, le dijeron. A salvo. Bajo tierra por primera vez en todos los meses que llevaba viviendo en Londres. Bajó la escalera entre un mar de manos que tiraban de ella, «Ya está, cariño, con cuidado, muy bien», hasta que llegó a un hueco, se sentó apoyada en una pared y recuperó el aliento. Al principio lo único que oyó fue la respiración de la gente. Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la oscuridad y distinguió lo que parecía una familia al lado de

ella, todos profundamente dormidos en hilera, el padre abrazado a la madre que estaba abrazada a los hijos, una forma tapada con una manta que protuberaba en la oscuridad, como una roca de granito inclinándose hacia el mar. Después de ellos, podía oír respiraciones pero no distinguía cuántas personas dormidas había, ni siquiera el tamaño del refugio en el que se había metido.

Arriba estaba todo muy silencioso. Demasiado. Como si las bombas los estuvieran buscando. Alrededor de ella, los que no dormían miraban hacia el techo. Había oído decir que Murrow se negaba siempre a bajar a un refugio, convencido de que perdería los nervios. No existía la seguridad del grupo, todos lo sabían. Sin embargo, la sensación era intensa; en la oscuridad, mientras las bombas caían, si levantabas la cabeza y encontrabas la cara de alguien, si oías voces humanas, de algún modo los gimoteos, que podían estallar en forma de risa revoloteando dentro de tu boca y amenazando con escapar, se diluían. Pasara lo que pasara allí abajo estaban juntos. El silencio se enroscaba alrededor de ellos. El corazón de Frankie empezó a latir con aquella excitación horrible, como cuando era pequeña, esperando en un armario oscuro jugando a sardinas enlatadas, esperando a que la encontraran.

Una tormenta de disparos sacudió las ventanas al tiempo que, en el Támesis, la artillería abría fuego de nuevo, resquebrajando el aire espectral, como en ondas. Frankie apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

Debió de adormecerse, porque cuando abrió los ojos parecía que había más luz, o al menos la oscuridad no era tan profunda, aunque ella seguía sin poder ver la hora que marcaba su reloj. Unos farolillos situados a un metro de distancia entre ellos proyectaban débiles bolsas de luz en el refugio. Buscó las cerillas en los bolsillos de la falda, pero la caja estaba vacía. Ociosamente, siguió la forma conocida de los cuerpos dormidos, contándolos mentalmente uno por uno hasta que llegó a la pared opuesta.

El padre echado a su lado se sobresaltó en sueños y después se sentó, destapando a su esposa y sus hijos. «Dios santo», dijo sin dirigirse a nadie. Miraba frente a él como si el sueño que acababa de dejar siguiera allí, en la oscuridad circundante. «Dios santo», murmuró otra vez y miró rápidamente hacia Frankie. Ella lo saludó con la cabeza, no muy segura de que estuviera despierto. Él le devolvió el saludo y fue como si una mano sosteniendo la cuerda de una cometa, mano sobre mano, tirara de él hacia la conciencia.

—Oh —suspiró—, ¿dónde estamos?

Pero no buscaba una respuesta: la manta había resbalado y se volvió para tapar a su mujer. En la escasa luz, Frankie vio que la mujer estiraba un brazo y tiraba de su marido hacia ella.

El final de la alarma sonó a las cinco, aunque fuera todavía estaba oscuro como la boca del lobo y frío. Una tras otra, la gente se despertó. A su lado, la familia se agitó y se levantó dejando caer las mantas.

—Hola.

Una mano tiró de su falda.

Ella miró. Billy, el niño que vivía en su misma manzana, estaba arrodillado a su lado. Frankie se puso de pie y se recogió los cabellos detrás de la oreja.

—Hola —repitió el niño.

—Hola.

Sonrió, contenta de verlo.

Él se había sentado a su lado con las piernas cruzadas, pero se balanceaba ligeramente de un lado a otro como si patinara. Frankie se preguntó si estaría herido. Se puso de rodillas.

—¿Estás bien?

Los ojos redondos del niño se fijaron en ella, pero no contestó.

—¿Estás solo? —Echó un vistazo alrededor—. ¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a buscar a la abuela —dijo él rápidamente—. Dijo que me quedara hasta que viniera a buscarme.

—¿Anoche?

Él asintió.

—Entonces puede que esté aquí.

Frankie se puso de pie, intentando mirar por encima de las cabezas de la gente.

—No puede ser que esté aquí. —El niño sacudió la cabeza—. Me habría llamado.

Frankie le echó un rápido vistazo.

—Por supuesto —convino—. ¿Te acompaño a casa?

Él negó con la cabeza.

—A mamá no le gustaría.

—Entonces me quedaré contigo hasta que llegue.

El alivio del niño hizo que su pequeño cuerpo se estremeciera, pero la cara que volvió hacia Frankie no mostraba nada. Ella le sonrió. Él le sostuvo la mirada y después bajó la cabeza.

—Bueno, Billy —dijo Frankie—. Creo que no nos hemos presentado como es debido.

Él la miró.

—Soy Frankie Bard.

Le tendió la mano.

—Encantado de conocerte —contestó Billy educadamente.

Frankie sonrió.

—¿Y cuántos años tienes, Billy? A mí me parece que unos seis.

—Siete justos —anunció él encantado—. Los cumplí la semana pasada.

—Vaya, feliz cumpleaños.

—Seis días tarde —replicó él con firmeza.

Poco a poco los durmientes se marcharon, hasta que casi no quedó nadie en la gran sala subterránea. Frankie miró a Billy, que miraba de hito en hito la brillante abertura donde la mañana invernal penetraba por las escaleras de piedra hacia el

sótano. Se había puesto de rodillas y cada vez estaba más nervioso.

—¿Necesitas hacer pipí?

Él negó con la cabeza.

—Vamos —dijo Frankie—. Te acompañaré a casa.

El niño dudó, pero se puso de pie.

—Sí, necesito ir al servicio —reconoció rígidamente.

«Lo miré y me di cuenta de que era mi vecino. Él y su madre vivían calle arriba. Eché un vistazo al refugio. “¿Dónde está mamá?”, pregunté, cogiéndolo de la mano para consolarlo. “Mamá fue a buscar a la abuela”, respondió él. Así que dije: “Vamos, te acompañaré a casa”.

»Pero cuando doblamos por la esquina al final de la calle, el humo ascendía en mantas hacia el cielo absurdamente azul, y el niño se soltó y corrió delante de mí. La bomba había abierto una brecha angulosa en nuestra manzana, arrancando todos los tejados, pero dejando los escalones de entrada y las puertas, incluso las ventanas del primer piso estaban intactas en un extremo de la manzana. El corazón me latía alocadamente; seguí al niño, mirando la fachada bombardeada de mi propio piso. Las ventanas estaban hechas añicos, y podía ver a través de lo que había sido nuestra cocina. Miré hacia arriba, esperando contra todo pronóstico ver la cara de mi compañera de piso, Harriet Mendelsohn, mirándome desde arriba. Pero no había nada. El niño había subido corriendo los escalones de su propia casa hecha pedazos, dos puertas más abajo, y se paró en el umbral. “¡Mamá!”, gritó...» —La voz de Frankie se quebró en la palabra «mamá». Y Murrow, sentado a su derecha, le puso la mano en el brazo. Ella sacudió la cabeza...—. «... a su casa. Había ido a casa. “¿Mamá?”, gritó otra vez con la fe con la que cualquier chiquillo gritaría a su casa, con bombas o sin ellas. Su madre siempre bajaba la escalera cuando él la llamaba; aparecería en cualquier momento, o doblaría por la esquina de la cocina y saldría al pasillo. “¡Mami!” Ahora preguntaba. Ahora sabía. Desde la acera, oí el cambio en su tono de voz, a pesar de que su pequeña espalda seguía erguida frente a la puerta abierta.»

Frankie apoyó ambas manos sobre el pie del micrófono y cerró los ojos, obligándose a mantener la voz serena, forzando la bola imaginaria en su cabeza a seguir flotando, a mantenerse de pie, a seguir contando la historia, aunque se le escaparan las lágrimas entre los párpados cerrados.

«“¡Billy!” Una mujer pasó a mi lado por la acera y Billy se volvió.

»“¿Mamá está contigo?”.

»“Oh, Billy”, dijo la mujer afectuosamente.

»Y entonces el niño se derrumbó en el umbral donde estaba; la voz conocida había segado el último hilo que lo mantenía en pie».

Las manos de Frankie apretaban tan fuerte el micrófono que se había calentado en las palmas de sus manos. Respiró hondo para llegar a la conclusión.

«Así es como la guerra derriba de golpe la vida normal y estable que habíamos

creado contra el lobo acechante. Porque el lobo no es el hambre, es un accidente, el horrible y fatal error de doblar a la izquierda para ir a la estación de metro, en lugar de a la derecha para tomar el camino más largo. Caminando por Londres de noche se tiene la sensación de un Dios que se ha vuelto somnoliento, que se ha cansado de abarcar el mundo entero con su mirada, que se ha cansado de intentar entender, de modo que fragmentos de vidrio apuñalan a bebés en sus cunas, los niños vuelven a casas vacías y la mujer y el hombre que acaban de acostarse mueren aplastados.

»Harriet Mendelssohn, de Associated Press, murió anoche en los bombardeos. Hacía dos años que cubría la información de guerra en Europa. Si cae un periodista, la tradición dice que los demás periodistas acreditados debemos contar su noticia. Y la historia del niño que vuelve a casa es la noticia que habría escrito, aunque mejor, mucho mejor que yo. Se la cuento yo esta noche porque Harriet no puede.

»Desde Londres, Frankie Bard. Buenas noches.»

En el silencio, después de que la voz callara, Emma se encontró paralizada en el fregadero con un cigarrillo medio consumido en los labios, acordándose de sí misma a los cinco años, de pie en casa de su tía abuela, mirando la puerta, esperando a conocerla tras la muerte de sus padres. Y, por primera vez, a Emma le pareció que la voz en el otro extremo de la radio era una mujer, una mujer como ella, sólo que lejana. Y se preguntó qué habría hecho la chica de la radio en los segundos después de que el niño se desplomara de rodillas. Se preguntó si Frankie se había quedado allí, frente a la puerta, o si la vecina le había indicado que se marchara. Se preguntó cuándo habría descubierto que su amiga había muerto. Sólo tenía la historia que había contado, no lo que había pasado con posterioridad. ¿Qué pasó después? ¿Qué pasó después? ¿Dónde estaba ahora el chiquillo?

—¿Will?

Le temblaba la voz.

Él le alargó una mano y Emma se deslizó silenciosamente en su abrazo y se dejó caer sobre sus rodillas en la silla de la cocina.

—Está pasando, tan lejos, ahora mismo. —Se apoyó en su hombro—. Ese niño, ¿qué será de él? Ojalá pudiéramos hacer algo.

—Seguro que está a salvo.

La inundó una imagen de la última vez que había visto a su propia madre, dormida en la cama de hospital, con la cara sobre la almohada mirando hacia la puerta. «Vamos —le había susurrado la enfermera a través de la mascarilla—, despídete.» Y con lo pequeña que era entonces había entendido que no tendría ninguna ayuda. El mundo adulto se había desvanecido y la había dejado allí, despidiéndose, sola. Se estremeció.

El cálido abrazo y la mejilla de su esposa apoyada en su cuello lo ayudaron a enderezar el mundo que se balanceaba en su propia cabeza. La imagen del niño

contemplando su casa derrumbada era muy nítida. Pero la imagen de la mujer de la radio contemplando al pequeño, contemplándolo inútilmente, lo había conmovido. Y la voz de la muchacha en la radio lo agitó, lo convocó como una sirena. Lo convocó, aunque no sabía hacia qué. Apretó más fuerte a Emma y apoyó la cabeza en la de ella.

—Deberíamos hacer algo —murmuró Emma.

—¿Qué?

Sentía el corazón de su mujer latiendo contra el brazo que le pasaba sobre el pecho.

—El niño —dijo ella contra su pecho.

La apretó más fuerte y apoyó la frente contra su espalda y estuvieron así un buen rato. La vida le parecía a ella como un hotel urbano con muchas plantas. No le gustaba pensar en todos los pasillos que no había visto, ni en todos los pasillos que podría haber recorrido si le hubiera tocado una planta diferente. No le gustaba pensar que había más de un pasillo que el que ella habitaba, uno en el que no habría conocido a Will. Uno en el que los ojos de él no estuvieran posados en ella, observándola, sonriendo con las cosas que ella hacía.

—Si me hubiera quedado en mi habitación el año pasado como quería, y no hubiera ido a la fiesta de Navidad de los médicos, nunca nos habríamos conocido.

—No —susurró él entre sus cabellos—. Te habría encontrado.

Sonó el timbre de la puerta, un buen rato y con intensidad.

—¿Doctor Fitch? —gritó alguien desde fuera.

Con tres zancadas, Will bajó por el pasillo hacia la puerta, donde encontró al hijo mayor de Maggie en el porche, pateando el suelo para espantar el frío. Había salido de casa sin jersey.

—Mamá quiere que vaya, por favor.

Estaba excitado y orgulloso de ser portador de la noticia.

—Dile a tus padres que voy enseguida.

Will sonrió, el niño asintió y salió fuera de la luz del porche antes de correr calle abajo, de vuelta a casa.

—No me esperes a cenar —gritó Will a Emma, recogiendo su maletín y abriéndolo para comprobar que tenía todo lo necesario.

—Bueno, picaré algo.

Emma había salido al pasillo.

—Podría estar fuera toda la noche —dijo él cariñosamente, abrazándola y besándola en la cabeza.

—De acuerdo —contestó ella y se separó de él para mirarlo—. Supongo que es con lo que me he casado, ¿no?

Era muy pequeña en aquel momento, a la luz tenue del pasillo. Pero levantó la cara para que la besara otra vez y él lo hizo.

—¿Estás bien? —preguntó Will, muy bajito.

Ella asintió, ruborizándose.

—Por supuesto, cariño.

—¿Qué harás?

Emma levantó el pestillo.

—No lo sé —dijo animadamente—. Todavía es temprano. Puede que vaya a dar un paseo.

—Bien hecho —contestó él—. Me parece muy bien.

Se inclinó, rozando la cabeza de Emma con los labios, pero ella se apartó y lo miró con cierta desesperación, como si estuviera a punto de decir algo. Viéndola así, con la barbilla levantada hacia él, sólo deseaba besarla, besarla como solía hacerlo, larga e intensamente y sin pensar en lo que les deparaba el futuro.

Le puso las manos en los hombros e inclinó la frente para tocar la de ella. Emma sonrió. Sentía su aliento en la barbilla. Era él. Su cuerpo. Eso era todo. Eso era todo, para siempre, todo lo que necesitaba.

—Anda, ve —susurró.

Él le apretó los hombros y la soltó.

—Hasta luego.

Se volvió al final del jardín y la vio, todavía en el umbral, con el pelo oscuro despeinado.

—Will —gritó, apretándose el jersey en el cuello con una mano y saludándolo con la otra.

A él le dio un vuelco el corazón y se puso a caminar hacia la casa, hacia ella, en el umbral.

—¡No! —se rió ella—. No sé por qué te he llamado.

Él se detuvo.

—Ve —dijo ella, avergonzada de su anhelo—. Hasta luego.

Se comportaba como una tonta. Y cuando él se volvió más abajo en la calle y la saludó con la mano, Emma ladeó la cabeza y sacó la barbilla, alegre y valiente como Deborah Kerr.

Siguió con la mirada el perfil recto del sombrero de Will sobre el alto seto, hasta que desapareció y lo sustituyó el vacío aire de noviembre. Se quedó en la puerta sintiendo el frío y oyendo lo que podría ser el eco de sus pasos en la acera helada y miró hacia el retazo blanco de cielo. Miró el reloj de pulsera y después el panorama vacío desde la puerta. Tenía varias horas que llenar.

Volvió a entrar en la salita, se sentó en el único sillón cómodo, y cerró la puerta de una patada.

Siempre había pensado que tener una casa sería una fuente de gran fortaleza, como un baúl lleno de recuerdos que nunca se abría. La casa de su familia se había vendido junto con todo lo que contenía, excepto algunas fotos y el juego de plata del bautizo y el anillo de boda de su madre con una perla barata, que era demasiado grande para el dedo medio de Emma. A veces se había preguntado dónde habrían

acabado las cosas. No lamentaba la decisión de su tía abuela —había vivido de las rentas, al fin y al cabo, como ella le recordaba— pero a veces se preguntaba si se sentiría menos sola, si se sentiría menos anónima si, cuando se despertara por la mañana, abriera los ojos y viera, por ejemplo, el mismo escritorio que había tenido su padre. O, incluso menos pomposo, si utilizara el mismo utensilio que utilizaba su madre para hervir el agua.

Pero aquí —suspiró—, ni allí ni arriba, había nada de ella. Por primera vez en su vida sintió el peligro de las cosas de las otras personas, que podían borrarla si no iba con cuidado. Se le formó un sollozo en la garganta. Era el reportaje sobre el niño del bombardeo; se inclinó hacia la mesita para coger el paquete de tabaco. El reportaje le había recordado su propia infancia, era eso. Encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza.

La tarde invernal se había aposentado y ya era casi de noche, aunque el último cielo era de color índigo sobre el agua que salpicaba contra los mástiles del viejo puerto. Maggie y Jim Tom vivían en una de las casas de pescadores, en el borde del puerto, construidas por los pescadores frente al agua para almacenar los aparejos. Eran unas cajas diminutas e inclinadas, como el dibujo de un niño de una casa, y sin ventanas, exceptuando la gran puerta doble de la fachada, que se deslizaba hacia los lados para dejar entrar las vergas y los arpones, las pesadas cuerdas y la madera para el foque. Jim Tom y Maggie se habían instalado en la casa de pescadores de Winthrop justo después de su boda, y Jim había abierto ventanas, había puesto suelo en el almacén de velas, y había prometido que tendrían su propia casa al cabo de cinco años de pesca. De eso ya hacía diez años. Pero Maggie decía que no importaba y se reía, y no le importaba. Podía mirar y ver a Jim Tom entrando en el puerto echando humo al doblar por Land's End tras un largo viaje y ver cómo se dirigía directamente hacia ella.

Will podía ver enfrente la casa de pescadores Winthrop delante, y distinguía la lámpara encendida al lado de la cama de Maggie, pero todavía sentía el calor del cuerpo de Emma en el suyo, y a pesar de estar fuera y de que ya había pasado un buen rato, se paró y miró atrás. El perfil del tejado de su casa y de la de los Niles, al lado, era como una fortificación contra la noche incipiente. ¿Debía avisar al doctor Lowenstein de que Maggie estaba de parto? Sus partos eran largos y difíciles, había dicho el anciano médico a Will la última vez que había pasado por el pueblo, y éste iba a ser su quinto hijo en cinco años. Se encendió la luz del porche en la casa de Will. Sintió una alegría súbita y punzante. No, no era necesario avisar. Ahora él era el médico. Dio la espalda a su propia casa y caminó hacia la de los Winthrop, balanceando el maletín de médico en la mano. Jim Tom abrió la puerta antes de que Will pudiera llamar, y éste lo miró buscando indicios de preocupación en su rostro.

Pero Jim Tom ya había pasado por eso cuatro veces y, al entrar en la única y gran habitación de abajo, Will vio que había puesto una gran cazuela de agua a hervir y había preparado una jofaina. También había una tetera humeante. La casa estaba en calma, pero a punto. Jim Tom asintió con la cabeza respondiendo a la mirada de Will.

—Me lavaré aquí, si te parece.

Abrió el grifo de la cocina y dejó correr el agua sobre las manos, usando el jabón que encontró en un estante abierto en la pared, frente a él.

—¿Dónde están los niños?

—En casa de mi madre.

Will asintió y subió la escalera. A medio camino, Maggie empezó a gemir asaltada por una contracción. Will subió los escalones de dos en dos y siguió el sonido hasta una habitación construida en el cuarto de las velas colocando dos armarios uno junto al otro a modo de división. A un lado, el aparejo de generaciones

de botes, cordaje, jarcias y mástiles ordenadamente apilados. Al otro lado de los armarios había una cama bajo una ventana, recién hecha, por lo que parecía, y con las sábanas muy tirantes.

Maggie estaba avanzando lentamente junto a la pared, con una mano en un costado, doblada hacia delante y jadeando, pero cuando Will se acercó a ella, le hizo un gesto para detenerlo. Su respiración era rápida y breve y avanzaba al mismo ritmo. Al final de la pared, se detuvo, se incorporó y se volvió, y se puso a caminar siguiendo la pared en la dirección opuesta.

—Qué asco —jadeó, apoyando la cabeza contra la pared.

—Un asco, sí señora —aceptó Will.

Maggie asintió, contorsionando brevemente la cara. Soltó un hondo gemido y Will vio que relajaba los hombros. La mujer se sentó en la cama, un poco pálida en opinión de Will.

—Vaya —dijo ella.

—¿Cuánto tiempo llevas con contracciones como ésta?

Dio la vuelta a la cama y le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

La mujer tenía la frente sudorosa y el pelo húmedo pegado a las sienes.

—Hace cuatro horas.

—¿Muy fuertes?

Contó las pulsaciones guiándose con la manecilla del reloj de la mesita que sonaba agradablemente en la habitación.

—Fuertes y largas —contestó ella.

—¿Tan fuertes como ésta?

—Y no se acaban nunca. Así es como son mis bebés. Tommy, el pequeño, tardó dos días en salir.

Will la ayudó a sentarse apoyada en las almohadas amontonadas en la cama, sacudió el termómetro y se lo introdujo en la boca.

—Bueno, esperemos que el quinto salga un poco más rápido.

Maggie se encogió de hombros, y cerró la boca sobre el termómetro. Había empezado: ambos estaban en el tobogán. Pasara lo que pasara, sólo podían ir en una dirección.

—Veamos en qué fase estás.

Will le empujó suavemente las rodillas y las separó; introdujo los dedos en la vagina hasta el cuello del útero, donde sintió la cabeza, pero no la bolsa.

—¿Cuándo has roto aguas, Maggie?

—¿He roto aguas? —Frunció el ceño—. No lo sé. ¿Anteayer? Pasó algo, pero no estaba segura de qué era, fue muy poca cosa y no tuve ninguna contracción.

Will sacó la mano y con ella un olor desconocido, algo que no recordaba haber oído en ninguno de los partos que había asistido. Se lavó las manos en la jofaina de agua caliente que Jim Tom había dejado al lado de la cama; se las secó con el ceño fruncido. Se volvió y sacó el termómetro de la boca de Maggie y vio que tenía un

poco de fiebre. Se sentó en un lado de la cama.

—Bien —dijo exhalando y apartando un atisbo de preocupación.

—Ay. —La mujer se levantó de la cama, con necesidad de caminar, sintiendo el principio de otra contracción. Will la ayudó a ponerse de pie y esperó con ella a que se le pasara, sin dejar de observar su respiración. Cuando remitió, ella le miró—. ¿Cómo voy?

—Seis centímetros más o menos. Todavía falta mucho. Pero lo estás haciendo muy bien.

Ella sonrió débilmente, sentándose en la cama, pero entonces alargó una mano hacia Will. Él la ayudó a ponerse de pie y se pusieron a caminar otra vez, primero hacia delante y vuelta hacia atrás.

Las gaviotas levantaron el vuelo de repente de los pilones del puerto, con un aleteo rápido como el de las manos barajando las cartas, e Iris las siguió mientras revoloteaban por el cielo al otro lado de la ventana. Cruzó el suelo de madera del vestíbulo, abrió la puerta principal y sintió una ráfaga de viento del norte. Lo más rápidamente que pudo, tiró de la cuerda del asta y la bandera se deslizó de su amarre bajando por el palo hacia sus manos.

—Buenas noches —dijo una voz desde abajo.

Iris se sobresaltó y apretó la bandera contra su pecho como si la hubieran pillado haciendo algo secreto.

—Ah, hola —dijo por encima del hombro, estremeciéndose.

Debería haberse puesto el abrigo.

—¿Necesitas que te eche una mano?

Ella sacudió la cabeza, soltando la bandera de las sujeciones de metal de la cuerda, y se giró. Harry Vale tenía un pie sobre el último escalón y una mano sobre la barandilla. Sonrió y ella le devolvió la sonrisa, avergonzada de estar por encima de él de aquella manera. Daba la sensación de que fuera muy pequeño.

—He usado tu taza.

Bajó los ojos hacia la mano de él en la barandilla, todavía con la bandera arrugada en los brazos.

—Bien. —Asintió, pero su atención fue hacia el asta de la bandera, sobre la cabeza de ella—. Sólo los últimos noventa centímetros. —Le sonrió—. ¿Me das los últimos noventa centímetros? Así quedará por debajo de la altura del tejado.

Ella recogió la cuerda y descansó la mano en la madera pintada, sin saber muy bien qué decir. Se había convertido en una especie de broma entre ellos, aunque no fuera una broma y ella lo supiera.

—Todavía no sé nada del inspector postal —dijo.

Él la miró a la cara.

—¿No te preocupa?

Iris se ruborizó.

—Es que no podemos tomar estas decisiones por nuestra cuenta.

—¿Por qué no?

Deslizó la mano por el marco de la puerta.

La pregunta la pinchó como una pequeña pero eficiente puñalada. Sintióse mal por ello, se dio cuenta de que estaban incómodos.

—Da igual —dijo él amablemente—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó ella y él se alejó.

No había ido en absoluto como a ella le habría gustado.

Cruzó el vestíbulo con la bandera en los brazos y entró en la zona del fondo de la oficina postal, cerrando la puerta con firmeza. No se podía actuar como si la oficina de correos fuera un edificio cualquiera y su asta de bandera sólo un pedazo de madera. Representaba algo. Orden. Y allí, en el centro del sistema, Iris soltó el aire, cuidadosamente. Allí detrás, los buzones abiertos se alineaban del suelo al techo, a punto para que ella los llenara. La amplia mesa de madera de clasificación estaba despejada para recibir el correo de la mañana. Si había algún sitio en la tierra por el que caminara Dios, era la sala de trabajo de cualquier oficina de correos de Estados Unidos de América. Allí, el denso caos de la humanidad estaba reducido al orden. Allí había un buzón para todas y cada una de las familias de la ciudad. Cartas, facturas, periódicos, catálogos, paquetes que tenían que mandarse a cualquier parte del mundo, ser embarcados y transportados a través del agua y de la tierra, sin tener en cuenta ni vientos ni clima, viajando hacia delante, hacia su única, pequeña y bien marcada destinación. Aquí no había Babel. Aquí, las líneas enmarañadas de las vidas de las personas se desenredaban y cada uno de los tonos de las voces inscritas en una página traspasaba la distancia. Mano tras mano los pensamientos se transmitían. Y la de ella era la mano al final.

Aun así, el amable saludo de Harry al alejarse borró parte del placer. Iris se sentó en la silla al lado de la mesa de clasificación, sosteniendo la bandera levantada por encima de los hombros para que no tocara el suelo, y la sacudió como si fuera una sábana, sujetando un extremo con cada mano. El certificado estaba perfectamente a salvo en su sobre, en su casita de la colina, entre los camiones de un cajón de la cómoda. Hacía semanas que estaba allí, desde que había ido a Boston, y cada día él iba a la oficina de correos y ella podía sentir que los lazos entre ellos se estrechaban, suspirando al estrecharse, y no tenía la menor idea de lo que debía hacer ahora.

Tuvo una visión fugaz de su madre de pie en el pasillo, camino del dormitorio de sus padres. El cuerpo de su madre, que había sido delgado pero había engordado, colgaba como muchos abrigos colgados en una misma percha. Era gruesa y fofa, pero Iris la vio reír por algo que le decía su padre desde el dormitorio, algo que Iris no pudo oír, que la volvió juvenil. Iris apareció en camión al final del pasillo y su madre se volvió, preocupada, pero siguió caminando hacia el dormitorio... toda su atención puesta en él. En una mano tenía una bolsa de goma, como una bolsa de agua caliente,

con un largo tubo saliendo de ella, y colgando del brazo de su madre. En la otra mano, Iris vio que tenía la botella de vinagre de vidrio de la despensa.

—Iris —dijo su madre—, estás soñando, cariño. Vuelve a la cama.

E Iris obedeció.

¿Cómo fue la parte siguiente? No podía imaginarlo. No podía pasar de las miradas y las sonrisas a un momento como aquél con una ducha en una mano, sin ningún fingimiento. Una mujer así, de pie y a la vista. Como una anunciación.

Dobló la bandera por la mitad, y otra vez por la mitad, después la sostuvo contra su pecho y la alisó. Todavía sujetando un extremo, dejó que el otro cayera a lo largo, formando un triángulo. Y repitió lo mismo, doblando el triángulo otra vez en un segundo triángulo. A un lado y al otro dobló la bandera hasta que quedó un único triángulo de tela dentro del cual escondió las puntas.

La luna estaba saliendo cuando Iris cerró la puerta de la oficina de correos y salió al mundo práctico, donde su bicicleta estaba apoyada contra la pared, al pie de los escalones de la oficina de correos. Se estaba formando niebla y la sirena de niebla hizo sonar su única y constante nota. Al otro lado del parque, la luz brillaba intensamente en el Mercado de Alden sobre las personas que éste albergaba. Vio a Florence Cripps en el interior. Y a otra mujer. Inclinandose sobre el mostrador para hablar con Beth, la hija del dueño de la tienda de comestibles. Parecían figuras en un cuadro, atrapadas en la luz.

Miró hacia el asta desnuda, después en la dirección por donde Harry había desaparecido, y se ruborizó. Decidió que iría al cine. No comería su chuleta de cada día en el café, no tenía hambre. No volvería a su casita de la colina.

Dentro de la casa de pescadores, las cosas no habían cambiado mucho, ni en la frecuencia ni en la intensidad de las contracciones de Maggie. El reloj de la mesita marcaba el tiempo, como dando ánimos, y los minutos pasaban mientras Maggie paseaba y dormía. Tenía razón; era un parto prolongado. Will la observaba respirar. Cuando volvió a examinarla, el cuello uterino no se había dilatado. Maggie volvió a adormilarse y Will bajó a buscar café.

—¿Cómo va todo?

Frente al fregadero, Jim Tom se volvió.

—Poco a poco —dijo Will—. ¿Quieres subir?

—Prefiero esperar aquí, gracias. —Jim Tom lo miró—. ¿Cuántos bebés has ayudado a nacer, Will?

—Quince. No, dieciséis —contestó Will bruscamente.

Jim Tom asintió.

—Entonces sabrás lo brutas que se ponen las mujeres hacia el final.

Will lo miró sin entender.

—¿No? —Jim Tom sonrió—. Bueno, quizá las señoras de Boston se muerdan la

lengua.

Por encima de ellos, Maggie empezó a gemir otra vez. Will se quedó quieto y miró su reloj, controlando el tiempo de la contracción. Duró aproximadamente lo mismo que las otras, aunque ésta le pareció más sorda que las anteriores y quizás un tanto más desesperada a oídos de Will.

Will miró a Jim Tom.

—¿Eso la ayuda, tú crees?

—¿Qué?

—Hacer ese ruido.

Jim Tom sacó la barbilla.

—No lo dudes —dijo.

Will asintió y fue a la escalera. Subiendo, oyó que Maggie jadeaba y subió más deprisa. Cuando dobló por la esquina, la vio arrodillada sobre la cama de espaldas a él, sujetándose a la cabecera, con la cabeza baja entre los brazos estirados. Esperó a que hubiera terminado y entonces entró. La mujer se volvió y el médico vio que empezaba a cansarse. Sus ojos delataban la fatiga. Eso le preocupó.

—¿Cómo vas, Maggie? —preguntó amablemente.

Ella exhaló.

—Bien —respondió.

Will sacó el fetoscopio del maletín para realizar una evaluación inicial del latido del corazón del bebé, y el sonido, regular y uniforme, fue como una mano tendida hacia él desde el otro lado, un saludo.

—Ahí está, esperando —dijo Will tranquilizadamente.

Ella asintió, resoplando para resistir la fuerza de la siguiente contracción, y mientras Will le observaba la cara, sintió una añoranza tan intensa de Emma, sus ojos apacibles en los suyos, su calma —sí, su calma—, que se levantó y paseó hasta el otro extremo de la habitación, sin pensar. Quería decírselo otra vez, con firmeza: la habría encontrado.

La primera vez que la vio en la fiesta de Navidad del hospital, hacía dos años, ella estaba mirando por el gran ventanal adornado para las fiestas con terciopelo y acebo, dando la espalda a la fiesta. Los médicos y las enfermeras que llegaban al final del turno traían consigo el aire frío, sus voces fuertes resonaban con fuerza e intensidad en la nebulosa alegría de los invitados que se marchaban. Había estado quieta unos minutos y su concentración hacía que lo demás pareciera insignificante en la sala. Desafiándose a sí mismo, fue hacia ella. Si se volvía antes de que llegara, podría verla sin necesidad de hablar con ella. Si seguía mirando así, de espaldas a él, le ofrecería algo de beber.

Pero Emma se apartó de la ventana sin volverse, y tropezó con él. Por un instante él sintió el cuerpo de ella contra el suyo y olió la fragancia a limón que desprendía sus cabellos. Ella se apartó y se volvió, con la cara sonrosada.

—¡Lo siento!

—Yo no. —Sonrió y le ofreció la mano—. Will Fitch.

—Sí.

Le estrechó la mano y la soltó enseguida.

—¿Se divierte?

Entonces le miró a la cara, con una pequeña sonrisa en los labios.

—No —contestó—. Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Es Navidad —dijo ella.

—Ya —dijo Will, advirtiendo la suave línea de la barbilla que ladeó al mirarlo.

No tenía la menor idea de qué decir.

—¿No le gusta la Navidad? —tanteó.

Ella sonrió más abiertamente, aunque con cierta timidez.

—No.

—¿Cómo es eso? Si me permite la pregunta.

Ella no contestó. Se apoyó contra la pared. Al cabo de un minuto él se dio cuenta de que no le respondería. Desvió la mirada.

—Veo que sí le importa la pregunta.

Ella le miró a los ojos.

—No le conozco.

Él se animó enseguida.

—Por supuesto. Perdóneme.

Ella se volvió y miró hacia la sala.

—No soy muy buena dando conversación. ¿Puedo tomar algo?

De repente, Will se sintió dolorosamente feliz.

—¿Qué le apetece?

—Un bourbon —respondió— con agua.

Él asintió y pasó entre la gente hacia el bar situado al fondo de la sala. Johnny Lambert estaba de pie en la alcoba, rodeado de dos o tres residentes más. Estaba contando una anécdota y el círculo que lo rodeaba se había inclinado ligeramente para oír. Hubo un instante de silencio y a continuación el grupo estalló en carcajadas, uno de los hombres dio una palmada en la espalda a Johnny como siguiendo el ritmo de su risa, y el sonido se transmitió al resto de la gente difundiendo la divertida broma, la densa y cálida alegría que los unía a todos. Por un momento la habitación pareció recoger la onda de la risa provocada por Johnny, cuya gracia y talento hacía rodar el mundo como si fuera una esfera sostenida sobre uno de sus largos dedos.

Will lo había visto en el mismo momento que llegó a Harvard hacía ocho años. La gracia de Johnny se repetía en la soltura de los chicos de Boston al sentarse para tomar apuntes, con los cuadernos separados, el lento garabato de sus lápices sobre las hojas blancas como un jazz largo y frugal, una música extranjera inescrutable tocando más allá del oído de Will. Hunnewell. Cabot. Phipps. Trabajaban, sí. Incluso trabajaban mucho. Pero era sin acaloramiento ni angustia; recogiendo los premios al

final del año y llevándolos con ligereza. Esos chicos eran más buenos que los retos que Harvard les planteaba. Irreprochablemente buenos.

Mientras que él era un Fitch. Bueno, el apellido era lo bastante importante para darle acceso a las casas debidas en su segundo año, bastante para garantizarle la cantidad correcta de interés cuando lo presentaban a alguien. Pero entonces, en el siguiente aliento: ¿Franklin? ¿En un extremo de Cape Cod? ¿Allí vive gente? Yo creía que aquello cerraba después del día del Trabajo.

Ja, ja, ja, se reía. Ja, ja. Se sorprendería. Después de que se vayan quedaremos tres o cuatrocientos. Ah, vaya, comentaba el otro, perdiendo interés. Will Fitch de Franklin. Era una curiosidad, un exotismo. No era despreciable, pero tampoco estaba a la altura de ellos. Todos los años que estuvo en Cambridge, fue Fitch... de Franklin. Que era como no ser de ninguna parte.

La marea de la broma de Johnny había circulado por toda la sala. Alguien propuso otra ronda, y Johnny asintió sin levantar la cabeza, protegiendo con la mano la llama de su encendedor. En cualquier minuto se volvería y vería a Will de pie, solo, y sin hablar con nadie, un tonto en medio de una fiesta.

De repente lo que debía hacer a continuación fue sencillo. Fue claro. Will dio la vuelta y fue directamente a la ventana, temeroso de que ella hubiera desaparecido. Pero la vio, todavía de pie en el mismo sitio. Esperándole, pensó con un estremecimiento de emoción.

—Hola —dijo, colocándose frente a ella.

—¿No quedan bebidas?

—No —dijo él sonriendo—. Sí quedan. Pero hay demasiada gente. Vayamos a tomar algo a otro sitio.

Ella le miró otra vez.

—Soy Emma Trask.

Le ofreció la mano.

—De acuerdo —dijo él, cogiéndola.

Sus largos dedos tocaron la parte interior de la muñeca de ella donde latía su pulso y sintió cómo corría, como si pudiera asir su corazón. La cogió del brazo y la guió fuera de la fiesta.

Will se volvió a mirar a Maggie.

—Vamos a examinarte otra vez —dijo amablemente.

Colocó dos almohadas al pie de la cama y le apoyó los pies encima. Ella abrió los ojos y le miró a la cara mientras él le introducía los dedos de nuevo, palpando la cabeza del bebé. Aliviado, completamente dilatado y la cabeza estaba a punto para pasar por la estructura ósea de la pelvis.

—Estás casi a punto —dijo consoladoramente y fue a tomarle el pulso.

En cuanto sus dedos encontraron el punto en la muñeca de la mujer, supo que

algo andaba mal. La sujetó un minuto entero, contando los latidos para asegurarse. Estaba acelerado. El pulso de Maggie ya era rápido antes. Ahora era rapidísimo. La preocupación que antes había descartado lo asaltó de nuevo. Aquel olor. La temperatura era alta. Y ahora el pulso era rápido e irregular. La miró, preocupado por primera vez de que aquellos signos indicaran una posible septicemia.

La mujer volvió a cerrar los ojos y gimió, baja y gravemente, como el mugido de una vaca, un sonido que parecía emerger del suelo, a sus pies. «Ohh», el gemido se ensanchó y creció por toda la habitación. Will había asistido a dieciséis partos e incluso había realizado dos cesáreas, pero aquellas mujeres nunca habían gritado así. Había enfermeras en el hospital y había éter y los bebés habían salido como focas. Nunca había traído un bebé al mundo solo. Y, de alguna manera, en aquella habitación diminuta de la casa de pescadores, era como si fuera su primer parto, la primera vez que entendía cuán abajo te arrastraban las parturientas, al meollo, al potaje de sangre oscura donde comenzaba la vida. «Ohhh, ohhh, ohhh», los gemidos lo golpeaban. Un grito, el agudo alivio de un grito —como un silbato o una pieza de música—, eso podía resistirlo, pero aquella repetición grave y sorda lo arrastraba bajo tierra. La mujer tenía los ojos fuertemente cerrados, como si intentara recordar algo o abrirse camino hacia algo, mientras su boca se abría en la cresta de la contracción, un bramido de dolor.

Tenuemente, a través de las planchas de madera del suelo, Will oyó a los otros niños regresando a casa; al oírlos, Maggie sonrió débilmente.

—Deberían volver con su abuela —dijo Will con mayor brusquedad de lo que pretendía.

—No pueden dormir si no es en su cama —murmuró.

—Pero...

—Ya lo han oído antes —dijo ella suspirando.

El siguiente gemido volvió a empezar, denso y profundo. Will se levantó de la cama de repente. En aquella habitación debería haber más luz. En el hospital, escenas como ésas estaban bien iluminadas, no cabía la posibilidad de que no supieras dónde ponías las cosas, dónde podías encontrar agua caliente o toallas. La luz contrarrestaría el horror en el que estaba atrapada Maggie, luz. Fue hacia la puerta y accionó el interruptor y la lámpara blanca de cerámica del techo se iluminó, despejando la desesperación que sentía. Era un dormitorio sencillo, con una cómoda y tres ventanas, una mecedora y un perchero redondo junto al marco de la cama.

Abajo estaban los otros niños, y Will pensó en Lowenstein, que los había traído al mundo, y deseó que estuviera allí para consultar con él, un par de manos expertas, otros ojos para diagnosticar. Tener a otra persona en la habitación además de aquella mujer gimiente. Aquella mujer —se esforzó por mirarla y sonreír mientras ella rodaba la cabeza sobre la almohada y cerraba los ojos—, la mujer que era Maggie, que era Maggie en su clase, Maggie en el puerto, con las largas piernas enredadas en los aparejos del barco de su padre, que ahora tenía sobre la cabeza. Maggie que lo

miraba directamente a los ojos cuando la examinaba, introduciendo los dedos en su interior para ver si todo estaba bien, no como tantas que cerraban los ojos o miraban al techo.

El viejo temor tenaz se infiltró entre las sombras. A los Fitch les había salido todo mal. ¿Por qué había creído que podía ser diferente? ¿Por qué había creído que podría empezar en el mismo pueblo, con el mismo apellido que su padre? Casi se rió en voz alta, la burbuja de miedo subiéndole por el pecho mientras escuchaba a Maggie. Ese temor como un gemido oscuro y profundo era lo que persistía. Se había casado con Emma. Había vuelto para ser el médico del pueblo. Había pensado que podía planificar un futuro y besar a su mujer como cualquiera. Pero la verdad era que el viejo sentimiento seguía planeando. No desaparecería nunca. Y aquí estaba la prueba.

De repente, con una energía aterradora, Maggie se incorporó y volvió la cabeza mirando alrededor, miró a Willy con ojos delirantes, sin verlo, y se arrodilló en la cama con las manos apoyadas en la pared detrás de la cabecera de la cama. Le dio la espalda y volvió a empezar, gimiendo, «para para para», la palabra jadeando con la regularidad de una máquina. «Para para para para», su voz subió de tono y después ella arqueó la espalda arrastrada por el dolor que se paseaba dentro de ella, y cuando acabó gimió sin palabras, y se desplomó contra la cabecera. Will la observaba, nervioso. Era como si hubiera visto una muñeca de trapo sacudiéndose en la boca de un perro, el cuerpo volando hacia un lado y otro, y después saliendo despedido, caído, flojo y aplastado, pálido y sudado.

Desde abajo llegó el escalofriante sonido de un niño canturreando. Era un pequeño sonido sin melodía y llegó con tanta nitidez a través de las planchas de madera del suelo que Will se dio cuenta de que las paredes no mantenían nada fuera, que los niños habían oído a su madre desde abajo, que él y ella podrían estar detrás de una cortina en medio de una zona pública repleta de gente.

—¿Maggie? —susurró, mojándose los labios.

La mujer podría haberse dormido de repente, aunque yacía pálida y sudada con los ojos cerrados. La melodía del niño entró serpenteando en el ambiente sin aparente destino o pauta. Will se sentó y escuchó, con el cerebro abotargado y fatigado, la luz del piso difuminándose lentamente, dejando las velas blancas brillantes en su montón. «Oh —cantó el niño—, oh, oh, oh, el trapero.» Will intentó recordar los nombres y las edades de los niños. ¿Quién era el cantante de abajo, y dónde estaba el resto? «Oh», canturreó el niño otra vez, con voz más grave. La mano de Maggie cayó abierta sobre la mesa. ¿Se habría desmayado, o sólo dormía? Dormía, ahora lo vio Will, profundamente, con la boca un poco abierta y un rubor en las mejillas. La serie de olas que la habían arrastrado, rompiendo una y otra vez y más, habían retrocedido y la habían dejado dormir. Will giró la muñeca para volver a mirar la hora. Habían pasado cuatro minutos. El niño, tenía que ser un varón, decidió Will, por el tono puro de la voz, se había movido hacia la parte de la calle de la casa y la voz ahora procedía de allí, deslizándose hacia atrás y atravesando los tablones a sus pies. Los párpados

de Maggie se agitaron ligeramente. ¿Oía al niño, se preguntó, llamando al otro? Porque esto es lo que parecía, un pajarito abajo piando en medio de aquella horrible escena, la madre nada más que una cuerda sostenida en los feroces y diminutos asimientos del nonato y el niño que ya estaba aquí y tiraba, sin piedad. Se puso de pie y cogió un trapo mojado de la jofaina.

—¿Maggie?

Le puso el trapo en la frente.

—Oh —suspiró ella—. ¿Dónde está Jim Tom?

Por primera vez en tres horas parecía ella misma.

—Abajo —dijo Will, tan aliviado que casi jadeó.

Era posible despertarla. Seguía allí.

—Pero ¿quién canta?

—Uno de tus hijos, creo. ¿Jimmy, tal vez?

Ella sonrió.

—No. Jimmy no sabe cantar. —Abrió los ojos y en la oscuridad creciente, el blanco de sus ojos tenía el mismo brillo apagado que las velas. El corazón de Will se paró un instante con la sensación de que estaba mirando a un fantasma—. Henry —llamó.

El cantante calló y se oyeron unos pasos subiendo los escalones a todo correr.

—¿Sí, mamá? —gritó Henry.

—Sigue cantando, cariño —gritó ella y volvió a dormirse.

6

Iris entró en el cine y se quedó de pie atrás hasta que sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Estaba terminando un noticiario y filas de soldados alemanes marchaban por los campos helados franceses. Sus cuerpos se movían como marionetas y las cabezas tensamente erguidas giraban de izquierda a derecha al entrar en la pantalla. Al estar Iris de pie, los soldados marchaban hacia ella al nivel de sus ojos y tuvo la sensación de ser arrastrada por una multitud.

—¡Malditos alemanes! —gritó alguien.

El perfil de las personas sentadas apareció recortado en la pared de soldados que seguían desfilando, las subidas y bajadas de la cabeza y los hombros como un antiguo dibujo griego en el fondo de un jarrón. Iris dio un paso adelante hacia la sala a oscuras y eligió un asiento del fondo.

El noticiario acabó, las luces siguieron apagadas y aparecieron los créditos introductorios de la película. Iris se echó hacia delante para quitarse el abrigo de los hombros y después se acomodó en el asiento. Era una película de los años treinta, una que había olvidado que ya había visto. Pero cuando la escena inicial se desplegó con la sonora voz del narrador, recordó que ya había estado allí. Era una anticuada historia de un amor destruido por la guerra, e Iris sintió que sucumbía lentamente al encanto de los personajes, en aquella animada conversación de los actores ingleses al inicio de su historia de amor. La película pasaba frente a ella y no recordaba lo suficiente para impacientarse. De hecho, tenía la deliciosa sensación de volver a un lugar que había amado pero olvidado, como una habitación de la infancia. Los enamorados se habían casado y ahora él, el hombre valeroso, embarcaba hacia la guerra.

El corazón de Iris empezó a latir más deprisa, como si caminara por un largo pasillo con muchos giros. Había recordado qué sucedía al final de la película, pero no recordaba con claridad cómo se llegaba hasta allí. El hombre estaba atrapado tras las líneas enemigas. Estaba rodeado, y ahora lo llevaban frente al comandante. Iris se sentó erguida. Ahora se acordaba. Se acordaba de todo, y la ansiedad de lo que iba a suceder hizo que su corazón latiera aún con más fuerza. No saldría vivo, no. No saldría vivo, y la razón de que no saliera vivo era que nadie vería su señal, la bengala que había lanzado al cielo antes de su captura. Había lanzado su bengala, había visto el arco blanco y brillante en el cielo, y había caminado con la cabeza alta gracias a la fe que tenía en que alguien vería su señal. Sabía que sus hombres estaban a pocos kilómetros de distancia.

Pero lo que no sabía, lo que no podía ver: era eso lo que Iris no podía soportar. Casi se levantó para marcharse. Casi. Había olvidado ese horror central en esa hermosa película que se abría como una flor. Había olvidado que los hombres, sus hombres, estaban muertos. «Corre», deseaba decir Iris a la pantalla. «Corre», deseaba decirle, viéndole caminar altivamente sin mirar atrás. «Estás solo. No queda nadie

para salvarte. Corre.»

Pero la historia no le salvaría. Los hombres estaban muertos y sólo ella y los demás espectadores lo sabían. Mientras lo veían todo sucediendo ante ellos, sentían el terror de lo que sabían y el miedo de lo que sentiría él en cuanto comprendiera. Estaba solo, lo sentían. Y la aflicción. Observar con impotencia, pensó Iris, era la peor parte. Pero también ver la pauta. Ver la terrible e inexorable pauta: los muertos y los moribundos, y la conciencia de que podría haber huido, pero no lo hizo. Cogió el camino equivocado. Tomó la decisión equivocada. Y murió.

Se encendieron las luces con la música resonando con fuerza en el ambiente. Iris miró enfrente, sin querer ver a las demás personas que se movían alrededor de ella. Se quedó en el asiento hasta que pasó el último fragmento de película y la bobina chasqueó detrás de ella. Entonces volvió la cabeza y, seis o siete asientos más allá, vio a Harry Vale.

Se ruborizó. Creería que lo había seguido hasta allí, que se había quedado en los escalones del porche mirando adónde iba. Pero no lo había hecho, pensó con indignación. Había terminado su trabajo y después había ido al cine. ¿Por qué tenía que estar él también allí? Tal vez no la había visto. Intentó no moverse ni llamar la atención. Había un pasillo al lado de él y podía ponerse de pie, en cualquier momento; no tenía por qué mirar hacia allá. Que se levantara y se marchara. Decidió esperar a que se marchara y se echó hacia delante como si tuviera que recoger algo del suelo. Cuando se incorporó él estaba de pie mirándola.

—¿Has perdido algo?

—No, yo...

Él asintió. Ella estaba medio sentada en la silla, con el abrigo a medio poner.

—No pensaba encontrarte aquí.

—¿Y eso por qué?

Él se encogió de hombros y aquella sonrisa volvió, como la sonrisa de un oso.

—Una película de guerra.

—No trata de la guerra —dijo ella, con demasiada rapidez.

—Nunca lo habría dicho.

Iris pasó el brazo por la manga del abrigo.

—Quiero decir que no creo que la guerra sea lo más importante.

Él la miró mientras se ponía la otra manga y sacaba el pañuelo.

—¿Qué es lo importante, pues?

Avanzó a través de los asientos que los separaban.

—El que no haya nadie allí al final.

Él no dijo nada, pero ya estaba de pie a su lado. Iris se ruborizó.

—Ya veo que no estás de acuerdo.

Él sacudió la cabeza.

—No. Al final no hay nadie allí.

—Exceptuando a Dios —se corrigió Iris, más para sí misma que para él.

—Dios —repitió él, sin entonación, como podría haber dicho «taburete» o «alfiler».

—Lo dices como si no creyeras que Dios estaba allí.

—No. Dios estaba allí, seguro.

Olía a Old Spice y a grasa de eje y una de sus manos descansaba en el respaldo del asiento frente a ella con tanta gracia, tanta informalidad, que la hizo sentir inconmensurablemente feliz.

—Sé que Dios está. Cada vez que detecto un error en el trabajo, sé que está. Si no, ¿cómo lo habría visto?

—Porque haces bien tu trabajo.

—Pero... —sonrió, casi flirteando—, ¿por qué soy buena?

Se levantó del asiento y se dio la vuelta para salir del cine. Las luces tenues en los apliques de pared eran tan apagadas como la claridad de las velas. Le oía detrás de ella.

—¿Te acompaño a casa?

—He venido en bici.

No hizo ningún comentario, y sin saber si había dicho que sí o que no, Iris cogió la dirección de la oficina de correos. Él la siguió. Las voces y las risas de otras personas rebotaban en la oscuridad, y ráfagas inconexas de conversaciones iban y venían como el fuego. Cruzó los brazos con el bolso colgando de un codo.

—Hermosa noche.

—Sí.

Sonrió para sí misma y estuvo de acuerdo, una vez más.

En el exterior, entre los demás, el hecho de que los dos caminaran uno al lado del otro dejaba claro que caminaban juntos.

—Hola, Joe.

—Hola —dijo el otro hombre al pasar con la bicicleta.

—¿Adónde irá a estas horas de la noche?

—Noche de pesca, imagino, con alemanes o sin ellos.

—Los alemanes —dijo Iris con firmeza— están bombardeando a los ingleses.

Él volvió la cabeza y la miró, pero Iris no pudo entender la expresión de su cara. La miró y después apartó la cabeza y por un instante muy breve Iris volvió a sentir que quizá la habían evaluado y no había aprobado. Los rayos de la rueda de la bicicleta chasqueaban entre ellos al girar.

—En fin, no permitirán que lleguen tan lejos.

—Tengo una cosa clara de ti —dijo Harry de buen talante—. Tienes una fe enorme en Dios y en el gobierno.

—Trabajo para el gobierno —observó Iris, aliviada por el tono de él.

Tal vez no lo había decepcionado.

—A eso me refiero.

Iris lo miró y vio que sonreía. Sacudió la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—El gobierno no es más que un puñado de seres humanos como tú y yo.

—Con un plan.

Él silbó.

—¿Quién ideó ese plan?

—Las personas de arriba —contestó ella rápidamente—, que tienen una visión general de la situación. Personas que prestan atención, que saben. Es su trabajo.

—Como tú.

Se apartó para dejar pasar un grupo, pero ella continuó caminando, deseando que entendiera lo que decía, deseando que lo captara.

—No se parecen en nada a mí —repuso enérgicamente cuando le oyó a su lado otra vez. Había ladeado la cabeza para oírla y su brazo estaba justo debajo del codo de ella cuando dijo—: Me pagan para que esté atenta a los accidentes, a las averías de la maquinaria. Mi trabajo es impedir que el sistema descarrile.

—¿Y cómo diablos piensas hacer eso?

—Presto atención —dijo ella firmemente—. Todo el tiempo. Vigilo. Es mi trabajo.

Él soltó una risita en la oscuridad.

—Estás un poco loca, ¿no?

—Eso depende... —le sonrió— de cómo estés tú.

—Hola, Frank. Hola, Marnie.

Harry se había parado de golpe.

Iris tragó saliva y saludó a la pareja que tenían delante. Marnie Niles iba envuelta en un abrigo largo, al lado de su marido. Dio una palmadita a la mano de Frank, que descansaba sobre la cadera de ella. Harry y la cartera, decía aquella mano. Vaya por Dios. El corazón de Iris chisporroteó.

—Hola, Harry. —Frank Niles sonrió—. Señorita James.

Harry saludó con la cabeza. Iris se quedó quieta a su lado sintiendo que habían apagado las luces.

—¿Adónde vais vosotros dos?

—Acompaño a Iris a casa —contestó Harry rápidamente, y se volvió a mirarla, esperando.

La esperaba a ella. Iris asintió, porque no confiaba suficientemente en sí misma para hablar. Los párpados de Marnie bajaron un poco, como si hubiera visto una señal.

—Hasta luego —dijo Harry.

—Adiós —dijo Marnie.

Iris bajó de la acera detrás de Harry. Caminaron en dirección contraria, alejándose de las luces del pueblo, donde el brazo de tierra se enrollaba en un puño, y emprendieron la suave subida de Yarrow Road hasta la casita de Iris. Tras un largo tramo en silencio, oyeron unos pasos delante, sobre el asfalto, aunque la luz de la

bicicleta de Iris no captó nada más que el seto oscuro y los escaramujos, negras bolas suspendidas. Apareció un hombre en la luz.

—Otto —dijo Harry.

Sobresaltado, el alemán levantó los ojos del suelo; parecía no haber visto que los otros se acercaban, ni la luz. Se apartó del haz de luz y fue hacia ellos.

—Harry —dijo y saludó a Iris con la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sólo daba un paseo.

Volvió a saludar con la cabeza.

—De acuerdo, Otto. —Harry dio una palmadita a Otto en el hombro—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Los pasos del hombre se oyeron detrás de ellos en la negra oscuridad. Iris se preguntó cómo podía ver la carretera con aquella oscuridad.

—Creo que pasea por aquí casi todas las noches.

Harry se puso a caminar otra vez.

Iris dio un empujón a la bicicleta.

—¿Por qué?

—Viene al risco para mirar hacia Francia.

—Dios santo —jadeó Iris.

La mano de Harry encontró la de ella sobre el manillar de la bicicleta y se cerró encima. Así sin más, pensó ella asombrada. Siguieron caminando sin decir palabra. Dejó caer la mano del manillar y caminaron cogidos de la mano; cuanto más lejos estaban, más silencioso estaba y más claro tenían que habían llegado. Así era cómo empezaban estas cosas. Con tan poco.

Y entonces, muy suavemente, él se detuvo y se volvió hacia ella, apoyando una mano otra vez en la bicicleta de modo que la mantenían de pie entre los dos y tiró de ella hacia él y ella tuvo que moverse un poco para acercarse, quizás era un pelo más alta que él; cuando sus labios se encontraron tuvo que inclinarse ligeramente para encontrarlo. El beso fue suave al principio, sus labios contra los de ella educados, una introducción. Después fue como si hubiera decidido algo, porque la atrajo con más fuerza hacia él y la apretó, y en la oscuridad, con los ojos cerrados, sencillamente ella traspasó una puerta hacia aquel lugar blando y húmedo rodeado por un hombre, besada y besando, y podría haber estado en cualquier parte, pensó, cualquiera, si aquel hombre la besara en la oficina de correos, entraría encantada en el círculo y se abandonaría una y otra vez hasta encontrar ese lugar en la oscuridad, esa abertura amplia y húmeda.

Se besaron un buen rato, y cuando se separaron, Iris se dio cuenta de que seguían en medio de Yarrow Road, y que tenía la mano entumecida de frío sobre el manillar de la bici. Se la metió en el bolsillo, dejando caer la bici contra su cadera.

—¿Te apetece un té?

—Sí —dijo él, y volvieron a caminar, como si nada hubiera ocurrido, se maravilló Iris.

Ahora tenían todo el tiempo del mundo, porque sucedería. Eso sucedería. Nunca se había sentido tan libre. Así era cómo empezaban esas cosas. Tan poco. Se volvió y le sonrió en la oscuridad. Caminaron otra vez lentamente.

Frente a la casa de pescadores de Jim Tom y Maggie Winthrop, alguien estaba sentado en los escalones; la brasa roja de un cigarrillo perforaba la oscuridad.

—Buenas noches —dijo una voz.

—¿Quién es? ¿Jim Tom?

—Sí.

—¿Va todo bien?

—Maggie está de parto.

—¿Y todo va bien?

—Sí. Will Fitch está con ella.

—Pues buena suerte.

—Sí, gracias.

Caminaron en silencio el resto del camino colina arriba, las luces de Franklin detrás de ellos como un racimo bajo de estrellas, los contornos de las tejas de las casas que pasaban brillando con un color violeta bajo la media luna. La luz del porche estaba encendida en la casa de Fitch, oscureciendo más aún la hilera de casitas de veraneo, la última de las cuales era la de Iris, la única que el dueño, el señor Day, había aislado del frío y en la que había instalado una estufa para sí mismo.

—De niños veníamos por aquí, a fumar, fuera de temporada —dijo Harry siguiendo a Iris al diminuto porche y después dentro.

Iris buscó el interruptor bajo la pantalla de la lámpara y la luz se encendió. A pesar de ser la casa más grande de la fila, la de Iris estaba amueblada como todas las demás. Dos mecedoras y un pequeño sofá situado «en conversación» en los extremos de una alfombra redonda en forma de gancho. Un pequeño dormitorio a cada lado del salón, y entre ellos una cocinita en la pared del fondo. Todo nuevo. Todo brillante. Nada importante, exceptuando el aire y el agua que rodaba perezosamente adelante y atrás por fuera de las ventanas ribeteadas. En todos los porches había dos sillas de madera de cara al puerto. Era justo lo que Iris quería cuando llegó, un año antes.

Sin mirarlo, fue a recoger el hervidor de agua y lo llevó al fregadero para llenarlo. El agua tosió en la tubería y finalmente salió borboteando.

—¿Quiénes?

—Frank Niles y yo... y Fitch. El padre del doctor.

Iris puso el hervidor al fuego, encendió el gas y prendió la llama. Cogió dos tazas del estante sobre la cocina y las dejó en la encimera. Se paró, apoyada en la pared de la cocina, metió la mano en el bolsillo de la falda y palpó los cigarrillos y el mechero; sacudió el paquete de tabaco para sacar un cigarrillo y se lo metió en la boca, contenta de tener una distracción.

—He oído decir que era un borracho.

—Sí —dijo Harry.

Ella lo miró. Él le quitó suavemente el mechero de los dedos y después le quitó el cigarrillo de los labios. Iris se dio cuenta de que iba a besarla otra vez, y se sintió más rara allí, a la luz, en medio de su propia cocina, de lo que se había sentido al aire libre en la oscuridad de la carretera. Él se inclinó hacia ella, apoyando las manos en la pared detrás de la cabeza de ella, y atrajo los labios hacia los de él; sin pensarlo, ella apoyó las manos en la amplia cintura del abrigo y tiró de él, tiró de él hacia ella. Bajo la boca de él, sonrió.

—¿Qué? —preguntó él contra sus labios.

Ella sacudió la cabeza. Una cosa llevaría a la otra, no tenía que pensar en nada. El hervidor silbó y él alargó una mano y apagó el fuego.

Después de un buen rato, él se separó.

—Debería dejarte —dijo.

—¿Deberías?

La besó otra vez.

—Debería —contestó sonriendo—. No quiero.

La mano de ella arrugó la tela de la chaqueta de Harry y tiró, como una niña.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo.

Se ruborizó, fue a su habitación y se paró frente a la cómoda. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que casi le dolía. Se había imaginado entregándole el certificado, pulcro y limpio, ofreciéndoselo con una pequeña sonrisa para que supiera que lo hacía encantada. Pero frente a la cómoda, su cara en el espejo parecía aterrada. ¿Qué pensaría él? Dudó.

—Oh, qué más da —susurró para sus adentros.

Se inclinó y abrió el cajón, metió la mano y cogió el sobre entre sus jerséis.

—Toma. —Lo sujetó delante de ella—. Quería que tuvieras esto antes de...

Él la miró, intrigado.

—¿Qué es?

—Toma —repitió ella.

Él le cogió el sobre.

—¿Me das una carta?

—Algo así.

No podía mirarlo. Harry dio la vuelta al sobre y sacó el certificado.

—¿Intacta?

Ella asintió, ruborizándose violentamente.

Él le puso ambas manos en la cintura.

—Soy un hombre mayor y roto, sabes, no soy precisamente un buen partido.

—Oh, no pretendía que... no es que quiera pescarte.

Él rió.

—No estoy intacto, ni mucho menos.

—Sólo pensaba que...

—Calla.

Le tocó la cara. Y ella supo que todo estaba bien.

Fuera había unas estrellas tan densas que no había suficiente vacío en el cielo para pasar un dedo. Harry se puso a caminar hacia la ciudad, con el cuerpo electrizado por el recuerdo reciente de la mujer que había observado tanto tiempo cayendo en sus brazos. Al cabo de unos minutos, se volvió y contó las luces de las casas que brillaban en una hilera: desde la de Bowtch a la de Fitch, hasta donde el pueblo terminaba con Iris. La imagen de ella, esa misma noche, caminando muy derecha a su lado entre la gente le pasó por la cabeza. ¿Qué había dicho? Le había parecido que su pelo olía a limones y se había inclinado hacia ella para oír lo que decía. Metió los dedos dentro del bolsillo del abrigo donde había guardado el certificado junto a su corazón, y caminó el resto del camino hasta la ciudad con la mano posada sobre el papel.

Delante de él se alzó un sonido como el de un animal atrapado en una trampa. Frunció el ceño y se quedó quieto, escuchando. El sonido se convirtió en un gemido y el gemido creció, e incluso desde donde estaba él, fuera y a seis metros de distancia, supo que era Maggie. «Dios santo.» Palideció, escuchando. «Santo cielo.» Y se volvió y se alejó tan silenciosamente como pudo de aquel ruido por la oscura carretera hacia el pueblo.

Los gritos de Maggie se fueron apagando y la mujer se quedó echada en la cama, sudando, cada vez más febril. Peor aún, sus contracciones se espaciaban. Habían pasado once minutos entre ésta y la anterior.

—Maggie —susurró Will—. Tengo que llevarte a Nauset.

Ahora tiritaba; el médico no sabía si le había oído.

—Maggie.

Se inclinó para ayudarla a levantarse.

De repente Maggie gruñó.

—Necesito levantarme —gritó—. ¡Will, necesito ponerme de pie!

Le miró con ojos ciegos y trastornados, con el pecho agitado. Dios, necesitaba otro par de manos. Las piernas de la mujer empezaron a temblar espasmódicamente y se dio la vuelta, pero estaba demasiado débil para bajar de la cama por sí misma.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo, Maggie.

Se sentó detrás de ella y colocándole los brazos bajo las axilas tiró de ella para sentarla. Dieron dos pasos, pero Will se dio cuenta de que estaba demasiado débil para mantenerse en pie, que tenía que sostenerla, y entonces la mujer se dobló por la cintura, cerró los ojos, soltó un grave gruñido y el bebé salió entre sus piernas y cayó al suelo. Ella soltó otro gran gemido y se quedó flácida.

—Mierda —gritó Will.

Maggie cayó de rodillas, obligando a Will a sostenerla. La dejó suavemente en el suelo junto al bebé cubierto de sangre, que se retorció en el suelo.

—Está bien —jadeó—. Está bien, Maggie, tranquila.

Su formación hizo el resto. Rápidamente, limpió los ojos y la nariz del bebé y le despejó la vía aérea con una pera de goma. Apretó más fuerte al bebé y el pequeño pecho de la niña se levantó respirando por primera vez.

—Es una niña, Maggie —exclamó Will, eufórico—. ¿Qué te parece, Maggie? Una niña.

Rápidamente, pinzó y cortó el cordón; con una sensación súbita de felicidad limpió todo el cuerpo de la niña y la envolvió en una mantita limpia. Estaba bien. La luz empezaba a despejar la noche en estallidos rosados magníficos. Estaba hecho. El bebé soltó otro furioso lamento y él le hizo un ruidito con la lengua, se la colocó en el brazo y se volvió para entregársela a su madre.

Miró por encima del hombro. Maggie se había dormido en el suelo, con los ojos cerrados, goteando sudor y jadeando, con la piel grisácea. Estaba entrando en shock: el olor y la fiebre habían sido avisos. Will dejó al bebé en el centro de la cama.

—Maggie —dijo secamente, intentando despertarla.

Lo más deprisa que pudo, Will medio levantó, medio empujó a Maggie hasta ponerla de pie y la acostó al lado del bebé. Le levantó el camisón, y le palpó el útero para ver si la placenta estaba a punto para salir, pero cuando le puso las manos

encima, un coágulo de sangre del tamaño de un melón se escurrió entre las piernas de la mujer, acompañado de un fuerte hedor.

—De acuerdo, Maggie —dijo Will, aterrado. El olor era como una pasta de dientes densa en la habitación—. Vamos a ver.

Había demasiada sangre. Había una cantidad de sangre exorbitante, y resbalaba aún más entre las piernas de Maggie. El bebé abrió la boca y emitió un pequeño lamento aflautado y Will vio que Maggie no parecía haberlo oído. Parecía empeñada en dejar atrás la vida, su cara estaba perdiendo el color, y su respiración era jadeante. Estaba empapada de sudor, y la sangre no cesaba de brotar. Moriría desangrada.

—¿Maggie?

Will le buscó el pulso en el cuello. Estaba allí, pero era espantosamente débil.

—Maggie, para —suplicó Will a la figura jadeante de la cama, como un hombre desesperado, no como un médico, gritando al túnel en el que Maggie parecía deslizarse—. Para. Tienes que quedarte aquí.

Buscó la ergotamina en el maletín y sacó la jeringa, golpeando con el dedo el cristal para que el líquido transparente subiera hasta el extremo de la aguja. Pero cuando se volvió hacia la mujer silenciosa e imposible de despertar, echada en la cama, Maggie había dejado de jadear. Simplemente no jadeaba. Le buscó el pulso otra vez pero no lo encontró. Will se incorporó y la jeringa vertió su líquido inútilmente sobre las sábanas. El tiempo se alargó de un modo imposible y su cerebro intentaba comprender que no había forma de volver al otro lado, a sólo un momento antes, cuando Maggie estaba viva y el bebé en brazos de él. No había forma de retroceder media hora.

¿Cómo la había perdido? ¿Cómo...? (¿Había sido él? ¿O ya era algo que estaba dentro de ella? ¿Estaba dentro de ella?) Nadie podría haber detenido aquella hemorragia, eso lo sabía con una parte de su cerebro: el útero había fallado y había colapsado el cuerpo. Quizá de haber estado en un hospital, quizá si hubiera habido más médicos, una enfermera. Se le formó un sollozo en la garganta y sacudió la cabeza violentamente. No había tiempo para lágrimas.

Podía oír los pasos de Jim Tom en la escalera, subiendo hacia ellos. Debería tapar a Maggie, debería arreglar la cama. ¿Qué se hacía en estos casos? La pequeña sacó un puño de la manta en la que estaba envuelta, y Will vio la vida de aquel bebé y de los niños de abajo, sin su madre. Vio al hijo mayor, el cantante, mirando hacia arriba mientras su padre entraba pesadamente en la habitación. Vio las cenas que vendrían, los niños y el padre sentados a la mesa. El lugar vacío cerca de la cocina. Lo vio todo hasta un día de verano dentro de dos años quizá: la niña caminando, los niños y ella, todos pasando por su lado, el médico, en la calle. Les vio observándolo.

Y sabría, a pesar de la buena voluntad del pueblo —los susurros y los asentimientos, «el médico hizo lo que pudo»—, siempre lo sabría: Maggie había muerto porque él no había sabido interpretar las señales. Había habido avisos y él no los había visto lo bastante rápido para salvarla.

Will permaneció quieto, manchado de sangre y paralizado en un lugar del suelo en medio de la habitación, comprendiendo la escena con la absoluta claridad de una mente exhausta. Maggie había muerto porque él había fallado. Era un Fitch, al fin y al cabo. Éste era su lugar en la lotería. Ésta era su guerra. La mano se había introducido en el cuenco y había sacado su número. La vida de todos se fundamentaba en un hecho crucial, según Emma. Y éste era el suyo.

—¿Will? —gritó Jim Tom desde el umbral.

«Buenas noches», decía la gente a Emma en la calle. «Buenas noches», y después otra vez «Buenos días». Todo el mes, después del funeral de Maggie, después de que Will volviera a trabajar, día tras día todos habían sido muy amables en el pueblo, muy amables; éstas eran las palabras a las que Emma no paraba de dar vueltas en su cabeza, envolviéndola como un amortiguador. Una noche, Emma se inclinaba para coger la maicena y las mujeres, en el otro pasillo del supermercado, no la habían visto.

—He visto a la niña —decía Marnie Niles a Florence Cripps.

Emma se volvió.

—Es una monada, ¿no? —comentó Florence.

—Jim Tom parece llevarlo bien.

—Estoy segura de que Will se culpa a sí mismo —suspiró la señora Cripps.

—Bueno, hasta los mejores médicos tienen sus pequeñas tumbas.

Sin decir nada, Emma pasó junto a las dos mujeres y cruzó la puerta del supermercado, ignorando las voces que la llamaban. Caminó las tres manzanas por la calle oscura para ir al encuentro de Will. Pero no había luz en la enfermería y, cuando llegó, vio un rótulo con la letra pequeña de él, colgado de la puerta. «Vuelvo mañana», decía. Sólo eso. Con los ojos llorosos, se encaminó a su casa.

La mañana que Maggie murió, él había llegado a casa y ella había corrido a recibirlo, tan contenta de verlo que no había pensado que su cara pálida significara nada que pudiera herirla. Al principio sólo pensó que estaba agotado por la larga noche pasada atendiendo a Maggie, pero entonces vio que la abrazaba con desesperación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma, empezando a asustarse y apartándose para mirarlo al rostro.

Él sacudió la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

Se apretó más fuerte contra él.

Él se echó a llorar sobre su cabello, y ella lo apretó más fuerte, dejando que sus lágrimas resbalaran del pelo a su frente, intentando imaginar qué había ocurrido.

—¿El bebé? —susurró finalmente—. ¿Le ha ocurrido algo malo al bebé?

Él la estrechó más fuerte.

—¿Will?

—No. —Siguió llorando sobre su pelo—. Maggie.

—¿Maggie?

No comprendió lo que le decía.

—He perdido a Maggie.

Ella se apartó.

—No lo entiendo. ¿A qué te refieres?

Pero el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Maggie está muerta. La he perdido.

—No, no es verdad —dijo ella rápidamente—. No es verdad, Will. No has sido tú. Tiene que haber pasado algo. No has sido tú.

Él no contestó.

—¿Will?

—No he podido detener la hemorragia.

No parecía darse cuenta de que ella había vuelto a abrazarlo. Le acarició la cara.

—Tranquilo —susurró. Él cerró los ojos—. Tranquilo —dijo apaciguadoramente.

Él la escuchaba, y Emma casi pensó que se había dormido, cuando él levantó la cabeza y la sacudió como si hubiera tomado una decisión.

—No importa.

Las manos de ella se detuvieron sobre sus mejillas.

—¿Qué no importa?

Él le cogió las manos y la hizo sentar a su lado.

—¿Qué no importa? —repitió ella.

—Nada de esto.

—¿A qué te refieres?

Él calló.

—Respóndeme, Will —dijo Emma con vehemencia—. Mírame.

La expresión con la que la miró estaba tan llena de angustia que Emma estuvo a punto de ponerle la mano en la boca para impedir que respondiera.

Entró en casa y se quitó el pañuelo lentamente, lo dobló poco a poco y lo dejó sobre el banco. La radio estaba puesta —Will siempre la tenía puesta ahora—, pero era difícil distinguir las palabras. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el pañuelo doblado. Por último, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. Cuando llegó al umbral de la sala, Will levantó la mano.

«Tuve mi primera visión de la gente en un refugio subterráneo —decía el hombre—, en la gran estación de metro de Liverpool Street. Eran sobre las ocho de una noche sin bombardeos, y no sé por qué pensé que aquella noche no habría nadie allí abajo, o que, si había alguien, sería invisible o algo parecido, porque no estaba emocionalmente preparado para ver a personas, cientos de personas, en los bancos de las paredes, como si estuvieran sentados o echados en un asiento largo de tranvía. Y a medida que avanzábamos los cientos se convertían en miles. La gente levantaba la cabeza al vernos pasar con nuestra ropa buena y nuestros sombreros evidentemente norteamericanos. Tuve una horrible sensación de culpa caminando por allí, sentí vergüenza de estar allí, mirando. Un edificio bombardeado parece algo que ya has visto, como si hubiera sido golpeado por un huracán. Pero la visión de miles de personas pobres y sin oportunidades, echadas en posiciones extrañas, apoyadas en el frío acero, con toda la ropa puesta, acurrucadas en mantas, con luces brillando en los ojos, respirando aire fétido, en un lugar subterráneo, como conejos, sin pelear, sin

enloquecer siquiera, simplemente inofensivos, flagelados, esperando débilmente...»

—¿Has oído? —preguntó Will desde la puerta.

—¿Qué?

Emma lo observó y después miró cautelosamente hacia la radio.

«Gracias, señor Pyle —dijo la radio—. Es todo, desde Londres.»

—¿Has oído? ¿Has oído cómo es? Cada día es peor. Necesitan nuestra ayuda. Les faltan médicos.

«Y en Washington esta mañana...» Una voz práctica penetró en la estancia.

Will cruzó la habitación y apagó la radio.

—Tengo que ir.

—¿Ir? —preguntó ella desesperada—. ¿Ir adónde?

—A Londres —dijo él, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—Will —repuso ella en voz baja, con miedo a hablar más fuerte, con miedo a alzar la voz—. Tú eres el médico. No puedes irte.

—Está Lowenstein.

—Está jubilado.

—Es un buen médico. —Will levantó la barbilla—. No cometía errores.

—Oh. —Vio lo que estaba haciendo, el funesto cálculo—. Tú por Maggie.

Él sacudió la cabeza, excitado.

—Tú misma lo dijiste el mes pasado. Tú misma lo dijiste, tenemos que hacer algo, ¿te acuerdas del niño?

—¿El niño? —Cerró los ojos. Su ardor la quemaba como una fiebre—. ¿Qué niño?

—El que perdió a su madre. El niño que la chica de la radio acompañó a casa. Estaba solo en el mundo. Y recuerda lo que dijiste, querida. Lo que está ocurriendo allí está ocurriendo ahora mismo. Ahora mismo ese niño podría estar vagando por ahí...

—¡Basta! —gimió Emma, abriendo los ojos, angustiada.

El peligro nunca había sido el reclutamiento, había sido Will. El propio Will.

—Cariño, allí hay personas que necesitan ayuda, que necesitan otro par de manos, y yo puedo ofrecérselas. Éste es el trato. Esto es lo que decías sin decirlo. Cuando sabemos que hay personas necesitadas, ahora mismo, en el mismo aire que nosotros respiramos, no podemos mirar a otro lado. No es algo abstracto. Debemos ir. Esto es humanidad. Todo este asunto depende de ello. Los seres humanos no miran a otro lado.

Ella le observó. Qué poco lo conocía, qué poco lo había llegado a conocer al fin y al cabo.

—Puedes disfrazarlo cuanto quieras, Will, pero no necesitas ir. No necesitas demostrar nada. Lo que sucedió aquí no fue culpa tuya —insistió—. Lo que haces no tiene sentido.

—¿Sentido? —Se levantó de un salto—. Es lo único que tiene sentido, maldita

sea. Lo que le ocurrió a Maggie fue la prueba.

—¿La prueba de qué?

Él no respondió.

—¿Qué prueba, Will? —Apenas podía respirar—. ¿La prueba de qué?

El fantasma de su padre —no, ni siquiera su fantasma—, allí estaba su padre, en carne y hueso, sentado en una de las sillas de la cocina, con el pelo blanco cuidadosamente peinado y engominado, oliendo a ginebra. Totalmente inofensivo, excepto para su familia.

Will no contestó. Y su padre lo miró y sonrió con su habitual sonrisa apagada. Vencido.

—Mi padre era el dueño del banco del pueblo y lo perdió. —Calló y sacudió la cabeza—. Peor que eso. Mi padre era el dueño del banco, pero cuando lo perdió... cuando los bancos quebraron en el treinta y dos, cerró las puertas y aisló este pueblo durante tres días.

»Durante tres días, se quedó allí sentado sin decir nada. Sin salir. Y el señor Cripps y Frank Niles, Lars Black, todos los hombres que has conocido, estaban fuera aporreando la puerta. Día tras día. La mañana del cuarto día, Harry Vale y algunos más llevaron un mástil de bote de la playa y golpearon la puerta con él.

Nunca se lo había contado.

—Mi padre estaba allí sentado, con una bayoneta alemana de la Gran Guerra en las rodillas, llorando. —Will resopló—. Como si fuera un héroe del Álamo, o alguna estúpida idea que tenía acerca del deber. Acerca de proteger...

—¿Qué ocurrió? —susurró Emma.

—Absolutamente nada. Dejó el arma y salió del banco y volvió a casa, con mi madre.

Emma esperaba, tan nerviosa que no podía hablar.

—Siguió viviendo como un personaje de un libro cuyo papel ha acabado, año tras año, como si fuera un peón, con el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás, pantalones y camisa de algodón, y oliendo espantosamente a ginebra. Debería haber muerto, debería haber tenido el valor en aquel momento crucial. Habría sido mejor para mi madre y para mí que esperar pacientemente.

—¿Esperar pacientemente qué?

Emma no se lo podía creer.

—Vida —gritó Will—. Que debería haber acabado. Debería haber terminado...

Will hizo chasquear los dedos.

Emma retrocedió.

—Quieres morir allí —dijo—. ¿Es eso?

—Qué cosa más rara de decir.

—Intento entender qué pretendes hacer —contestó ella, sintiéndose impotente.

—Quiero ayudar.

—Estás huyendo —afirmó Emma acusadoramente—. Huyes.

Él se quedó paralizado.

—¿Es eso lo que piensas?

—Sí.

Él se apoyó en la puerta de la cocina y la cruzó. Emma se quedó en medio de la cocina contemplando la puerta que oscilaba adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que se cerró. Que se maten, que se degüellen si quieren, ¿por qué deberíamos ayudarles? ¿Por qué la vida de otras personas debía ser más importante que la de ellos? ¿Por qué Europa debería llevárselo y dejar desamparado su propio pueblo? ¿O a ella? ¿Por qué ella, que había dado ya tanto, que ya había sufrido tanto, debería dar más?

Un grito apagado surgió de entre las casas y Emma volvió la cabeza hacia la ventana sobre el fregadero. ¿Había sido un niño? Escuchó. Otra vez el grito. Quizás un niño que no quería acostarse en una de las casas de los vecinos. Se apretó más el jersey. Se oyó otro grito. Esta vez mucho más cerca. Y entonces vio el cuerpo blanco pasando frente a la ventana, volando, con el pico afilado abierto y gritando mientras surcaba el cielo apagado. Una gaviota. Había sido el grito de un pájaro. Se estremeció viendo cómo desaparecía el punto blanco en el cielo gris, enfadada por haberse dejado engañar.

Cruzó la puerta de la cocina y salió al pasillo. Él estaba sentado a oscuras en el salón, apoyado en los cojines de su madre.

—¿Will?

—Seis meses —susurró él—. Estaré en casa en verano.

Emma le miró un buen rato antes de que sus labios se separaran para responder. ¿Qué podía decir? ¿Qué le detendría? Ya se había ido.

—De acuerdo —dijo en voz baja, lentamente.

Tres semanas después había recibido la respuesta del City Hospital de Londres. Estarían encantados de contar con su ayuda. Seis semanas después tenía el billete y los documentos. Al final fue muy poco lo que metieron en las maletas. Y cuando llegó la última mañana, Will alargó la mano y la puso sobre el pomo de la puerta y la abrió como si fuera cualquier puerta. El frío sol invernal penetró como un cuchillo en el vestíbulo. Emma apretó el monedero contra el pecho y salió, pasando por su lado.

—Espera —dijo él, y tiró de ella hacia dentro—. Dame un beso dentro, aquí. —Ella le miró. La atención de él estaba concentrada en el salón, como si quisiera recogerlo en una manta y echárselo al hombro, llevárselo. Emma apoyó las manos en su abrigo y cerró los ojos sintiendo en las manos la solidez de los brazos de él dentro de las mangas—. Adiós —susurró él.

Ella se deslizó en sus brazos y después se apretó aún más contra él y le rodeó el cuello con los brazos, estrechándolo con fuerza. «Dios», la palabra repicaba en su cabeza, tenía la garganta demasiado cerrada para hablar... «Dios. Dios. Dios. Dios.

Mira hacia abajo.»

—Demuéstrame, Will —dijo con la cara pegada a su abrigo.

—¿Qué? —murmuró él.

—Demuéstrame que la gente sigue viva.

—Ya lo verás —dijo sobre su pelo y la soltó.

Salieron de la casa. Por encima de ellos las gaviotas buceaban en el día azul frío y brillante. Emma se acurrucó cómodamente contra el brazo de Will. La mano de él se apoyó en el cinturón del abrigo de Emma, y con la otra le cogió la mano; caminaron cogidos de la mano como si patinaran. Él no la miraba, pero ella sentía su cadera contra la suya mientras tiraba de ella Yarrow Road abajo.

Emma deseaba hacer que todo retrocediera. Sin tiempo, sin pueblo. Nada más que sus manos y el ritmo de sus pasos. El cielo parecía combarse, enroscándose como un gato. Era una mañana templada, como sucede a veces, como si mayo se hubiera infiltrado silenciosamente en aquel día de enero. No había viento. Caminaron, y bajo el callado cielo matinal, Emma se imaginó que podía tirar del tiempo como un toffee, estirándolo y estirándolo entre sus manos hasta llegar al punto más fino, el punto justo antes de la rotura, y vivir allí. Un punto en el centro del tiempo, sin ir hacia delante, ni mirar atrás. Cogidos de aquella manera, sin hablar, caminando sin un final discernible, casi podía creer que caminaban sobre el tiempo.

La calle estuvo vacía todo el camino hasta el pueblo. No había nadie a quien decir adiós. El autobús haraganeaba junto a la acera, frente a la oficina de correos. Flores tenía dificultades con la puerta del compartimento de equipajes y hubo un pequeño retraso mientras él y Will hacían palanca para abrir la manilla, pero de repente llegó el último beso y Will se fue.

INVIERNO 1941

Un día alguien a quien veías cada día estaba allí y al siguiente ya no estaba. Ésta era la única forma que había encontrado Frankie para informar sobre el Blitz. El policía bajito de la esquina, el tendero con un ojo malo, las personas que te acompañaban al trabajo, en las tiendas, en el autobús: las personas que no conocías pero que hacían la misma ruta que tú, que tejían la anónima tela de tu vida. Edificios, jardines, el perfil de los tejados; podía describirse su ausencia. Pero en cuanto a la desaparición de un hombre, o un niño, o la mujer que siempre esperaba el autobús a la misma hora que ella, Frankie había encontrado pocas palabras: antes estaban aquí. Y yo los vi.

Informar siempre había consistido en alinear los detalles —el calor de un día, el dobladillo deshilachado de la falda de una mujer—, detalles como guijarros en una playa, arrojados a la playa para ser recogidos y dispuestos formando una historia. Ella había ido a Europa, había dispuesto detalle tras detalle para Ed Murrow y para sí misma. Los montones de nieve, las bombas que caían, el cielo negro con bombarderos del tamaño de una manzana de la ciudad, y la sobresaltada impaciencia de las personas en los refugios esperando hasta que no podían más, «no podían más, ¿te enteras?». Y se levantaban y caminaban por la calle en medio de todo ello —impacientes porque la noche acabara y el bombardeo llegara a su fin— y morían mientras caminaban, enloquecidos por que llegara el final y se los llevara.

Y ella había creído que los retazos de vida podían unirse y darles forma. Pero no había forma alguna que dar aquella mañana tras dejar al niño, a Billy, en su casa, y entrar en su propio portal donde el denso olor a gas y ceniza la asaltó inmediatamente. E incluso mientras su cabeza veía el aire azul donde la parte trasera de la casa había sido separada de la frontal por la fuerza de la bomba, limpiamente, como si un ascensor hubiera caído de golpe los cinco pisos, había subido corriendo los escalones hasta donde la puerta de su piso permanecía intacta, aunque el cielo se introdujera a través del extremo arrancado del rellano. La parte trasera del piso sencillamente había desaparecido, mientras que la parte frontal era la misma de siempre, la lámpara sobre la mesa, los percheros frente a la puerta en los que colgaba el abrigo de Harriet y el de Dowell. Era irreal. Sin forma. Los primeros segundos se quedó en la puerta, mirando el abrigo de Harriet, viendo que ya no había dormitorio a la izquierda, mientras que a la derecha la luz matinal entraba por las ventanas sin cristales del salón, y viendo que una carta de la prima de Harriet en Polonia esperaba, esperaba pacientemente junto a la puerta, apoyada con toda normalidad contra la pared, esperando a Harriet.

—¿Harriet? —gritó, con una voz asustada que se le atragantó en la garganta.

No había forma que dar a detalles como éstos. La forma era la mentira del novelista.

Y, sin embargo, y, sin embargo —pensó, dirigiéndose hacia Broadcasting House—, la noticia que había poseído a Harriet, la noticia secundaria de los judíos, adquiría silenciosamente una forma clara y aterradora. En la habitación que había alquilado tras la muerte de Harriet, Frankie había seguido la costumbre de su amiga de archivar noticias relacionadas con los judíos de Europa. En la gran pared sobre su escritorio improvisado se extendía un desordenado edredón de papel: clavados, sin orden especial, estaban los partes de noticias, las cartas de los primos polacos de Harriet, anuncios escritos a mano que había encontrado en los parques y pegados en las paredes de los edificios: «Jens Steinbach, ¿estás aquí?». (Ésta estaba escrita en alemán y en inglés.)

Para entonces, los judíos alsacianos enviados a la zona no ocupada se habían unido a los judíos alemanes empujados fuera de la frontera para engrosar los torrentes de judíos expulsados de Austria, Danzig, y la parte del Sudetenland de Checoslovaquia, donde los amontonaban en el sur de Francia, los hombres hacia los campos de Le Vernet o Les Milles y las mujeres y los niños a Gurs. La falta de comida, ropa, alojamiento y medicinas hacía que la carrera de aquellas personas para huir a otros países se hubiera convertido en una carrera contra la muerte.

El mes anterior, la Francia de Vichy había anunciado que soltaría a miles de internos de los campos, siempre que pudieran demostrar que otros países estaban dispuestos a acogerlos. Pidió a Estados Unidos que ofreciera refugio especialmente a «judíos expulsados de Luxemburgo, Bélgica y Alemania». Pero el secretario de Estado, Cordell Hull, se negó, afirmando que «los principios básicos» de la Comisión Intergubernamental sobre los Refugiados no podía favorecer ninguna raza, nacionalidad o religión. Los judíos eran internados por ser judíos, y se les negaba asilo por ser judíos.

«Estos errores burocráticos», había escrito Harriet, son seres humanos atrapados por hojas de papel ahora encerrados en campos como Gurs a razón de sesenta por habitación. «Manden comida, ropa de abrigo, ropa interior y medicinas», decían los telegramas desde el campamento lanzados al aire siguiendo a familiares que habían salido. «Mandad comida, ropa de abrigo, ropa interior. Díselo a mi hermana. Díselo a mi primo.» Al salir los visitantes, las internas les metían pedazos de papel en las manos; diez mil mujeres esperaban noticias. Diez mil pedazos de papel.

«El Departamento de Inmigración no niega los visados —había escrito Kirchway, amigo de Frankie, en *The Nation*—, se limita a colocar una hilera de obstáculos.»

En Farmington, donde Frankie había ido a la escuela, había una profesora que masticaba su comida con tanta lentitud que a la niña le parecía que perdería la cabeza entre bocado y bocado, sentada a la mesa redonda, los tenedores a la izquierda y los cuchillos a la derecha y las niñas en un círculo, quietas, hablando al ritmo de la profesora, a la cabecera de la mesa, masticando y pensando y masticando. Y una noche, Frankie simplemente se había echado hacia atrás en la silla, había abierto la

boca y había gritado.

«*Du calme*. —Frankie oyó la voz de su madre en la cabeza—. *Du calme*.»

Pero ahora era casi imposible no mirar lo que estaba claro que sucedía en Europa. Los judíos vivían un permanente e incesante pogromo. Y el aristocrático hábito de desviar las fuertes pasiones o críticas hacia aguas más tranquilas, para reflexionar, evaluar, pertenecía a la generación de su madre. Estupendo para la señora Dalloway, imposible para la señora Woolf. Un escritor, un escritor de verdad, en posesión de una noticia se lanzaba de cabeza a sus rápidos, con los ojos dentro del agua, chapoteando hacia el centro para poder verla lo más de cerca posible. Para ver así, había que aceptar el hecho de la crueldad pura y simple. Los alemanes, al fin y al cabo, estaban reuniendo a los judíos en campos y guetos y sencillamente *los dejaban morir ahí*. Si Frankie podía explicar esa noticia, si podía contarla tan bien como Murrow contaba el Blitz, podría trasladar a los judíos y su horror a las primeras páginas; podría convertir lo que ahora estaba enterrado en detalles, lo que se podía calificar de azaroso y no intencionado en una visión narrativa completa.

—No me gusta lo que le ha pasado a tu voz, Frankie, querida —había dicho su madre por teléfono la semana anterior—. Parecías...

Se oyó un silbido largo en el teléfono, el vasto silencio del mar entre ella y su madre de pie en el pasillo de la casa familiar.

—¿Cómo, madre?

—Desesperada.

—Así es.

—Vuelve a casa, cariño —dijo su madre, finalmente—. Vuelve a casa y descansa.

Esa noche la luna era de color rojo y los incendios se reflejaban en el helado Támesis. Aunque para entonces ya estuviera muy acostumbrada a fijarse en los detalles, la descripción ya no parecía suficiente. «Lo único que he hecho —Frankie casi subió corriendo la escalera hasta donde estaba Murrow— es pintar imágenes vivas del mundo. Imágenes del Blitz. En cambio, la historia de Harriet crece.»

Se paró frente a la puerta abierta del despacho de Murrow.

—Frankie.

El hombre se levantó y dio la vuelta a la mesa para ir hacia ella, mientras le indicaba que se sentara. Ella sonrió a modo de saludo y se sentó. Sobre la mesa, un *New York Times* de dos semanas atrás estaba doblado tres veces al lado de su bocado. Delante de él, un cigarrillo se quemaba en el cenicero. Frankie sacó un cigarrillo y él se inclinó para encendérselo con su mechero. Ella se echó hacia delante y asintió, le dio las gracias y exhaló.

—Mándeme a Francia, señor Murrow. Se lo ruego.

Él cerró el mechero y se lo guardó en el bolsillo.

La muchacha permaneció de pie, impulsada por una prisa inquieta, pero sabiendo lo que debía parecerle a su jefe, agotada y excitable, indicó el periódico de la mesa con la barbilla.

—¿Algo nuevo?

—A ver. —Le miró y señaló el *Times*—. Sólo ha habido un reportaje sobre la situación de los refugiados judíos en Francia que llegara a la primera página de ese periódico. Y trataba de la respuesta del secretario Hull a los franceses. Todo lo que proponía Harriet iba a parar a las páginas centrales. ¿Por qué no llegan los artículos? ¿Por qué no lo ven?

—¿No ven qué, Frankie?

—Empezando en España —Frankie encontró el tono que buscaba—, los años de guerra en Europa han desdibujado la frontera entre campo de batalla y hogar, destruyendo pueblos, obligando a la gente a huir, personas que huyen de su casa, de España a Francia. Ahora añadámosle a los judíos expulsados por los nazis, y lo que tenemos es una marea de personas diseminadas por Europa y ahora atrapadas en el sur de Francia, donde esperan, de espaldas al mar.

—Sigue.

—Los refugiados de guerra son una noticia que todos conocemos. Pero ¿quién está realmente en esos campos y por qué? ¿Por qué están allí? ¿Han hecho algo? He oído a gente que hablaba de esto como si existiera una razón. La gente corriente se niega a prestar atención porque cree que no puede ser cierto que sencillamente expulsen a la gente dándole sólo veinte minutos para abandonar su vida, sin poder llevarse dinero, para afrontar una burocracia que insiste en los documentos, el dinero y las posesiones. No puede ser cierto, piensa el mundo civilizado, porque sería una locura.

Le temblaba la voz. Se metió las manos en los bolsillos y se inclinó hacia delante.

—¿Y si en mi país la gente pudiera oír sus voces? Haríamos que los refugiados fueran reales. Conseguiríamos que las historias de las personas atrapadas... —Se atragantó—. Maldita sea.

Sonrió para alejar las lágrimas que se le formaban en los ojos.

—Está bien —dijo él.

—¿Bien? —Apartó el pañuelo que él le ofrecía y se secó los ojos con las puntas de los dedos—. ¿Bien? —repitió, casi riendo, y entonces se rindió y se tapó la cara con las manos.

—Es duro —aseguró Murrow, en voz aún más baja.

—Me gustaría terminar lo que Harriet empezó, contar esa noticia, entera.

Él asintió.

—¿Y qué harías con ella?

«Dejar de buscar excusas», pero no lo dijo.

—¿Qué están haciendo en casa, Ed? ¿Qué hace la gente, por el amor de Dios?

—Vivir su vida.

—¿Cómo pueden hacerlo?

Él no contestó y Frankie supo que acababa de subir a un barco que se alejaba de la costa.

—En aquella primera semana, Ed, ¿lo recuerdas? Recuerdas a todas aquellas personas, miles de ellas, en el East End con sus maletas, haciendo cola, esperando, por el amor de Dios, que los autobuses los llevaran lejos de South Hallsville School, que los llevaran a otras partes de la ciudad, a lugares seguros.

Ed asintió.

—Con sus casas bombardeadas, les prometieron transporte para salir de allí y les dijeron que esperaran hasta que llegaran los autobuses. Y ellos lo hicieron. Y la mitad murieron la tercera noche porque los autobuses no llegaron nunca, los que habían sobrevivido a la primera noche, murieron en la tercera, porque los autobuses nunca llegaron...

—Está bien, Frankie.

Ella se puso de pie.

—Lo que quiero decir, Ed, es que aquí la gente se está quedando sin casa por los bombardeos. Pero parece claro que la mayoría de las personas encerradas en campos de detención están allí por ser judíos. Por mucho que los partes informativos insistan en que hay muchas nacionalidades, los refugiados son judíos. Es deliberado. Los han deportado y reunido. ¿Cuál es el plan? ¿Existe un plan? Se trata de esto. Esto era lo que Harriet investigaba. ¿No queremos averiguarlo? ¿No deberíamos descubrirlo?

Él no respondió.

—Quiero conseguir el reportaje que desenmascare la idea de que el horror que viven los judíos es una consecuencia normal de la guerra...

—Que vete tú a saber lo que es —interrumpió Murrow.

—Tienes mucha razón. —Frankie asintió—. Pero esto no son bajas aleatorias. Es anormal. Es un pogromo.

—Sigue —dijo él al cabo de un momento.

—Déjame ir. Déjame grabar sus voces, como el programa «Niños que llaman a casa» de la BBC. Podríamos llamarlo «Voces de Europa» o algo así. Una emisión de personas corrientes que hablan. Que hablan y son reales. Reales como las personas al otro lado de la radio: la voz de la guerra, personas en campos de internamiento intentando huir de la guerra, tan auténticas como las bombas, y sólo son personas. ¿No ha sido siempre ésta nuestra noticia?

—¿En inglés? —Murrow era escéptico—. ¿Cómo te las vas a arreglar con los idiomas?

—Hablen lo que hablen... hablan. Están vivos. Y son reales, incluso quizá más si hablan en otro idioma. Sus voces lo transmitirán a los oyentes. Y cada día mueren de quince a veinticinco más en lugares como Gurs.

Esperó. «No creamos opinión —la había aleccionado Murrow el primer día—, contamos lo que hay para contar. Nuestra misión no es convencer. Sólo ofrecer las noticias con honestidad. De una persona a otra. Y cuando no hay noticias, se dice y basta. Las noticias no son un ambiente» (aunque hubiera estantes de discos en Broadcasting House que se utilizaran exactamente para eso: grillos y cantos de

pájaros, el sonido del Big Ben, y casi sesenta grupos en un disco dedicado a «Falsa Alarma: Voces alegres con tintineo de tazas de té»). Ahora las noticias de guerra eran en directo: las voces de los locutores, el micrófono en la azotea grabando los bombardeos y la conversación entre locutores en el preciso momento del Blitz. El mundo podía oír la guerra como si nos arrancaran a todos hacia el fuego.

Murrow sacudió la cabeza.

—Es demasiado difuso, poco concreto. Sobre todo si las voces no se traducen. Serán sólo sonidos. Voces sin una historia. La gente necesita saber por qué está escuchando y qué se les pide que escuchen.

—¿Porque si no no lo entenderán?

—No escucharán. —Se estaba impacientando—. Tienes que centrarte, Frankie. Tienes que centrar la atención de la gente en lo que quieres que escuchen.

—Pero...

—No es noticia. —Murrow había acabado—. Y te necesito aquí.

Ella le miró descorazonada, pero se puso de pie.

—De acuerdo, jefe.

—Sales dentro de cinco minutos —gritó el técnico cuando la vio salir del despacho de Murrow.

—Como si no lo supiera.

Saludó con la mano, aguantando el tipo hasta que empujó la puerta del servicio de señoras, donde se rindió por fin y sollozó, con la frente apoyada en las frías baldosas. Y cuando acabó, se apartó de la pared, abrió el grifo y acercó la cara a las manos llenas de agua y se mojó la cara.

«Hay muchos partes positivos», empezó a decir unos minutos después, cerrando los ojos al micrófono, a la lámpara de techo, a Tom, al técnico de sonido, sentado detrás del cristal frente a ella, y se imaginó a su madre como hacía siempre, escuchándola con los oídos bien abiertos.

«Hay muchos partes positivos de Europa que llegan hasta nosotros. Han pasado unas pocas semanas desde que el señor Laveley propuso la V como signo de la victoria para unir a los pueblos de Bélgica, Francia y Holanda, y nos han dicho que el símbolo ha aparecido, por lo visto, por todas partes. Pintada con tiza en las paredes de los establos, en el asfalto de la ciudad, en los lados de los camiones que circulan por los pueblos, la V resiste. Si la borran, reaparece unas horas después. Como un dedo fantasma, señalando. El signo, siempre el mismo, repetido infinitas veces, está ahí para recordar al soldado alemán destinado allí que está rodeado. Y las paredes hablan: os observamos, estamos esperando que caigáis. Por toda Europa, la V silenciosa e invisible proclama las voces de los que no pueden hablar, afirma la presencia de las personas sometidas.»

Frankie calló un momento infinitesimal, el latido del silencio que transportaba mejor las palabras.

«Anoche me encontré de nuevo en el suelo, boca abajo, contra la acera, para

protegerme de una bomba que cayó cerca. No se destruyó nada muy cercano pero el ruido fue ensordecedor y después de una bomba siempre hay tres o cuatro segundos que estás demasiado tembloroso para levantarte. Al cabo de un rato, me levanté, primero de rodillas, y después, lentamente, me puse de pie. Al otro lado de la calle, dos niños, de unos diez años, también se levantaban del suelo y se afanaban intentando hacer retroceder a su asustado caballo para sujetarlo a su carro de reparto. “Vamos —le susurraban, llorando, y secándose las lágrimas con la manga—, vamos”, decían los niños acariciando al animal y murmurando palabras tranquilizadoras, aunque no podían dejar de sollozar. Y lentamente, muy lentamente, el animal se calmó y se enderezó. Gimoteando, los niños montaron en el carro, hicieron chasquear la lengua, sacudieron las riendas y siguieron calle abajo.»

Iris se había quedado quieta frente a la radio del estante de la sala de clasificación de la oficina de correos, sobre el calentaplatos y el hervidor.

«Esperando y observando. Llorando sobre la manga, no son los rasgos de los héroes, ni Ulises, ni Eneas, ni Josué. Piensen en Penélope. Piensen en todas las mujeres que a lo largo de los años han observado y esperado, pero que, como los niños del caballo, lloraban y se levantaban y seguían, y comprenderán un poco a los héroes que hay aquí. Los ocupados, los bombardeados y los muy, muy valientes. Les ha hablado Frankie Bard, desde Londres. Buenas noches.»

Iris buscó la manilla de la puerta y la giró poco a poco hacia la derecha. Normalmente no le gustaba el sonido de la voz de esa chica, no le gustaba el tono subyacente que siempre parecía transmitir, como si tuviera la verdad en sus manos y los demás debieran prestarle atención por su propio bien. Aun así —Iris se apartó de la radio y cruzó los brazos— estaba bastante segura de que la chica de la radio acababa de redefinir la esencia de los héroes. Miró la caja negra especulativamente. Sí, estaba segura de que eso era exactamente lo que había hecho la señorita Frankie Bard.

Harry Vale estaba sentado en el desván del ayuntamiento buscando alemanes. Era una noche despejada y fría. La alta asta de bandera de la oficina de correos dividía el puerto de Franklin por la mitad, apuntando al norte como la aguja de una brújula, y sacándolo de sus casillas. Las ventanas del desván ofrecían un panorama sin obstáculos del puerto, a un lado y al otro, una vista del desierto de dunas hasta el mar. Más allá del bucle de Land's End, las manchas negras de los barcos se hundían y resurgían en la extensión azul.

Le importaba un rábano que Roosevelt asegurara que los chicos no lucharían en guerras extranjeras. El mero hecho de que desde allí a Nauset se extendieran sesenta y cinco kilómetros de costa sin protección le hacían sentir desnudo como una chica. Y cuanto más duraba el Blitz al otro lado del océano, más fuerte era la corazonada de Harry de que los alemanes estaban llamando la atención del mundo sobre Londres mientras otra cosa se acercaba en la oscuridad. Había pasado muchas noches caminando arriba y abajo del acantilado, observando el mar desde el pueblo, después de dejar a Iris.

Se imaginaba que, si los alemanes atacaban, desembarcarían en la costa más despoblada, tomarían primero Franklin y después arrasaría Cape hasta Boston. Y los alemanes estarían a la vista de todos los sonámbulos. Incluso los chicos que estaban a punto de ser reclutados —sobre todo ellos, se corrigió—, Johnny Cripps y todos los demás, y bromeaban sentados en fila en los bancos situados a cada lado de los escalones de la entrada del ayuntamiento.

—¿Ya ha visto alemanes, señor Vale? —preguntaban, riendo y persistentes como mosquitos.

—Hoy no.

Harry sonreía y pasaba al lado del enjambre. La guardia costera no era mejor que ellos. Eran sólo chicos. Ni uno solo de ellos creía realmente que un alemán lograra acercarse tanto, aunque lo hubieran hecho en 1918, para que ellos vieran un submarino emergiendo de las aguas en la costa de Nauset. Esta vez no, se reían los chicos. En 1941, no.

—Lo veo tan claramente —había dicho a Iris una noche.

—Harry —protestó ella.

—Vienen —suspiró él—. Lo que no sé es cuándo.

Al final, Harry no supo qué más podía hacer aparte de subir las escaleras un día del mes anterior a la hora de almorzar, para sentarse con los prismáticos y otear el mar. No esperaba ver nada, pero sin duda lo hacía sentir mejor.

El primer día había mantenido los prismáticos enfocados sobre el agua en calma, con un bocadillo apretado en la mano. Se quedó un par de horas, observando, y volvió al garaje.

Al día siguiente subió la escalera del ayuntamiento otra vez. Y otra vez. Ahora ya

subía cada día a partir de las cuatro. Vaya, tampoco había nadie que necesitara gasolina. Observaba la vacía bóveda que tenía enfrente, seguro de dos cosas: era un idiota y tendría razón. Tarde o temprano los submarinos atacarían aquí. Esperó, como el marinero de popa busca el bacalao, con la gruesa cuerda suelta en las manos, los ojos apartados, relajado... con todos los músculos preparados para atacar.

Abajo y al otro lado del parque, Iris apareció en el porche de la oficina de correos con una bayeta húmeda. La estrujó, por encima de la barandilla, para secarla en tres movimientos rápidos. Sus cabellos rojizos se balancearon adelante y atrás al hacerlo, brillando y relampagueando sobre el azul marino de su blusa.

Por fin dio una sacudida feroz a la bayeta y desapareció en la oscuridad del porche y cruzó la puerta. Una calma como un golpe inesperado se instaló en el aire alrededor de la puerta a través de la cual había desaparecido. Harry se encontró mirando hacia allí para ver si Iris volvía a salir. Un Ford entró traqueteando lentamente en Front Street. Alguien gritó. Pero en la oficina de correos no se movió nada.

Harry bajó los prismáticos, y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Al final de la jornada, Iris bajó la persiana de metal de la ventana del vestíbulo y apagó la luz de atrás, cruzando el suelo de madera gastada del vestíbulo a la luz de las farolas de la calle. Cada noche ponía la mano en la puerta, preparándose para salir a un porche vacío, que era lo que pasaría, ¿no? Esta noche apoyó la mano en la puerta y la abrió. Pero allí estaba Harry como siempre, esperando fuera.

—Hola.

Contuvo el aliento, complacida.

Él se incorporó.

—Oye —dijo, cerrando la puerta de la oficina de correos—, tengo buenas noticias para ti.

—A ver.

Sonrió.

—Te encantará saber —arqueó una ceja— que el inspector de correos está estudiando seriamente la cuestión del asta de la bandera.

—Me encanta —respondió sarcásticamente.

—Vamos... —resopló ella, bajando los escalones—, algo es algo.

—Tienes razón. En marcha.

Ella no se movió de los escalones.

—Harry —dijo ella—, lo he pedido por ti.

Él se volvió.

—Gracias, Iris.

Ella lo miró atentamente para asegurarse, pero no había rastro de sarcasmo en su

rostro.

—Gracias —repitió—. A ver si son capaces de entenderlo.

Le alargó la mano.

Se pusieron a caminar rápidamente por la calle vacía. Era miércoles y los vecinos estaban reunidos alrededor de la mesa, o descansaban, con los pies en alto. Y, aunque estaban a finales de febrero, en un cuenco todavía había unos melocotones en conserva que contenían el brillo del verano pasado, con el dulce jarabe resbalando sobre la fruta. Dentro de media hora sonaría Count Basie. Había leña almacenada en la caja. Las vainas de los laureles en las entradas se agitaban ruidosamente y las puertas antitormenta vibraban en sus goznes. Iris se alegró de haberse puesto un pañuelo. Caminaron en silencio, con las manos metidas en los bolsillos.

Subiendo por Yarrow Road a las afueras del pueblo, Harry buscó la linterna en el bolsillo, la encendió y enfocó hacia delante. El círculo de luz captó la hierba plateada y helada y la arena que se extendía más allá en almohadas y valles desde el acantilado hasta el tejado de la casa de los Fitch. Un viento bajo soplaba del este, desde la oscura cinta del mar.

—Oye. —Harry se aclaró la garganta. Ella le miró—. Me gustaría ir a tu casa esta noche.

—Claro —dijo ella con el corazón desbocado.

—Y quedarme.

Ella le observó un momento y después sonrió.

—Claro —repitió.

Cuando llegaron a la casita, Iris simplemente cruzó la puerta y se quedó en el centro de la habitación; Harry le puso una mano sobre cada brazo, la llevó hasta el sillón y la hizo sentar. Iris le miró desde abajo.

Él se inclinó hacia delante y tocó la mejilla de Iris. Ella cerró los ojos y sintió que los labios de Harry rozaban los suyos y después se apartaban, y cuando Iris abrió los ojos para ver adónde había ido ese toque, Harry estaba de pie frente a ella, con la cara muy cerca, estudiándola, e Iris sonrió y cerró los ojos otra vez y sintió que esos labios volvían, esta vez más firmes, con la intención de quedarse. Echó la cabeza hacia atrás, contra la pared y Harry apretó más fuerte, la boca cálida jugando con los labios de Iris, hasta que ella los abrió, jadeante, moviendo los labios por la boca de Iris, viajando y besando los huecos y las cuevas de su cuello, después la cordillera de la mandíbula de Iris y otra vez su boca. Iris no abrió los ojos, siguiendo el rastro con el pulso.

Harry la levantó del sillón.

—Vamos a echarnos.

La guió suavemente al dormitorio y, todavía sujetándole la mano, manteniéndola cerca, encendió la luz sobre la cómoda. Entonces se sentó a los pies de la cama y tiró de ella para que se sentara a su lado. Estuvieron así un minuto, sentados uno al lado del otro. Él se inclinó, se desató la bota derecha y se la quitó. Después la izquierda.

Después los calcetines, que dejó sobre las botas. Ella se quedó quieta a su lado. Allí estaba él, descalzo a su lado. Harry se volvió y la miró.

—¿Qué hago? —preguntó Iris.

—Me gustaría verte —contestó él.

Lentamente, Iris se quitó el jersey y se desabrochó la blusa, sentada, muy recta, al lado de él, que le puso una mano sobre el triángulo de piel por encima del sostén. El corazón de Iris dio un vuelco con el contacto de la mano. Poco a poco se echaron y empezaron a besarse otra vez, y las manos de él se pasearon. Subieron por la falda y bajaron por sus piernas y lentamente sobre los pechos cubiertos de algodón, tocando y acariciando. Ella acabó de desabrocharse la blusa para que esa boca pudiera encontrarla. Quería piel y el pantanal suave del cuerpo de ese hombre contra el suyo, quería que aquella boca ascendiera y deambulara, quería aquella boca por todas partes de ella. Y aquella boca se movió sobre ella, se movió por toda ella como si la poseyera, tomó y acechó, como si la conociera y supiera dónde se escondía, siempre. Y ella cerró los ojos y sintió lo que significaba ser abrazada y tocada, y al cabo de un rato ella se levantó suavemente, se puso de pie a los pies de la cama y se desabrochó el sostén y lo dejó caer al suelo, y se desabrochó la falda y se la quitó, y se bajó las bragas y se enrolló las medias hasta los tobillos. Él se puso de pie y desabrochó y quitó y se deshizo de la ropa y después volvieron a estar en la cama y ella sintió que se apretaba contra ella, se apretaba, y entonces él bajó la mano para guiarse dentro de ella.

—Oh —exclamó Iris y él paró.

El desgarró había sido rápido y agudo, pero ahora sentía el calor denso de él latiendo dentro de ella.

—No pasa nada —dijo ella, mirándolo a la cara, y con un pequeño gemido él empujó un poco más.

Iris cerró los ojos, sintiéndolo, cómo entraba un poco más y después un poco más, y al final todo. Y la sorpresa de tenerlo dentro, duro duro, todo dentro. Se sintió envolviéndolo, abrazándolo. Y entonces, empezó a moverse dentro. Dentro de ella.

Aquella noche, casi dormido, Harry puso su mano, fuerte y cálida, entre los pechos de Iris, sobre el hueso. Y ella sonrió. La pesadez, el peso de él en el centro de su pecho, en su pecho, descansando allí, manteniéndola en la cama, manteniéndola allí. Nunca se le habría ocurrido que estuviera buscando una correa. Había creído que era la que ponía las cosas en marcha, la que ponía las cosas en su camino, pero allí estaba ella, por primera vez, entregada.

Había empezado a caer una nevada encantadora, distraída, como si el cielo no hubiera decidido todavía si vaciarse o no. Un copo, luego otro. Luego seis o siete a la vez, hasta que por fin la nieve cayó densa y fuerte como una lluvia sobre la arena y el agua, resbalando por las cuestas de los tejados. En la nieve, Emma pensaba, mirando hacia la tarde que desaparecía en la suave blancura, no podía suceder nada terrible. Las cosas repentinas, los movimientos rápidos y violentos, se difuminarían y emborronarían. Will llevaba fuera cuarenta y seis días.

En días como ése —se inclinó y metió la manta más adentro en el lado de Will de la cama— el mundo no toleraría hacer sufrir a una mujer con un embarazo tan reciente. Tal vez existía una cláusula, no exactamente divina, pero sí primordial, por la que el sufrimiento se detendría de golpe en la verja —al ver pasar a la mujer, con la mano sobre el vientre— y no levantaría el pestillo ni cruzaría. Se paró. ¿No podía confiar en esto? ¿No podía ser así?

Fue a coger el paquete de tabaco que tenía al lado de la cama, encendió un cigarrillo y exhaló. En Londres era la hora de la cena, previa a las bombas. Se imaginó a Will sentado en alguna cafetería, con su cuerpo grande y largo inclinado sobre el plato y comiendo con la concentración uniforme y regular que los hombres dedicaban a la comida. Le encantaba verle comer. El humo subió arremolinándose y fue hacia la ventana y ella lo siguió más allá de las cuatro paredes de su habitación, hacia la tarde de fuera, a la carretera helada bajo el cielo invernal.

En el exterior, aparecieron tres bombarderos más en el risco del horizonte, volando bajo y dirigiéndose al mar. Y en el silencio que dejaron en el horizonte, ella cruzó la habitación de infancia de él, ahora de los dos. «Mi amor —pensó—, mi amor. —Fue a la mesa colocada contra la ventana, de cara al puerto, mirando directamente al revoltijo de los tejados del pueblo—. Estoy desapareciendo.» Se sentó en la silla y cogió la pluma que habían regalado a Will cuando se graduó en el instituto de Franklin, y sacó una hoja de papel de carta. La página en blanco la observó. Escribió dos palabras: «Vuelve a casa».

Dobló el papel rápidamente, después otra vez, para que entrara en el estrecho sobre. Se lo acercó a los labios y lamió. Lo alisó con la mano. Ya está. Eso era todo lo que pensaba decir hoy. Contempló el sobre cerrado. «Dr. William Fitch», escribió delante, a la atención de «Sra. Phillips, 28 Ladgrove Rd, Londres». En el rincón superior, escribió «Sra. William Fitch, Franklin, Massachusetts». Su nombre la miró. Dio la vuelta al sobre. «Vuelve a casa», pensó otra vez, mirándolo. «Por favor», escribió rápidamente en la solapa posterior. Pero tapó la palabra con la mano.

Se puso de pie bruscamente y fue abajo con la taza de té. No le había dicho a Will que estaba embarazada. No se lo había dicho a nadie. Por el momento era un secreto entre ella y el bebé. A través de la ventana de la cocina, sobre el fregadero, y más allá, los largos y bajos cascos de los buques de la Marina se mecían en el agua. En los

meses posteriores a la promesa del presidente Churchill de cincuenta destructores, el horizonte se había almenado con aquellos buques lejanos. Y ahora que había prometido incluso más, parecía haber un muro lejano de metal en el mar. A través de la nieve Emma no distinguía si iban o venían, o siquiera si se movían. La Marina estaba allí y ella miró a través de las olas grises que golpeaban los cascos de hierro de los destructores.

«Aquel agua, aquel único océano, era todo lo que se cernía entre nosotros y el terror», había comentado la noche anterior el señor Walter Lippmann por la radio. «Debemos ayudar a los ingleses a mantener el dominio del Atlántico, o todo lo que amamos desaparecerá. Vuestros hijos, vuestras casas, el sencillo placer de la conversación con el vecino, lo bueno, lo norteamericano, la libertad, piensen en lo que sería no tenerlo, piensen en lo que sería que desapareciera», y ella había apagado la radio.

Había dejado de nevar. Cogió su pañuelo amarillo y se lo anudó a la barbilla antes de salir.

En el suelo había un par de centímetros de polvo de nieve. Emma cogió la escoba que guardaba junto a la puerta y barrió el porche y los escalones y después, en una especie de frenesí, todo el camino hasta la verja. Cuando acabó, miró hacia la casa y vio el diminuto sendero como el dibujo de un niño conduciendo a la puerta. Se sentía absurdamente orgullosa, como si hubiera ofrecido algo y la casa lo hubiera aceptado. Dejó la escoba en el fondo del jardín y se puso a caminar hacia el pueblo.

—Hola. —Iris James salió de la sala de clasificación y sonrió a Emma—. Hoy también hay carta para ti.

—Qué bien.

Emma asintió tímidamente y cruzó el vestíbulo hacia su buzón, sacando la llave de la cadena que llevaba debajo del jersey. La llave entró con facilidad y la giró. Sacó el único sobre, cerró el buzón y abrió la carta allí mismo. Pudo ver a primera vista que era tristemente breve. «Queridísima mía —empezaba—. Nada especial para contar exceptuando las rondas regulares y constantes.»

¿Cómo se las arreglaría para sobrevivir con esa clase de conversación? Sin sus brazos rodeándola, sin su sonrisa mirándola por encima de la mesa, sin el olor de sus cabellos y el sabor de su boca en la de ella: las palabras que esa boca podía decir no tenían ningún sentido. La carta no era más que una cáscara en su mano.

Era consciente de que la señorita James había dejado de hacer lo que fuera que hiciera y levantó la cabeza y vio a la cartera junto a la ventana observándola. Guardó la carta de Will en el sobre.

—¿Cómo te va?

—Tirando, gracias.

Detrás de la cartera, la máquina del telégrafo cobró vida, tecleando un mensaje brusco y cortante. Emma se quedó quieta, con la mano en el buzón. Iris mantuvo los ojos sobre la esposa del médico, escuchando los martillos de hierro, uno dos, uno y

dos, golpeando letras negras en el papel blanco. Se volvió ligeramente, calibrando la longitud del mensaje. Emma escrutó el rostro de la cartera. El tambor de acero giró tras el tintineo del final de una línea. El mensaje continuó, traqueteando a través del silencio de las dos mujeres. El tambor giró otra vez.

—Es demasiado largo —comentó Iris.

—Por favor —Emma resopló—, ve a verlo.

Iris la estudió un minuto. Después se apartó de la ventana y caminó hacia el fondo de la sala de clasificación donde la máquina del telégrafo estaba colocada contra la pared. Seguía funcionando, funcionando más allá de «Lamentamos informarle», y aunque Iris estaba segura de que era un telegrama para el señor Lansing, o para el señor Pete de las oficinas del pueblo, la preocupación de la chica era difícil de ignorar y dudó un instante antes de inclinarse sobre el mensaje. «Crédito Bona Fide», empezaba. Se volvió y regresó junto a la ventana.

—No es nada.

—Soy una tonta.

Emma sonrió sin ganas.

—Es perfectamente comprensible.

Emma asintió y deslizó su carta para Will sobre el mostrador junto con tres peniques. Iris abrió el cajón y sacó un sello, lo pasó sobre la esponja húmeda y lo pegó firmemente en el sobre. Emma observaba.

—¿Crees que todo acabará bien?

Iris la miró, con expresión confusa.

—Venga, mujer. —Emma sólo bromeaba a medias—. Puedes mentirme.

—Sí —respondió Iris—. Todo acabará bien.

Emma sonrió sinceramente, por primera vez, que Iris supiera.

—Pareces muy segura —afirmó agradecida.

—Hasta pronto —dijo Iris tranquilamente.

Emma saludó con la mano por encima del hombro. Iris la miró mientras bajaba los escalones hasta que desapareció a nivel de calle. La esposa del médico entraba y salía de la oficina de correos cada día a las cuatro, después de que se clasificara el correo, con la barbilla alta, la espalda erguida, caminando como los narcisos meciéndose en primavera. Así era como Iris la veía. Cada día se acercaba al buzón con el mismo paso decidido, lo abría y metía la mano para sacar el sobre, sin mirar dentro, permitiéndose sólo una sonrisita cuando lo tenía bien cogido en la mano. Cada tarde era un guante echado. Cada día Iris observaba cómo Emma recogía el guante y lo devolvía, y salía por la puerta de la oficina de correos con los hombros relajados de alivio.

Las cartas tardaban dos semanas en cruzar el Atlántico, y aunque había habido carta cada día desde que el doctor se marchó, Iris temía la tarde en que aquel buzón estuviera vacío. Evidentemente podía haber media docena de razones para que un día no hubiera carta, e Iris estaba dispuesta a enumerarlas, pero la verdad pura y dura era

que el día antes de que el médico abandonara el pueblo, ella estaba sentada en el taburete del fondo y había visto al doctor Fitch cruzando el vestíbulo con las manos bien hundidas en los bolsillos, y sin nada a la vista para enviar.

—¿Señorita James? —había dicho por fin.

Ella se había acercado a la ventanilla. Había un sobre blanco boca arriba sobre el mostrador, pero él puso la mano sobre la carta como si ella pretendiera quitárselo. Iris lo miró.

—Yo... —Se miraba la mano e Iris pudo ver que no había nada que ella pudiera decir. Will sacudió la cabeza y se armó de valor—. Es para mi esposa —dijo—, en caso de que yo muriera.

Iris lo miró a los ojos, esperando que continuara. Él siguió sin mirarla, con los ojos fijos en aquella carta.

—Quiero estar seguro de que le llegará —dijo, a modo de explicación.

—Entendido —dijo Iris por fin.

Y entonces él la miró, directamente a los ojos, y sonrió.

—No me ha contradicho —dijo con agradecimiento.

—¿Para qué?

Él asintió. Pero no parecía deseoso de marcharse.

—Permítame que le haga una pregunta.

Iris esperó.

—Si me ocurriera algo, ¿cómo recibiría Emma la noticia?

La palidez de sus mejillas le hacía parecer un chiquillo enfermo, pensó Iris. Y hacía preguntas como un chiquillo enfermo, en cama, con los ojos enfebrecidos por encima de la sonrisa, imaginando lo peor.

—Comprenda que no tendré ningún cargo oficial —siguió él, antes de que Iris pudiera responder—, voy por mi cuenta, y por eso me lo pregunto. Cuando alguien viaja, por ejemplo, al extranjero, y le sucede algo, ¿cómo llega la noticia?

—Por telegrama, creo —contestó Iris—. Si sucediera algo.

Will asintió. Esto pareció satisfacerlo, incluso consolarlo.

—Entonces será usted.

—Si tiene que ser alguien —dijo ella en voz baja.

Tenía que decirlo.

—No pasa nada.

Sacudió la cabeza, un poco impaciente con la amabilidad de ella.

Iris aspiró aire bruscamente.

—Tal vez para usted.

Él la miró.

—Así que usted está al tanto. Presta atención a todos.

Ignorando su comentario, Iris cogió el paquete de tabaco que guardaba en la parte interior del mostrador. El médico tenía el encendedor a punto y cuando ella se inclinó para encender el cigarrillo, olió la tinta de sus manos.

Will cerró el encendedor con un chasquido.

—Emma no cree que nadie la observe.

—¿Qué?

—En el sentido protector, debería decir.

—¿Qué significa eso?

—Ella cree que si estás en el mundo sin padres ni nadie que te ame, eres invisible.

Que nadie te ve, porque nadie te necesita. Nadie necesita prestarte atención.

—Bueno —dijo Iris—, no va desencaminada.

Él sacudió la cabeza.

—Pues usted acaba de regañarme en nombre de Emma.

Ella exhaló mirándolo fijamente.

—Doctor Fitch, yo no lo he regañado.

—Sí que lo ha hecho. —Su simpática cara se animó con una sonrisa—. Y eso me hace pensar que no es tan indiferente como quiere hacer creer.

Iris se limitó a arquear una ceja.

La sonrisa del médico desapareció lentamente, pero le alargó la mano a Iris.

—¿Me la vigilará?

Ella asintió y le estrechó la mano.

—Buena suerte, doctor.

—Gracias —dijo el doctor en voz baja—. Muchas gracias.

Entonces ella había cogido la carta y la había guardado en el cajón, con los libros de las cuentas de ahorros postales. Hacía meses que entraba y salía de su campo de visión, tan a menudo que ya conocía tan bien la curva de la letra del médico como su propia esposa.

Ahora miró la carta que Emma había dejado sobre el mostrador. En la parte de atrás del sobre, en un extremo de la solapa, Emma había escrito las palabras «por favor». Y después debió de poner la mano encima siguiendo el contorno, porque la tinta estaba corrida sobre la solapa, como un pequeño fantasma. A Iris casi le rompió el corazón, tan pequeña era la letra y tan acorde con el sobre. Y ese «por favor». Por favor, ¿qué? Iris llevó la carta a las sacas de correos, con el corazón en un puño.

Nunca antes su fe en su papel en el sistema había sufrido una sacudida tan amarga como en aquellos meses, desde que los hombres habían sido reclutados y mandados a Florida o a Georgia, cualquiera de esos estados terminados en «a» de los que Iris hacía tiempo que se había formado una opinión negativa. Estaba John Dimling, a quien su esposa escribía lealmente todos los días, y cuyo persistente silencio había estado a punto de tentar a Iris para que rompiera su propio código de conducta y escribiera un mensaje en la parte trasera de uno de los sobres de la esposa diciendo simplemente «Debería darle vergüenza».

«Por favor», pedía la esposa a su marido. ¿Qué? Y aunque a Iris le habría gustado que Emma supiera que lo había visto, había dejado que las líneas volaran entre sus dedos, girando hacia abajo hasta que la punta desapareció dentro de la saca, prestando

atención en silencio. Proteger las palabras que pasaban a través del tiempo y de la distancia, ésa era su misión especial, sobre todo ahora que los escritores de las cartas podían sufrir algún daño. No importaba cómo se comportara la gente en la calle y en sus salones, o arriba, en el dormitorio, sus cartas iban y venían como testigos silenciosos. En calidad de jefe de correos, sabía lo que hacían todos y prácticamente los pecados de todos. Algunos carteros se enamoraban de los secretos, y los desplegaban ante ellos con tanta intensidad como una mala novela. Otros no habrían soportado ser meros espectadores. Pero ella miraba brevemente a la persona que le entregaba su correo, sonreía amablemente y después se volvía y lanzaba lo que le habían dado, lo transmitía. Lo observaba todo. Y nunca decía nada. Todo dependía de su silencio. Era consciente de que nadie más del pueblo pensaría en ella de ese modo. Excedía los límites de la comprensión que una mujer soltera de su edad no ardiera en deseos de fisgar en los secretos de los demás, que nunca leyera sus postales, que no se fijara nunca en la dirección de los remitentes. No importaba, prometía a las cartas que tenía delante. No importaba, pensaba furiosamente, tenía que ser de ese modo. «Por favor», Dios santo. Dejó la carta, y después ató la última saca de correos y la cerró. Meneó la cabeza. Ése era su trabajo.

Una cosa después de otra, se recordó a sí misma, y cortó la cuerda que ataba los catálogos recién llegados de Sears. Había dos de más. Sin pensarlo, metió uno en el buzón vacío de Emma Fitch.

PRIMAVERA 1941

Para entonces, la muerte hacía mucho que había perdido su poder impactante. Todos tenían una historia: las había a miles amontonadas en el corazón de Londres. Pero desde el primer día del año, Hitler había estado jugando con los nervios de los londinenses. Hubo tres noches de bombardeo en enero, y después nada durante una semana. Después uno otra vez y más intenso. Después nada. Un día, después otro en marzo, después nada el tiempo suficiente para que surgieran los narcisos y la hierba empezara a brotar a las orillas del Támesis. La ciudad entró en abril en un mes de calma. Entonces empezaron los bombardeos los miércoles y los sábados, unos bombardeos tan intensos que, como decía Ed Murrow bromeando, te acostabas con tu mejor ropa por si tu armario no seguía entero por la mañana. Y desde entonces, el recuerdo de esas noches se había asentado en la postura de todos, en los pasos rápidos de todos, en la atención fija en el cielo de todos. ¿Volverían esa noche? ¿O había terminado? No se sabía. Todos se acostaban preparados para salir corriendo.

«Querida...» Emma levantó la cabeza. Pero el vestíbulo de la oficina de correos seguía vacío. La señorita James estaba en la parte trasera. «Esta mañana el cielo estaba amarillo, denso y amarillo de ceniza y humo y a través de él el sol ha salido finalmente, rojo. Hay prendas de ropa en los árboles, Emma, que han salido volando de las casas que las bombas han borrado del mapa. Esta noche todavía arden los incendios. Si vuelven, diría que asestarán el puñetazo que nos dejará fuera de combate.

»Anoche fui al centro de Londres donde están los muelles y los almacenes y los pobres, donde las bombas cayeron con más fuerza y los incendios atrajeron a los aviones de la Luftwaffe una y otra vez, y las caras agotadas de los hombres y mujeres en los refugios subterráneos me miraron y te lo juro, querida, me acerqué a ellos, hablando mientras les tomaba el pulso y sujetaba su mano, y, aunque yo soy el médico, fue como si tuvieran algo que ofrecerme. Así es como siento ahora este trabajo. Grandioso, estimulante, completo... mi amor si...»

Emma arrugó la hoja y la metió en el bolso.

—¿Va todo bien?

La señorita James había aparecido en la esquina.

—Sí —dijo Emma, recuperándose—. Parece que está bien.

No parecía que durmiera muy bien, pensó la cartera. Tenía un pequeño bulto donde estaba creciendo el bebé, y, sin embargo, a Iris Emma le parecía más ligera, más frágil.

—Eso son buenas noticias, Emma.

—Lo sé —dijo Emma en tono rebelde—. Por supuesto.

Porque significaba que estaba vivo, sabía que eso era lo que Iris pretendía decirle.

Vivo y con salud. Y bien. Y eso era una buena noticia, por supuesto... pero estaba cansada. Cansada de fingir que aquello estaba bien. Cansada de jovialidades. En realidad, le gustaría quedarse en la oficina de correos, coger una silla y sentarse, mientras Iris hacía su trabajo. Quizá se dormiría, y de vez en cuando la señorita James se acercaría de puntillas para ver cómo estaba. Y ella podría dormir ahí hasta que llegara el bebé y Will regresara a casa.

—En las cartas parece muy feliz —dijo melancólicamente, al cabo de un rato.

—Cree en lo que está haciendo.

—Sí, pero ¿qué estoy haciendo yo? ¿Sentarme aquí esperando sus cartas? En lo único que pienso es en recibir noticias, y a veces no sé ni lo que me hago. Ojalá tuviera una voz en la cabeza que dijera algo como «todo está bien» o mejor «nada está bien». Así podría seguir adelante. —Se ruborizó y miró al suelo—. Ojalá supiera que cuando llegue la parte mala, Dios se sentará erguido en su silla y gritará: «Cuidado, Emma...».

—Como en las películas.

Iris controló su tono de voz.

—Qué tontería.

—No es ninguna tontería. —Iris sacudió la cabeza—. Pero no deberías pensar así.

A veces era más fácil callar. Emma miró a Iris. La mayoría de las personas habían crecido con padres, con dos pares de ojos vigilantes. No había forma de hacer entender a alguien acostumbrado a esta atención lo fácil que era desaparecer.

—Hola, Harry.

La voz de la cartera bajó un poco cuando las puertas se abrieron detrás de Emma.

Emma se enderezó y se volvió.

—Iris —respondió Harry—. Hola, señora Fitch.

Se colocó al lado de ella en el mostrador.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al oír pronunciar su nombre.

—Es difícil —dijo Harry.

Emma le miró agradecida y asintió. Él le dio un golpecito en la mano. Después volvió toda su atención hacia Iris.

—¿Cómo va el día? —preguntó amablemente.

Emma vio que había oscuridad en ese tono y sonrisas en la oscuridad. Iris metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de tabaco. Harry le ofreció fuego y ella se inclinó hacia la llama. Afuera, en la calle, los primeros indicios de primavera hacían aparición, había coches cruzando el negro asfalto y timbres de bicicleta, y una pareja besándose en un banco del parque. Gente que reía al pasar. Un hombre cantaba a la manera tirolesa. El sol avanzó un par de centímetros más sobre la hermosa tierra resplandeciente. Pero dentro todo se había detenido. Una mujer dio la primera y larga calada al cigarrillo, y el hombre se separó de ella, después de darle fuego. Estaban separados por medio metro de mármol... y ella.

—Adiós —dijo Emma apresuradamente.

—Hasta pronto, Emma.

Emma se paró y se volvió con la mano en la puerta. La señorita James estaba apoyada en los codos mirándola, y el señor Vale, con la cadera contra el mostrador, se volvió para verla marchar. Emma saludó con la cabeza y empujó la puerta, con lágrimas resbalándole por las mejillas mientras bajaba los escalones de la oficina de correos, cruzaba la verja y caminaba ciegamente por la calle.

El tejado y la chimenea de los Bowtche apareció, y por encima de ellas el tejado y la chimenea de los Snow. Después, en el punto más elevado, se alzaba su propio tejado. Un sol primaveral seco azotaba el agua con fuerza, y Emma tuvo que volver la cara apartándola del resplandor del puerto y mirar las fachadas de las casas de madera que pasaba ascendiendo la colina. Estaba cansada. Había mucha gente en el pueblo, en todo el mundo, mucha, sudando y gritando y agarrando puñados de vida, puñados para lanzar, para lanzarse unos a otros, para tirar. Sintió una angustia en el pecho. Al llegar creyó que podría unirse a ellos. Creyó que se estaba uniendo a ellos al poner el pie derecho en la alfombra del pasillo de la pequeña iglesia —y dudó un momento, mirando y viendo a Will de pie al otro extremo— y después al correr hacia él. Creyó que borraba la línea en su corazón que decía que estaba sola en el mundo. Puso la mano fatigadamente sobre la verja. Otras personas creían que estaban sujetas al mundo y no se imaginaban que podía quebrarse. Pero ella lo sabía. El recuerdo de la voz de su madre era tan tenue y vago como un velo resbalando del respaldo de una silla. Todo lo que le quedaba de su hermano era el recuerdo de la cama compartida, su aliento en la mejilla encontrándola a veces en la oscuridad, justo antes de dormirse. La muerte era el beso más ligero, el toque más frío, un pellizco en el hilo y habías desaparecido.

Por delante de ella se acercaba Jim Tom Winthrop, con el bebé a la espalda en una mochila improvisada. Emma tropezó y miró al suelo, con la esperanza de no llamar su atención.

—¡Hola! —gritó él, y se caló la gorra hasta las orejas.

No tenía más remedio que saludar con la mano mientras él se acercaba donde estaba ella, en la calzada.

—¿Adónde va?

—A casa.

Los ojos de Emma se posaron en el fardo que él llevaba a la espalda.

—¿Quiere verla?

Se ladeó para que ella pudiera apartar la manta con la que había tapado la mochila y echar un vistazo. El bebé dormía profundamente con la boca abierta.

—¿A que es preciosa?

Emma asintió y volvió a colocar la manta.

—¿Cómo va todo?

Jim Tom la miraba con atención.

Emma metió la manta por debajo de las correas de la mochila, sintiéndose

insegura para mirarlo.

—Muy bien —contestó, subiendo a la acera. Miró a la calle en dirección al pueblo, esperando encontrar alguna distracción, o ver a alguien acercándose. Pero la calle estaba tan vacía como la aurora—. ¿Y tú cómo estás?

—Bueno, vamos tirando...

—Me alegro —dijo Emma educadamente, apartándose un paso, intentando dar a entender que seguía su camino—. Me alegro de oírlo.

—La acompañaré un rato —se ofreció el hombre—. La niña sólo duerme si me muevo.

—De acuerdo —contestó Emma y se puso a caminar, con cierta desesperación.

—Espere —dijo él en tono bromista.

Emma redujo el paso.

—Los niños se han portado de maravilla —continuó él, y se puso a caminar a su lado—, y la pequeña nos da algo que hacer y así no pensamos tanto en... —se le quebró la voz de repente.

Emma no le miró. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—Aah —dijo con voz espesa sobre el pañuelo. Sacudió la cabeza, se secó los ojos y se volvió a mirarla—. Lo siento —dijo—, me da de repente.

Emma se puso tensa.

—Es difícil, ¿verdad? —Jim Tom se guardó el pañuelo en el bolsillo—. Para los que seguimos aquí.

¿Seguimos? Una furia repentina y descontrolada se formó en el pecho de Emma.

—Discúlpame... —se volvió a mirarlo—, pero Will no ha muerto.

Él dejó de caminar y ella continuó, con una furia que la impulsaba adelante, lejos. Había sido horrible, espantoso, pero le daba igual. Por el camino sintió los fuegos de leña ardiendo en las casas y el olor de las cocinas, y el consuelo que transmitían de un hogar alimentó su furia. Estaba mal que Will se hubiera ido. A Maggie debía pasarle algo malo antes de ponerse de parto. No era culpa de Will. Él no le debía al mundo nada de nada, pero la muerte de Maggie le había hecho creer que sí. ¿Hogar? ¿Qué hogar?

Llegó a la verja sin verla, y se detuvo. Aquella primera tarde, ella y Will habían llegado aquí y habían mirado el sendero que llevaba a la casa. Intentó recordar si había visto las tejas gastadas y las repisas grises, pero sólo recordaba la mano de Will en su codo, guiándola hacia delante.

—Debería pintar.

Se sobresaltó.

El hombre del abrigo que había visto por el pueblo estaba a su lado. El alemán que trabajaba para el señor Vale. Muy cerca.

—Oh —exclamó—. Hola.

La miró a los ojos y le sostuvo la mirada un momento como si tuviera algo que ofrecerle, pensó Emma irracionalmente. Estaba muy cerca. Olía a sal y a algo

profundo y oscuro como el pan. Muy cerca.

—Debería pintarla —repitió él.

Su voz se enroscaba en las palabras inglesas con lentitud, como si tomaran una curva peligrosa.

Emma frunció el ceño.

—¿Qué?

Él le indicó las ventanas donde, era cierto, la pintura de las persianas y las repisas estaba desconchada, dejando la madera a la vista.

—Se pudre —dijo él más lentamente.

Emma asintió. Los dos contemplaron la casa.

—A mí me gusta blanco —continuó él—. Se ve a kilómetros distancia.

—Kilómetros de distancia —corrigió ella pensativamente.

—Yo podría hacerlo.

—Ah.

Casi se rió, y se volvió a mirarlo, comprendiendo por fin. Necesitaba trabajo, nada más. Necesitaba un empleo.

—Pero no puedo hacerlo. Mi marido no está y... no tengo dinero —se inventó.

Tenía mucho dinero para reparaciones de la casa. Will le había dejado instrucciones de que lo utilizara en caso de que tuviera goteras.

El hombre que tenía delante tenía los ojos azul oscuro, y se le formaba una arruga profunda cuando sonreía.

—Algún día.

Emma se ruborizó.

—No puedo pintar la casa.

—Ya. —Se inclinó hacia ella—. Muy bien.

Y siguió caminando en dirección a las dunas, pasado el pueblo. Antes de abrir la verja, se volvió a mirar cómo se alejaba. Deseaba llamarlo, o casi, pero dejó que el impulso se esfumara.

—Hola —gritó a la casa vacía, como hacía cada día al entrar.

Fue directamente a la cocina.

—Hola.

Uno de los platos se estremeció en el escurrerplatos. Los últimos barcos de pesca estaban entrando en el puerto, y Emma los contempló, apoyando el estómago en el borde del fregadero.

La casa necesitaba una mano de pintura. Emma cogió el hervidor y dejó correr el agua antes de llenarlo. Lo puso al fuego, sacó el tabaco y las cerillas y se volvió, entendiendo por fin lo que el extranjero quería decir con kilómetros de distancia. Como miguitas de pan de Hansel iluminando un sendero blanco en el suelo del oscuro bosque para encontrar el camino a casa, el alemán quería decir que la casa debería verse desde la costa. Inspiró contra la cerilla y apagó la llama.

—¿Will? —exhaló.

Se apartó de la ventana y bajó por el pasillo donde el ojo mágico del armario de la radio contra la pared del salón resplandecía con el verde mate de una señal fuerte.

Más que nada en el mundo deseaba girar el dial y sintonizar a Will hablando, oír su voz diciendo: «Emma, Emma». Sorbió por la nariz. Giró el dial de la onda corta hasta que el crujido dio paso a una voz, le trajo una voz para llenar la casa vacía. Quería a alguien que hablara con ella, en aquel momento, cualquier cuerpo humano. «Sé sensata, me escribe mi madre. Cuídate —decía la mujer con deliberada lentitud—. Pero ¿qué es sensato ahora? Despertarse por las mañanas con el silencio, una ciudad envuelta en calma, como la manta sobre la jaula de un periquito. El miedo hace tiempo que está domesticado. MANTENGA LA CALMA Y SIGA ADELANTE, dicen los rótulos por toda la ciudad, pegados en las paredes de los edificios, sobre los ladrillos que todavía permanecen en pie.

»MANTENGA LA CALMA Y SIGA ADELANTE.»

Emma encendió la luz sin respirar, y después se situó frente a la radio, con los brazos cruzados, con el corazón acelerado.

«En las grandes novelas del siglo pasado, había tiempo —siguió Frankie Bard—, tiempo para supervisar las vastas expansiones, aquí una figura que se acerca por el brezal, allí una muchacha sentada junto a la ventana enseñando a un niño a leer a la sombra de la fábrica. Había tiempo y había calma página tras página. ¿Qué se puede escribir ahora para contar las bombas demoledoras, el ruido y la rabia en los cielos? Como tenemos que saltar de la cama, sin tiempo para pensar... quizá ya no puedas volver a oír una historia como las de antes. La forma más rápida de curar a una persona de la omnisciencia —la creencia en un ojo supervisor metódico— es la guerra. Caóticamente y sin orden, las personas mueren o se salvan sin un brazo instrumental. La orquesta toca acordes, pero las notas emprenden el vuelo, quieras o no quieras.»

—Cállate —susurró Emma al ojo—. ¿Es que no puedes callarte?

El 10 de mayo, la noche más destructiva del Blitz, cien bombas por minuto llovieron sobre Londres durante cinco horas. Explotaban bombas por todas partes y al mismo tiempo, donde las otras noches había habido bolsas de calma, remansos de paz, aquella noche el estruendo en el cielo los hizo enloquecer a todos. Cayeron sobre el Parlamento, el Big Ben y la abadía de Westminster, y un sinfín de casas quedaron hechas pedazos.

Ahora, una semana después, lo que más deseaba Will era dormir. Había trabajado sin parar desde el día 10, y se dirigía a la cama cuando la sirena antiataques aéreos aulló en la noche en algún punto al oeste. Will se frotó los ojos y miró la carta que estaba escribiendo a Emma. Necesitaba dormir. Necesitaba pasar una noche en su propia cama. La artillería antiaérea vapuleaba el cielo. Quizás esta noche las bombas se quedarían en un sitio y podría quedarse en casa, pensó, echando un vistazo a la cama justo cuando la sirena más cercana, a tres manzanas de distancia, inició su aullido fantasmagórico. Gimió y se estiró. Tendría que bajar al refugio si quería dormir un poco esa noche.

Volvió a mirar la carta. «Emma, mi amor», decía. Quería contarle lo de la extraña imagen que había tenido esta noche cuando volvía a casa. «Mi amor», escribió. Pero había perdido el hilo de lo que quería decir. «Buenas noches, cariño. Mañana escribiré más. Lo prometo.» Terminó apresuradamente y metió la carta en el sobre, lamiendo la pestaña. «Emma Fitch —escribió en el sobre—, Apartado de correos 329, Franklin, Massachusetts, EE. UU.», y se la guardó en el bolsillo de la americana. Sonó la tercera sirena, ésta al norte. Se guardó el tabaco y el mechero, se levantó y cogió el sombrero.

—Doctor Fitch. —La casera llamó a la puerta—. Suenan las sirenas.

—Estoy despierto, señora Phillips, gracias por avisar.

Abrió la puerta y se despidió a gritos de la casera, que ya bajaba la escalera corriendo. Se volvió a coger la manta de la cama, pensó en recoger la almohada, pero al final lo dejó todo.

Una vez en la calle, la gente corría hacia el refugio de cemento del final de la manzana. Los incendios declarados al norte rugían hacia el cielo. Se oyó un silbido y un chasquido y la bomba cayó tan cerca que Will sintió como si le arrancaran los pulmones del pecho. Se tambaleó hacia atrás, contra la pensión. El aire lo soltó y echó a correr, dirigiéndose al trote hacia la estación de metro de Kensington High Street, imaginando que allí quedaría sitio. Tal como había ocurrido el día 10, el zumbido persistente de los aviones por encima era como una manta sobre su cabeza. Llegó a la escalera que llevaba al túnel y redujo la marcha mientras bajaba.

Dentro de la estación había salas conectadas entre ellas, cavernas de tejas precariamente iluminadas. Will se abrió camino a través de las dos primeras, ya llenas, y encontró un hueco en un rincón de la tercera donde podía acurrucarse y

descansar. Relativamente cómodo, pensó, estirando las piernas en el suelo. Sitio suficiente para dormir.

Pero no estaba preparado para el hedor que había allí abajo, y la facilidad con la que el miedo, inquieto e impaciente, se transmitía en una sala. Una tras otra cayó una segunda ronda de bombas; sonó como si se produjera justo encima de sus cabezas, con un estruendo tan ensordecedor que Will se encogió instintivamente, a pesar de estar quince metros bajo tierra. Las bombas duraron quince segundos y luego pararon. Will se levantó a medias para salir al exterior a echar una mano, pero estaba tan cansado que se dio cuenta de que se le habían dormido las piernas, aunque el resto siguiera despierto. Empezó a entrar un flujo constante de gente que buscaba sitio en el refugio, y las familias calmaban a los niños llorosos, y los hombres y las mujeres se envolvían en mantas y se apoyaban los unos en los otros. Una rezagada, una rubia alta, pasó temblorosamente entre las piernas estiradas de los demás y se sentó en un sitio vacío que encontró por el camino. Estuvo un buen rato con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Después se desperezó, se quitó el jersey y se lo puso debajo de las nalgas.

Era la clase de chica de la que los hombres dicen que es guapa para morir. De la clase que podía pararlo todo en una habitación con su sonrisa, aunque Will estaba bastante seguro de que ésta no lo intentaría. Le admiró la pierna larga y elegantemente cruzada sobre la otra, a la altura del esbelto tobillo. Rubia, lista, demasiado mayor para tonterías. Parecía más de las que tienen algo y lo saben, pero no necesitan anunciarlo a los cuatro vientos. Como Emma.

El nombre de ella le produjo un repentino calor en el pecho. Cerró los ojos y descansó la cabeza en la pared. «Emma —invocó otra vez—, Emma, Emma», como un mugido, pero todo lo que llegó fueron fragmentos burlones e incongruentes: la cabeza de ella contra su hombro, el pliegue de sus cabellos cuidadosamente rizados y descansando sobre su grácil cuello, o el estrecho cinturón de piel que llevaba en la cintura. Últimamente, no podía recordar bien su cara. Tenía una fotografía de los dos que se habían sacado el día de la boda, pero cuanto más tiempo pasaba fuera, más le parecía que la chica de pie a su lado no parecía ser Emma. Era una chica bonita cogida del brazo de un hombre bastante atractivo. Tenía el temor absurdo pero persistente de que la muchacha de la fotografía —con los cabellos castaños, los ojos marrones, la barbilla suave levantada como si alguien le hubiera dicho que tenía que ser valiente— hubiera borrado a Emma. Así que ahora, cuando alguien le preguntaba por ella, sólo era capaz de decir «cabellos castaños, ojos marrones» —acercó la cerilla a la punta del cigarrillo y la apagó con una exasperada sacudida de muñeca—, por el amor de Dios. Parecía una niña de cuento de hadas. Y no era una niña. Habían hecho el amor. Allí. La recordó ruborizándose, preguntando qué pretendía decir Tolstoi. Hacer el amor. En aquellas tres palabras estaba allí. Era leal... pero a oscuras también era tierna, moviéndose bajo su mano, casi podía sentirla ahora. Y la imagen que le venía continuamente a la cabeza ahora no era de su cara, sino de su figura por

detrás. El vestido, el cinturón, el suave contorno de sus pantorrillas hasta los zapatos de piel. La forma como se le había acercado por detrás en la fiesta, y después un año más tarde cuando le pidió que se casara con él y, sin volverse, sin decir palabra, simplemente se había apoyado en él, confiando en que permanecería donde estaba.

Abrió los ojos. Dónde estaba. A cinco mil kilómetros, al otro lado del océano, en un refugio antiaéreo mientras los alemanes lanzaban bombas sobre su cabeza. Con cada día que pasaba, con cada hora que se esfumaba, se arriesgaba a perderla y lo sabía. Y aunque atendía a los heridos y a los moribundos, últimamente salía de noche buscando la cara de Emma entre las caras de las mujeres en la calle —la de Emma o la de alguien como ella— para volver a fijar su imagen en la cabeza. La mirada de una mujer por encima del hombro, el vestigio de un mechón de pelo cayéndole sobre la barbilla. No de ella, pero dándole vida aunque fuera un instinto. Buscaba la sombra de su amor. Y, de alguna forma absurda, creía que mientras caminara en su busca, ella le protegía. Su rostro, la cara que no podía evocar por su cuenta sin aquellas otras, se había convertido en un hechizo contra las bombas.

—Quieres morir allí. ¿Es eso? —le había preguntado con calma la noche antes de zarpar, con la barbilla firme, mirándolo con sus ojos oscuros y serios.

—Qué cosa más rara de decir.

La había abrazado, posando su mano en la parte baja de la espalda de su esposa y sintiendo su cuerpo bajo la blusa. Detrás de ellos, el grifo de la cocina goteaba sobre el fregadero de cobre.

—Porque si es así —había dicho ella contra su camisa—, si quieres morir, habrá sido para nada.

—No lo dices en serio.

Se había apartado y había levantado la cara hacia él.

Ella no respondió. Will le apretó los brazos. Ella le miró.

—Sí. —Se deshizo de sus manos—. A la mierda con ellos. Que los ingleses se las arreglen.

—Em...

—Y lo que tú hagas no servirá de nada. No es correcto. No está bien. No compensará, Will. —Era feroz en su tranquilidad—. Lo que sucedió aquí no fue culpa tuya —dijo—, y ya está.

Se agitó en la oscuridad. *Correcto. Bien.* Las viejas palabras sonaban en sus oídos como capas para reyes. Lo que había encontrado aquí entre las bombas era nuevo, como un cielo alternativo. Había ido para poner en práctica lo que ahora veía que había sido una ecuación sencilla: él por Maggie. Como si uno y uno fueran dos. Tan simple y pueril como la idea de redención. Pero había llegado a comprender que cada uno de nosotros estaba vivo, intensamente vivo, hasta el mismo instante de la muerte. Y entonces cada uno desaparecía. No podía haber sustituciones. Había sostenido tantas manos moribundas que al final lo había comprendido. Y lo que había querido decir en la carta que acababa de escribir a Emma era que era feliz aquí, muchísimo...

pero no podía. No podía decirlo a las personas sobre cuyas caras se inclinaba, y menos aún a Emma, que se estaba desvaneciendo.

Aunque le escribiera cada noche después de cenar, no era capaz de escribir otra cosa que las novedades. Las novedades y que la amaba. La amaba. Pero aquella idea más amplia, la razón por la que se quedaba, y se quedaría pasados los seis meses que se había impuesto, planeaban imposibles de expresar. La vida que había vivido, en casa, había acabado. ¿Cómo podía decirle eso sin asustarla? Si volvía, nada importaba hasta ahora... que era como decir que no tenía que demostrar nada más. Y esta noche, volviendo a casa del hospital en la oscuridad, sin prestar atención a donde iba, de repente se había dado cuenta de que se guiaba por la luz diminuta de los cigarrillos, la señal de que otras personas se movían, incorpóreas, en la oscuridad hacia él: personas cuyas caras no podía ver, pero cuyas voces oía, cuyos pasos sentía a su lado.

Y había estado a punto de echarse a llorar en plena calle. Aquellas diminutas luces rojas en la oscuridad avanzando y alejándose, aquellos aislados Lucky Strike, era lo que era ser humano. Vivíamos y moríamos, todos... golpes de suerte. Luces y voces aisladas en la oscuridad. Metió la mano en la chaqueta para palpar la carta para Emma. Allí estaba. La mandaría a primera hora. Y tal vez mañana lo que quería decirle sería más claro que «todos somos meros golpes de suerte».

—¿Tiene fuego?

—¡Jesús! —exclamó sobresaltado.

La rubia de largas piernas del otro lado estaba de pie frente a él. No la había visto moverse.

—Es norteamericano.

Lo miraba con expresión divertida.

—Es verdad.

Se puso ágilmente de pie, y ella vio que era bastante alto y larguirucho, con una cara agradable y franca. Buena osamenta, a su madre le habría gustado. Un buen partido. Él sacó el encendedor y se inclinó hacia ella. Ella protegió la llama con la mano. La americana de algodón brilló ligeramente a la luz del sótano. Ella miró discretamente hacia arriba y vio que la estaba observando, como si creyera que podría encontrar algo en la espesura de sus cabellos o en el austero peñasco de su barbilla.

—¿Le recuerdo a alguien?

Él sonrió y cerró el encendedor.

—En absoluto.

Había espacio en la pared al lado de él y ella lo señaló con la barbilla.

—¿Le importa que me sienta?

—En absoluto.

—Veo que le educaron bien.

Se sentó en el suelo. Allí estaba más oscuro, lejos de las ventanas, y tuvo la sensación de haber sido empujada hacia el interior de una cueva. Al sentarse el suelo

tembló. Algunos obuses cayeron cerca, aunque sofocados por el edificio que tenían sobre sus cabezas. Hubo una pausa y después un estallido de artillería otra vez, y a continuación el chirrido inconfundible de otro obús que caía. La pared tembló y fue como si succionaran el aire y lo devolvieran en tromba, exhalando la humedad del sótano.

—¿Tan malo como el diez, usted cree?

—No. —La chica sacudió la cabeza—. Tampoco como el bombardeo del miércoles.

—No los quebrantarán —comentó Will en voz queda hacia el techo, como si contara un secreto a los alemanes.

—Por supuesto que no —afirmó ella.

—Es increíble.

—Bueno, ¿qué van a hacer? —preguntó ella secamente, hablando en dirección a su cigarrillo—. ¿Rendirse?

—Sí. —Él la miró—. Siempre es una posibilidad.

Ella frunció el ceño.

—Qué curioso, habría dicho que era más del tipo agresivo.

—¿A qué se refiere?

Ella notó la sonrisa en su voz.

—Bueno, a la carga, rendirse jamás, y cosas así.

Él rió.

—Se ha equivocado de hombre.

—¿Sí? —Sonrió en la oscuridad. Empezabas con lo que veías, un hombre guapo con un buen traje, y escarbabas para ver qué había detrás; nunca sabías lo que encontrarías, y ésa era la gracia. Ése era el juego. Mantuvo la voz serena de reportera—. ¿Cómo se llama el hombre correcto?

La punta del cigarrillo de Will se iluminó y se apagó. Seguía de pie. Ella le observó estirarse con la languidez de un hombretón, ocupando espacio cómodamente, con las manos rozando el techo, y vio que no le respondería. Bajó los brazos poco a poco y le ofreció la mano derecha.

—Will Fitch.

—Frankie Bard.

Le dio su mano.

Él silbó, sin soltarle la mano.

—¿La chica de la radio?

—La misma.

La mano de él era cálida y grande.

La soltó y se instaló a su lado, doblándose en el rincón oscuro.

—Nunca pensé que la vería aquí abajo —observó—. Siempre está en el tejado.

—Normalmente sí —contestó ella—. Prácticamente me he caído aquí dentro, en realidad, he salido disparada con la última... —Se encogió de hombros—. He

pensado que ya que había llegado hasta aquí sin un arañazo, valía la pena seguir así. Aunque detesto estos agujeros.

—Estoy con usted —convino Will—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Poco más de un año.

—¿Y qué la hizo venir?

Ella le miró conspiradoramente.

—¿Por qué?

—Sólo es una pregunta. —Dobló las rodillas y sacudió la cabeza—. Para matar el tiempo. Me preguntaba qué hacía una chica como usted en un agujero como éste.

—Vine aquí a salvar el mundo, hermano —dijo, arrastrando las palabras.

Él soltó una risita.

—¿Y eso cómo se hace?

Ella cambió de posición, moviendo las rodillas, y brevemente se apoyó en el hombro de Will para no perder el equilibrio, y los cabellos lo rozaron.

—Diciendo la verdad.

Su voz era tan ligera como lo había sido su tacto. Pero no había ninguna sonrisa en ella.

—¿Usted cree?

—Por supuesto —dijo Frankie con contundencia.

Con gran satisfacción para ella, Will silbó.

—La verdad es que es buena. Sus reportajes hacían llorar a Emma.

—¿Su novia?

—Mi esposa.

Frankie arqueó las cejas.

—¿Qué hace aquí si tiene esposa?

Él cruzó los brazos y se inclinó hacia un lado, apartándose ligeramente de ella.

—Lo mismo que usted, imagino —dijo, a su lado—. Aparte de salvar el mundo.

—¿Ah, sí? —Se incorporó un poco, y su cuaderno resbaló más arriba de la falda—. ¿Y qué es?

—Echar una mano en lo que pueda. Darle un poco de sentido a todo.

Hacía mucho tiempo que ella no oía esa clase de certezas tan norteamericanas.

—Eso es muy noble. —Escarbó en la convicción—. Yo sólo quería estar donde estaba la acción.

Él la miró rápidamente. Ella le devolvió la mirada.

—Vaya —dijo Will—. No me lo puedo creer.

Frankie arqueó una ceja.

—¿Por qué no?

—¿Una chica como usted?

—¿Y eso qué quiere decir?

—Venga —se burló él—. A mí no me engaña. Usted viene de una casa elegante con olmos en el jardín.

Eso la hizo reír.

—Soy de Nueva York.

—Pero es una mansión de piedra —aventuró él.

Le sonrió rápidamente, asintiendo.

—Pues sí.

Alguien gritó en sueños y Frankie se sobresaltó dándose cuenta de que había olvidado que estaban rodeados de personas. Abrió el cuaderno.

Absurdamente, la línea perfecta de su frente y la larga y recta nariz le recordaron a Will a una guerrera virgen. Una Diana que llevaba sus labios rojos como una espada. Y la página que tenía en el regazo —Will observó cómo sacaba un lápiz en la oscuridad como si fuera a escribir algo—, un escudo.

—¿Qué clase de trabajo hace aquí, si me permite la pregunta?

Will indicó el cuaderno con la cabeza.

—¿Me va a entrevistar?

—Podría ser.

Él sacudió la cabeza.

—No soy noticia.

—Está bien.

Dejó el lápiz.

—Soy médico.

—¿De qué clase?

Él calló un momento.

—Médico de familia. Tengo una consulta en casa.

—¿Dónde?

—En Franklin, Massachusetts. —Se acercó a ella como si fuera a hacerle una confidencia—. Donde atracó el *Mayflower* por primera vez.

—¿En qué libro de historia?

—Historia en letra pequeña. —Sonrió—. Atracaron, echaron un vistazo a los árboles vencidos por el viento en la costa, y dieron la vuelta.

—Parece que esto le encanta.

—Es la forma mejor de describir a las personas que viven allí.

—No son puritanos, supongo.

Él negó con la cabeza.

—¿Sus padres todavía viven allí?

—No —contestó con voz tensa.

—Eh —siguió ella con ligereza—. Sólo mataba el tiempo.

Pasó un coche de bomberos aullando y desapareció.

—¿Qué tal es aquello?

—¿Por qué?

—¿Por qué no seguir hablando?

Había vuelto a coger el lápiz y había escrito las palabras «¿qué pasó en casa?» y

las rodeó con un círculo, y siguió dibujando un círculo alrededor de otro, cada vez más grandes, por toda la página. Él oía el chirrido de la mina, largos lazos y puntos cortos que no podían significar nada. Se preguntó un momento si ella habría dormido. Parecía incapaz de estarse quieta, descansando, vagabundeando, como un mensajero en el vestíbulo de un hotel, pensó, y por algún motivo eso le recordó con tanta fuerza a Emma en la oscuridad que casi gimió. Allí estaba ella, de repente, delante de él, mirándolo con aquella capacidad peculiar de esperar y escuchar y llamándolo hacia ella simplemente con su silencio. Sin inquietud. Quieta. Dios santo. Se removió un poco apartándose de Frankie en la oscuridad.

—Es un pueblo como tantos, supongo. El último pueblo de Cape Cod. El pueblo más alejado.

—¿Cuántos habitantes?

—Quinientos más o menos. El doble en verano.

Se estaba alejando, aislándose de sus sencillas preguntas escalón a escalón. Ella se reprimió y sonrió. Le estaba entrevistando, aunque no tenía ni idea de adónde quería llegar. La había atrapado. No al revés. Nunca era al revés. Sencillamente agarrabas la cuerda y ascendías a ciegas, siguiendo hasta que llegabas al final.

—Y lo dejó todo para venir aquí —observó tranquilamente.

Él no respondió. Cuando ella le miró, vio que la estaba observando.

—No se parece en nada a usted —musitó—. Tiene la nariz más pequeña, un poco redonda en la punta, aquí —dijo, señalando—, y tiene...

Frankie se aclaró la garganta. Él la miró a los ojos.

—Discúlpeme —dijo—. Se ha convertido en un hábito.

—¿Mirar fijamente a las mujeres?

—Estudiar —corrigió él, un poco avergonzado.

Ella asintió y miró hacia otro sitio. Él tenía manos grandes. Descansaban como buenos perros, planas y contenidas sobre sus piernas.

—Imagino que la echa de menos.

—Me temo que la he perdido viniendo aquí.

—Tonterías —contestó Frankie. Habría jurado que su esposa era una de esas mujeres aniñadas que llevaban calcetines hasta la rodilla y perlas, como casi todas las chicas que iban a la escuela con ella—. Cuando vuelva a casa, la encontrará allí, preguntándose por qué no le ha llevado cachemir en lugar de lana.

Estaba tan desencaminada que hizo sonreír a Will.

—A Emma no le importa el cachemir —dijo.

Desde el rincón más oscuro del refugio, al otro extremo y a la izquierda, se oyó un gemido débil pero inconfundible. Frankie se puso tensa. Un segundo, largo y bajo, resonando más profundamente en la oscuridad, la ola del placer de una mujer abriéndose alrededor de todos, hasta que se desvaneció otra vez en su garganta donde había empezado, seguido de una risa sofocada de hombre y un silencio abrupto como si él hubiera cerrado la puerta. Después nada. El silencio que dejó en el refugio estaba

lleno de su sexo, y de repente todos se quedaron callados también escuchando por el agujero de la cerradura, queriendo todos a la vez en la oscuridad. Queriendo más.

—Cielo santo —suspiró el médico, sacando el tabaco otra vez.

—No, gracias.

Frankie sacudió la cabeza.

Will sacó un cigarrillo y se guardó el resto. Después lo golpeó contra sus largos dedos y, al metérselo en la boca, se inclinó hacia ella y Frankie sintió que la mano de él se cerraba sobre su brazo, justo por encima del codo.

—Esta parte de ella —dijo en voz baja— hace que tengas deseos de rodearla con tu mano.

Frankie lo miró y después miró la mano, sus dedos que casi la rodeaban por completo. Se estremeció. Y la mano que la sujetaba se abrió, se introdujo en el bolsillo y sacó el encendedor.

—Es curioso que la haya conocido —dijo él, inspirando en la llama.

—¿Y eso por qué?

Se guardó el encendedor.

—Uno de sus reportajes. Hace unos meses. Sobre un niño.

Se aclaró la garganta.

Ella asintió, con los ojos fijos en la chispa del cigarrillo moviéndose en la oscuridad.

—Un niño después de los bombardeos —siguió él—. Usted lo acompañó a casa.

—Sí —dijo ella—. Billy. Ese reportaje era mío.

—Era una buena historia —dijo Will Fitch.

—Una buena historia. —Suspiró—. Aquella historia me puso en la cuerda floja.

—¿Por qué?

—Demasiado triste —Frankie resopló—, me temblaba la voz.

—¿Y qué?

—Demasiado emocional. Las noticias no pueden ser emocionales.

—Pues no sé qué decirle —contestó Will—, pero a nosotros nos afectó mucho. Nos dejó pensando en lo que sucedió a continuación... —Calló bruscamente. Lo que sucedió a continuación fue Maggie, recordó Will. La noticia del niño del Blitz había sido anterior a la pérdida de Maggie. Se estremeció—. ¿Alguna idea de qué fue de él?

—No —respondió—. No lo sé. Me mudé.

—Tiene que ser duro no saber qué pasó, no saber si el niño está bien.

Ella no respondió. La verdad era que había pasado por la casa de Billy varias veces en los últimos seis meses, con la esperanza de encontrarlo. Pero se había desvanecido en la guerra. Inquieta, estiró las piernas en el suelo. Sus pies tocaron algo blando y se apartaron.

—Te hace pensar en todas las partes de una noticia que nunca vemos —se aclaró la garganta—, en los márgenes. Nos hizo tan vivo a aquel niño y él está perdido en el mundo y no podemos dejar de pensar en él. Pero entonces se acaba la noticia y el

niño desaparece. Era sólo un niño en una noticia y nunca sabremos cómo acaba, nunca llegamos a cerrar el libro. Te hace pensar qué sucede con las personas cuando se acaba la noticia... todas las historias que usted ha contado, por ejemplo. ¿Dónde están todos ahora?

El corazón de ella empezó a latir con fuerza. No le gustaba el cariz que tomaba la conversación y se imaginó levantándose, pero la voz de él, con los tintes familiares de Harvard y las cenas y la tranquilidad del dinero que viene de la familia, en el que ella misma había crecido, obraba sobre ella como unas manos sobre sus manos y no la soltaría hasta que terminara. Él no pararía y ella no le pararía.

—Debe de ser muy dura —siguió él a su lado—. Yo no podría soportarlo... creo que necesito saber cómo acaban las cosas.

—Bueno, yo no tengo que soportarlo. —Frankie lo miró, irritada—. Explico lo que veo. Observo y escucho, y lo explico todo. Es mi trabajo —dijo con impaciencia—. Contarlo. Transmitirlo. De eso se trata.

—Por supuesto.

No parecía convencido.

Ella lo miró.

—Mire, la única forma de salir de esto es contarlo todo. Contar lo que sucede. Todo el tiempo. Y la única forma de contarlo todo es no dejar de moverse. Moverse y contar.

Él la miraba con la cabeza ladeada, como si escuchara a través de un estetoscopio.

—¿La única forma de salir de qué?

En la breve pausa, sintió que algo se le escapaba de las manos, tan rápidamente que ni siquiera supo qué era. Se encogió de hombros.

—Salir de este lío.

—¿Para qué querría salir de esto? —preguntó él con tacto.

—No quiero salir de nada —dijo ella vacilante en dirección al hombro de Will—. Soy la que estoy aquí, ¿no? Yo soy la que intenta captar lo que sucede aquí para que podamos... uf, por el amor de Dios —calló—, qué más da.

—¿Para que podamos qué? —insistió él.

Ella no contestó.

Lo dejó correr y apoyó la cabeza en la pared.

—A veces estoy en medio de ese infierno, incluso con gente gritando y ese hedor a gas y a fuego, y tengo que girar la cabeza para disimular la sonrisa. —La alegría en su voz era inconfundible—. Aquí todo es importante —dijo tranquilamente—. Todo tiene sentido.

Ella lo miró.

—Aquí no hay nada que tenga sentido.

—Lo tiene —dijo él—. Y mucho.

—Qué tontería —respondió ella enfadada—. Ahí fuera es todo aleatorio, es un desastre, cada noche suceden accidentes aleatorios e incomprensibles. Un hombre

que llama a su hijo que corra hacia él, para protegerlo, y en el momento que el niño corre, en los veinte pasos que los separan, cae y muere...

—Y usted lo vio.

Ella frunció el ceño.

—Es así. A eso me refiero. Y usted lo vio.

—Tonterías.

Frankie sacudió la cabeza.

—Mire, yo vine aquí porque tenía una idea chiflada del orden, porque una mujer a la que atendí murió, y pensé que debía ir donde podía ser más útil, ayudar, impedir más muertes. Pero usted no.

—¿Yo no qué?

—No tiene que impedir nada. —Estaba tan seguro que era casi electrizante en la oscuridad—. Sólo permanecer al lado.

—Oh, por el amor de Dios.

Se apartó. Era violenta aquella excitación al desnudo. La había oído en la voz de su padre al final de demasiadas copas. Encendido y poseído por el vino y el fervor, denunciaba a los políticos, o hacía algún gesto amplio y absurdo y su fuego interior estallaba, demasiado acaloradamente pensaba ella, mirando a su avergonzada madre. Demasiado vehemente. Como un niño grande y encantador. Miró hacia otro lado entre las sombras. Otra vez. El recuerdo de su padre iba hacia ella, pálido y urgente, a través de la oscuridad. Deslizándose por los graves torrentes engendrados por la voz de Will Fitch. Su padre. Un triste desasosiego.

—Las primeras semanas, después de llegar —siguió Will—, entraba en mi ala del hospital cada día, deseoso de curar, de aliviar, de salvar. Trabajaba hora tras hora, sin parar, más como un minero que como un hombre. Pasando entre las camas, tomando pulsos, temperaturas, cosiendo y vendando heridas. Llenando historiales cuidadosamente. Cuántos. Quién. Después de un mes había trabajado más horas, había visto a más pacientes que ningún otro médico de la sala. Y no paraban de llegar. Día tras día. Hiciera lo que hiciera, seguían muriendo. O viviendo.

»Y un día, lo entendí. Levanté la cabeza del pecho de un niño que estaba auscultando y me di cuenta, con un alivio brutal, de que lo que ha de venir, vendrá. Esto es lo que lo mantiene todo en marcha. Estamos todos juntos en el desastre. No hay forma de esquivarlo. Y ante esto yo sólo soy una voz y un par de manos. Ya no soy el hijo de nadie. Ni el marido de nadie. Anónimo pero necesario. Vital. Un Lucky Strike.

—Oiga —interrumpió Frankie. La felicidad de él era irritante—. Lo que haya de venir, no vendrá y ya está, como usted dice. Tiene la ayuda de las personas que miran hacia otro lado. Personas que han desarrollado el hábito de tragarse mentiras en lugar de la verdad. En cuanto empiezas a pensar en otra cosa, dejas de prestar atención... y prestar atención es lo único que tenemos.

—Yo lo miro directamente a la cara, señorita Bard —respondió Will con calma—.

No puede detener el desastre. No puede cambiar lo que vendrá —miró hacia ella—, y no debería intentarlo.

Con un suspiro de impaciencia, Frankie se levantó del suelo y se puso de pie, sintiendo la necesidad de moverse. Necesitaba aire, luz. Buscó el botón de la falda que se le había desabrochado en la espalda, y se agachó para recoger el jersey arrugado, y vio que el médico no se había movido. Irritada, se inclinó para recoger el bolso, al lado de él.

—Si el mundo hubiera prestado más atención en 1939 —soltó—, a lo mejor no estaríamos aquí, sentados en la oscuridad, esquivando bombas.

—Estaríamos sentados en otra parte.

—Con su esposa, por ejemplo.

—Sí, tiene razón —aceptó él tristemente—. Con mi esposa.

La puerta del refugio estaba abierta y la larga y aguda sirena que indicaba que el peligro había pasado sonaba con la primera luz que se filtraba a través de la abertura. Algo parecido a un sollozo crecía dentro de ella, y se pasó el bolso por la cabeza, en bandolera.

—Debe volver a casa —dijo cautelosamente—. Eso es todo.

Él se levantó y le dio la mano.

—No lo sé.

Frankie vaciló con la mano en la de él un instante, antes de soltarla y mezclarse con el ovillo de londinenses que salían por la puerta del refugio hacia el azul pálido de la mañana. Se quedó un momento en la acera, sobre el refugio, respirando el aire primaveral. Eran poco más de las cinco. La luz de la calle cambió, oscureciéndose de repente y después, inmediatamente, iluminando de nuevo la acera. Pasara lo que pasara, la primavera se comportaba como siempre. Seguía siendo una mañana de finales de mayo en Londres.

Finales de mayo en Londres. En su cama de la escuela, debajo los aleros, éstas habrían sido las palabras que evocaban imágenes de meriendas y fresas y Henry James, cuando toda la civilización podía estar contenida dentro de los confines azules de un cielo inglés. Exceptuando los edificios humeantes y el hedor de la goma y el metal quemado, era posible imaginarse a Dorian Gray, excitado y elegante tras una de aquellas ventanas, y a la señora Dalloway saliendo a la plaza. Casi, pensó Frankie, fijándose en el pedazo de pared que faltaba a un lado de la casa del otro lado de la plaza. Como si la hubieran mordido.

—Hasta pronto —decía Will Fitch detrás de ella—. La escucharé.

—Hasta pronto.

Le saludó con la cabeza y observó cómo se alejaba rápidamente, aislado, bajando la larga manzana de Wilmot hacia el concurrido trajín de Oxford Circus. Vio cómo se colocaba el sombrero en la cabeza con una mano, y vio cómo la americana del traje se cerraba elegantemente cuando se la abrochó en la cintura. Y sintió que se aflojaba al verle alejarse. Santo cielo, se le había metido dentro. ¿Qué le había sucedido allí

abajo? Tiró de la correa sobre el pecho, avergonzada en el mundo superior por la fuerza de su reacción con el médico en el inferior. Se estremeció. Estaba demasiado oscuro, estaban demasiado cerca. Y su voz al lado, inquisitiva, punzante, insistente como un espíritu. Aquella voz norteamericana. Arriba, sobre la tierra, entre las familiares ruinas, se sentía más ella misma.

El médico había llegado casi al final de la calle. Reprimió unos deseos momentáneos de llamarlo, y se quedó un minuto más viendo cómo desaparecía. En la distancia, en la esquina lejana, hombres y mujeres cruzaban la calle. Parecía que fuera a llover. Una mujer caminaba hacia ella con un bebé en brazos.

Después, Frankie no podía recordarlo, pero algo que hizo la mujer hizo que el médico se volviera y la mirara, como si la hubiera reconocido, y no vio el taxi de Londres acercándose por la dirección en la que los norteamericanos no miran, no vio la máquina negra y eficiente, y bajó de la acera. Frankie dio un paso adelante gritando y las otras personas que salían del refugio se volvieron y todos vieron al gran hombre volando por los aires —donde, todavía, a pesar de que todos vieron cómo sucedía, podía vivir, no tenía por qué caer— hasta que cayó, y se golpeó contra el suelo pesadamente de espaldas, con un ruido sordo angustioso e inconfundible, su cuerpo un saco agujereado.

Frankie oyó un siseo grave procedente de la parte delantera del taxi. El taxista estaba paralizado dentro, con las manos en el volante, y el taxi seguía avanzando hacia el lugar donde Will había caído.

—¡Pare! —Frankie corrió por la calle—. Frene, maldita sea.

Se abalanzó hacia Will y cayó a su lado. Tenía la nariz rota y el hueso había atravesado la piel, al descubierto y descentrado, sangrando copiosamente sobre la mejilla. Miraba por encima del hombro de ella, hacia el cielo. Frankie intentó detener la sangre con la mano, pero había demasiada, y la marca de sus dedos se quedó grabada en la cara del médico. Intentó recoger una punta de la falda para secarla, pero la sangre brotaba profusamente borrando las marcas. Abrió los ojos, los cerró y gimió.

Frankie no veía nada más roto aparte de la nariz, aunque por debajo de su respiración oía un bajo y persistente suspiro, como si el aire se escapara por alguna parte.

—¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?

El taxista había bajado del taxi.

Por encima y alrededor de Frankie, una multitud miraba hacia Will, que yacía boca arriba, la respiración jadeante, los ojos abiertos. Detrás de ellos, sirenas de ambulancia y el tráfico diario de la ciudad con bocinas y zumbidos. Incluso entonces, en una ciudad en la que el número de muertes había aumentado en miles, donde el olor pútrido de carne y goma quemada empapaba el ambiente y donde las caras tristes y exhaustas de hombres y mujeres por las mañanas en las calles pasaban desapercibidas, esto no. El hombre simplemente no había prestado atención. No tenía

nada que ver con la guerra. No podían evitarlo, tenían que hablar, y sus voces por encima de Frankie eran como un cacareo frenético de aves.

—Una ambulancia —gritó Frankie—. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Will hizo un sonido como si se aclarara la garganta. Ahora le salía sangre por la boca. Frankie se sintió desfallecer.

—Dios todopoderoso —susurró el taxista.

Frankie pasó las manos por debajo de los brazos de Will.

—Ayúdeme —dijo al chófer.

Él se agachó y entre los dos medio arrastraron, medio levantaron a Will para colocarlo sobre las rodillas de Frankie. Ella le acunó la cabeza bajo el codo y miró la cara sobre la que alguien ya había bajado el telón. Un charco caliente se estaba formando en su regazo, aunque no podía ver de dónde procedía la sangre. Rodeó a Will con sus brazos para darle calor, y llegó el sonido frenético de la sirena de una ambulancia, pero pasó de largo hacia Oxford Street. ¿Alguien había ido a buscar una ambulancia?

El taxista intentaba darle algo. Un sobre. Ella lo miró.

—Estaba en el suelo, allí —señaló—. Creo que es de él.

Frankie miró la dirección y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, y vio los ojos de Will sobre ella.

—Tranquilo —dijo suavemente, aunque sabía que él no podía oírla ni responder—. Le tengo.

Y le puso una mano en la cabeza y otra sobre el corazón, hasta que sintió que se detenía.

Mucho después de que la ambulancia se llevara el cadáver del médico, Frankie seguía sentada en la acera, dando vueltas desordenadamente en la cabeza a los minutos anteriores cuando él estaba junto a ella en la oscuridad, antes del aire y la luz y el taxi. El amanecer londinense traqueteaba abriéndose camino hacia la mañana, y la multitud que se había congregado alrededor de ella se fundía poco a poco en el día. Los taxistas seguían subiendo y bajando por la calle. Se quedó sentada diez minutos, veinte, otra media hora. En el diminuto jardín de enfrente la corona llena de rocío de un narciso resbalaba de lado hacia la hierba. El bebé de alguien gimoteaba por una de las ventanas abiertas. Unos pasos fuertes golpeaban sobre la acera. Una de las puertas de las casas de la calle se cerró de golpe. La sangre en su falda se había secado. Por fin, se levantó y se dirigió a su casa.

A las cuatro, el día primaveral se había estropeado y empezó a caer una fina llovizna. Frankie se despertó con el corazón acelerado. El tiesto de geranios de aspecto cansado en el alféizar profundo como una fortaleza de su habitación la miraba. Se estremeció y se apoyó en un codo. Exceptuando a los geranios, todavía parecía la habitación de alguien que viviera en otra parte. Su corazón se calmó, saltó de la cama y se sentó frente a la máquina de escribir.

Tal vez ya habrían identificado al médico, y la noticia habría empezado a viajar por cable, a través del telégrafo, a alguien de Massachusetts que lo mecanografiaría y lo enviaría. Desde Boston a Cape, hasta el extremo de Franklin, donde otra persona tendría el telegrama y sabría lo que significaba, y tendría que entregarlo. Y Frankie intentó imaginar quién entregaría a la esposa del médico aquel pedazo de papel. Pero no podía ver el pueblo, ni a la persona que tenía en la cabeza, ni a la esposa. Sólo una mano entregando un papel, con el hecho, pero no lo que había sucedido. Cogió una hoja de papel del cajón de debajo de la máquina de escribir y lo metió en el cilindro, después golpeó varias veces la palanca del carro hasta que la página salió por el otro lado. «18 de mayo —empezó—, Londres.

»Creemos conocer la historia —escribió lentamente—. Creemos que conocemos la historia porque hay un hombre y una mujer sentados en un refugio en la oscuridad. Hay bombas. Es una guerra. Ha habido una guerra antes, y hemos leído las historias. —Paró, y leyó las dos líneas de la página—. Hemos leído a Hemingway. Hemos leído a la señorita Thompson y a Martha Gellhorn. Creemos saber quién morirá y quién vivirá, quién es un héroe, quién se enamorará de quién; pero en cada historia, de amor o de guerra, hay un momento en que miramos a la izquierda cuando deberíamos haber mirado a la derecha. Esto es...»

Frankie golpeó la palanca del carro tres veces más para sacar la hoja del cilindro. No lo emitirían y lo sabía. Sin duda no era bueno para Murrow. Pero tampoco para Max Prescott ni para el *Trib*. Para empezar, ¿de qué estaba escribiendo? ¿La Muerte de un Idealista? ¿Muerte de un Chico de Oro? Se puso de pie y releyó el principio.

No había nada que decir. En una noche en que habían muerto muchos, ella quería escribir sobre uno. Un hombre había muerto en un accidente esa mañana. Un hombre que creía que, a pesar del desastre, todo tenía sentido. Un hombre feliz en medio del Blitz. Se frotó los ojos, pensando en Max al otro lado del teléfono, «¡Caray, Frankie!, ¿y el reportaje?»

Sintió un coágulo de sangre en las bragas. Después otro. Vaya por Dios. Dio tres pasos hasta la cómoda, con la mano entre las piernas para que no goteara sobre la alfombra de la casera. Buscó un Kotex y unas bragas limpias y sujetó la compresa a las bragas; echó la ropa interior sucia sobre la blusa ya manchada dentro del pequeño lavabo al lado de la puerta. El grifo burbujeó al llenar el lavabo; después, Frankie llenó un vaso de agua y lo echó alrededor de las raíces del geranio, y el olor vegetal calcáreo se desprendió de las hojas y le recordó agudamente al jardín de su madre y a los veranos en casa. A su madre le habría gustado el doctor Will Fitch. Dejó el vaso con suavidad. La estrecha panorámica a través de la ventana le ofrecía la visión de tejados de pizarra negros, brillantes y oscurecidos por la fina lluvia inglesa. Eran casi las cinco.

Se cambió rápidamente de ropa y bajó las persianas. Afuera, la niebla se le pegó al pelo y a la lana del jersey, haciéndola sentir más segura, como si las bombas no pudieran hacer tanto daño con buen tiempo, lo que era absurdo, pero así era. Dos o tres travesías más allá, se dio cuenta de que se estaba empapando y abrió el paraguas al mismo tiempo que alguien al otro lado de la calle; los paraguas se abrían como setas negras. Empujó la puerta de la tintorería y sacudió un poco el paraguas, sin saber muy bien qué decir de la sangre del médico.

—No se preocupe —dijo la pequeña señora Dill, recogiendo la falda y la blusa enjuagada y dejándolas sobre un montón—. Lo sacaremos en un tris. Espere.

Frankie se volvió cuando ya estaba casi en la puerta.

—¿Sí?

La señora Dill había encontrado la carta de Will Fitch en el bolsillo de su falda y la tenía en la mano.

—Gracias.

Frankie se la guardó en la falda sin mirarla.

La lluvia y la vegetación de verano gateaban entre las cáscaras abiertas y empapadas de los edificios de Portland Place. A Frankie siempre le parecía que Broadcasting House surgía entre los edificios circundantes como una fortaleza, rodeada de un foso de sacos de arena, que por lo que vio Frankie ahora tenían brotes que parecían de hierba. Empujó las puertas oscilantes y entró en el vestíbulo donde el olor a col ascendía de los dos pisos semisubterráneos donde los estudios y el refugio compartían espacio con la cocina. En los pisos estaban los archivos y las oficinas. Y las personas. Frankie fue a la escalera de linóleo que ascendía por el centro del edificio. Las personas y sus voces, las ondas cortas de las risas y las conversaciones agudas y acaloradas resonaban a su alrededor. Y los chismorreos. Hola, Frankie.

Hola, hola. Subió hacia sus compatriotas como si nadara en busca de aire.

—Estás horrorosa —observó Ed desde su mesa al verla entrar.

—Gracias, señor Murrow.

Frankie intentó hablar con animación, y colgó el abrigo sobre el de él en la parte trasera de la puerta.

—¿Qué ha pasado?

Frankie se volvió y no le miró a los ojos.

—Esta mañana ha muerto un hombre.

Murrow la miró con más atención.

—¿Le conocías?

Frankie sacudió la cabeza.

—Lo conocí anoche en el refugio.

Ed frunció el ceño.

—No, Ed. —Se ruborizó—. No se trata de eso. Era norteamericano, nada más. Y lo ha atropellado un taxi porque ha mirado hacia el lado equivocado.

—Qué lástima.

Frankie lo miró.

—Sí —asintió—. Y tiene esposa en casa.

—Qué lástima —repitió Murrow, en voz más baja.

Señaló la silla de delante. Ella se sentó.

—¿Bien?

La observaba.

La chica asintió.

—Mira esto.

Le entregó un teletipo de la oficina de Nueva York, y la excitación que delataba su voz hizo que Frankie le mirara un momento antes de leer la página. J. Edgar Hoover acababa de salir en el periódico condenando lo que denominaba la Quinta Columna de Histeria que se había apoderado de la nación. De repente, parecía haber espías bajo todas las camas, ilegales ocultos en todos los rincones, saboteadores al acecho en todos los garajes. El FBI recibía casi trescientas llamadas al día denunciando sospechosos de ser espías extranjeros y Hoover quería inyectar un poco de sentido común a la población. Un año antes arengaba al país para que estuviera alerta.

—Ahí lo tienes, Frankie.

Ella le miró, sin entender.

—Ya tienes el punto de partida. Ahora es noticia en Estados Unidos —dijo Murrow—. Ahora existe un motivo para contar la historia, quién huye de Alemania, quién está realmente en esos trenes de refugiados.

La habitual excitación de recibir una nueva misión se apoderó de ella, llenándolo todo y apagando la muerte del médico.

—¿Cuándo me voy?

Frankie se adelantó en la silla.

Él sonrió con esa sonrisa que los inspiraba a todos para intentar cualquier cosa que les pidiera.

—En cuanto hagas las maletas.

—Está hecho.

—Buena chica —dijo él—. Te vas.

Frankie se levantó y cogió el pase de prensa, que le garantizaría el tránsito seguro a través de Alemania y Francia. «PRESSE ETRANGÈRE» estaba estampado en la página. «*Valable du 19 Mai au 9 Juin, 1941. Nom et prénoms: Mlle. Bard Frances. Nationalité: Americaine. Profession: Collaboratrice au “Columbia Broadcasting System”.*»

—El trato es éste, Frankie. Tienes tres semanas para ir, dar una vuelta y volver. Necesitarás dos o tres días para llegar a Berlín, dependiendo de los trenes, y te guardaré tres emisiones a lo largo de la ruta a Lisboa, empezando cinco días después de Estrasburgo, en la frontera alemana con Francia. Elige a una familia para cada tramo de viaje, todo el trayecto de Berlín a Lisboa, éstas serán las patas de la historia. No importará el idioma que hablen porque tú estarás allí, tú serás los ojos, los oídos y también la traductora. Su historia está viva porque tú estarás con ellos en el tren.

—De acuerdo —dijo ella, sin poder creer en su suerte.

—Y te doy una de éstas.

Señaló una caja de madera cuadrada del tamaño de una Victrola sobre la mesa.

—¿Esto es lo que se llama una portátil?

Frankie frunció el ceño.

—¿Qué problema le ves?

—Parece que pese mucho.

—Pesa trece kilos —concedió él—. La han puesto en una caja de madera por ti. Las otras son de acero.

—¿Cómo funciona?

—Es muy fácil.

Murrow abrió la tapa de la caja. El plato giratorio ocupaba casi toda la parte superior de la grabadora; el brazo de la aguja triangular descansaba a un lado. Unos auriculares y el micrófono con el cable estaban enrollados sobre el plato.

—Tienes espacio en la tapa para dieciséis discos, de dos caras, y cada cara puede grabar tres minutos de lo que le pongas delante.

Ella asintió. Eso le daba una hora y media de grabación. Observó cómo Murrow enchufaba el micrófono a un lado de la máquina.

—Este botón —Murrow señaló el botón nudoso de la parte delantera de la máquina— enciende el amperio, quita el freno al motor, y —lo giró— baja el cabezal de grabación sobre el disco. Di algo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Lo que sea?

Apagó el interruptor. Giró el botón en el sentido de las agujas del reloj. «Di algo», salió su voz de la caja. «¿Lo que sea?»

Frankie sonrió. Playback inmediato. Podía volver a escuchar inmediatamente el material sin necesidad de editarlo. Nadie había hecho todavía algo así.

—Graba todo lo que puedas. Graba el tren. Las conversaciones. Todo. Si puedes utilizar algo de lo que grabes enseguida, adelante. Si no, informa de lo que estés viendo, de lo que estés oyendo, y utilizaremos este material a tu regreso. Después de Estrasburgo, dirígete a Lyon a finales de mes. Jim Holland está allí. Después a Lisboa el cinco de junio. Tendrás tiempo más que suficiente para regresar.

Ella asintió y se levantó de la silla.

—Oye, Frankie.

—Sí.

—Cuando te pongas a transmitir, sé concisa —siguió—. Los censores son muy sensibles. Entrás. Sales, por ahora no estamos en guerra con ellos, pero te cortarán la conexión a la mínima que puedan.

—De acuerdo —dijo, cogiendo el mango de la grabadora de disco de la mesa. Hizo una mueca. Vaya, pesaba como un demonio—. Hasta la vista.

No había nadie a quien decir adiós, nadie a quien dejar. Escribió una nota para la casera, guardó un camisón y las dos faldas que poseía junto con las tres blusas en una maleta pequeña azul de piel que su madre le había regalado hacía años; encima puso la ropa interior y compresas suficientes y llegó con veinte minutos de adelanto para coger el tren nocturno a Dover. Colocó primero la maleta y después la grabadora en el portaequipajes, sobre su cabeza, y se acomodó en su asiento. De su bolsillo sobresalía la esquina afilada de un sobre. Lo sacó y le dio la vuelta. «Emma Fitch —decía el sobre—. Apartado de correos 329, Franklin, Massachusetts, EE. UU.» Había olvidado por completo la carta del médico. Frankie contempló el nombre de la mujer a la que todavía no le habría llegado la noticia. Durante esas pocas horas en que el telegrama no llegara, el médico seguiría vivo, y su esposa todavía no habría cruzado a la otra parte.

Donde estaba Frankie. Se estremeció y volvió a guardarse el sobre en el bolsillo. Lo mandaría desde Francia, para que llegara después de la noticia del fallecimiento. Al médico le habría gustado dejar los cabos atados, pensó, mirando a la noche a través del cristal. La voz de él a su lado, su esperanza y su alegría, se encendieron como una llama. Dios, cuánto la había irritado. Sonó el silbato, las luces del compartimento se apagaron y el tren salió lentamente de la estación hacia la ciudad a oscuras. Con la carta guardada en el bolsillo, Frankie contempló cómo el negro mate envolvía el tren, ocultándolo de la Luftwaffe en su recorrido hacia la costa, donde esperaban los barcos a Francia.

Uno de los absurdos más inverosímiles de la guerra era que los trenes entre países seguían funcionando. Como hormigas mecanizadas, los trenes seguían circulando, y una persona podía ir de Dover a través del Canal hasta Calais en una mañana, y estar en París al acabar el día. Esto y que el campo septentrional francés floreciera con un verde casi de cuento de hadas era para volverse loco. «No hay guerra, no hay guerra», traqueteaba el tren sobre las vías a la mañana siguiente. Los campos normandos se habían arado y plantado y los chopos clavaban púas en el pálido cielo. Los hombres, poco abrigados, trabajaban en los campos, sin prestar atención al paso del tren.

El tren llegó a París poco después de las seis. La cúpula de Montmartre dibujaba un círculo sobre los afilados tejados a corta distancia. Frankie había tenido la ventana bajada todo el trayecto, y la primavera se infiltró en el compartimento, incluso cuando el tren pasaba lentamente al lado de los mercados de pueblo. Una mujer en bicicleta avanzaba a la misma velocidad que el tren, y Frankie la observó pasar con la esvástica ondeando en el asta de bandera de la plaza del pueblo, tan erguida en el sillín, con la cabeza tapada con un pañuelo, tan francesa.

No tenía mucho tiempo para encontrar el tren a Berlín, pero no le costó demasiado. Subió al penúltimo compartimento y se sentó en un asiento cuando el tren ya salía y París se alejaba lentamente.

Cuando el tren pasó de Francia a la Bélgica ocupada, desengancharon la máquina y la cambiaron, y los pasajeros esperaron horas a oscuras, como si fuera otro maldito refugio, pensó Frankie. El sol se había puesto hacía tiempo y las cortinas negras estaban echadas en las ventanas de la pequeña estación, prueba evidente de que los bombarderos británicos habían llegado hasta allí.

El tren entró en Alemania, abriéndose paso en la oscuridad, y los cables del telégrafo destellaban como agujas en la noche. Poco antes del amanecer, se detuvieron en lo que parecía un cruce y alguien dio una orden, justo debajo de la ventana del compartimento de Frankie, que fue repitiéndose por el andén. La muchacha levantó la persiana y vio lo que parecía un ejército de fantasmas en la noche, con la tenue luna reflejándose en las correas de la barbilla y los cañones de las armas. Habría cien hombres allí, todos en silencio, esperando para moverse. La locomotora se estremeció y resopló.

Al acercarse a Berlín, el tren se vació de personas corrientes. Pocos viajaban tan al este. Cuando llegaron a la ciudad a la mañana siguiente, Frankie estaba sola en el compartimento. Esperó un minuto antes de bajar. Fuera el ambiente era estupendo; como en París, podía ver los lados amplios de las avenidas que salían de la estación de tren y el verde claro contra los edificios de mármol, todo dislocado del presente. Se incorporó y bajó la maleta del portaequipajes, cogió la grabadora y bajó al andén donde parecía haber cientos de personas esperando. Echó un vistazo. El único tren que veía era el que acababa de dejar. No era tanto una cola de gente como una ola,

contenida por las puertas cerradas de los vagones. En aquellos grupos agotados y temerosos el presente volvió. Algunas caras la miraron fijamente al pasar, y ella los saludó. Pero ellos bajaron los ojos como si Frankie fuera peligrosa.

Los demás pasajeros también habían bajado, y al final del andén la cola para el control de pasaportes se hacía más larga. Al ponerse a la cola que serpenteaba hacia ella, Frankie pensaba que le gustaría tomar un baño y una copa. Un baño, una copa, y después un largo, largo paseo por la ciudad. Le habían inspeccionado y devuelto el pase de tránsito en todos los controles fronterizos, y le habían sellado el pasaporte. Dejó la maleta y la grabadora y las protegió con las piernas, mientras enseñaba la carta.

—¿Cuánto tiempo?

—Una noche.

Frankie sonrió al empleado.

Era pulcro y gordo. La miró con unos ojos asombrosamente negros.

Le cogió los documentos, los miró y los extendió sobre la mesa. Tenía las uñas mordidas en carne viva.

—No, Fräulein.

Negó con la cabeza.

Frankie frunció el ceño y se inclinó sobre la mesa.

—¿A qué se refiere?

Él la miró con simpatía.

—Si piensa salir de Berlín mañana, debe quedarse aquí y tomar el próximo tren.

—¿Y eso por qué?

—No hay habitación —respondió él tan tranquilo, devolviéndole los documentos.

—Soy periodista —dijo ella con toda la ecuanimidad que pudo.

—¿Ah, sí? —La miró de arriba abajo, con unos ojos sin luz y opacos—. ¿Y sobre qué informa?

—Sobre los trenes que salen de Berlín.

—¿Con qué propósito?

—Que mi país conozca las condiciones de vida de la guerra.

—Las condiciones nunca han sido mejores.

—Exactamente.

Le miró.

—No, Fräulein.

E hizo un gesto al hombre de uniforme detrás de él.

—Soy norteamericana.

—Tenemos suficientes norteamericanos.

Se encogió de hombros. El otro hombre se situó al lado de ella.

—¿Puedo telegrafiar a mi oficina?

Los labios del hombre se torcieron.

—¿Su oficina? Fräulein, si desea tomar algún tren, éste será el último que saldrá

en mucho tiempo.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros y blandió sus documentos. Ella los recogió. Los ojos de pasa del hombre subieron poco a poco hasta encontrar los de ella.

—Buen viaje, Fräulein.

Frankie se agachó para recoger su equipaje y se volvió hacia la multitud.

El olor pesado del miedo flotaba en el ambiente cerrado de la sala de espera. Varias personas levantaron la cabeza cuando Frankie entró, pero su atención estaba pendiente del empleado. Podía hacer algún anuncio. A cada hora que pasaba, sin moverse, los visados de salida —con la fecha en la que se podía salir del país claramente estampada— estaban más cerca de expirar y ellos todavía no habían iniciado el viaje. Cada persona tenía también documentos de tránsito conseguidos a duras penas, que les permitirían llegar hasta los barcos. Un problema con cualquiera de ellos significaría que en cualquier momento podrían rechazarlos, negarles la entrada, mandarlos de vuelta. Así que tenían que subir al tren. El tren que Frankie acababa de dejar vacío en la vía. Detrás del cristal, delante de ellos tenían el viaje de salida. Estaba allí, custodiado por dos soldados, con las armas colgadas al hombro.

La puerta del servicio estaba rodeada de mujeres; Frankie fue con ellas.

—¿Cuánto tiempo llevan esperando? —preguntó Frankie en alemán.

Una de las mujeres se volvió.

—Desde la mañana. El tren debía salir a las diez.

Eran casi las dos. Garabateando el guión, Frankie se dio cuenta de que el viaje había empezado. «El viaje empieza en un andén vacío sin ningún tren a la vista.» La puerta del servicio se abrió y salió una mujer pequeña con el cabello rubio rizado llevando a un niño de la mano. La blusa le tiraba sobre el vientre de embarazada; tenía la expresión dispersa y asombrada del que espera el siguiente golpe. Pero tenía bien agarrado al niño y tiraba de él entre las mujeres. Frankie se volvió y la siguió para ver cómo era su esposo. Pero la mujer se sentó en uno de los bancos, en un hueco que evidentemente le guardaba una mujer mayor de aspecto bonachón con un vestido negro de algodón. No había esposo. Frankie se volvió de espaldas. Ésta sería la historia que seguiría. Una banda militar había empezado a tocar en el cavernoso centro de la estación, y Frankie sintió los tambores en los huesos.

De repente, la escena a través de la ventana cobró vida. Varios soldados bajaron por el andén, haciendo señales a los dos que ya estaban allí para que avanzaran. Un vagón de combustible entró marcha atrás en la vía paralela, con un maquinista alto y rubio que bromeaba con sus compañeros; todos se echaron a reír. Los tambores pararon y el zumbido constante del diésel llenó de vida la estación. El ambiente también se animó alrededor de Frankie; quizás ahora sí se marcharían. La gente se levantó, apretando sus posesiones contra el pecho, observando cómo un tren se acoplaba al otro, para transferirle el combustible.

Desde la avenida llegó el sonido de silbatos y de varios motores. Frankie contó

seis camiones, que pararon dentro de la estación, junto a las vías. De ellos bajaron hombres de uniforme, mayoritariamente chicos. A los pocos minutos, el andén que había delante de Frankie estaba lleno de ellos, esperando desmañadamente, lo mismo que las personas en tránsito, que miraban a través del cristal. A pesar, o quizá debido al público en la sala de espera, le pareció a Frankie que los jóvenes jugaban a ser soldados, como colegiales, pavoneándose y fumando, claramente deseosos de iniciar el viaje, de que los mandaran al meollo de la acción. La opinión en la sala donde Frankie esperaba era que los soldados se dirigían a la frontera rusa. Había habido tres llamadas a filas en las últimas dos semanas desde el Berlín central. Soldados, el té y toda la carne enlatada que quedaba en la ciudad, comentó una mujer de labios gruesos y ojos observadores y sosegados. Todo a Rusia, dijo la mujer tristemente. Y los trenes, añadió un hombre a su lado. Los trenes, también.

Frankie echó una mirada al banco donde la madre y su hijo seguían sentados, el chiquillo durmiendo en brazos de su madre. Era evidente que la mujer estaba sola.

Un reluciente Daimler llegó al andén, dando órdenes a su paso. Los chicos se convirtieron en soldados, con los hombros erguidos y las piernas bruscamente unidas. Un oficial bajó del coche y gritó algo en tono animoso, y entonces la fila se deshizo y los chicos subieron al tren. Una hora después, la sala de espera miraba otra vez a una vía vacía. Frankie fue a buscar algo para cenar y se sentó en la cafetería de la estación, mirando la misma vía vacía que los que estaban en la sala de espera, que no abandonaban sus puestos junto a la puerta. Ahora el niño estaba de pie delante de su madre, batiendo palmas e intentando llamar su atención. De vez en cuando, ella lo miraba, apartando los ojos de la vía del tren. A veces sonreía. Frankie decidió no acercarse a ella ahora que estaba totalmente concentrada en el esperado tren.

Hacia las tres, se oyó una sirena y entró otro tren en la estación, mucho más corto que el que había traído a Frankie de París, con sólo seis vagones, y todas las personas de la sala de espera se levantaron y se lanzaron hacia delante. No había vacilación posible, no había que dejar que los otros cogieran sitio delante de ella. Presa del pánico, la multitud se movió en una oleada hacia la puerta de la sala, que alguien había abierto, y después salió en tropel hacia el andén para detenerse en el exterior de metal de los vagones. Las puertas estaban cerradas y no había ninguna luz encendida; al principio a Frankie le pareció que no tenía maquinista, y que era fantasmal en la oscuridad. Un hombre gritó algo desde la parte delantera del tren, y la familia al lado de Frankie la miró. «¿Lo ha oído?» Ella negó con la cabeza.

De repente, como la cueva de Aladín, las puertas se abrieron. De nuevo, la marea humana se apretujó y Frankie sintió que la levantaban del suelo. Alguien gritó algo detrás de ella, y por encima del hombro entrevió a la madre menuda y a su hijo apretados contra la espalda de un hombre. Frankie se colocó la maleta bajo el brazo, liberándola para poder coger la mano del niño, tirando de él y levantándolo para que no lo aplastaran.

—Tranquilo —le dijo—, tranquilo.

—¡Franz! —gritó su madre.

—¡Le tengo! *Je le tiens!* —gritó Frankie.

La madre agarró a Frankie por la cintura, por detrás, y los empujaron a los tres hacia delante y hacia arriba, dentro del tren.

Frankie abrió el primer compartimento y vio que había un pequeño hueco; entró y dejó al niño entre dos hombres.

—Aquí —señaló a la madre, que jadeaba, respirando en resoplidos aterrados y rápidos.

El más joven de los dos hombres se levantó para cederle su asiento. Ella se sentó en el asiento del compartimento; y el niño estaba paralizado, con los ojos fijos en la cara de su madre. Respiraba rápidamente y a sacudidas. Frankie deseó tener agua.

—Baje la cabeza —dijo el hombre mayor con amabilidad en alemán.

Era grueso, pero iba bien afeitado. Estaba acostumbrado a dar instrucciones. Tal vez era profesor, pensó Frankie. ¿Por qué viajaba solo? La madre no le oía.

—La cabeza abajo.

Se levantó, la sujetó por los hombros y la obligó a bajar la cabeza. El tren dio una sacudida, haciendo perder el equilibrio a todos los que estaban en el compartimento. El hombre cayó contra Frankie, pero se recuperó y siguió hablando con amabilidad con la joven madre que finalmente le miró, asintió, y se echó hacia delante.

Alguien golpeó la ventana del tren y Frankie miró y vio la cara frenética de una mujer afuera apretada contra el cristal, gritando algo. El tren se tambaleó y resopló y se arrastró hacia delante. La mujer del andén bajó el brazo, pero seguía oyéndose un insistente golpeteo en el vagón, por debajo de la ventana. Estaba claro que el tren dejaría atrás a todos los que estaban en el andén y Frankie miró a todas las caras levantadas hacia ella y supo que estaba mirando fantasmas. No conseguirían salir. Otro tren, otra noche quizá. Pero éste estaba lleno, aunque todos los de fuera tuvieran billete, y se les hubiera prometido un tren más largo. Se estaban ahogando frente a ella, sin que se avistaran botes salvavidas, sin que se avistara la costa, y ella se había quedado una de las plazas.

Se giró para salir del compartimento, para bajar del tren, para darle su sitio a otro, a quien fuera.

—Déjenme pasar —gritó al hombre mayor sentado junto a la puerta del compartimento.

Cuando quiso poner la mano en la manilla, él cerró la suya sobre la de ella.

Frankie frunció el ceño.

—Déjeme pasar.

Él señaló la puerta y, a través de ella, Frankie vio las espaldas de un puñado de personas apretadas contra el cristal, y contra ellos, en otra hilera, había más. El pasillo estaba atestado de hombres y mujeres. No había forma de salir del vagón. «Dios santo», pensó, volviéndose para mirar las caras de los de fuera, con un sollozo formándose en el pecho. Y el tren echó a andar, cobró velocidad, se alejó más

rápidamente de las personas en el andén, e hizo sonar el silbato.

Frankie se sentó sobre la caja de la grabadora, con la maleta en el regazo, en un retazo de moqueta entre los dos bancos, y apoyó la cabeza en la puerta. Eran siete y el niño apretujados en el compartimento. Y ninguno de ellos hablaba. La respiración de la madre se había calmado y se había vuelto más lenta. Su hijito estaba apretado contra ella y observaba a los demás. No había sitio para él sobre las rodillas de la madre, pero no quería sentarse en el banco al lado. Durante un rato el movimiento del tren y los parches de luz de luna sobre el perfil de la ciudad a oscuras los mantuvo a todos callados; el viaje había empezado por fin.

«Sube a un tren de refugiados», le había instruido Murrow; y aunque fuera obsceno y absurdo para ella en este punto, después de haber visto tanto, había albergado la ilusión imposible de que «tren de refugiados» significara personas que se salvaban. Para el caso, esas personas podrían haberse tirado del tren. Nadie estaba a salvo, nadie estaba salvado. Hasta que llegaron al final, sencillamente huían.

—¿Fräulein? —El más joven de los dos hombres fue el primero en romper el silencio en el vagón.

Frankie levantó la cabeza. La señalaba a ella y después señalaba su asiento. Llevaba un jersey desastrado hecho a mano sobre una corbata, y la mano que le tendía estaba sucia de tinta.

—No, gracias —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Él levantó la mano y le sonrió, como diciendo, bueno, entonces quizá más tarde, y ella le devolvió la sonrisa. El hombre asintió y cruzó los brazos, apoyándose en la pared del compartimento, claramente satisfecho. Se había ofrecido. El nudo que Frankie tenía en el estómago se relajó imperceptiblemente gracias a aquel gesto familiar. Todos ellos, encerrados a oscuras, alejándose de Berlín, saliendo de la ciudad, podían ofrecerse un asiento, todavía podían ofrecerse algo y todavía podían rechazarlo.

Frente a éste, más cerca de la ventana, una mujer de cara redonda y de mediana edad dejó de observar a los demás y se acurrucó en el rincón. Apoyó la cabeza contra el marco de la ventana y cerró los ojos, con la barbilla apoyada en sus varios collares. Un jersey azul tiraba sobre las puntas de una chaqueta de lana marrón, y encima de ésta una camisa y un suéter de un azul más oscuro, también de lana. Incluso con los ojos cerrados, seguía agarrando el mango de la maleta desvencijada que tenía sobre las rodillas. A su lado estaba sentada una chica joven y muy guapa, a quien Frankie había tomado al principio por la hija de la mujer mayor, pero pronto vio que viajaba con el chico sentado al lado. Ambos tenían los ojos oscuros y la piel clara, y los rizos de la hermana sobresalían de su gorro apretado, balanceándose con el movimiento del tren. El chico, que no tendría más de doce años, había observado con gran curiosidad el rechazo de Frankie del asiento ofrecido por el hombre.

—¿Norteamericana?

La miró con ojos ansiosos.

Frankie asintió.

—Allí vamos nosotros —declaró el chico.

La hermana le puso la mano sobre la rodilla para que dejara de zarandearla.

Él la miró con el ceño fruncido. La hermana se llevó el dedo a los labios. Frankie sonrió al chico y captó el movimiento imperceptible de la mujer mayor del rincón, apartándose más de la chica. La luz de la luna le iluminó la cara y sus ojos se abrieron de golpe, pero se cerraron firmemente enseguida. La hermana cogió la mano del chico con las suyas y volvió a apoyar la cabeza en la pared del compartimento. En el silencio, asustado y agotado, el niño pequeño que estaba delante de ellos se había dormido de pie, apretado entre las piernas de la madre y con la cabeza apoyada en la enorme protuberancia de su vientre hinchado. Desde tan cerca, Frankie vio lo sucios que tenía el pelo y las pantorrillas manchadas de hollín. Frankie vio que la madre tampoco era más que una niña, al girarse hacia la negrura de la ventana del tren nocturno, con la cara de su hijo dormido vuelta hacia ella como una pequeña luna sin cielo.

Por cuarta noche, Frankie se acomodó en la densa oscuridad entre durmientes y, como sus compañeros, intentó echar un sueñecito. Pero en cuanto cerró los ojos, el largo cuerpo del médico se puso de pie ágilmente delante de ella. Frankie se estremeció y abrió los ojos. La mujer mayor del rincón lloraba sin hacer ruido, con lágrimas resbalándole por las mejillas. Sus manos seguían aferradas a la maleta sobre sus rodillas, somnolienta como una piedra. El chico y la chica a su lado se habían dormido apoyados el uno en el otro. El joven que le había ofrecido el asiento dormía con los brazos cruzados delante y la cabeza baja, como si estuviera reflexionando sobre algo.

Frankie tocó el cierre de la caja negra que le servía de asiento. Debería sacarlo y empezar a hacer preguntas en su alemán elemental: «¿Adónde se dirige? ¿De dónde viene? ¿Qué ha ocurrido?». Debía centrar su atención en la madre, conseguir el principio de la historia, poner su voz en el disco al inicio del viaje. Aunque los dos hermanos podían ser iguales de buenos para centrar la historia. Frankie observó al hombre mayor que miraba por la ventana. Se preguntó a quién habría dejado atrás. Y, por primera vez en su carrera, se preguntó si tendría agallas para preguntárselo. «Buscar la verdad e informar sobre ella», decía el código del periodista. «Buscar la verdad. Informar. Y minimizar los daños.» Todos los durmientes que la rodeaban habrían dejado a alguien atrás. Y pensó en las caras desesperadas de las personas que no habían podido subir al tren. ¿Minimizar los daños? Se estremeció. Que los durmientes durmieran. Mañana ya habría tiempo para empezar.

Dos horas después, el tren redujo la marcha y se detuvo en un pueblecito a oscuras, cuya estación no era más que un rótulo de madera clavado en un pequeño campo de hierba aplanada y un banco de cara a las vías. Frankie vio la luz solitaria de la linterna de un vigilante brillando en el banco, como un ojo amarillo. En el compartimento todos se incorporaron y sacaron los documentos, preparándose para el

escrutinio. Su compartimento estaba en la mitad del tren, y el inspector tardó más de una hora en llegar a ellos. El miedo era contagioso, pesado como una manta. La espera era una tortura. ¿Por qué era tan lento? En el vagón de al lado, oyeron voces seguidas de un brusco silencio. Su puerta se abrió y un hombre mayor con la mandíbula floja, apareció en la abertura con una linterna. Sólo un anciano que hacía su trabajo, pensó Frankie entregándole sus documentos, sin interés o ira visible.

—¿Norteamericana?

La miró entornando los ojos. Ella asintió. El hombre no miró la carta de Murrow; le cogió el pasaporte, le dio la vuelta para ver la insignia, y se lo devolvió. Levantó la linterna y miró al niño cuyos ojos parecían enormes a la luz, después a la madre, y el viejo hizo chasquear los dedos pidiendo los documentos, aunque una vez en sus manos apenas los miró. La puerta se cerró detrás de él dejándolos en un silencio incierto. ¿Ya estaba? Se quedaron sentados en la oscuridad, escuchando cómo se abría y se cerraba el resto de los compartimentos del vagón.

—Usted trae suerte —dijo el anciano lentamente en el silencio, cuando el tren reanudó la marcha.

El día estaba rompiendo en los campos cercanos y se levantó una mañana suave de primavera, un rojo sesgado que iluminaba los rastros de fuera. Habían cruzado el primer obstáculo, pero seguían en Alemania.

—¿Perdone?

Frankie era consciente de que la mujer mayor del rincón había abierto los ojos y les estaba escuchando.

Pero el hombre se encogió de hombros. Los hermanos se habían vuelto a dormir, y los labios del chico se habían abierto formando un círculo.

—¿Adónde se dirige? —preguntó al hombre en alemán.

—A Lisboa.

Había tenido suerte, explicó. No había podido subir a los dos trenes anteriores. Su visado de salida expiraba dentro de una semana. Los dedos de la mano que le tendió eran gruesos y castigados. No era profesor —Frankie cambió de idea—, tal vez tendero o carnicero. Alguien con un oficio.

—¿Cómo se llama? —preguntó sonriendo.

—Werner Buchman —contestó.

La mujer delante de él cerró los ojos, como liberándolos.

Por la tarde, el tren había reducido la marcha y había parado en tres pueblos aislados. Todas las veces, un policía había subido al tren y había recorrido el denso coágulo de personas, una por una. Nadie podía salir de las estaciones y, durante una de las paradas, Frankie había caminado por el andén hasta la barrera, y a través de ella había contemplado el día de mercado del pueblo. Allí, lejos de la ciudad, había patatas y cebollas nuevas. Una mujer levantó tres patatas en la mano enguantada y miró hacia Frankie desde lejos. El sol de mayo brillaba sobre los botones de metal del abrigo de la mujer. Detrás de ella, las copas de los chopos brillaban con un verde

claro y juvenil.

En la tercera parada, en Leipzig, el grupo del vagón de Frankie se había relajado ostensiblemente, y Frankie sospechó que Werner tenía razón, que gracias a que ella estaba en el vagón, los demás habían pasado sin un gran escrutinio. La diminuta madre sonreía al niño, que se había acercado al joven del jersey, que ahora estaba sentado en el suelo en el lugar de Frankie, y tiraba de una cuerda que había atado a un caramelo, arriba y abajo, como para hacer jugar a un gatito. El niño se metió el caramelo en la boca y se apoyó en su madre. Los hermanos jugaban a cartas, y la chica canturreaba ensimismada con la partida. El niño se había hecho pipí, pero bajaron la ventana y el olor a hierba cortada de fuera creó un ambiente inesperado de establo en el vagón. Al ponerse el sol entraron en la Selva Negra. Con suerte llegarían a Estrasburgo y a la frontera de Francia a las diez o las once. Después Lyon, Toulouse y, pasado mañana, la frontera francesa en Bayona. Desde allí podían contar con dos días enteros para cruzar España hasta Portugal y para llegar al mar y a los barcos en Lisboa. Cuatro días todavía, si todo iba como esperaban.

Frankie se agachó y abrió la tapa de la grabadora. Los dos niños la miraron. Empezaría por la madre y el niño, decidió. Y empezaría con calma.

—*Wie hei't du?*

Frankie sonrió al pequeño, girando el interruptor. «¿Cómo te llamas?»

Él la miró fijamente. Su madre le pinchó con el dedo. Él se quitó el caramelo de la boca.

—Franz —dijo con gran solemnidad.

—Franz Hofmann —susurró su madre.

Él empezó a decir el nombre completo:

—Franz Hof...

El hermano dejó las cartas.

—Franz Hofmann —dijo al niño—. Venga.

Pero Franz sacudió la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó Frankie a la hermana, en su alemán rudimentario—. Habla aquí —indicó—. Di tu nombre.

—Inga —dijo la hermana tímidamente—. Inga Borg.

El hermano rió y se dispuso a hablar, pronunciando las palabras en inglés lentamente, como si las golpeará en un tambor.

—Soy Litman.

—¿De dónde sois? —preguntó Frankie.

El chico miró a su hermana. Observándolo, Frankie no estaba segura de si no lo había entendido o si estaba asustado por la pregunta.

—Tenemos documentos —dijo la hermana a Frankie en alemán.

—Por supuesto. —Frankie asintió para tranquilizarla. Después se inclinó hacia delante y habló a la grabadora en inglés—. Soy Frankie Bard, viajando hacia el sur desde Berlín en el Deutsche Reichsbahn. El sonido que escuchan es el tren avanzando

rápidamente por las vías. —Inga la miró atentamente—. A mi lado tengo a dos hermanos, Inga y Litman Borg. Parecen tener diecisiete y doce años, y viajar solos. Decidme, ¿adónde viajáis?

Repitió la pregunta amablemente en alemán.

—A Lisboa —respondió Inga.

—¿Y después? ¿Adónde?

—A Estados Unidos.

—¿Y de dónde venís?

El disco grabó el silencio porque Inga puso una mano en el brazo de Litman para que no hablara. Él la miró y Frankie vio algo en la expresión de la hermana —¿quizá su madre, su tía?— que fue suficiente para apagar la luz en la sonrisa del chico. Frankie apagó la grabadora, frunciendo el ceño. El aparato se entrometía, como un peso. ¿Cómo se las arreglaría para llegar a ellos con esa cosa en las rodillas como un pequeño animal?

La madre sacó un pedazo de pan del bolso y se lo dio al niño. Todos le miraron comer. La mujer del rincón seguía mirando fijamente por la ventana. Frankie se preguntó si estaría sorda.

El joven del jersey sacó una cuerda del bolsillo y la enredó entre los dedos en un juego de la cuna y lo ofreció al hermano, que sacudió la cabeza rígidamente, como diciendo que era demasiado mayor para un juego tan infantil. El joven se rió y Frankie vio que tenía los dientes rotos. Cuando se volvió hacia ella, con las dos manos enredadas con el juego infantil, ella le sonrió e introdujo los pulgares y los dedos índices bajo los de él, y se quedó con la cuerda en las manos.

—¿Y usted, Fräulein?, ¿adónde va?

El hombre hablaba en inglés con mucho acento, pero con precisión, repitiendo la frase de Frankie.

—Con todos ustedes —contestó Frankie, mientras él metía los dedos debajo de la cuerda y tiraba.

Frunció el ceño.

—Voy en este tren para contar a los norteamericanos quién viaja en él.

Él la miró atentamente.

—¿Por qué?

—Para que la gente se entere.

—¿Qué es usted?

—Periodista.

—¿Ah, sí? —Dejó caer los dedos y el cordel se destensó—. ¿Y qué hay en la caja?

—Graba sus voces. —Se echó hacia atrás—. El sonido.

—¿Y qué piensa Estados Unidos?

—Estados Unidos no sabe qué pensar.

El joven asintió y cruzó los brazos; después, su mirada evaluadora se esfumó. La

barba en su mentón era rubia y escasa.

—¿Quiere que le diga a Estados Unidos lo que debe pensar?

—Adelante.

Frankie le sonrió.

Él calló un momento.

—Espere. —Frankie levantó una mano—. Espere. —Señaló el aparato. Él asintió—. Empiece —dijo, girando el botón de la tapa—, despacio.

—Soy Thomas Kleinmann...

Frankie levantó la cabeza y vio que el joven le tendía la mano y se inclinó por encima del aparato para estrecharla.

—Frankie Bard.

Él le soltó la mano y se echó hacia atrás.

—Vengo de Austria, de las montañas alrededor de Kitzbühel, donde vivo con mis padres.

Calló. Ella asintió, adelante. El disco giraba.

—En los meses posteriores al Anschluss, después de que Austria cayera en manos de los nazis y se impusieran las leyes sobre los judíos, mi madre estaba muy preocupada por mi hermano, que estaba estudiando en Múnich. Por fin un día me mandó a buscarlo.

Litman había puesto su mano bajo la mano de Inga, y escuchaba atentamente una historia en palabras que no entendía.

—Viajo toda la noche en tren y llego a la ciudad a primera hora de la mañana. Llego a la dirección de mi hermano, pero mi hermano se ha ido esa misma mañana, según el vecino, para volver a casa. Nos hemos cruzado.

»Me siento a la mesa de mi hermano para escribir a mis padres y contarles lo sucedido, pero antes de que pueda empezar, llaman a la puerta. Me guardo la carta en el bolsillo y voy a abrir. La policía. Han venido a buscar a Reinhart. “¿Por qué?”, pregunto. No contestan. “No está”, digo. Entonces me llevan a mí. A ellos les da igual —Thomas se encogió de hombros— un judío que otro.

La mujer del rincón inspiró con fuerza. Frankie la miró y se dio cuenta de que la mujer entendía perfectamente lo que se estaba diciendo.

—Camino por la calle con un grupo de veinte personas más. Vamos a la comisaría, y me meten en una habitación. Espera, dicen. Y yo espero. Saco el papel que he cogido para escribir a mi madre. Lleva el nombre del profesor de mi hermano y el membrete de la universidad de ingeniería eléctrica. Así que me escribo a mí mismo una carta de recomendación y se la entrego al policía que está en la habitación.

»“Ah”, dice el guardia, la mira, y me dice: “ve por allí”. Voy a donde me dice y entro en una habitación diminuta donde un hombre corpulento y simpático está sentado detrás de montones de papeles. Ese hombre lee mi carta, me mira y la rompe. “Vete”, dice, y señala otra puerta. Es la puerta que da al patio de la policía. Allí, hay

sesenta o setenta hombres sentados. Nadie me mira. Camino hasta el seto. Veo el río y los jardines detrás de las casas.

»Para entonces ya es por la tarde, y el sol es muy fuerte en la plaza. Camino siguiendo el seto y me mantengo a la sombra del tejado. Estoy dos horas allí y entonces llega la orden de ir al centro de la plaza. “Eh”, oigo por encima del hombro. Me vuelvo y veo al guardia con el que he hablado por la mañana, el guardia al que he mostrado la carta. “Eh”, dice el guardia y señala el seto hacia la puerta. Me vuelvo. ¿Se trata de un truco? ¿Me está mirando alguien? Pero sólo hay muchos hombres cansados poniéndose de pie, y sigo el seto hasta la puerta, un milagro. El guardia la ha abierto.

»“¿Elektrotechnik?” El guardia sonríe. “¿Profesor Peter Schmidt?” Asiento, aturdido y no entiendo nada. Me indica que cruce la puerta y señala otra, a diez metros de distancia, donde hay otro guardia. Lo miro, pero el guardia saluda y dice “Adelante” y me empuja.

»Sigo adelante. No respiro. Llego al segundo guardia. Veo el paseo junto al río más allá de la comisaría y personas que vuelven del mercado. Paro y miro al guardia. Él no me mira. Estira un brazo y abre la verja.

»Durante veinte metros camino en línea recta. ¿Me dispararán o me gritarán que vuelva? Treinta metros. Ya estoy caminando por la calle. Después de cuarenta metros, sé que soy libre. Por fin doblo por una esquina. Corro hacia el piso de mi hermano y comprendo, sí, se me enciende la bombilla, que estoy fuera porque el guardia también estudiaba en la Elektrotechnik.

Miró a Frankie y sacudió la cabeza, con una incredulidad palpable en la oscuridad.

—Pues es el más afortunado de aquí —metió baza la mujer mayor del rincón.

Fue como si hubiera hablado una sombra.

—Es usted —repitió, en inglés—. Dios estaba allí —insistió—. Protegiéndolo en su camino.

—Las personas me protegieron —se aclaró la garganta—, no Dios.

—Es lo mismo.

Él negó con la cabeza.

—No hay Dios. —Miró a Frankie, y con una voz repentinamente urgente e insistente, dijo—: Sólo estamos nosotros, Fräulein.

El tren se estremeció y redujo la velocidad para detenerse. Frankie giró el botón y el brazo de la grabadora se levantó del disco. Habían llegado a la frontera alemana en Kehl. Al otro lado estaba la Francia de Vichy: Estrasburgo, Lyon, Toulouse. Y una vez pasada Francia, Portugal, y los barcos en Lisboa.

En esa estación las luces parpadeaban y eran numerosas. Ordenaron a todos que bajaran del tren. Frankie se puso de pie.

—Excepto los norteamericanos.

Frankie lo miró sorprendida, pero el oficial alemán ya había pasado a otro

compartimento.

—*Auf Wiedersehen.*

Litman saludó a Frankie con la mano. Ella asintió, confusa. ¿Volverían atrás con este mismo tren? ¿Qué estaba pasando? Litman e Inga fueron los primeros en salir del compartimento, seguidos de Werner Buchman, el comerciante, que llevaba la maleta de la joven madre, mientras ella llevaba a Franz, que dormía. Lentamente, la mujer mayor, cuyo nombre Frankie no había llegado a saber, se puso de pie, rígida por las muchas horas pasadas en el asiento. Se volvió y miró a Thomas como si quisiera llevarse su imagen en el corazón. Él la saludó con una inclinación de cabeza, y fue a coger su maleta en el portaequipajes superior como si se dispusiera a salir detrás de ella. La puerta del compartimento se cerró detrás de la mujer mayor, y Frankie se levantó para ocupar el asiento que ella había dejado junto a la ventana. Hacía un poco de calor y Frankie se levantó para abrir la ventana y dejar entrar el aire nocturno.

—Ahora debo pedirle que me esconda —dijo Thomas en voz muy baja.

Frankie no se movió.

—Tengo documentos de tránsito —siguió él rápidamente—, pero no tengo visado de salida.

Ella lo miró.

—¿Me ha entendido?

Frankie asintió. El corazón le latía con fuerza contra las costillas. Él la miró brevemente una vez más y entonces se encaramó al portaequipajes superior y se escondió detrás de la maleta. Frankie se obligó a apartar la mirada de él y mirar por la ventana a las personas de abajo, de repente anónimas otra vez, sus compañeros de compartimento dispersos entre la multitud. Unos minutos después, vio la cabeza rizada de la madre y su pequeño y se sintió consolada.

Frankie los acompañó con la mirada, siguiendo sus progresos a la tenue luz. Era demasiado pronto para saber si había que temer algo. La parada podría ser, incluso ahora, incluso después de todo lo sucedido, pura rutina. Algunas personas se habían vuelto a mirar expectantes hacia la estación, como si pudiera darles alguna respuesta, alguna promesa de orden; pero el revoltijo de personas en el andén no se movió, y algunos se sentaron en el suelo a esperar. Sobre ella, en el portaequipajes, Thomas estaba inmóvil. Frankie cerró los ojos y se adormeció un poco y cuando se despertaba de vez en cuando miraba hacia la gente para comprobar el avance de la mujer y el pequeño. Al cabo de una hora más o menos, tres coches negros pararon junto al tren y los guardias de frontera en el andén empezaron a gritar a la gente que se pusiera de pie y caminara hacia el final. Frankie vio que la mujer intentaba levantarse y entonces caía como si hubiera tropezado o la hubieran empujado. Cuando volvió a levantarse a la altura de la multitud, miraba frenéticamente alrededor, y Frankie vio que el pequeño Franz había desaparecido. La multitud empujaba hacia delante, hacia una abertura al final del andén. Frankie se puso de pie sobre el asiento, intentando ver

entre la gente y localizar al niño, pero sólo pudo ver a la madre intentando impedir que la multitud la empujara hacia delante. El hombre detrás de ella gritó: «MUÉVASE, ¡nos movemos!», y se oyeron silbatos, y dos guardias gritaron a la madre y uno la agarró de un brazo para que se apartara. Entonces Frankie vio al pequeño, a seis metros, una distancia imposible, de la madre.

—¡Allí! —gritó Frankie—. ¡Está allí!

Al mismo tiempo que Frankie gritaba, la madre captó el sonido del llanto del niño y empezó a empujar contra la marea humana para llegar a él. La gente rugía y la empujaban y el niño, al oír los gritos de la madre, gritó a su vez: «¡Mamá! ¡Mamá!».

—¡Allí! —gritó otra vez Frankie, frenética. La madre no conseguía llegar hasta su hijo—. ¡Está allí!

—Mamá —gimoteaba Franz—. ¡Mamá, mamá!

—Calle, Fräulein —siseó Thomas—. Van a disparar. ¡Se lo ruego, cálese!

—¡Allí!

Frankie golpeó contra la ventanilla. Y uno de los oficiales alemanes, enfadado por el alboroto, se volvió y disparó.

La multitud se quedó silenciosa. Las manos que se agitaban, bajaron. La gente estaba espantosamente asustada, pero no gritó, y Frankie vio que todos se quedaban quietos, alerta. ¿Había disparado contra la gente? ¿Alguien había resultado herido? Era imposible saberlo. Había demasiadas personas. ¿Dónde estaba la madre? Frankie se quedó junto a la ventanilla abierta, con la boca en forma de grito. Y entonces el oficial que estaba a pocos pasos de su ventana miró hacia el origen del sonido de los golpes y lentamente apuntó el revólver hacia ella. Ella le miró de hito en hito, con ambas manos en el cristal, incapaz de respirar. Y entonces Thomas tiró de ella, apartándola de la ventana y tirándola al suelo. Fuera del tren, el silencio continuó y ellos dos se quedaron allí, Frankie sollozando, tapándose la cara con las manos y demasiado asustada para levantar la cabeza. No podía soportar el silencio. ¿Qué había hecho? El corazón le latía tan rápidamente que creyó que vomitaría. Alguien gritó. Frankie miró a Thomas, que estaba sentado con la oreja pegada a la pared del compartimento. Quizás el soldado no había visto a Thomas, quizá desde fuera sólo había parecido que ella había caído del asiento.

El suelo del tren se estremeció y se sacudió y muy lentamente empezó a moverse otra vez con ellos dos dentro. Frankie miró a Thomas, pero él sacudió la cabeza. ¿Qué había ocurrido? El techo de la estación se deslizó por la ventanilla por encima de su cabeza. El tren iba a dejar al niño y a la madre atrás. «*Halt! Halt!*» Se oyeron gritos en el andén, pero Frankie no sabía si procedían de la gente o de algún soldado. El tren siguió adelante, casi hasta el final de la estación. Donde se detuvo.

El corazón de Frankie dio un salto y cayó y ella miró a Thomas sentado en el suelo del compartimento a oscuras, frente a ella. Por un momento no se oyó nada, y ella creyó que volverían a ponerse en marcha, pero entonces se oyó un silbato cerca y alguien abrió la puerta del vagón. Alguien subió los escalones y bajó por el pasillo; la

puerta del compartimento se abrió. Frankie vio a un oficial de la Gestapo. Detrás de él, esperaba otro hombre.

El oficial le hizo una inclinación y le pidió que se levantara. Muy educadamente, les pidieron a ella y a Thomas que bajaran del tren. Educadamente y sin sacar las armas. Había algún problema con el motor. Les esperaba un autobús. «Bajen, por favor.» Aturdida, Frankie cogió su maleta y la grabadora y bajó por el pasillo, consciente de los tres hombres detrás de ella. Habían detenido el tren en el campo, pasada la estación. Bajó los escalones del tren y se encontró sobre la hierba, al lado de las vías del tren. De hecho, sí había un autobús esperando; dentro, Frankie vio las cabezas de tres personas más. Primero, tenían que mostrar la documentación.

—¿Ocurre algo?

Miró a los alemanes.

—No, no —respondió el primer oficial tranquilamente—, nada.

Pero Frankie vio que la mano sobre el arma se movía y un miedo cerval se le formó en el pecho. Se volvió a mirar a Thomas, a su lado. Había cerrado los ojos.

—No —susurró, y puso la mano en el brazo de Thomas y sintió lo delgado que estaba bajo la ropa.

—Apártese, Fräulein.

El oficial era afable.

Frankie dio la espalda al oficial y habló a los ojos cerrados de Thomas.

—Thomas —le apretó el brazo—, Thomas.

—Váyase —dijo él, sacudiendo la cabeza.

—Thomas —susurró—, por favor. Deje que...

—¡Fräulein!

Thomas abrió los ojos y la miró al mismo tiempo que alguien tiraba de Frankie con brusquedad y el oficial apuntaba. Thomas cayó a los pies de Frankie con un suspiro.

Frankie parpadeó. A su lado, el oficial se apartó. Ella se quedó mirando el lugar vacío en el aire donde antes estaba Thomas. Lentamente, se volvió.

Los ojos del oficial se posaron sobre Frankie. Ella le sostuvo la mirada.

—Podría detenerla.

A lo lejos, como en otra vida, dentro de la estación, sonó un teléfono.

Sonó dos veces, tres veces, al otro lado del campo. Alguien lo cogió. El oficial miró hacia allí, con expresión de fastidio, e indicó a Frankie que se dirigiera al autobús. Estremeciéndose, ella se agachó para recoger las maletas y la grabadora, mirando una última vez a Thomas. La sangre que le salía de la oreja y del cuello caía al suelo. Gimió.

—Siga.

Frankie se volvió, y se alejó de Thomas, del niño y de la madre que estaban en algún lugar del andén de la estación. Caminó tres metros por la vía, alejándose de la policía, antes de empezar a llorar. Caminó unos metros más, esperando oír un tiro,

esperando oír un grito, algo. Levantó el brazo y se secó las lágrimas con la manga. Entre el tren que tenía detrás y el autobús de delante, en el camino no había nada salvo el sonido de su propia respiración y sus pies levantando grava y después el frío metal del asidero al que se agarró para subir al vehículo.

«Les habla Frankie Bard, en noticias de la CBS, desde Mullhouse, Francia, al oeste de la frontera francoalemana.»

Emma se giró de espaldas a su buzón, con una carta en la mano. El tono cortante de la mujer se propagó por la oficina de correos saliendo de la caja verde de baquelita desde detrás de la cabeza de la señorita James. «Se especula mucho sobre quién intenta abandonar Alemania donde —nos dicen— las condiciones nunca han sido mejores, donde la guerra se está ganando en todos los frentes, y donde la paz y el pan abundan.» La voz hizo una pausa. «Es verdad, sí, aquí hay muchos fuegos artificiales.» Emma miró a Iris. Esto último había sido una broma, ¿no? La mujer de la radio parecía estar sonriendo, aunque también parecía agotada. «Aun así, las personas se marchan, intentan marcharse por docenas. Deben imaginarse lo que es salir de tu casa o tu piso, cerrar la puerta para no volver jamás. En tu mano tienes una maleta y quizás una bolsa de la compra con una salchicha, quizás un poco de queso, lo que sea que te hayan vendido en la tienda, algo para aguantar, esperas, hasta llegar a la frontera. En la maleta, si eres judío, dos mudas de ropa y tus documentos —su voz se quebró, pero volvió—; tienes un resquicio para la huida. Si eres uno de los pocos afortunados, tienes un visado norteamericano. Lo más probable es que tengas un visado para Cuba, Argentina o Brasil. Tienes noventa días para llegar a tu destino o tu visado expirará. Pero tienes que subir a un tren. Y cruzar Europa para llegar a los barcos en Lisboa o en Burdeos. Tienes noventa días, y los trenes son pocos y van llenos. En todas partes. Así que desde aquí parece que las ventanas se estén cerrando.» Ahora la voz temblaba. Emma cerró el buzón con llave y se acercó más a la voz. «Deben imaginarse una Europa que ya no está hecha de casas en pueblos donde las generaciones permanecen. Imagínense personas sin casa, sin el marco, el mortero y el ladrillo alrededor de ellas, manteniéndose a flote, intentando nadar con todas sus fuerzas para escapar. Deben imaginarse que ahora mismo, en Europa, hay un mar de personas en movimiento. Si uno de ustedes quisiera escribirles una carta, deben entender que no hay un lugar donde esa carta pueda llegarles...» Iris se volvió y apagó la radio.

—No tenemos que imaginarnos nada, maldita sea —dijo ecuanímente a Emma—. Aquello es un desastre, y esa muchacha debería dominarse un poco.

Emma miraba fijamente la radio como si fuera a hablar otra vez.

—Está bien —dijo la señorita James con amabilidad—. Está bien. Sabes que sí. Tienes una carta en la mano.

Emma la miró.

—Sí.

—Pues ya está.

«Pues ya está.» Eso era lo que decía siempre Will. Santo Dios.

El ojo del tren nocturno avanzaba lentamente hacia la estación de Mullhouse. Algunas de las caras a bordo se volvieron a mirar a Frankie, que estaba de pie en el andén, esperando. Algunas de las caras se la quedaron mirando, y ella no podía mirarlos detenidamente y se inclinó a recoger su equipaje y caminó, bajo su escrutinio, hacia la única puerta abierta. Era la única pasajera, y el tren dio una sacudida y empezó a deslizarse fuera de Mullhouse incluso antes de que ella encontrara un asiento. El tren siguió el corredor oeste principal, a través de Belfort en dirección a Besançon, donde Frankie paró para dormir en una cama por primera vez en cinco días. Demasiado cansada para hacer nada más que señalar una botella y una barra de pan y queso, se lo llevó todo a su habitación y se sentó en el colchón para desabrocharse, y se despertó al día siguiente atravesada en la cama, con los pies en el suelo, todavía calzada. Sólo medio despierta, se quitó los zapatos, se metió bajo las sábanas y se volvió a dormir mirando el techo de yeso.

Frankie se despertó otra vez bien entrada la tarde con las campanas de la iglesia. Estaba echada en medio de la cama, en la diminuta habitación del último piso de la Pensión Burghorts, en las afueras de una ciudad francesa de provincias, y escuchaba el mundo funcionando detrás de su puerta y al otro lado de la ventana, sin ella. Clap. Un hombre gritó a un colegial que pasaba corriendo, y sus rápidos pasos y su risa entraron por la ventana abierta. Clap. Frunció el ceño, intentando dar sentido a aquel «clap» constante, el sonido de madera sobre madera y entonces, cuando volvió a oírse, entendió que una persiana golpeaba. Alguien se había dejado una ventana abierta. Se quedó quieta, flotando como una niña. Nadie la conocía. Nadie la llamó. Se sentía sin obligaciones. Había habido un cambio de planes.

Se rió burlonamente. Un cambio de planes, vaya. «Intenta llegar a Lisboa —había dicho Murrow—. Para y emite en Estrasburgo, Lyon y Lisboa.» Estaba casi segura de que era el 23 de mayo, y ahora el informe hecho con remiendos desde Mullhouse dejaba claro que no llegaría a Estrasburgo. Se preguntó si lo habrían emitido, o si se habría escuchado en Estados Unidos. Debía telegrafiar a Murrow.

Finalmente se sentó y se levantó para quitarse la falda. La falda cayó al suelo y el borde de un sobre asomó por el bolsillo. Frankie miró el sobre, nerviosa. La carta del médico empezaba a poseer el vago poder de una reliquia. Tenía que mandarla, ¿no? Ponerla en camino. Dio una patada a la falda, abrió el grifo del lavabo, le puso el tapón y observó cómo se llenaba de agua. Intentó poner orden en los días. ¿Cuándo había muerto el chico? ¿Hacía cinco días? ¿Seis? Frankie sorbió por la nariz y cerró el grifo, cogió la esponja y jabón. Se quitó la blusa y el sujetador y se quedó desnuda sobre la alfombra para darse un lavado de esponja, como haría a un bebé. En el espejo, su mano guiaba la esponja sobre sus pechos y por el brillo largo de su estómago, donde desaparecía del espejo. Por un momento contempló su torso en el espejo, el agua que resbalaba de la esponja por su pierna, y cruzó los brazos sobre los pechos.

«Debe de ser muy dura», había dicho el médico en la oscuridad. Se estremeció, recordando lo nerviosa y enfadada que se sentía cuando él le preguntó por Billy. Cogió la toalla colgada al lado del lavabo y se frotó para secarse.

«¿Qué sucede con las personas cuando se acaba la noticia?»

«No lo sé.»

«Tiene que ser muy fuerte para soportar no saberlo.»

Se sentó en la cama con la toalla sobre los hombros y sacó un cigarrillo. El humo penetró hondamente en sus pulmones y cerró los ojos, soltándolo. Se echó de espaldas y fumó todo el cigarrillo hasta que casi se quemó los dedos. Después se levantó y se abrochó la falda en la cintura y la blusa hasta el cuello y los puños; a continuación se puso la chaqueta. La carta del médico seguía en el suelo. La recogió, volvió a guardársela en el bolsillo y bajó los cierres de la maleta.

En la plaza, las tiendas habían abierto de nuevo, y ancianas y amas de casa entraban y salían, y algunos mayores estaban sentados en los bancos del centro bajo un tilo. Parecía haber carne en la carnicería y pan en la panadería. En todos los escaparates se veía una foto del Führer, aunque Frankie no vio policías alemanes por ninguna parte. En un extremo de la plaza había una tienda cerrada, y sobre el metal habían escrito un anuncio en letras mayúsculas: «*Qui achète des Juifs est un traître*». Frankie se quedó delante de la tienda y se preguntó si la familia que la regentaba habría logrado salir de la ciudad, habría subido a un tren y estaría a salvo en alguna parte. Quería pensar en ellos llegando. No detenidos. La carita del niño en el andén debajo de ella entre la multitud de la estación de Kehl la miró. ¿Dónde estaban ahora Inga y Litman? ¿La mujer mayor? ¿Werner Buchman? Frankie cerró los ojos. Apareció Thomas, y cayó de rodillas, abatido frente a ella. Temblando, se volvió de espaldas al escaparate vacío y cerrado y volvió a su habitación.

«Vas, consigues el reportaje y vuelves», había dicho Murrow. «Sigue a una familia», había dicho. Vaya por Dios. Allí no había forma de seguir a nadie. No había forma de saber si alguien lograría ir del principio al final.

La botella de vino y el queso del día anterior seguían sobre la mesa. La descorchó, se sirvió un vaso y bebió de pie, mirando la grabadora portátil en su caja. Se sirvió otro vaso de vino, abrió la caja y giró el botón.

El disco empezó a girar lentamente, y se oyó el débil susurro de la aguja sobre el disco de metal. Frankie dejó el vaso, giró el botón que detenía la platina, y la puso hacia atrás, observando cómo zumbaba. Entonces la encendió y la voz de Thomas salió de la máquina. Lo escuchó todo hasta que el disco quedó en silencio de nuevo, girando y girando sin nada en él. Allí. Allí estaban. En la voz de él estaba el tren y la noche, sus ojos mirándola mientras le contaba su historia, la estrecha cordillera de sus hombros tirando de la lana de su jersey. Los hermanos escuchando. Thomas estaba muerto. Pero su voz estaba aquí. Él estaba aquí, vivo.

Por la ventana abierta, una larga cordillera de montañas con el pico nevado zigzagueaba afiladamente contra la mañana azul. La campana del camposanto detrás

de ella tocó los cuartos, y el sonido resonó en su corazón. Se quedó un buen rato mirando aquellos picos brillantes y se imaginó más al norte. Al norte y al este en las montañas, al norte, cruzando varias cimas, de punto blanco en punto blanco, a través de las montañas del Jura, hasta Suiza, más allá de las amplias laderas de los Alpes suizos hasta Austria, a casa de Thomas, donde sus padres se estarían despertando y esperando noticias. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba su hijo? No lo sabrían nunca. Si fuera un pájaro, cruzaría el silencio para decirle a su madre que su hijo casi lo había conseguido. Pero no tenía ni lengua ni voz para llevar lo que ella sabía. Sin duda, Dios se daría cuenta de que una parte de la historia se había separado de la otra, y encontraría un modo de juntarlas. ¿Cómo podía Dios soportar estos huecos, estos enormes valles de silencio? Y Europa estaba llena de personas que se esfumaban en ese silencio.

El recuerdo de Harriet Mendelsohn de pie en la cocina de Argyll Road blandiendo el tenedor a Dowell, alegremente, golpeó a Frankie con tal fuerza que tuvo que agarrarse al alféizar. «Jens Steinbach, ¿estás ahí?» Los lastimosos retazos de papel que Harriet había reunido y había pegado sobre la cama de su casa testificaban el silencio ventoso que soplaba en las ciudades europeas.

¿Y qué había pensado Frankie? ¿Que vendría aquí y encontraría una historia que haría que el mundo la escuchara? Éstos son los judíos de Europa. Esto es lo que ocurre. Prestad atención. Pero no había historia. O no del todo; se dio la vuelta y miró la grabadora portátil. Allí no había una historia que pudiera contar de principio a fin. La historia de los judíos estaba en los márgenes que rodeaban lo que se podía contar. Contuvo el aliento, con las palabras del médico escribiendo sus pensamientos. Las partes que susurran en la oscuridad, los hermanos escuchando, la mujer en el rincón, la cara distraída de la madre mirando hacia la luz de la luna, su mano sobre los rizos del niño dormido. El sonido de la risa del niño captado en un segundo inverosímil, captado y conservado. Allí, en los vestigios, yacía la verdad de lo que estaba ocurriendo.

A la mañana siguiente, Frankie subió al primer tren al sur que salía de Besançon y se acomodó en un asiento del rincón en un compartimento de tercera clase. Le quedaban dieciséis días más de su *permis de séjour* y noventa minutos de discos en blanco y no tenía ningún plan que no fuera grabar a todas las personas hablando que pudiera. No viajaría en línea recta a Lisboa —una cosa después de otra, estaciones en un viaje con un comienzo, un centro y un final—, subiría a trenes con personas. Y grabaría a estas personas hasta que se acabara su tiempo. Abrió la caja de la grabadora de disco y enchufó el micrófono. Una pareja joven viajando con un bebé observaba sus preparativos. Cuando lo tuvo todo preparado, los miró. «*S'il vous plaît?*» La mujer miró a su marido y asintió. Frankie giró el botón.

—*Comment vous appelez-vous?*

—Eleanor.

La mujer sonrió.

—*Où allez-vous?*

Frankie le acercó el micrófono.

—*À Toulouse* —contestó la mujer, tirando del pequeño jersey sobre el estómago del bebé.

—*Juifs?* —preguntó Frankie.

—*Oui.*

El marido miraba la máquina en las rodillas de Frankie con el ceño fruncido y, cuando ella le acercó el micrófono, negó con la cabeza. Frankie giró el botón y el brazo se apartó del disco. Francia pasaba a través de la ventanilla del tren. Poligny, Bours... las ciudades se sucedían como puntos en una aguja, los nombres se movían en círculos y paraban. Y Frankie las atravesó, preguntando a todas las personas dispuestas a contestar: «¿Cómo se llama? ¿Adónde se dirige? ¿De dónde viene?».

Frankie bajó del tren en Lyon cinco días después; empujó la puerta y subió los cuatro pisos hasta el estudio. Un hombre de su edad, vestido con un traje de hilo marrón, le echó una mirada y puso su silla en posición vertical.

—Hola, guapa —dijo.

Tras días de viajar en tren, hablar sólo en francés o en su dificultoso alemán, aquel chico corpulento y simpático del Medio Oeste casi la hizo llorar.

—Hola —dijo, insegura.

—Jim Holland. —Se levantó y le tendió la mano—. La he estado esperando. Los jefes están preocupadísimos por usted.

—Frankie Bard.

Le estrechó la mano.

—Imagino que le apetecerá un baño caliente y una copa.

—Me gustaría un sitio para cambiarme, si se refiere a eso.

El hombre cogió su sombrero y su abrigo y la guió a su habitación. Mientras ella se bañaba, él se sentó fuera del cuarto de baño de la pensión, en una silla apoyada en la puerta, con sus largas piernas de Nebraska estiradas a través del pasillo. Después la acompañó de vuelta al estudio para que se preparara como había hecho tantas veces para una emisión, escribiendo su guión para el censor, esperando tener línea con Londres, sentándose en la marca delante del micrófono.

—Por Dios, Frankie.

Murrow se puso al teléfono.

—Hola.

Frankie sonrió al oír la voz tensa y familiar.

—¿Qué diablos sucedió en Estrasburgo?

—No llegué.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo, con los ojos puestos en el censor alemán, que había entrado y se había sentado en una silla junto a la puerta—. Muy bien.

—¿Tienes algo?

Frankie calló un momento.

—Todo, jefe.

—Buena chica —dijo él—. ¿De qué va el reportaje?

Las manecillas del reloj marcaban las ocho y veinte. El técnico levantó un dedo y Frankie asintió.

—Hasta luego —dijo en voz baja—. Voy a entrar.

—Buena suerte.

Murrow desconectó.

El censor apoyó una mano a cada lado del guión de Frankie sobre la mesa. Los tres esperaron en silencio a que las manecillas del reloj avanzaran. Cuando el técnico la miró, Frankie se echó hacia delante y acercó el micrófono. «Les habla Frankie Bard del Columbia Broadcast System, desde Lyon, Francia. Buenas noches.»

Frankie puso una cara afable para el censor, pero él estaba leyendo el guión. No prestaba atención a los labios de ella ni al tono que había inyectado en su voz.

«Hace muchos años, la famosa periodista Martha Gellhorn vino a dar una charla a mi alma máter, el Smith College. Nos habló de las condiciones que tuvieron que soportar algunas personas durante los primeros y terribles años de la Depresión. Nos hizo el relato más desgarrador, más cautivador y más específico del dolor y el sufrimiento de esas personas que yo hubiera oído nunca. Al final, una de las chicas levantó una mano y preguntó: “¿Qué podemos hacer nosotras, señorita Gellhorn?”. Hubo un momento de silencio mientras la señorita Gellhorn se tomaba tiempo para responder. Y algunas chicas se pusieron nerviosas. “Prestad atención”, respondió por fin la señorita Gellhorn. “Prestad atención, por el amor de Dios”.»

En Franklin, en la oficina de correos, Iris James se volvió de mala gana. «Durante casi tres semanas, he estado viajando en tren, con decenas de personas, principalmente judíos, hombres, mujeres y niños, que hacían cola para salir, para huir. He entrado en compartimentos atestados, he hecho infinidad de preguntas, he oído un sinfín de historias simples de huidas. En una estación tras otra, he visto colas de personas esperando para ocupar los escasos asientos en los escasos trenes, y me gustaría borrar esas caras angustiadas de mi cabeza, pero no puedo.

»Todas esas medias historias, las personas que ves y después pierdes sin una palabra, me hacen pensar en un hombre que conocí el mes pasado, un médico norteamericano...»

Iris miró la radio.

«Y tenía algo que en aquel momento desdeñé, tomándolo por la típica mezcla de empaque y optimismo irracional norteamericano en el que todos parecemos haber sido educados. Me dijo: “Todo tiene sentido”.»

¿Qué médico norteamericano? Iris se había vuelto del todo y estaba de pie delante de la radio, con una mano a cada lado del aparato, como si quisiera sacudirlo para que respondiera.

«Ayer por la tarde, en un mercado en Bayona, empecé a creerlo yo misma. Había

ido al mercado porque es el comienzo del verano y porque tenía hambre, y porque había visto a un hombre con una cajita de fresas en la mano. Fui al mercado en busca de fresas. Hacía mucho calor y el mercado empezaba a cerrar. Aparte de mí, había algunos oficiales alemanes, que por lo visto también buscaban fruta. Se movían tranquilamente entre la gente, en dirección a la vendedora de fresas.

»Oí lo que parecía música procedente de arriba, como si alguien en uno de los apartamentos con las ventanas cubiertas con persianas tocara el violín. La música se repitió y se hizo más fuerte, y me di cuenta de que había más de uno, que eran cinco o seis violines, y estaban tocando los movimientos de abertura de la Quinta de Beethoven, tocándola sobre nuestras cabezas en el aire. Y eran las mismas cuatro notas, repitiéndose. Entonces alguien cerca de mí, un hombre, se puso a silbar, uniéndose a los violinistas, pero era imposible distinguir quién era.

»Poco a poco, el mercado fue callando y vi que la vendedora de fresas se incorporaba y miraba al soldado alemán que elegía la fruta. Los violines mandaron las notas otra vez al aire desde una de las ventanas. Gradualmente, los seis o siete soldados del pelotón se miraron, se buscaron por la plaza, porque para entonces se había impuesto un silencio completo y misterioso. Exceptuando la música.»

Frankie miró al censor sentado delante de ella, con un largo dedo posado tranquilamente en el interruptor del micrófono, como un pianista esperando el golpe del brazo del director. Él la miró. Ella sonrió y cambió de rumbo.

«Si tienen la Quinta de Beethoven, sin duda un triunfo de la pasión y el ánimo alemán, vayan y pónganla. Vayan, escúchenla y oirán a Europa, bajo el mando alemán...», siguió hablando al micrófono, con los ojos del hombre posados en ella, cuyos dedos se habían cerrado sobre el interruptor. Y empezó a canturrear: «Da da da dum...».

El hombre apartó el micrófono y la desconectó. Frankie se echó hacia atrás, exhausta, aturdida por el paseo por el borde, y miró a los ojos al hombre, desafiándolo. Acababa de canturrear el código en Morse de la letra V.

Jim Holland entró por la puerta del estudio.

—¿Qué hace, Fräulein?

El censor la miraba atentamente.

Ella le sonrió, con franqueza.

—Me encanta Beethoven. Me apetecía tararearlo un poco.

El hombre que tenía delante era canoso y preciso. Podía haber sido profesor en algún momento, quizá lingüista. Frankie no podía saber si se había dado cuenta de lo que había hecho en la emisión o si, siguiendo su instinto para detectar problemas, en cuanto ella se había apartado de lo que había prometido decir, la había desconectado. Se imaginó lo que estaba pensando. ¿Era ella un peligro real? ¿Debía ser interrogada?

—¿Tomamos esa copa? —interrumpió Jim Holland.

Frankie arqueó las cejas mirando al censor, como una colegiala pidiendo permiso.

El hombre calló un momento más y finalmente, con expresión desdeñosa, los

echó del estudio con un gesto.

Jim la guió hasta la calle, con una mano puesta en su codo. Con la grabadora en la mano, Frankie se dejó llevar por la calle, hasta la esquina y el interior de un bar pequeño, donde él encontró una mesa, dos copas y un cenicero. Frankie se acomodó.

—Madre mía, qué justo.

—¿Lo de tararear la Quinta?

Él asintió.

—Le has puesto los pelos de punta.

—Me alegro —dijo ella chasqueando la lengua—. Esas personas entonaban la resistencia, la entonaban.

Sonrió y sorbió su bebida, después se apoyó en la pared con una sonrisa de satisfacción.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Sacó un cigarrillo.

—Un par de meses.

—¿En Francia?

Se inclinó para encender el cigarrillo con el mechero de él.

Él asintió.

—¿Has visto mucho?

—He visto suficiente.

La miró y sus ojos se demoraron en el cuello de la blusa. No importaba que fuera una empleada de Ed Murrow, ni que su emisión hubiera sido valiente y bien escrita; le importaba un comino. Tenía un par de piernas estupendas bajo las caderas más deliciosas que había visto en mucho tiempo. Y venía de Londres, donde estaban los jefazos. Le hizo preguntas cuyas respuestas no le importaban y asintió mientras ella respondía, aunque al cabo de un rato ella dejó de responder y pensó en el momento en que él la atraería hacia él y le pondría las manos sobre esas caderas. Atraerla hacia él. Él le sonrió.

Los pelos de los brazos se le erizaron bajo su mirada y los cruzó sobre el pecho. El hombre desvió la atención hacia los clientes del bar.

—Oye —dijo Frankie—, me gustaría que escucharas algo.

—¿De qué se trata?

Estaba alegre por la bebida.

—Quiero que escuches a alguien.

Cogió la grabadora que había dejado en el suelo, y buscó un lugar tranquilo en el bar con la mirada. Jim se puso de pie y llevó sus copas a una mesa en un rincón, junto a los teléfonos, bajo las escaleras y lejos de las conversaciones de la gente, y Frankie lo siguió. Jim se sentó y encendió un cigarrillo, mirando cómo ella abría la caja, ponía el disco de la funda de la tapa, y entonces, mirándolo, lo ponía en marcha.

Jim tuvo que inclinarse sobre el disco para oír la voz de Thomas, y así se quedó todo el rato hasta el silencio del final. Entonces la miró.

—Al cabo de una hora de grabar esto estaba muerto —dijo Frankie.

Jim arqueó una ceja.

—Empiezo a pensar que nada de esto importa —dijo Frankie, y apagó el aparato —, excepto esto. Ninguna de nuestras informaciones puede ser mejor que esto. Un hombre que habla. Sólo su voz. Hablando, antes de que lo maten.

Bajó la tapa de la caja sobre la grabadora.

Holland sacudió la cabeza.

—Esto no es información. Necesitas un entorno. La gente necesita saber adónde mirar. Necesitan que se lo indiquemos.

—¿Es que no ves que nos entrometemos?

—No puedes ir por ahí blandiendo tu varita y esperar que la gente hable y que eso sea suficiente. Tienes que tener una historia donde encajarla. De otro modo sólo es sonido.

—Pero ¿y si los sonidos que grabas son suficientes?

—Eres periodista, Bard —Holland se apartó—, no un receptor. Tú informas.

—No sé qué decirte. —Frankie estaba agotada—. Quizá personas hablando, simplemente estando ahí, vivas por unos minutos mientras las oyes, sea la única manera de decir algo verdadero sobre lo que está sucediendo aquí. Puede que la noticia sea esto —acabó—, porque no hay forma de ponerle un entorno a esto, ni un argumento.

Jim hizo como si se lo pensara un momento.

—Mira —se acercó a ella por encima de la mesa—, ¿qué sentido tiene tener un cuerpo tan bonito si no vas a usarlo?

Frankie parpadeó.

—Lo estoy usando —contestó, y cerró la tapa de la grabadora, se puso de pie y se apartó de la mesa.

Salió del bar sin mirar atrás y encontró la calle que llevaba a la estación. Una hora después, estaba otra vez en un tren, esta vez viajando hacia el oeste.

Los diez días siguientes, Frankie subió y bajó de trenes, se dirigió al oeste hasta el final de la línea del tren, y después volvió en dirección contraria, hacia los barcos en Lisboa, hacia los puertos de Burdeos, el micrófono en alto para captar las respuestas a sus preguntas: «¿Cómo se llama? ¿Adónde se dirige? ¿De dónde viene? ¿Cuánto tiempo hace que viaja? ¿Qué lleva encima? ¿Le espera alguien para recibirle?». Por toda la extensión de Francia, a través de la llanura central, en dirección sur y oeste, había hombres y mujeres en tránsito que hablaban todos los idiomas de los que Frankie tenía conocimiento: «*Jmenuji se Peter Kryczk. À nevem Magyar Susannah. Je m'appelle Charlotte Maret. Regina Hannemann. Ich heiÙe Hans Jakobsohn. Je viens de Brancis. Je vais à Lisbon. Mein Name ist Josef. À Lisbon. In Lisbon. Oui, juif. Oui, je suis juive. Und das ist meine frau, Rachel*».

En su cuaderno, para cada voz escribía un párrafo. Cómo contestaba el hombre, pronunciando cada palabra tan lentamente como si arrancara el lenguaje del aire. «*Und*.» Copiaba la información en su cuaderno. «*Das*.» «*Ist*.» «*Meine*.» «*Frau*.» Cuando él terminaba, la miraba, sonriendo, y miraba a otro lado. Allí. Como un pedazo de madera en la mano de un niño arañada por un lado mostrando una cara dibujada a lápiz. Como los anillos de la propia madre resbalando por la larga línea de su cuarto dedo, y ella subiéndolos y juntándolos, mirando por la ventana. «*Merci, Mademoiselle*», había dicho un hombre con voz queda, después de que ella le preguntara, después de decirle su nombre al micrófono, cuidadosa y lentamente. «*De rien*», había murmurado ella, con un nudo en la garganta. Jim Holland tenía razón. Los estaba recogiendo; lo sabía. Estaba recopilando sus voces sin tener una idea clara todavía de lo que le estaba llevando a Murrow, pero tenía que meter algo en la boca de aquel silencio. Quería conseguir todas las voces que pudiera, y mandarlas volando, hacia fuera, hacia arriba, libres. Los días y las noches se sucedían como cuentas en un hilo. Un día, de repente, hubo una explosión de mujeres, todas liberadas del campo de internamiento de Gurs. Gurs, había preguntado Frankie para asegurarse. ¿Gurs? El nombre del campo que hacía tanto tiempo que estaba en su cabeza como centro del reportaje que quería obtener sonaba con una nota clara y cortante, como una campanada de una época que apenas podía recordar.

Había viajado en tantos trenes que se detenían y salían en plena noche que había perdido las referencias habituales de las noches pasadas en una cama concreta, en un lugar concreto. Algunas noches cerraba los ojos y el tren y los silbatos y los durmientes que la rodeaban la lanzaban hacia atrás, y cuando se despertaba, por un minuto Thomas estaba allí sentado, todavía vivo, frente a ella. A veces, perdía el sentido de la dirección en que viajaba, perdía el sentido de todo excepto las caras y las voces y el encendido y el apagado de los botones en su mano, y siguió preguntando, siguió grabando como si fuera a perderlos a todos si no los captaba.

Sabía que se le acababa el tiempo. Y el día anterior se había quedado sin discos.

Al final de la segunda cara del último disco vacío, la mujer sentada en el rincón del tren había esperado a que Frankie levantara el brazo de la grabadora, esperó, observando cómo Frankie miraba fijamente el disco. No había más espacio. «*Mademoiselle?*», preguntó la mujer. Y Frankie oyó la pregunta de la mujer, oyó el suspiro del hombre dormido por fin en el rincón opuesto, oyó la lluvia de verano golpeando contra el costado del vagón, la cantidad de gente que se había quedado en el andén, mojándose, esperando, y no pudo parar de grabar. Le dio la vuelta al disco, bajó la aguja, y sencillamente empezó a grabar otra vez encima de lo que ya había grabado. «*Vas-y*», dijo animando a la mujer, sosteniendo el micrófono delante de ella. «*Je suis seule*», respondió la mujer a la anterior pregunta de Frankie. Podía ser que se estuviera estropeando el disco, que se borrarán las voces anteriores o no se grabara nada en absoluto. Pero a ella ya le daba igual. Si funcionaba, habría voces sobre las voces. Acordes de personas.

—*Mademoiselle?*

La mano la sacudió.

—*Mademoiselle?*

La mano la despertó. Frankie se incorporó un poco contra el duro banco, intentando salir del pozo del sueño. Se concentró en el hombre de delante.

—*Oui?*

—*Le train.* —Señaló con la mano. Frankie se puso de pie. El andén hervía de personas bajo las luces brillantes de la estación que se habían encendido de repente. Buscó la grabadora y su maleta—. *Merci, monsieur.* —Sonrió con agotamiento—. *Et le train, où va-t'il?*

—*À Toulouse, madame.*

El gentío ya se había agolpado alrededor de las puertas cerradas de los distintos compartimentos y esperaba, mirando los costados metálicos del tren con una mezcla de resignación y angustia que Frankie había visto una y otra vez en las últimas dos semanas. Bebés en cestos. Mujeres mirando por encima del hombro a los jefes de estación, esperando ser las primeras en ver movimiento, las primeras en ver la señal de que el tren se marchaba, de que las puertas se abrirían.

Evaluó a la multitud. Probablemente muchos de ellos se dirigían a los barcos atracados en la Costa Oeste de Burdeos. Algunos viajarían hasta Périgueux y después bajarían hacia el sur, a Bayona y cruzarían los Pirineos hasta Lisboa. Un calendario colgando junto a la caja registradora de la cafetería de la estación anunciaba que era el 5 de junio. Verano. Miró fijamente la fecha, intentando evocar Broadway en Manhattan y el ruido de los automóviles y los vendedores callejeros anunciando su mercancía de Coca-Cola y caramelos chinos. Si era el 5 de junio, le quedaban cuatro días del *permis de séjour*.

Las puertas se abrieron de golpe. Encontró un compartimento vacío y se acomodó en el asiento del rincón, colocando la grabadora sobre el asiento de al lado. Los dieciséis discos seguían guardados en sus fundas, conteniendo casi setenta personas,

según sus cálculos. Y dentro de su maleta tenía los cuadernos, con párrafos con todos los detalles adicionales de las personas cuyas voces tenía. Dos días antes, al quedarse sin recursos en alemán para afrontar el torrente de palabras de un anciano, sencillamente le había entregado el cuaderno y un bolígrafo y le había indicado que escribiera lo que estaba diciendo. «A la mierda Jim Holland», pensó. Lo que había hecho sí era algo.

El estallido estridente y seco de un silbato cercano la sobresaltó. Un hombre gritó. Levantó la cabeza y vio el campanario aislado de una iglesia de pueblo a poca distancia. El tren avanzó y se paró en una estación insignificante. En el andén vio a una madre y a su hijo. Iba cogido de la mano aunque parecía tener unos diez años.

La puerta del tren se abrió y el conductor bajó el escalón. Madre e hijo subieron al tren. Se oyó una discusión en susurros en el pasillo, y después se abrió la puerta del compartimento. Frankie los miró cuando entraron, la madre con una maleta, que dejó en el portaequipajes superior. Se sentaron. El niño miró por la ventanilla, excitado.

El tren siseó y se puso en marcha. La madre cerró los ojos brevemente, como si rezara. Un minuto después los abrió, miró con brusquedad a Frankie, y después, volviéndose, dedicó toda su atención al niño. Por la ventana los campos quemados por el sol retrocedían bajo el alargado cielo azul. «*Maman!*», gritó él, señalando, cuando un hombre a caballo se puso a galopar junto al tren. Ella miró lo que le señalaba el niño, pero la sonrisa que había puesto en sus labios desapareció en cuanto él dejó de mirarla y volvió a contemplar el paisaje. Se soltó de la mano de su madre para acercarse más a la ventanilla y la mujer apoyó esa mano vacía en la rodilla del niño.

—¿Adónde van? —preguntó Frankie con amabilidad al cabo de un raro.

—*En Espagne* —contestó el niño, mirando de soslayo a su madre, que asintió sin mirar a Frankie.

Había algo en el silencio que mantenían entre ellos que le impidió seguir haciendo preguntas.

Viajaron más de dos horas en silencio. La mano de la madre no se apartó ni un momento de su hijo. Era un tren de cercanías y efectuó muchas paradas en estaciones como aquella en la que habían subido madre e hijo. El aire era balsámico fuera de la ventanilla y el sol parpadeaba, entrando y saliendo todo el día.

Al acercarse a Toulouse, el tren redujo la marcha. Todos los pasajeros tenían que bajar y subir a otro tren en dirección norte o sur, o permanecer en ése y seguir hasta cruzar la frontera de España. La mano del niño volvió a coger la de su madre. El perfil de las casas de la ciudad pasaba tan lentamente a su lado que se podían ver las cortinas en las ventanas y la vajilla en los estantes. La madre hizo girar al niño de cara a ella, y le puso una mano en cada brazo. Le miró a la cara.

Y entonces Frankie entendió que el niño continuaría solo. Tal vez sólo habían conseguido documentos para él. Tal vez sólo había un avalador para el niño en otro país. Tal vez había muchos. Pero ahora estaba claro que la madre mandaba al hijo

solo. Su desesperación se difundió por el compartimento, espeso y silencioso como una niebla. Buscó los papeles en su chaqueta. Se levantó y bajó la maleta y volvió a comprobar que tenía la comida que le había guardado. Él estaba muy quieto, observando las manos de su madre entre las cosas que le había guardado antes de salir de casa. Después, la madre se sentó al lado del niño y acercó las manos de él a su pecho, girándolo de cara a ella. El niño temblaba. Lo atrajo hacia ella y lo besó en una mejilla y después en la otra, muy lentamente, mirando todos los pedacitos de su rostro, y después lo abrazó. El tren se paró con una sacudida y se hizo el silencio.

Arriba y abajo del pasillo se oían portazos. Fuera sonó un silbato. Daban gritos en el andén de la estación, bajo la ventana. Finalmente, la madre soltó a su hijo y se levantó. El niño le cogió la mano. Ella se soltó los dedos con suavidad. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Ella se volvió para abrir la puerta del compartimento y él la siguió, tocándole la espalda con la mano. Pero ella se volvió con una sonrisa en la cara, con tanta calma, con un amor tan franco, que el niño se detuvo y bajó la mano.

Abrió la puerta y la cruzó. Él se quedó en medio del compartimento. En el pasillo, ella se volvió y se llevó un dedo a los labios, como diciendo «calla», y después le mandó un beso y se marchó. Durante un largo momento, el niño permaneció donde lo había dejado su madre, contemplando la puerta del compartimento por el que su madre se había desvanecido.

La aguja grabadora habría inciso aquella línea silenciosa de congoja en el disco. Y lo que le había costado a la madre, su última sonrisa, el último consuelo para que el niño pudiera tolerar aquel momento final, nadie lo sabría nunca. Frankie se miró las manos, lejos del niño que ahora estaba apretado contra el cristal de la ventanilla, observando cómo su madre desaparecía entre los abrigos y los vestidos de otros, zambulléndose y perdiéndose en la espesura de la gente.

El niño volvió a sentarse, y dejó de mirar por la ventanilla. No tenía lágrimas en los ojos. No tenía nada. No habló y Frankie no se movió. Se quedaron quietos mientras el tren repostaba y subían más pasajeros. Dos mujeres y un hombre entraron en el compartimento. Se sentaron en silencio, mientras el motor cobraba vida y lentamente, muy lentamente, empezaron a alejarse, metro a metro. El niño cerró los ojos y Frankie vio que movía los labios y se dio cuenta de que estaba contando.

Cuando abrió los ojos, nada había cambiado. Volvió la cabeza y miró por la ventana.

—*T'inquiètes pas.*

Frankie tragó saliva.

Él la miró, después volvió a mirar por la ventanilla. Pero entonces, se puso de pie, bamboleándose, y cruzó el espacio para sentarse al lado de Frankie. Los ojos de ella se encontraron con los de la mujer sentada al otro lado. La mujer la miró y después se miró las manos. Frankie echó un vistazo al niño y vio que había cerrado los ojos otra vez. Al cabo de un rato el niño suspiró, y Frankie vio que se había dormido, con la

cabeza torcida, colgando. La cogió y la apoyó en su hombro, acercándoselo a ella. Después apoyó su cabeza contra el respaldo, pero no le fue posible dormir.

Llegaron a Bayona, en la frontera española, con la primera luz. Frankie abrió los ojos y volvió la cabeza. Las puertas de los compartimentos se abrieron por todo el tren y la gente bajó su equipaje y fue hacia el andén, donde la policía de Vichy esperaba.

—¿Adónde vais, tú y tu madre?

La mujer frente a Frankie se dirigió al niño en francés.

—No es mi madre.

La mujer miró a Frankie con el ceño fruncido.

—¿Adónde vas? —preguntó al niño otra vez.

—A Lisboa —respondió él.

—Buena suerte, pequeño —susurró, y se puso de pie.

—Vamos —dijo Frankie—. Bajemos.

Las colas serpenteaban por todo el andén casi hasta el final del tren. Frankie y el niño se pusieron a la cola y fueron avanzando lentamente. ¿Adónde va? ¿Eh? ¿Cuánto tiempo le queda? Angulema, Madrid, Lisboa. Los nombres de las líneas que se dirigían a los barcos anclados. Delante de ellos, una mujer gimió estridentemente. El niño miró a Frankie, preocupado. «*Non!*» Oían los gritos de la mujer. «*Non. Je n'ai qu'une semaine. Monsieur! Non!*» Frankie salió de la cola para intentar ver mejor a la mujer, y le dieron un brusco empujón para que volviera a su sitio.

Tardaron casi tres horas en llegar a la cabeza de la cola. El niño estaba sentado sobre su maleta en silencio, como si fuera un pupitre de la escuela, avanzando con ella cuando la cola se movía, pero no le hablaba. Tampoco se alejaba de ella. Cuando llegaron al oficial del otro lado de la mesa, Frankie entregó primero sus documentos de tránsito. El hombre les echó un vistazo y se los devolvió.

—El próximo tren a París no sale hasta dentro de tres días.

Ella frunció el ceño.

—Pero yo no voy a París. Quiero cruzar España.

Él le señaló su carta de tránsito. Claramente señalado en tinta azul estaban las palabras: «*De 18 May à 9 June 1941*».

—Pero ¿qué día es hoy? —preguntó Frankie.

—Siete. Así que, mademoiselle, se le ha acabado el tiempo —respondió él, haciendo un gesto a uno de los guardias de detrás, que sacó a Frankie de la cola y la dejó a un lado—. Tiene que subir al tren de París esta noche. Vuelva dentro de ocho horas.

Gesticuló pidiendo los documentos al niño. Desorientado, el niño miró a Frankie, que había salido de la cola.

Ella sacudió la cabeza.

—*Viens!* —apremió el oficial.

El niño se desabrochó el abrigo y sacó los papeles, con la mano temblorosa, pero

el oficial apenas los miró. Le puso un sello e indicó al niño que cruzara la verja.

—*Vas-y.*

El niño miró a Frankie que seguía junto a la mesa. Después miró rápidamente en la otra dirección, hacia la verja abierta. Volvió a mirar a Frankie, desolado.

—¡Eh!

Uno de los guardias le indicó que circulara.

—Ve —dijo Frankie con insistencia.

—*Vous ne venez pas?*

Ella sacudió la cabeza.

Él frunció el ceño y miró abajo, recogió la maleta y pasó lentamente junto a los agentes que custodiaban la verja. A Frankie se le llenaron los ojos de lágrimas, mirando sus pequeños hombros alejándose, inmensamente solos. «¿Adónde voy? — se lo imaginó pensando—. ¿Adónde voy? ¿Cuándo llegaré? ¿A quién conoceré?» En la puerta de la sala de espera, al otro lado de la verja, él se volvió y la miró. Ella lo saludó con la cabeza, sin saber su nombre, y levantó la mano.

El hombre que caminaba detrás de él lo empujó para que avanzara.

Frankie se quedó junto a la mesa, en compañía de los demás que no podrían subir al siguiente tren, intentando volver a verlo, mucho después de que hubiera desaparecido. Y cuando la puerta se cerró, se lo imaginó subiendo a un tren al otro lado de la puerta, y después bajando de él. Se lo imaginó llegando a la frontera española, a Bilbao, donde las vías lo llevarían hasta Madrid, y después a Portugal, hasta Lisboa, donde bajaría del tren y de allí a la pasarela del barco. Ese niño, ese niño solitario, intentó guardarlo en el ojo de su mente todo el trayecto, como si pudiera sustituir a su madre, como si pudiera cogerlo, como una tía, como una madrina, y llevarlo directamente al barco. Allí de pie, pensó en el final, en un final feliz.

—*Mademoiselle!*

El agente le indicó la estación. Frankie vio las puertas abiertas que daban a la plaza, resplandeciente de luz a aquella hora. Era día de mercado, y había varios puestos montados y con toldos. Hombres y mujeres se inclinaban e incorporaban, se volvían y charlaban. Una mujer indicó con la cabeza a alguien que Frankie no podía ver. Había melones amontonados en cajas colocadas sobre barriles. Había rábanos. Había un hombre que vendía patatas.

Frankie miró por encima del hombro a la puerta que había hecho desaparecer al niño cuyo destino no sabría nunca. Cogió un bulto con cada mano y caminó por el frío mármol de la estación de tren hacia el día de verano.

En la esquina del edificio de la oficina de correos, en el extremo opuesto de la plaza, colgaba un rótulo de teléfono, y Frankie se dirigió hacia allí. La mujer de la ventanilla tenía el cabello rizado en la nuca, como gruesos dedos. Golpeaba las uñas en el mostrador mientras Frankie contaba los céntimos y los empujaba hacia ella para pagar la llamada.

—¿También quiere sellos?

Levantó las cejas con impaciencia.

—¿Sellos?

Frankie se sobresaltó.

—Está en correos, señora.

Frankie estaba muy cansada, lo sabía, pero la mujer que tenía delante, mirándola con ese vago desdén francés en la voz, le daba ganas de llorar.

Detrás de la mujer, sonó el teléfono, y ella indicó a Frankie una cabina en un extremo.

—¿Dónde diablos estás?

—Hola, Ed. —Sonrió—. En Bayona. Esta noche tomo el tren a París.

—Gracias a Dios —suspiró—. ¿Se puede saber qué haces?

—Lo que me pediste —contestó ella—. Grabarlo todo.

—¿Qué, exactamente?

Frankie se encogió de hombros.

—No sé... a ellos.

Hubo un silencio.

—Tienes que volver.

—Ya.

—Quiero decir ahora, Frankie.

—Volveré.

Asintió con la cabeza. Alguien detrás de Ed dijo algo que ella no entendió.

—Oye, Frankie.

Volvía a hablar con ella.

—Sí.

—En Bayona tienen un transmisor bastante bueno. ¿Qué te parecería pasar por allí para hacer tu última emisión desde Francia?

Frankie asintió, pero no dijo nada.

—Te guardaría el espacio de las seis.

—De acuerdo —respondió lentamente—. ¿Ed?

—¿Sí, Frankie?

—¿Nos escucha alguien?

—¿A qué te refieres?

—¿Nos escucha alguien? Todo esto, quiero decir.

—Frankie.

La preocupación de Murrow se transmitió a través del hilo telefónico.

—Y si escuchan —siguió ella—, ¿por qué no están aquí?

Hubo un silencio.

—Tienes que volver.

—Ya.

—Me refiero a ahora, Frankie.

—Ya. —Asintió—. Hasta pronto —contestó y, con sumo cuidado, depositó el receptor en su sitio.

Después se quedó sentada en la estrecha cabina de madera mientras le caía una lágrima encima de otra.

—*Mademoiselle?*

Dios mío. Sacudió la cabeza y se secó las mejillas con las manos. Se levantó, empujó la puerta y salió al vestíbulo de correos. Por la ventana vio pasar un carro de granja, con la caja llena a rebosar de fresas.

«Vas, consigues la noticia y vuelves.» Bueno, pues ya había emprendido el camino de vuelta. Ella podía volver. Podía volver y regresar a casa. Y emitiría, les había dicho que lo haría. Pero sería este reportaje, este mercado y ese campesino con su carro, y la mujer de la oficina de correos, el niño que se dirigía a España, la madre volviendo a su casa sin su hijo, todas las personas con las que había viajado y a las que había grabado, las personas cuyas vidas había recogido y conservado por un momento, ella las emitiría en el aire.

Cuando el censor de la ciudad, un hombre musculoso que se levantó el ala del sombrero cuando ella entró en el estudio, le tendió la mano para recibir su guión, ella sonrió, sacudió la cabeza, colocó la grabadora sobre la mesa y señaló el asiento frente al micrófono.

—*Puis-je?*

Él frunció el ceño, pero le indicó que siguiera.

Sonriendo todo el rato al hombre, Frankie levantó la tapa, eligió uno de los discos, y lo puso dentro de la clavija de metal. Cuando el técnico de sonido detrás del censor le hizo una señal, ella respiró hondo y se lanzó: «Soy Frankie Bard del Columbia Broadcasting System desde Bayona, Francia.

»Lo que están a punto de escuchar son las voces de varias personas en uno de los trenes franceses: un hombre, tres mujeres y un niño. Todos son refugiados, todos viajan hacia el oeste, esperando poder llegar, llegar a donde ustedes están sentados en este momento».

El hombre sentado delante de ella parpadeó con fuerza. Observó cómo ella se levantaba y bajaba con suavidad el brazo sobre el surco de metal del disco grabado. «*Je m'appelle Maurice* —una voz de hombre inundó las ondas— *Maurice Denis. Je vais à Lisbon, et puis aux États-Unis.*» La voz saltó con suavidad y ligera sobre la «m», expectante, a pesar de que el hombre se había dejado caer en un rincón del vagón de tren después de hablar, y Frankie había apuntado en su cuaderno que sólo llevaba encima una mochila, que llevaba alianza, pero viajaba solo. Frankie no dejó de mirar al censor que observaba el disco giratorio con atención. Entonces entraron las voces de las niñas, una de ellas dijo su nombre con prisa y en voz baja, como si contara un secreto a los norteamericanos. «*Oui, Madame* —había dicho a Frankie—, *je m'appelle Laura.*» La voz era estimulante oída a través del siseo y los arañazos de la grabación y seguía diciendo dónde había nacido y adónde iba y sí, como los demás,

sí, soy judía, somos judíos, pronunciaba la voz, mi hermana y yo. Y Frankie, como un pastor, traducía a las niñas del francés al inglés en los huecos, para que lo entendieran. Pero las niñas se elevaron en el aire. Como un hilo aislado de color volando libre y brillando en un revoltijo de hilo de algodón, la plenitud de sus voces, los tonos claros de la niña, transmitían vidas. Y eso era el alma de la radio, pensó Frankie, ese sonido humano enviado al aire para hacer del cielo una cúpula, una galería con ecos.

Frankie miró el reloj y, tras sesenta segundos, levantó el brazo del disco. «Éstas eran las voces de los judíos de Europa. Esta noche están en los trenes. Están viajando en este momento. Aún vivos. Ahora mismo...»

—*Arrête!*

El censor la desconectó.

Frankie se levantó de la mesa, con el corazón acelerado. El hombre permaneció sentado e inmóvil. O salía corriendo por la puerta o la arrestaría. El hombre se levantó y dio la vuelta a la mesa, lentamente, y se paró delante de ella. Sólo los separaban treinta centímetros, y la chica olía el sudor en su uniforme bajo la colonia. Él la escrutó y, durante un largo segundo, ella no supo qué iba a hacer con ella. Mantuvo los ojos fijos en el botón plateado del cuello, esperando. Cuando por fin lo miró a la cara, él desvió la cabeza.

Él le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia él. Frankie jadeó, y las manos gruesas se introdujeron en los bolsillos de su falda y volvieron a salir con facilidad, rascándole el estómago a través de la tela de seda.

—*Danke.*

Le sonrió y miró los papeles que había sacado. Abrió su carta de autorización, la miró y la dobló. Miró su pasaporte, pasando las páginas, una por una. Después metió la carta de tránsito dentro del pasaporte. Finalmente, miró la carta del médico. Pareció que se demoraba mucho. Frankie soltó aire, pero le salió un suspiro estrangulado.

—¿Qué es esto?

—Nada —se encogió de hombros—. Una carta.

—¿A quién?

Tenía ojos inexpresivos.

—Mi hermana —contestó ella en voz baja.

Él sacudió la cabeza y miró al técnico, sonriendo afectadamente. Frankie no vio si el otro hombre prestaba atención; mantenía los ojos fijos en éste. Volvió a mirarla y Frankie entendió que la dejaría marchar.

—Bueno.

Se inclinó hacia ella.

Frankie le miró a los ojos y asintió. Cuando le tendió la carta, ella la cogió. Él le dio un pequeño tirón, pero ella no la soltó. El hombre se echó a reír y se apartó, dirigiéndose a la puerta. Frankie se guardó la carta en el bolsillo, se agachó a recoger

la maleta y la grabadora, y después cruzó la puerta del estudio con precaución. Mantuvo los ojos fijos en la siguiente puerta al final del pasillo, caminando hacia ella y cruzándola, y bajó el primer tramo de escalera antes de empezar a temblar. En el segundo tramo, un tenue triángulo de luz se filtraba por encima de la puerta de la calle, y ella la empujó y salió al azul inmenso e inconsolable.

VERANO 1941

La guerra se acercaba, todos lo decían, aunque resultara difícil de creer lo que decían. Al otro lado de la ventana, las gaviotas y las golondrinas dividían un cielo indivisible; el azul claro envolvía un mar plano y verde, día caluroso tras día caluroso de verano. Junio había abierto su garganta y con ganas, y había un ruido constante. Los barcos de Boston dejaban numerosos turistas para que se unieran a las multitudes en Front Street, mezclándose con marineros de permiso que paseaban en grupo. Las playas soleadas estaban salpicadas de sombrillas de colores al tiempo que las torres de los barcos de la marina almenaban el horizonte en la bahía.

—¿Hay alguien en casa? —gritó un hombre desde el vestíbulo.

Iris se sobresaltó y miró el reloj.

—Voy —contestó.

Si había una psicología del veraneante era ésta: aunque estuvieran allí de vacaciones, lejos, en un extremo del mundo norteamericano —acalorados, resacosos o atontados de pura inactividad—, reaccionaban a la mañana como perros al sonido de la voz de su amo. Alertas y despiertos, entraban en la oficina de correos con cartas y postales, deseosos de librarse del trabajo de sus vacaciones por la mañana. Así, el resto del día podían ser como perros. El resto del día podía deslizarse con facilidad como el sol de la tarde hundiéndose en el mar circundante.

Iris estaba en la ventanilla vendiendo sellos y confirmando transferencias, indicando a los recién llegados cómo llegar al ayuntamiento, asintiendo y contando y esperando que se adelantara el siguiente de la cola. Sí, se podía llegar a la playa de atrás atravesando las dunas. Pero debería llevarse agua. Unos tres kilómetros. Sí, parece que hoy hará un calor de mil demonios. Los veraneantes iban y venían como la espuma en la cresta de la ola, y ella escuchaba como se escucha a medias los armoniosos sonidos de los carboneros cabecinegros o a un cuervo. Por la ventana de atrás oía el ronroneo grave de los motores.

—¿Cree que hoy lloverá?

—No sabría decirle.

—Vamos, señorita —los ojos del anciano pasaron sobre su hombro hacia el nombre impreso junto a la notificación del Departamento de Correos clavada en el tablón de anuncios— James. Seguro que conoce el tiempo.

—Lo siento, señor.

Emma no miró al anciano al pasar por su lado. Tampoco miró a Iris. Se concentró en llegar al buzón, buscar la llave en el bolso e insertarla cuidadosamente en la cerradura. Podría haberse puesto de puntillas para ver si despuntaba una carta dentro, pero siempre utilizaba la llave. Iris vio cómo giraba la llave, abría la puerta y metía la mano, aunque para entonces ya supiera que la sacaría vacía. Cerró la puerta del buzón y giró la llave en silencio otra vez, y ahora sabría qué había pasado otro día —el catorceavo— sin carta.

—Espera —llamó discretamente Iris.

De mala gana, Emma se detuvo donde estaba, a un par de metros, y se volvió.

—¿Cómo estás? —preguntó Iris.

—Bien. —Emma asintió—. Estoy bien.

Bajó la mirada, un poco nerviosa por el escrutinio de la otra.

—Mañana llegará algo.

—No hagas eso —dijo Emma con voz tensa—. Por favor.

La puerta de la calle se abrió de golpe y se oyeron risas masculinas.

—Bueno, bueno, ¡fíjate qué sitio! —canturreó uno de los hombres con una gran sonrisa.

—Señorita James. —Johnny Cripps vio a Iris—. Me alegro de volver a verla, como siempre.

Iris saludó con la cabeza a todos los hombres en general, pero siguió mirando a Emma.

—Hola, señora Fitch —saludó Johnny alegremente.

—Hola —respondió Emma, sintiendo que todos estaban demasiado cerca.

—Ahí está.

Tom señaló la pared al lado de la cabeza de Emma, y los tres muchachos miraron el póster que Iris había colgado hacía dos días y se quedaron silenciosos. Mostraba a una muchacha vestida con una blusa y una gorra de marinero, con los pulgares metidos bajo unos tirantes azules y las caderas hacia delante. «¡Oye! Ojalá fuera hombre —decía la leyenda—. Me alistaría en la Marina.»

—Qué caramba, yo me alistaría en la Marina —murmuró Johnny Cripps—, para estar con ella.

Emma se dio la vuelta. Necesitaba volver a casa y sentarse. Necesitaba volver a casa y echarse. Necesitaba quitarse el vestido y las medias y alejarse de aquel parloteo.

—Hasta luego, señorita James.

Miró a Iris y se volvió, saludando a Johnny a salir.

—Hasta luego —se despidió Iris.

Los hombres la miraron cruzar la puerta y, en el silencio, la máquina de telégrafos empezó a piar como un pájaro en la trastienda.

—Vaya —exclamó Iris en voz baja.

Cruzó la puerta de separación y salió al porche de la oficina de correos, mirando cómo la esposa de Will caminaba lentamente por la acera, junto a las tiendas, apretando su libro de bolsillo con firmeza en la mano como si fuera a escapársele. Le golpeaba ligeramente las rodillas y, llevar un libro así, como una colegiala, la hacía parecer más pequeña de lo que era. En la esquina se detuvo y miró cuidadosamente en ambas direcciones. A Iris se le formó un nudo en la garganta y tuvo que mirar al suelo, apartar la mirada de esa mujer tan cuidadosa.

—Dios todopoderoso —susurró, aclarándose la garganta llena de lágrimas.

Cuando volvió a mirar, Emma ya estaba a media manzana, con la cabeza y los hombros hacia atrás como si alguien le hubiera dicho que se pusiera recta.

—Cortarla será coser y cantar.

Johnny Cripps y los Jakes habían aparecido detrás de ella y contemplaban la bandera.

—¿Disculpa?

—Cortar el asta de la bandera, como quiere el señor Vale.

—Él no quiere cortarla —dijo Iris—. Sólo bajarla.

—¿Cree que tiene razón o es una locura? —preguntó Tom Jakes.

—Una locura —contestó Johnny sin pensarlo—. Los alemanes no podrían llegar hasta aquí.

—¿Esta noche irás a la reunión?

—¿Qué reunión?

—De defensa. El señor Vale está preguntando a todo el mundo si quiere colaborar.

—No creo que se refiera a personas como yo —contestó Johnny riendo—. Creo que se refiere a personas sin oficio. Sin ánimo de ofender, Warren.

—No me ofendo —respondió Warren de buen humor.

—Oh, por el amor de Dios. —La señorita James abrió de par en par la puerta de la oficina de correos—. Marchaos todos. No os quedéis aquí diciendo tonterías.

Cruzó el vestíbulo, empujó la puerta de la trastienda de la oficina de correos y la cerró con firmeza. Cogió el hervidor y, acercándose a la pila, abrió el grifo y dejó correr el agua sobre su mano hasta que sintió el frío del agua más profunda del pozo, agua bombeada y no la que pasaba la noche en las tuberías, y el frío en la piel, el frío más intenso, le recordó a sí misma. Ella y Harry habían tocado tan a menudo el tema del asta de la bandera, que casi creía que era privado. Y aunque, evidentemente, era una tontería por su parte, no había motivo para enfadarse tanto. La bandera era de ella, pero no era suya, al fin y al cabo. El Departamento de Correos todavía no había respondido sobre el tema del asta de la bandera. Estaba fuera de su alcance. Llenó el hervidor y lo puso sobre el hornillo eléctrico, al lado de la pila, y lo subió al máximo. De todos modos, aquella charla en labios de los jóvenes la inquietaba.

¿La guerra estaba en la sangre del hombre desde la concepción, o qué? ¿El padre hacía explotar la semilla de varón dentro de la madre? A cada semana que pasaba Harry parecía más compulsivo en su vigilancia de la guerra. Había dejado el trabajo del garaje en manos de Otto, convencido de que un submarino se dirigía a su costa. También estaban los muchachos como Johnny Cripps, en el vestíbulo, que iban en grupo, fanfarroneaban y ridiculizaban, anhelantes y temerosos a partes iguales. Y estaban las madres, que cuando estaban seguras de estar solas en la oficina de correos, suspiraban aliviadas al saber que uno de los chicos no había superado las pruebas físicas.

—Nunca pensé —dijo Bidy Green— que desearía que tuviera algo malo, pies

planos, cojera, algún defecto físico que lo salvara.

Deseo imposible. Harry Green era el grandullón del grupo, con un cuerpo joven y ágil, que se sumergía desde el borde del muelle en el arco más pronunciado del verano —Iris lo había visto desde la ventana de la oficina de correos—, hendiendo el agua quieta con los brazos, como un dios separando la superficie mortal del mundo.

Se quedó encantada en las ventanas traseras de la sala de clasificación de la oficina de correos, que enmarcaban el muelle y el puerto trasero. Había marea baja, y las embarcaciones de pesca salían lentamente, una a una. Las contempló, siguiéndolas alrededor de Land's End, hacia mar abierto, como si pudiera otear el ancho corazón de lo que se acercaba.

Aunque no hubiera nada que ver, se dijo a sí misma con impaciencia.

Emma mantuvo los ojos fijos en la carretera de salida del pueblo. Los chicos de la oficina de correos la habían agotado. Los chicos y su charla la habían hecho sentir más invisible, como un globo al final de una cuerda larga, muy larga, que nadie sostuviera. Flotando. No había nadie. No había aliento en su oído por la noche, ni una pierna al lado de la suya bajo la sábana, ni un cuerpo. Se sentía como si hubiera empezado a desaparecer. De vuelta a la época gris y átona en que un día seguía al otro sin distinción, como en su vida anterior a Will, cuando no tenía ni un alma en el mundo.

«Qué guapa», evocó la voz de él diciéndolo. Antes de acostarse, después de hacer el amor, en la calle, a la mesa. «Qué guapa. Y estás aquí.» Y Emma había descubierto que allí estaba. Por primera vez en su vida, con Will, había llegado a verse porque se miraba y se veía a sí misma —la cintura, los brazos, el hueso de la muñeca— en manos de él. Porque él la miraba. Como un hada despertada por un beso, o la sirena que anda de repente, o la historia que fuera sobre alguien que había sido invisible y, de repente, fantásticamente, aparecía.

Cuando Emma subía el último tramo de colina de Yarrow Road, vio a alguien suspendido en el aire delante, el sol detrás de la figura en el cielo, volviéndola negra, una letra negra. Pero se dio cuenta de que era Otto. El cuerpo de Otto Schelling esculpió la letra «I» doblándose en la nada. Su cintura estaba apoyada contra un peldaño de la escalera colocada contra la ventana del segundo piso, la tela suelta de sus pantalones volaba ligeramente hacia atrás en la escasa brisa. Era delgado, flexible y cuidadoso, sostenía la brocha en la mano como si fuera una pluma, pasándolo por el alféizar inferior. Mojó la brocha y se echó hacia atrás. Flexible pero fuerte. Las piernas en el peldaño estaban separadas. No se caería.

Cuando por fin Emma se decidió a pintar la casa, fue como una respuesta caída a través de la neblina de su cerebro. La claridad, la seguridad con la que un día sencillamente entendió que ésa era la respuesta, la había hecho detenerse donde estaba, frente a la ventana de la cocina. No huiría. No daría la espalda al agua que la

separaba de Will, pintaría la casa de un blanco brillante, un hechizo para hacerlo volver a casa. Con ella. Podría estar en un barco ahora mismo, con la intención de sorprenderla.

Fue a sentarse en los escalones del porche, con la espalda contra la columna, las piernas estiradas frente a ella. El sol había ascendido hasta lo alto del cielo y pesaba sobre ellos. Otto era la letra «I». Los barcos en la bahía apenas se movían, triángulos adheridos al cielo ardiente. Otto soltó un ruido entre dientes, entre un silbido y un suspiro, pasando con suavidad la brocha. Cuando llegó al marco lateral de la ventana, se detuvo y la miró por encima del hombro.

—No —respondió ella—. Nada.

Él asintió.

Emma lo observó. Sabía que tenía esposa al otro lado. Y sabía que le mandaba dinero, había estado detrás de él en la cola de la oficina de correos. Sabía que tenía una sola camisa y un único pantalón, porque había aparecido cada mañana de las últimas cinco con exactamente la misma ropa.

—Otto, ¿de dónde eres?

Le miró con los ojos entornados.

—De aquí.

Ella arqueó una ceja.

Él la miró brevemente, con expresión irónica.

—Usted también.

Emma se ruborizó.

—¿A qué te refieres?

—Todos creen que van a pillar a un alemán.

Se demoró ligeramente en la palabra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, con desánimo.

El hombre sacudió la cabeza y dio unos golpecitos al rincón con la brocha.

—Me siguen —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó Emma, frunciendo el ceño.

Otto señaló el pueblo con la cabeza.

—Los hombres del café —dijo—. Los chicos.

—No entiendo.

La mano de Otto descendió uniformemente por el tablón del medio de la estrecha franja de madera, y después por el horizontal. No contestó.

—Bueno, los alemanes están ahí —Emma señaló el océano de delante con la cabeza—, según el señor Vale.

—¿Usted qué cree?

—Que es una estupidez —contestó Emma decididamente.

Él rió y ella le vio los dientes y la punta rosada de la lengua. Frunció el ceño, pero él sonrió aún más.

—¿Qué pasa?

No pudo evitar devolverle la sonrisa.

—*So reizend und doch so naiv.*

Le miró con los ojos entornados. Seguía sonriendo.

—A veces —dijo Emma ligeramente, para que no pareciera importante—, me da la sensación de que me sigues.

—Sí.

—¿Por qué?

Él señaló el vientre de Emma con la brocha.

Se ruborizó. La verdad era que se había olvidado del bebé, lo olvidaba durante largos ratos del día, lo olvidaba por completo hasta que se acostaba y su estómago caía a su lado como un perro.

Otto bajó dos peldaños y empezó con los tablones al lado del marco de la ventana. La escalera cuadrículaba el cielo sobre su cabeza. Observándolo, Emma vio que estaba solo, una larga línea inclinada, un cuerpo pintando madera.

—¿Dónde está tu esposa, Otto? —preguntó hacia su espalda, con amabilidad.

Él la miró. Ella le sostuvo la mirada. Otto sumergió la brocha en la lata de pintura. La pintura blanca brilló en una larga línea bajo su brocha. Dibujó la línea todo lo lejos que pudo y volvió a la escalera y sumergió de nuevo la brocha.

—Mi madre pinta su casa de verde —dijo—. Eso molesta a los vecinos.

—¿En Alemania?

—En Austria. —Se detuvo y la miró—. En Salzburgo.

—Ah —dijo ella.

Otto se volvió y calló un momento, con la mano apoyada sin mucha fuerza en la escalera.

—No sé dónde Anna está —dijo. Y sacudió la cabeza, y volvió a decir, corrigiéndose—: No sé dónde está Anna.

—Puede que esté en Londres. —Emma miró hacia el puerto, sin mirarlo a él, sabiendo que era imposible pero deseando que las palabras estuvieran en el aire—. A lo mejor está con mi marido.

Él no contestó. Tampoco recogió la brocha. Ninguno de los dos se movió. Por fin, Emma se puso de pie sin decir nada. Caminó por el sendero y cruzó la verja porque no podía soportar el cuerpo tenso y triste de él recortado en el cielo, y no podía soportar el suyo. Y siguió caminando hacia las dunas, hasta que tuvo que dejar de andar porque le dio un calambre en el costado. Se quedó entre el mar y su casa y se llevó una mano al costado y sintió que el corazón le latía, bang, bang, bang. Cuando volvió a mirar hacia la casa, le vio todavía en la escalera, con el cuerpo arqueado, un ángel con vistas.

Harry estaba sentado observando el mar con los prismáticos a través de las ventanas traseras del ayuntamiento, más allá del páramo de dunas, dividiendo la gran expansión de agua en cuadrantes y escrutando fijamente cada uno por turno, y después al azar, para mantener ágil su atención. Estuvo mirando durante toda una hora, sin desenvolver el bocadillo que tenía sobre las rodillas; después, sin pensar en nada, comió, con los ojos puestos en la paleta vacía que tenía ante él. Esperaba, como el marinero de popa está atento al bacalao, con la cuerda floja en las manos, los ojos a un lado, relajado, todos los músculos preparados para actuar.

Hacía tanto tiempo que miraba fijamente el agua que la escena frente a él ya no significaba nada. De la misma forma automática que una persona cruza una calle o se agacha para tirar de la palanca que abre el capó de un coche, Harry miraba el mar. Agua y luz y los barcos regresando. Algunos días estaba seguro de que el mar se partiría, y se alzaría el submarino que estaba esperando. Otros días estaba muy seguro de que era un idiota redomado. Pero, por el momento, subir a ese lugar y observar se había convertido en un hábito.

Harry dejó los prismáticos y los barcos de pesca de langosta en el agua tomaron forma, una gruesa mancha infantil porque el casco quedaba por debajo del trapecio achaparrado de su cabina del timonel, con el cristal reflejado en la proa. Detrás de ellos, la Marina se perfilaba a lo lejos en el amplio y llano azul. El día anterior, una brigada de la Marina había atracado en Islandia para establecer una guarnición y empezar a proteger las vías marítimas. Las embarcaciones de transporte del Destacamento 19 del almirante Breton incluía dos barcos de guerra, dos cruceros y doce destructores. Y ahora se decía que la Marina de Estados Unidos proporcionaría escolta a barcos de cualquier nacionalidad que navegaran a Islandia o salieran de ella. Estaba claro que nos estaban arrastrando a la guerra.

«¿Cómo sabe dónde mandarán la pelota?», había preguntado un periodista a Red Barber, el gran retransmisor de partidos de béisbol. «¿Cómo sabe dónde buscar la pelota?»

«No miro la pelota —contestó Barber—, me fijo en los fildeadores. Observo cómo se mueven. Si empieza a correr el fildeador de la derecha, sé que han lanzado la pelota al campo derecho.»

Harry recogió los prismáticos. No esperaba ver nada, pero tenía claro que quería jugar con ventaja.

Florence Cripps estaba de pie en la parte despejada del parque, la más cercana a la oficina de correos, dando la vuelta a un gran montón de metal reluciente, lanzando cazuelas y sartenes caídas a la parte alta, recortando el borde para que formara un círculo pulcro. Barreños, cafeteras, planchas, hervidores, cazuelas para asar y cazos

para el baño María se amontonaban uno encima del otro en una decidida cola para convertirse en bombardero. El cabello de Florence estaba en punta por el calor, y tenía las mejillas encendidas de tanto agacharse.

Desde donde estaba sentada en la farmacia de Adam, Emma observaba a la señora Cripps al otro lado del parque sujetando una tetera con dos dedos como si fuera un ratón. La farmacia estaba vacía a aquellas horas y ella había ido a tomar una taza de café hecha por otro mientras le escribía a Will. El ventilador sobre su cabeza pasó la página de la revista que tenía abierta delante de ella. «El embarazo no es una enfermedad —advertía la letra en negrita—. Las mujeres deben hacer ejercicio y estar en forma para prepararse para el niño... y el hombre después del niño», bromeaba el subtítulo. Emma cerró de un manotazo el ejemplar de *Ladies' Home Journal* y lo guardó en el revistero de metal, junto a la barra.

La página bajo la mano de Emma se estaba mojando de sudor. Apartó la palma y miró las palabras: «El señor Schelling cree que deberíamos pintar algo más que los adornos decorativos de la casa, o se pudrirá». Ya eran treinta y ocho días sin carta. Más de un mes de silencio, en los que había escrito día tras día, mandando cartas como si repitiera un hechizo.

Entraron en tromba los hijos de Maggie, el mayor cargando con la pequeña en una manta a modo de cabestrillo. Cada tarde bajaban al puerto a recibir la barca de Jim Tom. Emma había visto allí a la familia, a los niños ayudando a limpiar el barco, limpiando el pescado, y al bebé sobre la caja de cebos. Ahora ya no le dolía tanto verlos sin su madre, como antes, pero Emma todavía no era capaz de hablar con Jim Tom. Cuando le veía venir, le saludaba con la mano, como si tuviera muchas cosas que hacer.

Tenía que acabar la carta. Pero hacía demasiado calor para escribir, pensó lánguidamente. Miró la página. «¿Will? ¿Dónde estás?» Se inclinó y posó los labios en el final de la frase, dejando un débil rastro rojo con su boca. Ya. Dobló la página y la metió en el sobre, bajó del taburete y salió por la puerta, acercándose en silencio a la pareja que estaba frente al montón de chatarra que crecía en el parque.

—Hola —dijo.

La señora Cripps se volvió. Sin que nadie dijera nada, el pueblo había empezado a tratar a Emma, que ya estaba de seis meses y se notaba, con sumo cuidado. Las conversaciones cesaban cuando ella se acercaba y volvían a brotar después como la hierba. La esposa del médico no debería estar al aire libre con ese calor, pensó Florence. Estaba pálida y jadeaba.

—Vaya, hola —contestó la señora Cripps.

—¿Cuánto tiene?

La señora Cripps miró la pila. Casi tres cuartas partes de los hogares de Franklin habían contribuido con algo a la recolecta de aluminio.

—Quinientos barreños, diez mil cafeteras de filtro, dos mil cazuelas para asar y dos mil quinientos cazos para baño María hacen un avión. Si todos contribuyen con

alguna de esas cosas, podemos decir con la cabeza alta que hemos construido —hizo una pausa para calcular rápida y animosamente— ¿un ala?

—Más bien la punta de un ala.

Harry apareció por detrás.

Florence miró el montón con tristeza.

—Puede que sólo un casco.

Callaron.

—Imagínense ir a la guerra con el cazo para baño María de la señora Gilson —soltó Florence, e inmediatamente deseó no haber hablado.

Harry había ido a la guerra y había regresado y no se había casado nunca, lo que ya lo decía todo de la guerra. Le miró de soslayo, pero él estaba absorto estudiando una pieza oculta. Apagó el cigarrillo en un lado de la pila de aluminio y dio un golpecito con el pie a una lámina de tapacubos de la parte baja.

—Esto no es de aluminio, Florence.

Ella miró los tapacubos que los niños Taraval le habían ofrecido tan contentos.

—Y son robados —siguió con amabilidad.

—¡Robados!

—De mi taller.

Emma disimuló una sonrisa.

—Parecen de aluminio —protestó la señora Cripps.

Harry reconoció que sí.

La señora Cripps se agachó y recogió tres cucharas de acero inoxidable que habían caído sobre la hierba, a sus pies. Se preguntó qué más habría en la pila, otras cosas que parecían lo que tenían que ser pero no lo eran. Pedazos que no resistirían bajo el fuego. Lanzó con fuerza las cucharillas otra vez arriba.

—He visto que tenías al alemán en casa, Emma. —Se incorporó—. Deberías andarte con cuidado.

Emma se ruborizó.

—¿Otto?

La señora Cripps asintió.

Emma la miró.

—Otto Schelling es austríaco, señora Cripps. No es alemán.

—Da lo mismo. No es norteamericano y es demasiado callado.

Emma frunció el ceño.

—Muchas personas son calladas —dijo—. Yo, por ejemplo.

—Estás allí sola. —La señora Cripps indicó con la barbilla en dirección a la casa de Emma—. Es lo único que digo.

—Sí, gracias, señora Cripps. Lo sé.

Emma se ruborizó otra vez, enfadada, y se marchó sin decir adiós.

—Lo tiene allí casi todas las tardes, Harry —declaró la señora Cripps, tanto a la espalda de Emma que se alejaba como al hombre que seguía de pie a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres el único que vigila lo que pasa en el pueblo —contestó ella.

—Creo que está practicando inglés —dijo Harry con amabilidad, siguiendo con los ojos a Emma que se encaminaba hacia las casas de pescadores.

Otto no era un espía, pensaba Emma. Por supuesto que no. Era pintor de casas. ¿No se lo había demostrado las últimas dos semanas, cada mañana en aquella escalera? Pero ¿dónde estaba Will? Lo único que deseaba era levantar la cabeza y verle caminar hacia ella. Lo único que quería era a Will.

Manny y Jo Alvarez seguían en el agua, pero el barco del primo de Manny había vuelto pronto, por lo visto, así que Emma fue a su casa de pescador en el lado más cercano del puerto. No sabía su nombre, pero cuando llamó a la puerta de la casa de pescador, él le indicó que pasara. El niño estaba a su lado con un peto rojo, una talla pequeña, pensó ella, prestando atención al bacalao colocado sobre pedazos de hielo delante de ella, con ojos del color del metal.

—¿Cuánto quiere?

—Uno —respondió Emma, y después pensó que le gustaría tener un poco más para hacer sopa—. No —negó con la cabeza—, dos.

El pescador sacó del hielo dos pescados flácidos y los colocó en las balanzas de porcelana, haciendo que se balancearan arriba y abajo delante de ella. Después los puso sobre un papel extendido en el mostrador de detrás.

—¿Un caramelo? —preguntó el niño a Emma, encallándose en las sílabas.

Era un niño moreno, con unas manos grandes que sobresalían torpemente de las mangas estrechas de la camisa.

—No, gracias.

Le miró. Alto para su edad, y quizás un poco retrasado. El mono tenía dos barcos de vapor bordados en el bolsillo superior, y la pana roja estaba deshilachada en el peto. De repente, el corazón de Emma latió con fuerza.

—¿De dónde lo has sacado?

No pudo dominarse.

El niño la miró sin entender.

—El peto —se lo señaló, impaciente—. ¿De dónde es?

El niño se quedó quieto. El padre dejó de envolver el pescado y se volvió con la cara alerta. Emma dio un paso adelante y se inclinó sobre el pescado, ignorando al padre y haciendo un esfuerzo por sonreír. Podía ver a Will casi con más claridad por lo mal que le quedaba el peto al niño, aquel no niño evocaba a Will. Era una de las fotos que ella había dejado sobre la chimenea. Su marido con cinco años, mirando a la cámara con los ojos entornados por el sol. La madre de Will debió de regalarlo a la iglesia. Debió de pasar de mano en mano durante años.

—¿Quiere el pescado?

El pescador puso una mano en el hombro de su hijo.

Emma retrocedió y asintió. Recogió el pescado. La miraron mientras lo guardaba

en la cesta y contaba las monedas en la mano del padre. Tenía que decir algo más.

—Oye —dijo con amabilidad al niño. Algo en la voz de Emma hizo que él se inclinara hacia delante—. Este peto perteneció un día a mi marido —susurró—. Díselo a tu madre.

Los ojos del niño se oscurecieron y dijo en portugués:

—*Muerta*.

Emma oyó la palabra antes de entender lo que significaba, porque repitió:

—Dile a tu madre...

—Váyase.

El hombre gesticuló delante de ella, echándola, como para proteger al niño.

—*Mamá e muerta* —contestó el niño.

Emma se volvió, acongojada, y salió de la casa del pescador y bajó por el muelle, lleno de pescado amontonado en cajas, consciente de los ojos del hombre y el niño fijos en ella. Apareciendo así, tan de repente, en los hombros de un niño portugués, el peto tenía la fuerza de un mensaje. Caminó sin pensar hasta el extremo del puerto en Front Street y cruzó en dirección a la oficina de correos.

Las persianas de madera estaban bajadas para defender el interior del ángulo del sol de verano, como el dormitorio de un niño que han puesto a dormir la siesta, la luz filtrándose alrededor de la sombra, la habitación absolutamente inmóvil salvo por el pecho diminuto del durmiente, subiendo y bajando, mientras el listón de madera de abajo de la persiana se levantaba con la brisa y golpeaba contra el alféizar. Tap, tap. Y Emma recordó, violentamente, la cara de la enfermera inclinándose hacia ella para comprobar si respiraba en la tienda de los enfermos, la cara blanca de la enfermera con la boca tapada con una mascarilla. La ternura del orden, la calma fiable, le dieron ganas de llorar. Allí había alguien que cuidaba de las cosas. El frío y la quietud la envolvieron. Quizá se quedaría ahí y dentro de un minuto se marcharía. El sonido de los sobres introducidos en la ranura, el «poc» cuando el extremo de la carta chocaba con el fondo de cada buzón de madera, era regular y calmante. «Poc» y después «sus». Poc. Poc. Emma cerró los ojos y escuchó. Poc. Alguien estaba atento. Alguien estaba al mando. Poc. Poc. Quizás aquella sala era lo único que necesitaba.

—¿Emma?

Se sobresaltó. El corazón le latía con fuerza.

—¿Estás bien?

Ella asintió. La señorita James estaba en la ventanilla.

—¿Quieres un vaso de agua?

Emma asintió.

—Sí, por favor.

La señorita James se volvió y entró en la sala de atrás. Emma oyó que abría el grifo y el sonido del agua. Se sentía pesada y amorfa, como si hubiera tropezado con una pared y se hubiera quedado pegada. Pero cuando la cartera volvió con el vaso de agua, Emma caminó hacia él y bebió agradecida. La señorita James se quedó

esperando. Cuando acabó, dejó el vaso.

—Ha pasado algo —dijo—. A Will le ha pasado algo.

—No —respondió la señorita James rápidamente.

Emma levantó los ojos hacia la cartera y la miró a la cara.

—Estás segura.

—Emma —Iris se ruborizó—, no ha habido noticias.

—A paseo las noticias —susurró Emma, y se volvió y se marchó.

Las puertas hicieron «chung chung» detrás de ella. Iris se quedó muy quieta donde estaba. Escuchó los pies de Emma golpeando los escalones de la oficina de correos, y oyó el chirrido de la verja al abrirse y cerrarse. Esperó un minuto entero antes de meter la mano en el bolsillo de la falda para sacar el tabaco y el encendedor. La llama se enrolló en la punta del Lucky Strike y ella inhaló con ganas. Entonces, por fin, se retiró al orden consolador de la sala trasera.

A las cinco y media, la puerta de la oficina de correos se abrió de golpe y entró el señor Flores cargando con el último correo del día a la espalda.

—Aquí no hay nada interesante —anunció el conductor de autobús.

Iris arqueó las cejas.

—¿Qué tiene para mí? —gruñó el hombre.

Ella indicó dos sacas en la parte trasera, y él cruzó la puerta divisoria, y dejó la saca que llevaba sobre la mesa de clasificación. Iris se volvió para ayudarlo a cargar las dos sacas a los hombros y fue a abrirle la puerta para que pasara.

—Midge Jacobs de la oficina de Nauset dice que hay algo para usted arriba —comentó Flores—, algo que requiere su atención.

Iris apretó los labios. Debía decir a Midge Jacobs que el señor Flores no tenía por qué saber qué tenía que hacer o no hacer ella.

—Gracias —dijo, y cerró la puerta divisoria con firmeza detrás de él, pasando el pestillo por dentro.

Se apoyó un momento en la puerta, escuchando los pasos de Flores al alejarse y después bajó el cristal de la ventanilla de la partición de roble con un gesto. Se inclinó y abrió la valija con la llave que llevaba colgando del cuello, y metió la mano para sacar el correo.

En la parte de arriba de la saca había un envío especial utilizado por los carteros para cursar mensajes, notificaciones oficiales y boletines del jefe de correos entre paradas a lo largo de la ruta. Lo abrió y levantó la solapa. Además de los asuntos habituales, contenía un sobre envuelto en una carta de Midge Jacobs de Cape. La leyó y después miró el sobre que tenía en la mano. «Mark Boggs —decía—, Fort Benning...»

Iris dejó el sobre en la mesa y volvió a leer la nota de Midge. «Por favor, anule esta carta porque no puedo mandarla con ninguna fecha.»

«Sin fecha», corrigió Iris reflexivamente. La marca de anulación era demasiado tenue para verse y el error —la noche anterior estaba muy cansada, recordó, y no se fijaría en lo tenue que era— se había detectado y ahora lo tenía delante. El sistema no había fallado, el sistema había funcionado. Se había cometido un error. Se corregiría un error.

Vació el contenido del resto de la saca sobre la mesa, y la primera carta patinó sobre la superficie vieja y gastada de la mesa. «John Frothingham.» La colocó sobre la mesa en la sexta posición, siguiendo el alfabeto. A juzgar por el matasellos, probablemente era de su hermana. «Beth Alden.» Colocó ésta en la primera posición. «Jane Dugan.» Otra para Beth Alden. Iris dio la vuelta al sobre. Ambas del soldado Mark Boggs. Qué alegría; sonrió. Beth Alden, la hija del tendero, era robusta y de ojos claros y no especialmente bonita. Qué bien que tuviera a ese muchacho.

Iris miró la carta que tenía en la mano. «Señora Fitch, correo ordinario, Franklin,

Massachusetts».

No era la letra de Will. Entró la brisa salada y le levantó perezosamente el cabello.

—No —dijo Iris.

La carta era de Inglaterra.

—Hola. ¿Hay alguien? Hola.

Se guardó el sobre en el bolsillo de la falda y se volvió con el corazón latiendo con fuerza.

—Sí —contestó—. Ya voy.

Un hombre necesitaba sellos, y ella asintió y abrió el cajón de los sellos, la mano ya sobre la sección donde sabía que encontraría lo que buscaba. Sus dedos se cerraron sobre la hoja azul. ¿Cuántos? Levantó la cabeza y contó diez sellos en la hoja, las palabras de la carta presionando contra la tela de su falda, ocupando el ojo de su mente. Ocho, nueve, diez. Entregó los sellos al hombre, y recogió las monedas en la palma de la mano, a la vez que cerraba el cajón. El hombre la saludó y se volvió para marcharse. Iris metió la mano en el bolsillo. El hombre se dio la vuelta.

—Oiga —dijo el hombre—. Son treinta centavos por diez, ¿no?

—Sí —contestó ella.

El hombre volvió a la ventanilla.

—Entonces me debe otro níquel.

—Cuánto lo siento —dijo Iris apresuradamente y buscó la moneda.

La bolsa de su atención perdía arena, cada vez más deprisa. Le dio la moneda al hombre, con expresión seria, pero un principio de alarma, el presentimiento de las noticias, empezaba a tirar de ella. Tenía una carta en el bolsillo. La carta de Emma. Entraron tres personas más. ¿Qué querían? Iris frunció el ceño, mirando el reloj. Faltaban cuatro minutos para la hora de cerrar.

—Sí, bueno —se quejó una mujer joven con los hombros espantosamente quemados por el sol mientras Iris la acompañaba a la puerta—. ¿Qué prisa hay?

Ella cerró la puerta detrás de la chica y pasó el pestillo. Se dio la vuelta, cruzó la división y bajó la persiana de metal de la ventanilla. Miró la hilera de buzones. Nada estaba fuera de sitio, nada destacaba.

Por fin, sacó la carta del bolsillo y la miró. En todos sus años en correos había estado atenta a accidentes y errores —corrigiendo un sobre mal marcado, detectando un franqueo insuficiente en una carta—, asegurándose de que el correo hacía su camino, de que el correo circulaba fluidamente de principio a fin. En Boston, se enorgullecía de que nadie estuviera tan atento como ella, una araña benévola que protegía sus hilos. Como las rampas de cristal por las que caían las cartas en las grandes oficinas de correos, Iris se imaginaba a sí misma como la vasija perfecta a través de la cual podían pasar los pensamientos y los sentimientos y en la que nada se enredaba ni se atascaba. Pero todo se basaba en no mirar nunca dentro de un sobre; Iris ni siquiera había mirado nunca un sobre al trasluz para leer lo que había dentro.

Lo hermoso del sistema, lo sagrado, era asegurar que los trenes circulaban sin obstáculos por las vías, que las cartas mandadas llegaban, sin tener en cuenta lo que contenían.

Debía montar en su bici y subir la cuesta a la casa de Emma. Debía ir a la puerta y llamar y cuando la mujer abriera, debía alargar la mano y darle la carta. Debía hacer todo eso, pero por mucho que debiera, Iris llenó el hervidor y lo puso al fuego y esperó. Cuando sonó el silbido, abrió el pitorro, sosteniendo el sobre en la corriente de vapor. El sobre se despegó con facilidad e Iris sacó la única hoja de papel que contenía.

18 de junio de 1941

Querida señora Fitch:

Lamento decirle que no tengo buenas noticias. No he visto a su esposo desde la noche del 18 de mayo en la que sufrimos un bombardeo terrible. Como esto ocurrió hace un mes y sus cartas no dejan de llegar, creí que debía saberlo.

Pero querida, he subido a su habitación hace un momento, y he encontrado su cartera y sus papeles dentro, en el cajón de arriba de su mesa. No sé por qué no se los llevó la última noche, pero es una lástima... si es que le ha ocurrido algo...

Lo siento, querida. Me temo lo peor. Tal vez debería preguntar en los hospitales.

Era un buen hombre y hablaba de usted a menudo.

Sinceramente suya,

EDWINA PHILLIPS

Iris dejó la carta y salió a través de la partición. Rápidamente arregló la única mesa del vestíbulo, los formularios postales y las hojas de solicitud para las cuentas corrientes colocados de izquierda a derecha contra la pared, después llenó el bote de la esponja para los sobres y limpió el borde del bote del pegamento. Acercó más la papelera a los buzones. Volvió a cruzar la partición, y arrancó la página del martes, 8 de julio, de modo que el calendario quedó en miércoles, 9 de julio. Hizo rodar cuidadosamente la rueda de la máquina de franqueo, pasando el hierro del 8 al 9, y abrió el cajón de los sellos para cotejar los números. Y la carta del médico, guardada bajo la bandeja del cambio, le devolvió la mirada. Iris cerró el cajón y miró hacia arriba, sintiéndose culpable. Abrió otra vez el cajón y sacó la carta de debajo de la bandeja. «Señora William Fitch. Apartado de correos, 29, Franklin, Massachusetts.» Iris miró fijamente la letra, y el recuerdo del hombre, de pie delante de ella con la

carta en la mano, le vino con tanta fuerza que tuvo que apartar la mirada. El vestíbulo estaba vacío. «Désela a Emma, cuando yo haya muerto.» Ésas fueron sus palabras. La miró atentamente. «Será usted —había dicho el médico, aliviado—. Será usted quien se lo diga a Emma.»

Pero no estaba muerto. Estaba desaparecido. Cerró el cajón.

E indocumentado. Volvió a coger la carta de la casera. Era a esto a lo que se refería la mujer, ¿no? Will podía estar herido en un hospital, tan malherido que no podía hablar y sin nada que lo identificara. Iris frunció el ceño. ¿Era eso posible? ¿No llevaba nada en los bolsillos, nada encima?

Pensó en la pulcra pila de cartas de Emma que la casera tenía guardada en la habitación del médico: habría cuarenta obstruyendo la puerta. Todas ellas selladas y pasadas por la máquina y guardadas en la saca por Iris. Las cartas de Emma y después todas las cartas mandadas a los chicos y a los hombres que se habían marchado del pueblo: Mark Boggs, los Winston, Jake Alvarez. A todos les escribía alguien, todos ellos escribían a alguien, y también sabían, como todos en el pueblo, que cuanto más se acercaban a la guerra, mayores eran las probabilidades de que, al menos para uno de ellos, un hombre bajara del coche y se dirigiera hasta la puerta de su casa y llamara. Y cualquiera que pasara por allí se enteraría de la noticia antes que el padre, antes de que se abriera la puerta.

Al morir su hermano, el hombre llegó cuando estaban encendiendo las luces en casa, y la lámpara sobre la mesa destelló detrás de ella, su haz de luz golpeando la ventana y obligándola a levantar la cabeza. Y así fue como vio al verdulero de pie en la entrada, una fracción de segundo antes de que su madre también lo viera. Aquellos días, si el verdulero se quedaba en la tienda, todo iba bien, pero cuando iba a alguna parte del pueblo, significaba que tenía noticias, y todos vigilaban adónde se dirigía.

—Bonnie.

Entró en la habitación, con el sombrero en la mano.

—¡No! —exclamó la madre de Iris.

No. Iris se guardó la carta de Emma en el bolsillo de la falda. Todavía no. No medias noticias, noticias inexistentes como ésta. No, ahora que Emma estaba esperando un hijo. De haber muerto Will, la noticia habría llegado, pero ¿qué mal había en conservar la esperanza hasta entonces? Todo llegaría. Si había sucedido algo. Pero hasta que naciera el bebé, no. Hasta que la pobre chica estuviera fuerte y preparada, no. Apagó las luces de la sala trasera, abrió la división, cruzó el vestíbulo y salió por la puerta de la oficina de correos hacia el calor y el tumulto de la noche veraniega desplegándose fuera, donde Harry la esperaba.

—Hola.

Titubeó.

—¿Alguna buena noticia para mí?

—¿Cómo?

Él apoyó la mano en el asta de la bandera.

—Oh. —Iris tragó saliva—. No, todavía no sé nada.

—Iris —dijo él cariñosamente—. Te lo ruego. Vuelve a preguntar.

Iris asintió. Debería decir algo. El corazón le latía a martillazos y giraba en silencio bajo las costillas. Él ya había empezado a bajar la escalera, esperando que ella le siguiera.

—¿Te encuentras bien? —Se detuvo a mirarla—. Tienes una expresión rara.

Iris sintió la carta en el bolsillo. Si salía con ella del edificio, estaría robando, ¿no? Era una ladrona.

—Si pudieras ahorrarle sufrimiento a alguien, Harry, ¿lo harías?

Él la miró reflexivamente.

—¿Qué clase de sufrimiento?

—¿Lo harías? —repitió ella con firmeza.

Él frunció el ceño.

—¿Puedes ahorrar sufrimiento a alguien?

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—Callando. Manteniéndolo a oscuras.

Él no respondió. Ella seguía en el porche, perdida en sus pensamientos. Él sacó un cigarrillo, lo encendió y volvió a mirarla. Ella le observaba. Harry levantó una mano.

—¿Iris?

Bajó lentamente los escalones hacia él. Lo que hacía estaba mal. Nunca en su vida había hecho algo semejante. Él la atrajo cogiéndola de la mano y se pusieron a caminar por la calle atestada. Caminaron en silencio y la noche era como un grito dorado. Al cabo de un rato, Iris retiró su mano y se la guardó en el bolsillo.

Harry la miró. Las largas piernas de ella daban largas zancadas en el camino.

—La cuestión es —dijo Iris bastante rápidamente, temerosa de mirar a Harry que caminaba a su lado, volviendo a lo que le preocupaba—, que en esa oscuridad pueden crecer toda clase de cosas. Calma, por ejemplo. Y esperanza.

—¿Y?

Iris tragó saliva.

—¿Estaría mal, esa calma?

—¿Por qué?

—Porque sería falsa.

—¿Falsa?

—Sin fundamento.

Él callaba.

—La calma es eso, ¿no? —dijo finalmente—. Una pequeña pausa antes de saber lo que está por venir.

Iris dejó de caminar.

—¿Qué está por venir, Harry?

Parecía muy triste. Harry se volvió a mirarla. Ella le sostuvo la mirada. «Ya está», se dio cuenta él, aquí estaba. Era tan poco, tan inesperado, pero una puerta se había abierto de repente, irrevocablemente, en su corazón. El amor le había encontrado aquí, en la mitad de la vida, en un extremo del mundo, en forma de una mujer pelirroja con una preocupación en la cabeza. Le hizo sacar con suavidad la mano del bolsillo.

—No sé lo que está por venir —dijo con brusquedad.

Iris sintió cuán cálida era la mano de él alrededor de la suya. «Será usted», había dicho el médico. Iris pensó en Emma entrando en la oficina de correos, con los pequeños hombros tirados hacia atrás, desafiante, desafiando al mundo a hacerla sufrir. «Será usted.» Y Will Fitch se había quitado un peso. Era eso, se dio cuenta. El médico había confiado la carta a Iris para que Emma no estuviera sola.

—Sea lo que sea, Iris —siguió Harry con amabilidad—, no puedes detenerlo.

Pero hasta que naciera el bebé, Iris podía apartar el tiempo a cada lado de la pequeña mujer, retenerlo, y después ayudarla a pasar por la abertura de lo que vendría. Era eso lo que se esperaba que hiciera esta vez. Era eso lo que el médico esperaba. La cuestión era que alguien estuviera atento. Iris lo estaba.

Iris se llevó la mano de Harry a la mejilla, sonriendo. Todo iría bien. Al final todo iría bien. La cara con la que se volvió a mirarlo era tan agradecida, tan llena de amor, que el corazón de Harry dio un brinco hacia ella.

—De acuerdo —dijo.

—Por supuesto —sonrió Harry—. Vamos.

El mar apareció en retazos cada vez más grandes al final del pueblo, cuando las casas empezaban a distanciarse camino del rompeolas, hasta que, por fin, los dos estaban contemplando el Atlántico. El último dedo torcido de Cape Cod se curvaba frente a ellos, y a un par de kilómetros el sencillo faro blanco de Land's End parpadeaba. Debajo de aquel cielo, sin nada que se moviera sobre el agua, parecía como una pieza de ajedrez o un bloque de construcción infantil olvidado y recolocado.

—Quiero casarme —dijo Harry de repente, al lado de ella.

—Pues adelante —contestó ella remilgadamente.

Él se echó a reír.

—Contigo.

Ella se ruborizó y le miró, riendo. Habían llegado al final de la tierra y habían empezado.

—Bueno —dijo ella, sonriendo como una tonta.

—¿Sí?

—Sí —contestó ella—. Sí.

Cuando dieron la espalda al mar y volvieron a caminar por el asfalto, Iris metió la mano en el bolsillo de Harry y los dedos de él se cerraron en los suyos. Volvieron hacia el gentío y el calor del pueblo, donde las luces se encendían en las casas,

parpadeando como estrellas bajas. En la oscuridad reptante pasaban las bicicletas por su lado.

Parecía haber una multitud frente a la oficina de correos. Era una de aquellas noches en las que todos se habían encontrado con la última luz, paseando por el pueblo. Alguien que venía de cara los saludó y después otras caras se volvieron e Iris distinguió a Frank y a Marnie Niles, y a Florence Cripps. Iris podía imaginar lo que veían. A la cartera y al mecánico cogidos de la mano, entrelazados dentro del bolsillo de la chaqueta de él. Harry la apretó con fuerza e Iris sonrió. Así eran las cosas ahora. Éstos eran los que eran. Se casarían. A ojos del pueblo, ya estaban unidos. Caminando tranquilamente por Front Street. Años después, recordaría el calor de la mano de él en la suya y el último sol en sus mejillas, y recordaría aquel momento, en el silencio antes de que alguien lo rompiera, el momento único del punto álgido del verano, desbordante, sin espacio para más, y todavía sin tiempo para ladearse y derramarse.

En el bar de Grand Central Station, el «suuch» de las puertas giratorias dejaba entrar pareja tras pareja en la atestada sala repleta de humo y conversaciones. Max Prescott del *New York Trib* las observaba en el largo espejo que ocupaba toda la longitud del bar. Los hombres con traje levantaban los dedos hacia el *mâitre*, indicando cuántos eran en el grupo; las mujeres se volvían y estudiaban la sala. Algunos hombres, como él, estaban solos y se instalaban a la barra, donde se quitaban las americanas y las guardaban dobladas sobre las rodillas. Cada vez que las puertas giraban, el chuc-chuc y los gemidos distantes de los trenes de la estación se metían en su interior, los travesaños mecánicos de la laboriosidad cruzando y recruzando la hora del almuerzo. Era el final del verano y hacía un calor horroroso. Los ventiladores de techo agitaban las camisas húmedas de los hombres de derecha a izquierda, refrescando la piel al moverse.

—Hola, jefe.

Frankie se sentó en el taburete al lado del hombre.

Había aparecido sin avisar —aunque él estuviera allí esperándola—, como si hubiera atravesado los velos que dividían un momento del siguiente.

—Sí. —Asintió al camarero—. Lo que tome el señor. —Se volvió hacia el hombre mayor, conspirativamente—. ¿Qué tomas?

—Bourbon con agua.

—Nadie debería beber bourbon antes de las seis —observó Frankie.

—¿Escocés?

—El escocés —tocó el vaso de él con suavidad con el suyo— es para los criados.

Él la miró de soslayo. Estaba más delgada. Y, aunque su tono fuera ligero, parecía agotada y enervada, como un gato que acaba de escapar por los pelos de un baño. Había oído su última emisión, hacía dos meses, desde Francia, y entonces le había parecido rara, quebrada. Pero no le había dado más importancia hasta que le había llamado la madre, desesperada por saber de ella; no tenía noticias de Frankie desde hacía dos semanas. ¿Y él? Llamó a Murrow, incluso el señor Paley estaba preocupado, pero después de verse con Jim Holland en Lyon, nadie la había visto ni sabía nada de ella y Europa estaba llena de ojos y oídos. Qué caramba, eran del cuerpo de prensa. Pero no se sabía nada de Frankie, y no había nada que pensar aparte de que hubiera quedado atrapada en alguna habitación solitaria en la que nadie se fijaba. Había estado en el lugar equivocado frente a la persona equivocada. Max estaba tan seguro de que era eso lo que había ocurrido, que al oír su voz por teléfono el día anterior se había vuelto a mirar por la ventana para asegurarse de que Nueva York seguía fuera. «He vuelto, Max —había dicho ella sin más preámbulo—. Pero no puedo más.»

Bebieron sin hablar. Por costumbre, estaban en silencio hasta que tenían algo que decir. Y, a menudo, no tenían nada que decirse aparte de cuatro o cinco frases al

principio. La mayor parte de las personas que él conocía, su esposa incluida, no pasarían una hora con él sólo con la promesa de cuatro frases. Pero Frankie Bard era como un camello. Podía guardarse las palabras durante días, siempre que pudiera observar los acontecimientos.

—Había olvidado cómo era todo esto.

Levantó la cabeza hacia el espejo y vio que Frankie estaba observando a las personas del restaurante, detrás de ellos.

—¿Todo qué?

—Esto. —Indicó con la cabeza—. Aquí nadie cree que esté en peligro.

—Lo han dejado fuera —propuso él.

—No, no es verdad. —Con la barbilla indicó la escena de detrás de ellos, reflejados en el espejo—. No creen que esté allí.

Vio que uno de los hombres de detrás de él se inclinaba hacia su pareja y le decía algo al oído. Ella volvió la mejilla hacia la boca susurrante, aunque su atención siguió fija en la carta. El estrépito por encima y alrededor de ellos era tan protector como un cenador.

—La naturaleza humana —aventuró.

—No, Max. —Frankie cruzó los brazos delante de la copa—. La naturaleza norteamericana.

Él rió nerviosamente.

—Parece que te gustaría que pagaran por ello.

—Eso es.

Asintió.

—¿Por qué?

Frankie se encogió de hombros.

—Por esto.

Volvió a indicar el almuerzo cotidiano detrás de ellos. Uno de los camareros cruzó a través del humo con una bandeja en alto hacia la cocina, y la gente se apartó para dejarlo pasar. La conversación en la sala era un murmullo bajo e insistente sobre el cual los vasos tintineaban y los cubiertos golpeaban los platos.

—La gente no se puede imaginar lo que no ha visto —respondió—. Por eso te necesitan.

—Lo siento, Max, pero eso es una estupidez.

—Te comprometiste a ver lo que ellos no han visto —observó él—. No puedes culparlos por ello.

—¿Por qué demonios crees que voy a dejarlo? —preguntó ella fríamente.

—Menudo año para dejarlo —contestó él con la misma frialdad.

Frankie apuró la copa. El camarero se inclinó inquisitivamente desde el otro lado de la barra. El hombre mayor asintió sin mirarlo. Conocía lo bastante bien a Frankie para saber que no daba explicaciones. Lo que fuera que hubiera pasado en Europa se quedaría allí. Frankie se volvió y le miró, y entonces le dedicó una de sus extrañas

sonrisas.

Cogió la copa que el camarero había dejado delante de él y se lo acercó.

—Tómame un descanso —propuso.

Ella sacudió la cabeza.

—Quiero apearame.

—Es la única noticia que hay, Frankie.

—No te lo crees ni tú —contestó ella.

—No te entiendo.

Se encogió de hombros y siguió mirando el espejo.

—Puede que no esté capacitada para contarla.

—Tonterías.

El hombre mayor hizo un gesto con la barbilla.

Frankie no contestó.

—Solía pensar que escribías una noticia como un cazador arroja una lanza —dijo al cabo de un rato—. Apuntabas. Echabas el brazo atrás, lanzabas y aterrizaba. Era un tiro limpio. Inicio, nudo y desenlace.

Él la miraba.

—Cuanto más costaba obtener una noticia, mejor. ¿Puedes hacerlo, Frankie? Pues claro, ya está hecho. —Le miraba—. Fue fácil. Vaya, fue estupendo. No había posibilidad de retroceder o mirar a otro lado, te sumergías con los ojos y los oídos abiertos, e informabas de lo que veías. Era tu trabajo. Ver y contar. Había un objetivo. Había una trama.

—Frankie... —Max se había vuelto en el taburete. Frankie sacó un cigarrillo y él le ofreció fuego. Ella inclinó la cabeza y asintió, exhalando.

—Pero una noche estaba allí, Max, de pie sobre un asiento de terciopelo de un tren que salía de una estación, desesperada por corregir, desesperada por enderezar un entuerto que acabó espantosamente mal. Me había sentado en aquel asiento como si fuera Dios y pudiera salvar a los de abajo. Como si pudiera cambiar la historia —se volvió a mirarlo, oyendo el grito de Thomas: «Calle, Fräulein. Van a disparar. ¡Se lo ruego, cállese!»— e hice que mataran a un hombre.

—Frankie...

—Qué caramba, Max. Nunca importó. Nunca cambió nada. La guerra sigue tanto si la cuento como si no, y ahora la tengo en mis manos.

Max la estudió, esperando que siguiera.

—Todo el tiempo que estuve allí —su dedo se deslizó por el borde del vidrio—, informándome, entendiendo. Pero no se puede, la historia apenas susurra en la oscuridad. ¿Qué sucede a continuación? ¿Qué sucedió? No lo soporto. —Calló, recordando su propia voz interrumpiendo a Will Fitch: «Yo no tengo que soportarlo»—. Por Dios, Max, escúchame. —Sonrió, con lágrimas en los ojos—. No me hagas caso.

Él la miró.

—De acuerdo —dijo, viendo que había empezado a llorar.

—¿De acuerdo? —Apartó el pañuelo que le ofrecía y se secó los ojos con las puntas de los dedos—. ¿De acuerdo? —repitió, casi riendo, y entonces se rindió y se tapó la cara con las manos.

Alguien contó un chiste detrás de ellos y fue un éxito, y las risotadas repentinas cayeron sobre la sala como la lluvia. Frankie se volvió en el taburete y vio a una mujer que entraba en el bar en plena risa. Era esbelta y llevaba los brazos al aire y la falda le rozaba la piel sobre las pantorrillas bronceadas al moverse. Max también se volvió, y los dos contemplaron a la mujer, que se sentó y apoyó los codos en la mesa —lánguida, acalorada— y descansó la barbilla en las manos, los largos brazos desnudos doblados en dos ganchos suaves.

Mientras quedaran personas observando, eso sería lo que mirarían, pensó Frankie. A una mujer hermosa en un bar. Con qué facilidad aparta el mundo la cara. Miró a Max en el espejo y se inclinó para sacar del bolso un bulto envuelto en un trapo, desenvolvió los discos del tren y los dejó sobre la barra.

—¿Qué es esto? —preguntó Max.

—Lo que grabé.

—¿En Francia?

Frankie asintió.

—¿Murrow sabe que los tienes?

Había bajado del tren de París, había ido directamente a su piso y había hecho las maletas. Recogió las historias de Harriet, las hojas de papel sobre su escritorio, y las guardó entre las páginas de su cuaderno. Cerró la puerta de la habitación detrás de ella y pasó la llave por debajo de la puerta de la casera. Lo hizo muy deprisa, como si abandonara la escena de un crimen. Camino del barco, dejó la grabadora portátil en la recepción de la Broadcasting House sin hablar con nadie de arriba. Corrió. Fue directamente al puerto y compró un billete y esperó varias horas hasta zarpar, sentada en un pub de los muelles, mirando las grandes mangueras apuntadas a los lados del bote, el agua resbalando, limpiando la sal.

—Ahora ya lo sabe —contestó ella con tristeza.

—¿Qué planes tienes?

Frankie sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Frankie... —empezó él.

—Nada de esto importa, Max. —Le miró—. Pero esto... éstos.

Empujó los bordes de los discos amontonados, formando una torre de acetato perfecta.

Él la observaba.

—¿Qué contienen?

Ella sonrió con tristeza.

—Nadie. Personas. Personas que están vivas.

—¿Cuál es la noticia?

La muchacha dibujó una línea en el frío vaso delante de ella.

—No hay una noticia, Max.

—Siempre la hay.

Tardó un buen rato en contestar.

—Bueno, entonces es que la he perdido.

Max se echó hacia atrás en el taburete.

—¿Así que te vas a callar?

—No lo sé.

—No te puedes callar —dijo Max—. Te matará.

—Te diré una cosa —soltó ella, sin importarle que sonara absurdo, necesitando sacar las palabras, sacar las peores cosas—. Por mucho que queramos tener a un venerable anciano ahí arriba, está clarísimo que no hay nadie vigilando. Es sólo un cielo vacío, Max.

—Por supuesto, Frankie.

La muchacha estudió el perfil clásico del hombre, la línea que hacía que las chicas de las oficinas lo llamaran mascarón de proa a sus espaldas, e intentó sonreír.

—Pero es que ya está. No hay nadie escuchando. Nadie está atento a los vacíos. Así que lo que tengo aquí no es nada más que unas setenta voces perdidas, viajando, pero sin ir a parar a ninguna parte, deslizándose por la cúpula interna del cielo. Y aun así, de algún modo, creo que lo son todo. —Calló y se frotó los ojos—. Oh, Max —preguntó, cansada como una niña—, ¿qué viene ahora?

—Ahora entraremos en guerra.

Frankie asintió y apuró la copa.

—Busca la verdad. Informa de ella. Minimiza los daños.

Frankie bajó del taburete y se puso de pie. Se arregló la chaqueta y le vio mirándola por el espejo.

—Hazme un favor —dijo él—, coge a tu madre, vete de vacaciones a Island, o a la costa de Jersey, a algún sitio cercano donde pueda ir a darte la lata.

Eso la hizo sonreír un poco.

—Esta tarde me voy a Cape.

—Muy lejos para unas vacaciones cortas.

—Es sólo Massachusetts.

Él gruñó.

—Tengo que entregar una carta. —Se inclinó y le besó en la mejilla—. Es la única maldita cosa que voy a hacer bien desde hace meses.

Él levantó una mano, pero no la miró. Pero, en cuanto se fue, quiso volver a tenerla al lado, y se giró para llamarla. Se había marchado con la rapidez de un pájaro y salía esquivando las mesas, alta y enérgica. La dejó marchar. Había sido ella la que había estado en Europa. Y había emitido para ellos, sentados a sus mesas, y había hecho que lo miraran directamente a los ojos. Aunque no supiera bien lo que eso significaba. Llamó al camarero para pagar. Nada podía mirarse directamente a los

ojos, y lo sabía. Miró al espejo sobre la barra y los vestidos blancos esparcidos entre las mesas creaban el efecto de un campo de algodón encendido por la rara luz que siempre precede a la tormenta.

Frankie se alejó caminando lo más rápido que pudo de su antiguo jefe en el calor de Grand Central Station —en medio de los viajeros norteamericanos, en el remolino y la inquietud por subir al tren correcto, la vía correcta, el beso de despedida, la despedida— y se paró finalmente bajo la cúpula, con lágrimas resbalándole de los ojos. En el horario que tenía delante, las letras blancas se tambaleaban en la pizarra negra. Las personas se daban empujones alrededor de ella, deteniéndose, mirando hacia arriba antes de seguir. Lo que Frankie veía en la estación era simplemente lo que veía. Cabinas y rampas. Los verdes estallidos de los lirios de verano en una maceta junto a la ventanilla de billetes. Nada que mirar, nada que ver. Y nada de lo que informar. Era un placer casi insoportable. Sorbió por la nariz y se secó la cara con la mano. Echó un vistazo al reloj cuya manecilla marcaba segundo tras segundo hacia lo alto. Tras un par de minutos, los blancos números y letras se combinaron para dar un significado, y ella se dirigió a donde el tren de Boston esperaba.

Un mes antes, Frankie había bajado la pasarela del *SS Norway* y había abrazado a su madre. Se había dejado llevar a casa y acostar. Abajo, las voces de su madre y del ama de llaves giraban hora tras hora, alargándose en el calor del verano a través de las habitaciones protegidas por persianas. Había contemplado el techo con los brazos cruzados sobre la manta de algodón, mientras Nueva York alborotaba afuera. En la segunda semana, pidió un gramófono y permaneció en el dormitorio donde había vivido de niña, con la bata colgada del poste de la cama, las zapatillas alineadas pulcramente debajo, escuchando las voces del tren.

Cuando su madre subía a sentarse a su lado, ella cerraba los ojos y retrocedía lentamente a donde había estado. A Harriet y su piso. A la madre de Billy. Al médico en el refugio, a la última noche del Blitz, y a los ojos del médico posados en ella al morir. A los trenes, a Thomas. A los niños. A aquel último niño que no pudo seguir. Tantos. Había habido demasiados.

Adelante y atrás, se arrastraba en su ojo mental, hasta que lentamente, como un río añil, en la última semana, había llegado a imaginarse a la esposa del médico ante una puerta y a ella al otro lado. Se imaginaba entregándole la carta de su marido por fin; y, entonces, se la imaginaba sonriendo, como si tuviera algo que darle a Frankie a cambio.

Frankie llegó a Nauset para tomar el autobús a Franklin con tiempo de sobras. Se acomodó en el asiento y abrió la ventanilla.

Se despertó cuando el autobús se detuvo en una parada, haciéndole saltar la cabeza de la ventana en la que se había apoyado. Personas afuera en la noche, riendo. Frankie apoyó la mano en el asiento de delante y se puso de pie. La luz brillante de la

noche resplandecía en el parabrisas y Frankie bajó del autobús a la acera; se situó a la sombra de uno de los dos árboles frente a la oficina de correos, esperando que el conductor le entregara sus maletas.

Era el segundo fin de semana de agosto y el pueblo parecía haberse vuelto ligeramente loco en busca de diversión. Veraneantes, que salían con sus trajes de hilo y popelina, limpios y relucientes tras el día pasado en la playa, a la luz del atardecer. Paseaban y charlaban, mirando escaparates, como ramitas bajando lentamente por un riachuelo tranquilo, animando las callejuelas con sus voces. Sólo eran las seis, pero ya habían puesto rótulos en las ventanas de algunas cafeterías. «NO QUEDA LANGOSTA. NO QUEDA TARTA.» Desde allí, oyó un grito y un choque, un golpe de metal contra metal, e inmediatamente después el trino arrastrado de una trompeta mientras las casas de huéspedes del borde del puerto se ponían en marcha y una orquesta de baile empezaba a tocar.

Quizás había cometido un error yendo allí, pensó, inquieta por primera vez, inclinándose para coger el mango de su bolsa. Quizá no había forma de estar tranquila. Aunque Europa se estuviera haciendo pedazos, fracturándose y explotando, al menos tenía claro adónde se dirigía. Pero todo ese movimiento —miró calle abajo— sin sentido, ¿adónde iba a parar? Había un cine, y una sala de baile, pero los parranderos parecían venir de todas partes del pueblo. Recogió la maleta y la Victrola portátil, se colgó el bolso del hombro y caminó por la acera, esperando que la cola de Chevys y Plymouths disminuyera.

Al otro lado de la calle, una mujer alta y pelirroja salió de la oficina de correos y bajó la bandera en lo alto de los escalones, su uniforme azul de correos perfectamente ajustado a las caderas. Una heroína de Eliot, decidió Frankie, en una ficción más animada. Llevaba los labios pintados en un tono rojo que no la favorecía, por decirlo de algún modo, pero qué más daba, pensó Frankie. Qué más daban esos labios.

Observó a la carterera aflojando la cuerda del asta y, mientras la bandera bajaba a la luz del atardecer, varios jóvenes corrían por Winthrop Street hacia el puerto, rebosante con la marea alta. El calor húmedo del día todavía estaba pegado a la tarde. Delante de ella los chicos alcanzaron la arena y, despojándose de sombreros y camisas, se lanzaron al agua, con los pantalones de algodón sueltos en la cadera, sostenidos sólo por la gracia de los cinturones. Se zambulleron en el agua y después, gritando y resoplando, se lanzaron unos encima de otros. Blancos como el invierno, sus pechos y sus brazos se agitaban bajo el agua como peces en un tonel. La junta de alistamiento debía de tener todos los números de la lotería en Cape. Frankie pasó a su lado y siguió por Front Street hasta donde se cruzaba con Yarrow Road, emprendiendo decididamente la subida que la alejaba del pueblo.

A su derecha, un seto desastrado de rosas de playa y maleza crecía de la arena. El final de la tarde cantó, y al otro lado del seto y más abajo del risco, los terrenos llanos temblaron con la marea que avanzaba cada vez más. Sal y rosas mezcladas en la brisa costera bajo los gritos de advertencia de las gaviotas.

Por delante de ella, seis casitas blancas que parecían de juguete se alineaban como chicas mirando al caballero que por fin va a pedirles un baile. La casita de Frankie era la cuarta empezando por el final; al pasar junto a las otras oyó duchas, niños cansados quejándose, y las voces frías y alargadas de las madres que se sacudían como toallas en la brisa. Una mujer estaba sentada en el porche de la casa contigua, fumando un cigarrillo, con los pies apoyados en la barandilla, de modo que el vestido se le subía por las piernas morenas. Miró a Frankie y la saludó perezosamente con la mano.

Frankie le devolvió el saludo y abrió la puerta mosquitera. Las dos habitaciones de dentro estaban pintadas de blanco brillante con visillos colgados para agitarse en la brisa marina. Todo fresco. Todo brillante. Un pequeño sofá en la habitación principal. Dos sillones colocados uno a cada lado de una mesilla que soportaba orgullosamente un gramófono. Música y luz, bebidas al atardecer. El verano —la insinuación estaba clara— podía detectarse en esas tres cosas. El aire y el agua volteaban con pereza adelante y atrás por el exterior de las ventanas ribeteadas. La ventana sobre el fregadero daba a las altas dunas, inmóviles y asándose en la quietud del atardecer, las circunferencias de hierba verde plateada sobresaliendo de la arena como plumas.

A través de las ventanas, el cielo azul se arqueaba a lo lejos sin esfuerzo. Frankie dejó las bolsas y llenó un vaso con agua en el fregadero, después volvió afuera para sentarse a contemplar el lento declive hacia la noche. Estaba bastante elevada y fuera del pueblo para poder contemplarlo todo ante ella, sin interrupciones. Los pescadores lanzaban aparejos y redes a las cubiertas de sus barcas de pesca y el alboroto de sus gritos que señalaban el final del día ascendía hacia el silencio general. Ante los sonidos de la vida ordinaria los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que aquella tarde había divagado con Max, y se podía imaginar cómo había sonado. Deseó no haber sacado a Dios a colación. Ni siquiera estaba segura de lo que pretendía decir.

Volvió la cabeza. A su izquierda un anciano, dormitando en una de las sillas del porche al sol del atardecer, había gemido en voz alta. Pulcramente vestido con pantalones de color claro y una camisa blanca y un jersey oscuro, sus brazos descansaban en la curva de la silla, entregado al sueño. ¿Sueño? Se levantó de su silla, fastidiada. Los meses de informar, las páginas del guión que había escrito los últimos cuatro años. ¿Qué bien habían hecho? Echó una última mirada a las dos hileras estrictas de casas que conducían al centro de ese pueblo. Habría dado igual que emitiera directamente al viento.

A la mañana siguiente, media docena de jóvenes estaban sentados en taburetes en el interior de la cafetería del pueblo, tres de ellos con botas de pescador, las manos alrededor de las tazas de café caliente. A través del silencio que se había aposentado, Frankie fue hasta un taburete de la barra, saludó con la cabeza a la mujer que servía el café y se sentó.

—Gracias —dijo Frankie, aceptando la taza llena que le pusieron delante.

—Buenos días.

El hombre sentado a su lado sonrió. Era el líder de los bañistas del día anterior.

—Buenos días.

Le devolvió el saludo.

La puerta se abrió y un hombre perfilado por la luz de fuera se quedó un minuto en el umbral, saludando, antes de entrar y sentarse en el taburete al lado de Frankie. Apoyó un pie en el travesaño y se sentó ágilmente, como si fuera una silla de caballo. Era fuerte como un tonel, pequeño y compacto, con el cabello rubio canoso muy corto sobre la elevación del cráneo. Dejó el sombrero en la barra al lado del plato con tanto cuidado como un juez.

—Harry —saludó al joven pescador al lado de Frankie.

—Hola, Johnny —dijo Harry.

En la radio sonaron las señales horarias y la sala quedó en silencio como si contemplara un incendio. «Los soldados británicos y soviéticos han invadido Irán —dijo la voz del presentador por la radio, seguido por las tres señales que marcaban el principio de las noticias—. Preocupados por las informaciones de “turistas” alemanes, Gran Bretaña y Rusia han decidido hoy que Irán debe aceptar su protección de los suministros de petróleo. Los soldados de infantería británicos avanzaron en dos zonas para proteger el petróleo cerca de Ābādān y al noreste de Bagdad para situarse también alrededor de Kermānshāh. Mientras tanto los rusos avanzaron sobre Tabriz. Las fuerzas británicas y rusas encontraron escasa oposición iraní.»

Johnny gruñó:

—Qué razón tiene.

Frankie tomó su café, rodeando la taza con las dos manos, y escuchó como cualquier otro cómo avanzaba la guerra a través del cable.

La voz del presentador siguió, catalogando los frentes alrededor del mundo. En la Francia Ocupada, veinte mil soldados alemanes registraban París en busca de sospechosos tras un fin de semana de ataques furtivos contra las fuerzas ocupantes. Los ciudadanos de Leningrado resistían. Y, entonces, sonó la voz fría de Betty Bonney en la radio, el tono ligero irrumpiendo en la sala, cantando «Joltin' Joe DiMaggio», por encima del chirrido risueño de la trompeta. Johnny Cripps se puso de pie y se apoyó en la barra para apagar la radio, molesto.

—¿Cuándo vendrán a buscarnos? —murmuró, volviendo a sentarse.

El hombre a su lado sacudió la cabeza.

—No lo harán.

—Oh, ya iremos, no te preocupes —declaró otro.

—Bueno, yo no —dijo su vecino.

Alrededor de las bravuconadas, los hombres mayores tomaban sus cafés en silencio. ¿La guerra?, pensó Frankie. La guerra estaba allí mismo en el silencio de los ancianos. Sintió que el tal Harry escuchaba a su lado, con la palma de una mano apoyada en la barra mientras fumaba.

—¿Y qué se supone que debemos hacer con un par de miles de judíos acorralados en Polonia? —soltó sin más el hombre sentado al otro lado de Harry—. DeVoris ni siquiera se los llevaría a su hotel de Sudbury.

—Ni DeVoris ni Jameson. Ninguno de los dos.

Frankie se giró y se concentró en su cabeza.

—¿Cómo lograrán esquivarlo?

—No quedan habitaciones. Sin más. Nunca hay habitaciones para ellos.

—En fin, es su problema. Y los alemanes sólo mataron a éstos para dejar las cosas claras. Los judíos no son la cuestión, se trata del territorio. Y en Europa ha habido siempre una guerra u otra desde...

—Por eso les llevamos ventaja —interrumpió alguien—. Hace ochenta años que no tenemos ninguna guerra.

—No es verdad. Simplemente no le llamamos guerra. Pero siempre hay un enemigo, eso está claro. Indios. Negros. Polacos. Siempre hay alguien que levanta la tapa.

—¿Te vas a poner comunista?

—Esta vez los alemanes traerán aquí la guerra —comentó Harry tranquilamente, con la mirada al frente.

El grupo de hombres mayores miraron hacia la barra. Harry volvió la cabeza lentamente hacia ellos. Frankie notó que un par de ellos asentían. Los otros miraban sus tazas.

—No lo sé, Harry. ¿Y los japoneses?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No deberíamos preocuparnos por ellos?

—Demonios, dejemos que el presidente Roosevelt se preocupe por ellos —replicó Harry—. Los japoneses están en la otra punta del mundo. No puedo preocuparme por los japoneses. Los alemanes ya están en el Atlántico. Diría que nos enfrentaremos a sus armas mucho antes de que los japoneses lleguen a leer los documentos de Roosevelt. A mí me preocupa lo que puedo ver como un peligro claro para nosotros, aquí.

Frankie captó la mirada entre Johnny y uno de los otros jóvenes.

—Pero Harry, ¿no crees que sería mejor esperar hasta que sepamos realmente qué

pasa?

—Cuando los alemanes vengan, sencillamente vendrán, y no habrá ningún aviso.

Era la clase de hombre que los otros escuchan, pero Frankie podía ver que no les apetecía escuchar eso. Desafiaba la razón. Desafiaba la imaginación.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No puedo —respondió Harry.

Uno de los hombres que había estado sacudiendo la cabeza durante la argumentación de Harry sobre los japoneses, rió burlescamente.

Harry se encogió de hombros.

—Deberían prestar atención a lo que ocurre allí —dijo Frankie, con toda la ecuanimidad de que fue capaz—, donde los judíos están siendo acorralados, arrancados de sus casas, y no a miles —indicó con la cabeza al hombre que había hablado— sino a decenas de miles. Riadas de personas caminando. Un mar de cuerpos, moviéndose, haciendo cola, empujando frente a las puertas de los consulados y las embajadas, por todas partes. Masas que se mueven sin un lugar a donde ir.

—Pero muchos están saliendo... caramba, oí una historia el otro día sobre un grupo de ellos que había llegado a...

—Es demasiado tarde —interrumpió Frankie. El hombre a su lado calló—. Es demasiado tarde para la mayoría. Y ahora están atrapados y la situación empeorará. Hay escuadrones de asesinos de las SS entrando en las ciudades rusas y capturando a los judíos, asesinandolos a todos. —Bajó del taburete—. Y aquí están todos de brazos cruzados.

—Chorradas —murmuró Johnny.

Temblando, Frankie miró a Harry. No pretendía hablar. Abrió su monedero buscando monedas para pagar el café.

—¿Ha estado allí? —preguntó Harry.

Ella asintió.

—¿Dónde?

—Por todas partes. Sobre todo en Londres.

Frankie dejó algunas monedas delante de su taza de café, consciente de que los hombres la observaban y del silencio en la sala.

—¿Haciendo qué?

—Informando. —Frankie le ofreció la mano—. Soy Frankie Bard.

Harry silbó.

—Harry Vale.

Le cogió la mano y la estrechó.

—¿Es la chica de la radio? —intervino Johnny.

Ella asintió.

—¿Ha venido a quedarse?

—Unos cuantos días —dijo Frankie.

—¿Va a hacer un reportaje sobre nosotros?

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Frankie con frialdad.

Los hombres que rodeaban a Johnny rieron. Frankie se volvió sobre el taburete. La charla empezó de nuevo en la cafetería. Terminó su café. Era algo con lo que no había contado; de hecho, no tenía por qué imaginarlo. Nunca había oído su propia voz en la radio, no tenía ni idea de cómo sonaba, ni la impresión que producía. La semana pasada había oído a Murrow en la radio en una tienda de Nueva York y a través de las puertas abiertas por las calles por las que pasaba, y la había hecho parar en seco. Conocía el estudio donde él estaba sentado en ese momento, sabía exactamente cómo ponía las dos manos sobre la base del micro como un niño, sabía que hablaba con los ojos cerrados para poder oír su propio ritmo, y estaba allí una tarde soleada de agosto, arengando a la gente. Pero no estaba preparada para que la gente la escuchara así a ella, para que conociera su voz.

—¿Y qué? ¿Qué probabilidades cree que hay de que los submarinos lleguen hasta aquí? —preguntó Harry.

—¿Es una pregunta de verdad?

Él la miró directamente a la cara.

—Como guste.

Frankie sacudió la cabeza.

—Yo no lo creo. Ahora que están en Rusia, serían demasiados frentes.

Si eso desilusionó a Harry, no lo demostró.

—¿Tiene cartas?

Un hombre demasiado mayor para combatir estaba en el umbral, cabello abundante y rubio sobresaliendo de la gorra en largos rizos. Se movió cómodamente por el café, los tablones del suelo chirriando bajo sus zapatos; se paró frente a la caja, apoyando las manos en la barra, mirando las hileras de tazas de café del estante detrás de la cabeza de Betty.

—¿Qué clase de cartas quiere? —preguntó ella.

—Para jugar.

Hablaba con acento alemán. En un cuenco, cerca de la caja, había cajas de cerillas y de cartas. Betty Boggs sacó una baraja de cartas de coleccionista, marcadas con las siluetas de bombarderos alemanes, y las dejó en la barra para que el hombre las viera. Él cogió la baraja.

—¿Éstas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Son las que tenemos.

Frankie y los hombres observaron cómo él giraba la baraja y examinaba el dorso. Bombardero alemán Messerschmitt Me-110, decía bajo la negra curva del casco del aeroplano de guerra. Junto al siete de diamantes se perfilaba la silueta del mismo avión desde el morro, como si volara bajo y estuviera a punto de soltar una bomba. Se tomó su tiempo para examinarlas, pero Frankie presintió que sabía que todos los ojos del local estaban posados en su espalda.

—¿Quiere las cartas o no? —preguntó Betty con calma.

El hombre la miró.

—Sí —dijo—. Quiero las cartas.

Dejó una moneda de veinticinco sobre la barra.

—Gracias.

La mujer se alejó hacia la caja del fondo de la barra. Se quedó allí, con una mano a cada lado de la caja, esperando que el hombre se marchara. Él no se demoró, y Frankie le observó bajar la acera y cruzar la calle.

—¿Quién era? —preguntó Frankie.

—Un alemán cualquiera. —Johnny guiñó el ojo a Frankie—. Así que vigile.

—¿A qué se refiere? —preguntó Frankie con irritación.

La ligera excitación en la voz de Johnny Cripps era odiosa, la típica de un matón.

—No es de aquí —explicó el hombre al lado de Johnny—. Se llama Schelling. Y está aquí desde la primavera.

—Ahora está pintando la casa del doctor Fitch, brillante como un sol. ¿Le preocupa eso, señor Vale? —Johnny frunció el ceño—. Resalta mucho, como un faro.

Si pudiera cerrar los ojos, pensó absurdamente Frankie, y serenarse, podría ignorar lo que parecía una bandada de pájaros alzando el vuelo de repente en su pecho. Así, sin más, el nombre del médico había sido lanzado al aire. No estaba preparada.

Harry sacudió la cabeza.

—¿Por qué iba a preocuparle? —preguntó Frankie, con brusquedad.

—Los alemanes tendrán un indicador en la costa —soltó Johnny—. Una gran señal blanca en el risco sobre el pueblo.

—¿Oyó lo que dijo la esposa de Fitch a Beth sobre eso en el mercado el otro día?

Harry miró a Tom Jakes, de pie junto a Johnny.

—Dijo que quería asegurarse de que el doctor encontraría el camino de regreso a casa.

—¿Qué? —exclamó abruptamente Frankie, y se inclinó para ver al hombre que había hablado.

—Cállate. —Betty Boggs habló con voz fuerte, dejando la cafetera sobre la barra—. Que te calles, Tom Jakes.

—¿A qué se refiere? —Frankie tragó saliva—. ¿Dónde está el doctor Fitch?

—En Londres —contestó Johnny.

—Fue a echar una mano durante el Blitz —explicó Betty Boggs con decisión—. Se lo tomó muy mal cuando murió Maggie —siguió, casi para sí misma.

—¿Cómo lo lleva Jim Tom? —preguntó el hombre detrás de Harry.

—Bastante mejor de lo que lo llevaría cualquiera de vosotros —replicó Betty—. Lleva a esa pequeña a todas partes. Pero es difícil para él con cinco niños tan pequeños, aunque su madre viva cerca.

Frankie bajó del taburete y se puso de pie con brusquedad.

—En fin —Betty se dirigió a Frankie—, el doctor Fitch debería volver pronto.

—De acuerdo. —Frankie se concentró en cerrar el cierre del bolso—. De acuerdo, gracias.

—Hasta pronto —añadió Betty, recogiendo en el delantal las monedas que Frankie había dejado, pero sonrió a Frankie, cerrando más el círculo.

Frankie empujó la puerta mosquitera y salió a Front Street donde las aglomeraciones de veraneantes deambulaban entrando y saliendo de las tiendas en el ambiente brillante matinal, y la sangre le latía en los oídos. El médico estaba muerto. El Blitz había acabado hacía semanas. Un hombre al otro lado la miró y la saludó levantándose el sombrero. Frankie le devolvió el saludo y se obligó a sonreír ligeramente. Era agosto. Al médico lo habían matado en mayo. Había muerto. Ella le había visto morir. Levantó la cabeza del retazo blanco de sol en el asfalto y vio al alemán que había ido a buscar las cartas caminando lentamente en dirección a la oficina de correos y le siguió, sin pensar muy bien en lo que hacía; se paró en los escalones de entrada a la oficina de correos mucho después de que el hombre desapareciera en la estación de servicio, más arriba de la calle. Nunca habría imaginado que sería ella la que entraría en el pueblo con la noticia de la muerte del médico.

Frankie se quedó un buen rato donde estaba, mirando hacia el porche a la sombra de la oficina de correos. Estaba allí porque tenía una carta. Era así de sencillo. Había una carta y ella debía entregarla. La llevaba encima desde Londres a Berlín y de vuelta otra vez. La había trasladado del bolsillo de una falda a otra, por todo el continente europeo, a través del océano, subiendo por la Costa Este, hasta aquí. Estaba, de hecho, apoyada en su paquete de tabaco, en el satén de su bolsillo. Lo único que tenía que hacer era sacarla y entregarla. Aunque, por supuesto, podía limitarse a enviarla por correo. No era necesario que le comunicara a Emma Fitch lo ocurrido, ¿no?

—Oh, por el amor de Dios —se dijo Frankie furiosamente, y subió los escalones de dos en dos.

En la oficina de correos había cola y Frankie esperó a un lado, junto a los buzones. Se estaba tranquilo allí dentro, había calma y regularidad, y la encargada estaba en la ventanilla, orgullosa como un mascarón de proa.

—Buenos días —dijo Iris.

Apretó el matasellos sobre tres cartas seguidas con un sonido seco y satisfactorio, después se volvió y lanzó lo que había sellado detrás de ella con un gesto rápido e impaciente de la muñeca. Frankie siguió el vuelo de los sobres en silencio por encima del hombro de Iris hasta las sacas, temerosa de interrumpir el orden.

—Hola —contestó Frankie.

Iris asintió y siguió con su trabajo. Cuando, al cabo de un rato, vio que Frankie no se acercaba ni se volvía y se marchaba, Iris levantó la cabeza.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—¿En el pueblo hay alguien que tenga uno de éstos? —empezó Frankie, mirando los buzones que tenía delante y sin moverse de donde estaba en el centro del vestíbulo.

—Sí —Iris frunció el ceño—. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo quería saber si es así como la gente recibe su correo.

—Sí.

—¿Y usted es la jefa de correos?

—Jefe —corrigió Iris—. Hombre o mujer siempre es jefe.

—En Inglaterra sería la jefa de correos.

—¿Ha estado en Inglaterra?

—Sí. —Frankie avanzó lentamente hacia la ventanilla—. Acabo de volver.

—¿Se quedará una temporada?

—Unos días de descanso —respondió Frankie.

Iris asintió, cautelosamente. La mujer no parecía capaz de descansar.

«Tengo una carta —deseaba decir Frankie—. Quédese con mi carta.»

—A ver si lo he entendido bien...

La señorita James esperó.

—¿Todas las cartas pasan por sus manos?

—¿Por qué?

—¿Todas las novedades, todas las noticias del pueblo pasan por aquí?

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente? —preguntó Iris con brusquedad.

Frankie sacudió la cabeza.

—Intento comprender una cosa.

—Pues sí, todo lo que tiene que ver con este pueblo pasa por aquí. Así es como trabaja el Departamento de Correos. Así es como funciona toda esta región. Alguien envía una carta y pasa por el sistema, se clasifica y se manda y se clasifica de nuevo, y entonces se entrega donde sea necesario.

—Ya —dijo Frankie, exhausta—. Así que, si llegara una noticia aquí, ¿usted la vería? ¿Usted es la primera playa?

—¿Qué playa? —Iris tragó saliva—. ¿Qué noticia?

—Cualquiera. Que alguien ha muerto, por ejemplo.

—¿Quién es usted?

—Nadie —contestó Frankie—. Una periodista.

—¿Está escribiendo un artículo?

Frankie sacudió la cabeza.

—Nadie ha muerto —dijo la carterera con calma.

El reloj zumbó al dar las diez y media.

—De acuerdo —contestó Frankie—. De acuerdo, hasta pronto.

Un Plymouth pasó rugiendo junto a Frankie donde ella se había detenido al pie de los escalones de la oficina de correos. Un Plymouth azul conducido por un hombre con un sombrero. La muchacha le observó maniobrar lentamente por la calle

calurosa. Al otro lado de la calle dos de los hombres de la cafetería estaban sentados en dos bancos. Los observó. ¿Cómo puede suceder eso al mismo tiempo que aquello? Ante ella el pueblo se agrupaba y desagrupaba bajo el calor. Se sintió tan desplazada como la mañana que Harriet había muerto, esperando a que Billy, el niño al que había acompañado a casa, se volviera en el escalón y la mirara. ¿A casa? Recordaba haber borrado aquellas palabras de su cabeza mientras veía cómo el niño entendía que su madre había muerto. Su madre no estaba dentro de la casa. No estaba en ninguna parte. «Casa» era una palabra de otro mundo, otro idioma, donde las personas se despertaban y se desperezaban y veían un cielo despejado y salpicado de pájaros por la ventana del dormitorio.

Eran casi las once cuando volvió a su casita. Algunos bañistas ya habían vuelto de la playa y estaban sentados en los porches vecinos antes de almorzar. Empujó la puerta del interior en sombras y buscó la botella de whisky que había llevado y un vaso y lo bebió solo, junto al fregadero, todavía de pie.

El médico se materializó, y entonces el niño asomó la cabeza entre la gente, y Thomas la miró justo antes de recibir el tiro. Como una serie de cartas a punto de caer, lo que había sucedido empezó a caer por un largo pasaje frente a ella, primero cayó una en silencio, segura, empujando a la siguiente, y después la siguiente, cayendo en fila ante ella, de pie, junto al fregadero, con las piernas temblorosas. Siguió las imágenes todo el camino hasta el niño sin nombre del último tren volviéndose para verla antes de seguir su camino y se tapó la boca con las manos, apoyándose contra el borde de la mesa con esa imagen final en la cabeza.

Detrás de ella, estaba la negra mole del gramófono. Se dio la vuelta y lo miró durante un minuto. Los discos de los trenes seguían envueltos dentro de su bolso. Sacó uno y lo puso con suavidad en el giradiscos. Entonces giró el botón y el disco se movió y empezó a girar lentamente. Introdujo un dedo por debajo del brazo de la aguja y lo posó con cautela sobre el disco. «Hable aquí —dijo su voz—. Diga su nombre.» Se sentó, y el débil traqueteo de las ruedas del tren, *ratata, ratata, ratata*, le llegaron a través del disco. «Hable», su voz más baja. «Inga. Inga Borg», contestó otra vez la muchacha, tímidamente. Y su cara nerviosa y estrecha se apareció otra vez delante de Frankie. «Me llamo Litman», la voz del hermano, más fuerte. Frankie cerró los ojos, escuchando la pauta ya conocida, a través de la chica, su hermano, el hombre, Thomas.

La aguja se deslizó erráticamente hasta el final del disco y el *chu, chu, chu* giró alrededor de la pequeña sala. Se incorporó un poco y retiró el brazo, giró el disco, y bajó la aguja sobre la otra cara.

Allí estaba el anciano que hablaba un inglés vacilante y elemental, «Miré y vi a mi esposa en la escalera. Era tan...», tosió y Frankie se oyó a sí misma murmurando algo, «querida». Frankie recordó que el hombre estaba solo en la estación. «Nos despertaron —explicó una mujer en francés—, y no tuve tiempo de recoger comida para mis hijos.» «¿Su nombre?» «Me llamo Hannah Moser...»

Las voces eran viejas y jóvenes, suaves y redondas, y ásperas, quebradizas, sedientas. «Exactamente así», instruía su voz a alguien. Hablaban idiomas que Frankie no conocía, que no había oído nunca, húngaro de las montañas, serbio, croata, lenguas densas y sílabas astilladas descascarillándose en el aire mientras Frankie escuchaba disco tras disco. Tres minutos por cara. La mayoría sólo decían sus nombres. Había un niño que no podía decirlo... cada vez que Frankie se lo preguntaba, le daba un ataque de risa nada más empezar, y la risa de Frankie también estaba allí. «Anda —se reía ella—, inténtalo otra vez.» «Pet...», y después se acababa.

Posó la aguja sobre el último disco, el que había grabado sobre lo que ya había antes, y los primeros segundos de sonido —«Jaspar, soy, Greta, fui a buscarlo, ¿qué es? La casa más pequeña al final de la manzana estaba marcada pero yo, Ruth, Sebastian, estoy...»—, le saltaron encima como un animal enloquecido.

Se quedó escuchando el absurdo caos de aquel último disco —«Hannah, soy, no, *non j'ai dit, C'est quoi, ça? Ein Kartoffel. ¡No!*»—, una voz sustituyendo a otra voz, altas y bajas e insistentes unas sobre otras. Voces humanas dándose caza unas a otras en el aire, sólo para ser seguidas finalmente por el *chu chu* de la máquina, mientras escuchaba el silencio apoderándose de los hombres y las mujeres, los niños risueños. Había viajado con ellos, había hecho colas con ellos, les había visto cruzar puertas y subir a trenes. «Merci, mademoiselle», habían dicho. «De rien», había contestado ella. Sólo hacía dos meses.

«¡Allí! ¡Está allí! ¡Allí!»

Frankie se despertó, con el corazón retumbando en el pecho. Alguien había gritado, y tras un minuto se dio cuenta de que había sido ella. Tenía la garganta irritada y seca. Dobló las rodillas bajo la sábana, mirando el espejo sobre la cómoda a los pies de la cama. Una mujer le devolvió la mirada con un rostro que parecía no tener ojos. Frankie parpadeó dos veces lentamente y la cara desparramada de la mujer se puso en su lugar. Cogió el tabaco y el encendedor de la mesilla y se subió un poco la almohada detrás de la espalda, con el corazón todavía retumbando.

Tuvo la sensación de tener que trepar un largo camino de regreso al mundo. La persiana colgaba inmóvil. La luz en la habitación era suave. Miró el reloj y vio que había dormido hasta entrada la tarde. Oyó voces de mujeres fuera, en uno de los porches, y se quedó un rato echada, con los ojos cerrados, escuchando sin oír lo que decían. Abrió los ojos. Venga. Sacó las piernas de la cama y se desperezó.

Desde los pies de la cama podía ver el salón y la puerta del porche, donde alguien estaba sentado en una de sus sillas. Se levantó en silencio y fue a la ventana, pero el alto respaldo de la silla blanca de tablillas mantenía oculta a la persona que estaba sentada en ella. Abrió la puerta mosquitera.

El alemán de la cafetería se levantó de la silla. Se quitó el sombrero y la saludó con la cabeza. Olía vagamente a aguarrás.

—Hola —dijo Frankie con cautela.

—¿Está usted bien?

—¿A qué se refiere?

Frunció el ceño.

—Estaba gritando.

La muchacha no contestó.

—La he oído gritar. —Él miró a un punto de la puerta detrás de la cabeza de ella, como para darle un poco de intimididad—. Desde mi escalera.

Se volvió y señaló la casa grande al final de las casitas.

—Pase, si le apetece —dijo ella con amabilidad.

—No.

Volvió a mirarla.

—Como quiera —respondió ella, y se sentó en una de las sillas, dejándolo de pie al lado de ella.

—Estaba asustada.

Frankie vio que pretendía decirlo como si fuera una pregunta y asintió. Y le indicó la otra silla.

—Era un sueño. Una pesadilla.

—¿De Alemania?

—¿Qué?

—Estuvo en Europa —dijo él—. Eso es lo que dicen en el pueblo.

Frankie asintió.

El hombre se sentó con brusquedad en una silla al lado de ella.

—¿Acaba de salir de Alemania? —preguntó Frankie con amabilidad, mirándolo.

—De Austria —asintió—. En abril.

La tela gastada y lustrosa de su chaqueta captaba el sol de la tarde. Con las manos hundidas en los bolsillos, inclinado hacia delante, podría haber sido cualquiera de los hombres que se acercaban a su micrófono y decían su nombre. Le sonaba tanto; parecía más real que cualquiera de los que había conocido desde que había vuelto a casa.

Le tocó la manga de la chaqueta.

—Venga —dijo—, quiero que escuche algo.

Sin esperar a comprobar si le seguía, Frankie se puso de pie y entró, cogió el último disco del gramófono, y buscó entre la pila hasta que encontró el que tenía grabado a Thomas. Dio la vuelta al botón y el disco se movió y empezó a girar, lentamente, hacia delante. Introdujo un dedo bajo el brazo de la aguja y lo posó con cuidado sobre el disco, hacia la mitad de la cara.

Su voz fue lo primero que se oyó. «Hable aquí —decía—, hable a la máquina.»

«¿Empiezo?»

Había un espacio vacío en la grabación donde Frankie había asentido a modo de respuesta. La voz de él surgió un poco fuerte, como si se hubiera acercado más. «Me llamo Thomas Kleinmann. Vengo de Austria», y se aclaraba la garganta, «en las montañas...».

Otto había entrado y estaba de pie en el umbral. Los dos escucharon la voz de Thomas hasta el final, Otto de pie, y cuando el disco acabó, Otto entró y dejó el sombrero sobre la silla. Se acercó a Frankie, se detuvo y miró el gramófono.

—¿Hay más?

Ella asintió. Él se sentó. Cuidadosamente, cambió la cara del disco y bajó la aguja. Después cogió la botella y dos vasos y se sentó en el sofá, y los dos escucharon el segundo disco, el tercero y el cuarto. Cuando acabó la segunda cara de este último, Otto se puso de pie, educado como un párroco, levantó el brazo del disco, y lo sustituyó por el siguiente. Y después por el siguiente.

«No me estoy inventando a estas personas —pensó Frankie, mientras voz tras voz llenaba la habitación—. Aquí están. Aquí.» «Me llamo Marta —decía una mujer—. Acabo de salir de Gurs.»

Otto se levantó de la silla de un salto, levantó la aguja y la volvió a colocar con suavidad, y la voz de la mujer sonó, mal articulada al principio, avanzando en un inglés prácticamente impecable: «Soy Marta, acabo de salir de Gurs.

»Abrieron las puertas anteayer, sin previo aviso. Una de las mujeres del edificio contiguo corrió al nuestro y dijo “Apresuraos, apresuraos”, y cuatro de nosotras la seguimos. Fue como si se hubieran hartado de todo el asunto, de todas esas mujeres y

niños esperando, muriendo, se hubieran hartado y sencillamente hubieran dejado abierta la puerta. Que salgan los judíos. Cloc, cloc. Que salgan los pollos.

»Y entonces estábamos al otro lado. En Francia. Con un fardo de ropa y papeles viejos. Pero hacía tiempo que no creía que los papeles significaran nada, papeles, horarios de tren, las promesas de otra vida. Ahora lo importante era comer, dormir y vestirse. Eso era lo único a lo que había que prestar atención...

»Había muchas mujeres caminando conmigo entre los árboles».

La voz de la mujer se detuvo.

«Gracias», la voz de Frankie, interrumpiendo.

Otto no se movió. Miraba fijamente el disco que giraba y giraba, con la cabeza baja, las manos colgando al final de las mangas.

Frankie giró el botón de la máquina para parar el disco, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Mi esposa —dijo el hombre finalmente—. Está allí. En Gurs.

Dos jardines más allá, de pie frente a la ventana de la cocina, Emma dejó caer la mano. Había estado a punto de llamar. Les había observado, sentados, mirando hacia el agua, charlando. Los había observado el tiempo suficiente para desear interrumpirlos, y había levantado la mano cuando la mujer había tocado a Otto, y ahora él parecía a punto de romper a llorar. Y la mujer no había apartado la mano del brazo de él. Emma sintió una llamada en su interior, tan fuerte y tan repentina, que fue como una visitación, como un ángel que fuera a decirle: «Ahora». Contuvo el aliento. La mujer la llenaba de una vaga sensación de temor, allí sentada, con sus largas piernas, su pañuelo y sus gafas de sol; aquellos dos, con las cabezas juntas, sin hablar, le parecían imágenes de ángeles llorando, uno con una chaqueta, la otra con una blusa, vigilantes, comprendiendo lo que estaba por venir. Lo que estaba por sobrevenirle a ella.

Sus ojos se posaron en la fotografía enmarcada en el alféizar de la ventana, de su padre de pie detrás de su madre, que estaba sentada en una silla, con ella sobre las rodillas. La cogió. Había habido alguien que la abrazó, que la protegió, y ésta era la prueba. Contempló las caras de sus padres, que no miraban a la cámara —ni a ella ahora— sino a su bebé. Respiró hondo. Al lado de la fotografía de Will, tomada en su graduación en la Facultad de Medicina, dejó otra vez la suya. Volvió los marcos el uno hacia el otro, como si quisiera presentarlos. Volvió a mirar arriba. Pero los ángeles se habían marchado del porche.

Emma estuvo una hora mirando por la ventana hacia la casita en la que Otto había entrado, como si lo que hicieran ellos dentro tuviera algo que ver con ella. Como si, cuando finalmente salieron, lo hicieran con algo para ella.

Pero cuando los dos salieron al pequeño porche y Otto señaló la casa de Emma a la mujer, ella se asustó de repente. Se volvió de espaldas a la ventana y cruzó la sala

apresuradamente hasta la puerta de la casa, con la intención de cerrarla, con llave, subir al piso y sentarse en la cama y dejar que pasaran de largo.

Ya se acercaban cruzando la verja en el fondo del jardín y, al verla frente a la puerta mosquitera, Otto la saludó con la mano.

—¡Emma! —gritó.

«¡Marchaos!», quería gritar ella. «Marchaos.» Pero abrió la puerta mosquitera y se quedó mirando cómo subían por el sendero hacia ella.

—¡Emma! —Nunca había visto a Otto tan animado—. Emma, aquí hay alguien que viene de allí. Aquí hay alguien que ha estado en Francia.

—¿En Francia?

Emma miró a Otto aturdida y luego a la mujer que parecía petrificada al pie de los escalones. Parecía enferma.

—Ha estado allí. Tiene grabaciones.

—Sí —dijo Frankie, con la boca seca—. Bueno.

—Cuénteles a Emma lo que me ha dicho —dijo Otto a la mujer.

Emma lo miró rápidamente.

—¿Sobre qué?

—Soltaron a los refugiados de Gurs —se obligó a decir Frankie, palabra tras palabra—. Hace un mes más o menos.

Otto asintió mirando a Emma, apremiante.

—¿Ha oído?

Emma frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Mi Anna puede que no esté en Gurs. —La excitación de Otto hizo que Frankie mirara a otro lado—. Por eso no me escribe. No está allí. Y la señorita Bard dice que ha grabado a algunas mujeres. Anna podría estar en su máquina —insistió.

—¿Señorita Bard?

—Hola. —La mujer al pie de los escalones de Emma dio un paso adelante. Tenía la cara muy pálida—. Soy Frankie Bard.

Emma se detuvo de golpe. Estaba a punto de dar un paso. Frankie Bard era la voz de la radio. No un cuerpo viviente con una blusa blanca y una falda estrecha, apareciendo sin más, de la nada.

—¿Cómo puede ser?

—¿Cómo puede ser qué?

—Está allí.

—Estoy aquí, ahora.

Emma se estremeció.

Todos aquellos meses, cuando Frankie se había imaginado a la esposa del médico, se había imaginado a sí misma llevándole su carta, se había visto a sí misma delante de ella y consolando a alguien que lo necesitaba enormemente. En cambio, estaba al pie de los escalones de la casa del médico, frente a una mujer embarazada, cuyo

estómago protuberaba en su delgado cuerpo, como una vendedora de cerillas con una pelota.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—El mes que viene —contestó Emma, con cautela.

—Debería irme —dijo Frankie sin dirigirse a nadie en concreto—. La estoy incomodando.

—En absoluto. —Emma se ruborizó—. Es que siempre la he oído en la radio. Mi marido y yo la escuchábamos juntos. Solíamos hablar de sus reportajes —explicó.

Frankie no podía moverse. Sólo tenía que abrir la boca y mirar a Emma y decir las palabras: «Lo sé. Sé que me oían. Le conocí. Hablé con él», y no podía. Apenas podía respirar.

—La máquina tiene grabadas voces de personas —interrumpió Otto—. Emma, ella puede explicarte cómo están las cosas allí. Puede explicarnos...

—De acuerdo —Emma se inclinó y puso una mano en la manga de Otto—, de acuerdo, Otto. Está bien.

Miró hacia abajo, a la periodista que había cruzado los brazos con fuerza.

—Gracias, señorita Bard. No pretendo ser grosera, pero es que no me apetece oír hablar de ello. —La voz de Emma se deslizó rápidamente, aguda y ligera—. No me hace ningún bien oír hablar de los ataques y los contraataques, ni de qué bombarderos Douglas se perdieron ni dónde. No quiero saber por lo que puede estar pasando. Bueno, sí, pero no... —Calló—. No quiero más noticias, señorita Bard —acabó en voz baja.

—Señora Fitch...

—No. —Emma interrumpió a la periodista—. Mi marido se ha ido. Hace semanas que no sé nada de él, ninguna noticia.

Frankie tragó saliva.

—Así que estos días me estoy concentrando —dijo Emma con amabilidad—, mucho. Cada día, me concentro en mantenerlo con vida. Cierro los ojos, señorita Bard y me imagino dónde está, y me imagino el daño que le acecha, y me lo imagino marcha atrás, que la pared que lo ha enterrado se levanta, que el cristal que se ha roto sobre él se recompone. Y me lo imagino sano... —su voz tembló— y salvo.

Apoyó una mano en un costado del estómago, haciendo una mueca mientras bajaba los escalones y pasaba junto a Frankie y a Otto. Sin decir palabra, Frankie la siguió. Al final del jardín, Emma se había detenido y esperaba con la mano sobre la verja abierta, esperando a todas luces que Frankie se marchara.

Si Frankie estaba orgullosa de algo era de haber sido capaz siempre de decir la verdad. Se consideraba intrépida —una especie de Juana de Arco—, valiente, audaz, apasionada. Todos la consideraban así. Toda su vida se había lanzado de cabeza a la carrera. Pero había viajado hasta ahí, había llegado hasta la puerta del médico, había abierto la boca y no había dicho nada. Casi se echó a reír. La mala pasada había estado allí todo el tiempo. Mientras Frankie estaba grabando voces, mirando a las caras de personas cuyos finales creía que no conocería nunca, ella era el final. Era el final para la mujer menuda y fiera de la puerta de al lado. Era las tijeras. Y había creído ser el hilo.

¿Qué se había imaginado? Si le daba la carta a Emma y le contaba todo lo sucedido, la parte que conducía al momento en el que Will no había mirado hacia el lado correcto (porque ésa era la historia, ése era el pedacito que se atragantaba en la garganta), ¿ayudaría en algo? Sí. Ése era el quid de la cuestión. Si Will Fitch no hubiera mirado a la mujer que cruzaba, no hubiera buscado a Emma en todas las caras, habría mirado hacia el lado correcto y habría visto venir el taxi. «¡Allí! ¡Está allí! ¡Allí!» Si Frankie no hubiera gritado, no habrían localizado a Thomas.

Apartó la manta de una patada, hacía demasiado calor para dormir, y se encaminó al salón de la casita, levantando las ventanas para aprovechar la brisa nocturna. La luz en lo que debía ser el dormitorio de Emma, un cuadrado amarillo pequeño elevado en la oscuridad de la noche. Frankie se volvió de espaldas a la ventana y encendió el gramófono. No importaba qué disco estuviera puesto; bajó el brazo sobre el disco y apagó su propia luz.

«Pertenece a una Federación de Casandras», había confiado una noche Martha Gellhorn en el Savoy. Y Frankie había mirado a la cara de la mujer mayor y había pensado: «Yo no». La imagen de una Casandra loca y hermosa, deambulando por las calles de Troya, gritando «¡Escuchad! ¡Escuchad!», haciendo sonar el gong, era una advertencia, no una señal. Pero ahora sus propias palabras habían volado, las palabras valientes y orgullosas que creía suyas. Allí estaba, en un porche en un extremo del pueblo, incapaz de hablar, incapaz de hacer nada más que escuchar discos con voces de otras personas, una y otra vez.

La luz de Emma en la casa de al lado se había apagado. Frankie asintió en la casa a oscuras. Incapaz incluso de comunicar la noticia.

Durante los días siguientes, los hábitos de Frankie se refinaron y redujeron al mínimo. Se encontró en el estado ya conocido de temor alterado, como la sensación de antes de salir en antena, las horas del día que se hacían más y más pesadas hasta que podía hablar. No hablaba con nadie. Dormía. Despertaba. Bajaba al pueblo a tomar café, y después, al volver, dudaba ante la verja de la casa de Emma. Muchas mañanas Otto estaba en la escalera, pintando el lado norte de la casa. Por las tardes paseaba, saliendo del pueblo por el negro asfalto y después girando a la izquierda

hacia las olas y los parches de hierba. Y Frankie se adentraba en el hondo silencio de las horas y las dunas, como un ave abandonándose a las corrientes del cielo.

El tiempo contenía su aliento. El mundo era empujado hacia atrás. Como si nada pudiera ocurrir y nada hubiera ocurrido, el tiempo saltaba por encima del momento en que Will había muerto y Thomas había desaparecido y el niño se había alejado de Frankie a través de las verjas; y de alguna manera, en el silencio, Frankie no podía ver su camino hacia atrás... ni hacia delante.

Las puertas mosquiteras en las otras casitas se abrían y cerraban, anuncio y conversación todo en uno para que Frankie supiera cuándo estaba sola y cuándo tenía la compañía de esos desconocidos familiares. Y la luz vespertina enmugrecía el oro de la arena y el sol, de modo que el espíritu de la tierra, aquella oreja retorcida en el puerto, flotaba en perpetua indecisión entre la tierra y el mar. La marea vaciaba y llenaba bajo el amplio tejido de nubes; la bandera de la oficina de correos subía cada mañana exactamente a las siete y media sobre el perfil de los tejados del pueblo, y bajaba cada tarde exactamente a las seis. Apoyada en el espejo de la cómoda, la carta del médico era la primera cosa que veía cada mañana y la última al apagar la luz por la noche.

El cuarto día, Frankie cruzaba hacia las dunas justo cuando Emma subía la calle camino de casa.

—Hola —saludó Frankie, aunque sintió como si la sangre se le hubiera vuelto arena en las venas.

Emma le devolvió el saludo sin mucho entusiasmo.

—He decidido quedarme en el pueblo —explicó Frankie, cruzando la calle entre ellas y parándose, con el corazón en un puño.

Emma asintió.

—Ya me he dado cuenta.

—Espero que no le importe.

—¿Por qué me iba a importar?

Frankie no contestó.

La esposa del médico apoyó la cadera contra la verja cerrada de su casa y la miró atentamente.

—No es tan grande como me la imaginaba.

—¿Ah, no?

Frankie buscó el paquete de tabaco y lo sacudió hacia Emma, ofreciéndole al mismo tiempo el encendedor. Al encenderse la llama, se oyó un breve siseo, y después la agradecida inspiración de Emma.

—En la radio, parece una mujer muy alta. Más alta de lo que es, en fin, y un poco... —Emma sacó el labio hacia fuera— impaciente.

Frankie sonrió.

—¿Pasó miedo allí?

Frankie calló.

—Perdone —dijo Emma—. No pretendía fisgar.

—Por Dios —contestó Frankie débilmente—. Por favor... fisgue cuanto quiera.

—Nunca parecía asustada —musitó Emma.

—¿Cómo parecía?

—No lo sé. Indignada. Y clara. —Emma apartó la cabeza—. Y a veces feliz — siguió con amabilidad—, como mi marido.

Frankie se quedó sin respiración y tuvo que concentrarse en la cara de Emma.

—Feliz.

Tragó saliva.

—Lo siento. —Se ruborizó Emma y abrió la verja—. Siento haberla entretenido. He hablado demasiado.

—No. —Frankie se aclaró la garganta—. Señora Fitch.

Emma se volvió, expectante.

«No quiero más noticias», había dicho. Y, otra vez, mirándola a la cara, Frankie perdió su valor.

—En absoluto. —Consiguió sonreír—. No me ha entretenido en absoluto.

Emma posó la mirada en la sonrisa de Frankie y, tras un minuto, asintió. Después fue lentamente hacia los escalones de su casa.

Con el corazón acelerado, Frankie abrió su puerta mosquitera, fue al dormitorio y se quedó mirando la carta. Se le paralizó la mente, la mente giraba y se paralizaba. Todas las extremidades de su cuerpo se habían vuelto inverosímilmente pesadas. No podía coger la carta. No podía matar al médico. La dejó y fue al salón.

Había fundamentado su carrera en un consejo que Max le había dado al empezar a trabajar: contabas una historia dejando que las cosas pequeñas hablaran. Mirabas directamente las cosas para obtener una imagen, y entonces tenía que seguir mirando para poder comunicarla. En cuanto apartabas la mirada —para hacer una descripción, para cualquier metáfora—, la cosa se desmoronaba, en silencio y por completo, ante ti. Pero ella estaba perdida, en todos los sentidos, con esto. Había pestañado. Había apartado la mirada. Y ahora no tenía ni idea de cómo decir lo que había venido a decir. Si había podido hacer algún bien, ya no lo haría. Hubo un tiempo en que sencillamente podría haber explicado lo ocurrido a Emma, en que podría haberla mirado y darle la carta y cerrar el hueco del tiempo. Will murió, así, y en tal sitio y en tal momento. En cambio allí estaba ella, como un arquero, tensando más y más la cuerda.

¿Un arquero? Frankie sorbió por la nariz. Era una mentirosa.

Se quedó sentada, inmóvil, esperando que su corazón se calmara y las horas pasaran.

En la casita de al lado, alguien puso la radio y el entusiasmo inconfundible de la voz del locutor llenó el ambiente: «Ha sido capturado. ¡Sí, señores! El submarino 570 ha sido capturado. En una misión de rutina al sur de Islandia, el submarino alemán salió a la superficie justo debajo de un bombardero Coastal Command Hudson.

Hemos sabido que el comandante alemán se ha rendido, y que el submarino se dirige hoy rumbo a Islandia».

Apagaron la radio. La puerta se abrió y un hombre en bañador bajó los escalones hacia la arena, con una sombrilla en la mano. El calor zumbaba. Un haz de sol haraganeaba a través de la ventana y se posaba sobre la mesa como un gato. Era una tarde magnífica y calurosa del 28 de agosto.

Frankie miró por la ventana como si pudiera ver algo, algo más que el cielo. El mar. Las proas blancas de los barcos. Era un viaje de tres o cuatro días en barco desde Islandia. Por primera vez, se preguntó si Harry Vale, sentado en lo alto del ayuntamiento, podría tener razón. ¿Los submarinos en el océano podían estar dirigiéndose hacia ellos? La prensa de Estados Unidos no estaba supeditada al gobierno, pero ella sabía lo fácil que era amortiguar la verdad, y hacía tanto tiempo que estaba en el extremo receptor de las noticias que Frankie había olvidado lo que era estar fuera de los rumores, los cuchicheos, las palabras pasadas de un corresponsal a otro. Rumores y cotilleos, la conversación cotidiana de otros periodistas, personas que recogían fragmentos y los transmitían y que, de algún modo, mantenían a raya esa sensación de que algo podía venir de alguna parte, de cualquier dirección. Sin los fragmentos de palabras, sin que los demás también observaran, hablaran, analizaran la guerra, se tenía la sensación de que podía ocurrir cualquier cosa. Podía suceder cualquier cosa.

Era la hora de la siesta en la calle. La hora de la siesta al final del verano. Frankie podía ver los cuerpos tumbados al sol a lo lejos, en la playa del puerto, y el hondo silencio le produjo ganas de apresurarse.

Para cuando llegó al pueblo, sabía lo que quería ver, y al entrar en la sombra del parque, y salir de debajo de los árboles al gran círculo central, sin mirar a la ventana de arriba, de repente quiso que Harry Vale estuviera allí. Quiso que estuviera vigilando.

Empujó la pesada puerta del ayuntamiento y entró en el silencio del linóleo. A la derecha, la puerta de la oficina estaba abierta y de dentro llegaba un débil sonido, como alguien rascando o frotando dos tablones, y cuando dobló por la esquina, la mujer que se limaba las uñas la miró sin perder el hilo, sin que el ruidito de sierra cesara.

—Hola —saludó Frankie—, ¿podría indicarme el camino para subir con los vigías?

La mujer tenía una cara redonda, poco afortunada para una mujer de constitución tan menuda. Dejó la lima.

—¿Y eso qué es?

—Los hombres de la Unidad de Defensa Civil, arriba.

—¿Se refiere a Harry?

Frankie asintió.

—Harry Vale.

La mujer indicó con la barbilla en dirección a la entrada, detrás de Frankie.

—Por la escalera —declaró.

—Gracias —dijo Frankie, volviéndose—. ¿Está arriba ahora?

La mujer miró a Frankie y se encogió elaboradamente de hombros, como si estuviera sentada a una mesa sobre un escenario.

—Si lo supiera —dijo con afectación— estropearía el secreto.

—¿Qué secreto?

—Podría ser alemana —sugirió la mujer, cogiendo la lima otra vez—. Y no quiero revelar nada, ni en un sentido ni en otro.

Sonrió a Frankie.

—Si yo fuera alemana —observó Frankie—, usted estaría muerta.

—Oiga —dijo la mujer, con las mejillas más rojas todavía—. No hace falta ser tan antipática.

«Antipática», pensó Frankie, mientras salía y cruzaba la sala redonda de la entrada hacia la escalera. «Qué sabrás tú.» El silencio de la oficina la siguió. Cuando llegó al pie de la escalera, el limado de uñas había empezado otra vez, y Frankie oyó que se reanudaba el ligero zapateado. Subió la escalera rápidamente, de dos en dos, dando vueltas y vueltas, hacia arriba. Cuando abrió la puerta del último piso, estaba sin aliento.

—Ah, es usted, señorita Bard —dijo Harry Vale, girando en su silla.

Frankie se detuvo en el umbral. Harry Vale estaba sentado en una silla de respaldo recto en el centro de la hilera de tres ventanas, casi en el extremo del desván. El sol de la tarde inundaba la sala y la figura del hombre se perfilaba a contraluz. Tenía unos prismáticos en la mano, que había bajado al verla aparecer; girándose lentamente de espaldas a la ventana, volvió a llevárselos a los ojos. No apoyaba la espalda en la silla, sino que se sentaba un poco inclinado hacia delante como si se estuviera entrenando. La muchacha observó un hornillo Bunsen en un rincón, y al lado un catre con la sábana bien tirante bajo una manta. Y, aunque estuvieran en el desván del ayuntamiento, Frankie tenía la fuerte impresión de que el señor Vale estaba preparado para vivir allí. Tenía la escasa vitalidad de una tienda, todo lo necesario, todo a mano, aunque la ancha habitación se expandiera alrededor de ellos y los tablones vacíos del suelo olieran como el mar.

—¿Puedo? —preguntó mientras se sentaba en una silla al lado de él.

—Por favor —dijo Harry.

Frankie llegó a las ventanas y absorbió el amplio panorama desde el último piso. Todo el puerto, no sólo el centro, se extendía frente a ella, así como la carretera de entrada en el pueblo. Incluso podía ver el risco del tejado de Emma. Desde allí, Harry Vale podía vigilarlos a todos sin los impedimentos de un dios.

—Vaya —comentó—. Menuda vista.

Él asintió, sin dejar de vigilar.

Frankie sacó los cigarrillos del bolsillo. La bandera de la oficina de correos

ondeaba muy por encima de los tejados. Frankie encendió el cigarrillo.

—¿Es verdad que quiere recortar esa asta?

—¿Dónde se ha enterado?

—En la cafetería.

Frankie soltó el humo.

—Nadie vigila esas aguas —dijo Harry lentamente—, y es así como vendrán.

—¿Es lo que dice Defensa Civil?

—Es lo que digo yo.

—¿Qué dice Defensa Civil?

—Estupideces, en mi opinión.

—¿Qué dice? —insistió Frankie.

—Dice que vigilemos el cielo. Defensa quiere vigías del cielo, con los prismáticos apuntando arriba.

—Está muy seguro.

—Dígame usted, señorita Bard —dijo Harry, con tanta amabilidad que le cogió desprevenida—. ¿Por qué combatimos en la Primera Guerra Mundial?

La muchacha se volvió a mirarlo. Él le devolvió la mirada tranquilamente.

—Es verdad —dijo la muchacha.

—Qué demonios —repuso él—, ya estamos otra vez.

—Bueno... no exactamente.

—¿Le parecería bien hablar con Defensa Civil?

—¿Para qué? —Le miró—. A la gente le da igual una mentira que la verdad. Hace años que deberíamos estar allí, pero a nadie le importaba, así que se deshicieron de los informes.

Él gruñó a modo de conformidad y se dirigió hacia las otras ventanas, donde miró a través de los prismáticos. Frankie vio claramente que tenía un programa. Le dieron ganas de llorar. Aquella idea valiente y firme del orden. Ese hombre, levantando el brazo en el mismo ángulo preciso hacia el mar cada vez que se paraba a mirar. Esa mano y esa cabeza trabajando por separado y sin distracción, empeñadas en seguir adelante.

—Permita que le haga una pregunta. ¿Qué esperaba, estando allí?

—Un final.

A Frankie la alivió el cambio de tema.

—¿De la guerra?

—Sí —contestó Frankie, crispada—. Bueno, no. De hecho lo que quería era que empezara.

—¿Y cómo demonios creía que lo conseguiría?

—Cuanto más supiera la gente, cuanto más pudiera ver... ver lo que había que hacer.

—Tonterías. —Sacudió la cabeza sin volverse—. Aquí nadie ve más allá de las fotos, ni de cualquier historia que intente contarles, sobre la guerra... sobre lo que

hay allí.

—¿Qué hay allí?

—Contingencia.

Ella esperó.

—«La extraña aritmética del azar» —recitó él con suavidad—. Wilfred Owen.

Frankie contuvo el aliento con brusquedad.

Harry siguió mirando por los prismáticos.

—Cielo santo.

Frankie se quedó con la mirada fija.

Él se encogió de hombros.

—No podemos cambiar lo que vendrá. Siempre hay algo que viene.

—¿Eso debe servir de consuelo?

Él gruñó y se sentó en la silla.

—Es lo que hay.

El estómago le protuberaba sobre el regazo y el jersey le quedaba muy prieto. Frankie le miró observar, y después se volvió y contempló el agua, que se expandía como una fotografía alejándose del pueblo. Y se sintió curiosamente consolada. Ese hombre hizo volver a Will Fitch, sentado a su lado: «Usted sólo es una voz y un par de manos». Ella se había vuelto a mirar al médico en la oscuridad, para detener la ola de alivio que emanaba de él y se le venía encima, su alivio y su alegría. Ahora estaba en el pueblo de él, sentada tranquilamente. ¿Tendría razón? Salió el primer grupo anunciando la abertura de la noche. Unos colegiales se reunieron a holgazanear frente a la verja de la oficina de correos y uno de ellos lanzó una piedra contra la madera. Y volvió a lanzarla. Y a lanzarla.

Ahora los niños se habían colocado en formación de pelotón de fusilamiento, fingiendo que disparaban contra algo que al principio ella no pudo ver, hasta que se echó un poco hacia delante. Entonces se levantó de golpe sin decir nada a Harry Vale y bajó la escalera corriendo, de dos en dos, con la mano resbalando por la barandilla para mantener el equilibrio. Pasó el segundo piso, y el primero donde el traqueteo de la máquina de escribir cesó y volvió a empezar al pasar ella corriendo y abrir la pesada puerta. Dos de ellos caminaban lentamente detrás de él, siguiendo a Otto por la calle. Frankie cruzó corriendo el parque hacia el resto de niños que todavía estaban de pie con los brazos levantados, apuntando a la espalda del hombre con los dedos.

—¡Maldita sea! —gritó la muchacha—. ¿Se puede saber qué hacéis?

Se quedaron mudos. Los brazos sin fuerzas.

A Frankie le latía el corazón con tanta fuerza que le costaba hablar.

—Malditos niñatos —dijo rabiosa—. Malditos niñatos de mierda.

Miró calle arriba hacia Otto, que se había parado al oír su voz y se había vuelto, viendo por primera vez a los niños que le estaban siguiendo.

—Largaos de aquí —volvió a mirar a los niños— y si vuelvo a veros hacer eso, os denunciaré a la policía.

Uno de los niños sonrió y miró al suelo.

—¿Qué es gracioso?

Frankie era consciente de que Otto se acercaba por detrás.

Otro niño levantó la cabeza.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Mi papá es policía —ululó el primer niño, y todos le siguieron la corriente y rieron, dejando a Frankie paralizada por la rabia.

Otto se paró frente a ella.

Frankie lo miró.

—¿Estás bien?

Él se encogió de hombros.

Beth Alden, la hija del tendero, había salido del mercado y estaba de pie en el umbral, observándolos.

—Otto —susurró Frankie—, ¿por qué no se lo dices?

—¿Qué debería decirles? —comentó él con calma.

—Que eres judío. —Frankie intentó mantener la calma—. Que tu esposa sigue allí.

Él levantó la cabeza y miró hacia el mercado.

—Otto —insistió ella.

Él sacudió la cabeza.

—No pienso decir nunca más nada a nadie.

—Pero la gente no lo entiende. No entiende quién eres.

Otto miró a Frankie a los ojos. Le latía el corazón muy deprisa. La miró largo rato.

—¿Y? —Sólo levantó un poco la voz, pero la furia repicaba—. ¿Decir? ¿A quién debería decírselo? ¿Cómo? ¿Debo hacer un discurso en el parque? —Señaló el parque del pueblo con un dedo—. ¿Subirme a una tarima? Decirles a todos: *Ich bin Jude!*

—¡De acuerdo! —exclamó ella, pero él se apartó de la mano que ella le tendía.

Dio la vuelta y se puso a caminar con rapidez, sin correr, hacia las afueras del pueblo. Ella se quedó mirando la calle, hasta que él se detuvo por fin y se volvió. Se detuvo, la miró y después siguió caminando.

Frankie pestañeó, como si hubiera salido de un trance.

—Señorita Bard —la cartera había salido de la sombra del porche—, tiene correo.

—¿Lo ha visto?

Frankie la miró.

—¿Qué?

Frankie estaba tan enfadada que no podía hablar. Caminó hacia los escalones de la oficina de correos.

—A esos niños —dijo rabiosa—. Unos niños fingían disparar al señor Schilling por la espalda.

—No. —Iris sacudió la cabeza—. No lo he visto.

Las pesadas puertas se cerraron con un golpe seco detrás de Iris, que desapareció dentro.

—Por Dios. —Frankie apoyó una mano en la barandilla sólo para sujetarse un minuto. Distinguió a Otto doblando por la esquina al final de la manzana y entrando en el garaje—. Dios todopoderoso —musitó Frankie.

Cuando Frankie abrió la puerta y entró en el vestíbulo vacío, la cartera estaba tras la ventanilla. Desde la puerta, Frankie observó cómo estampaba el matasellos en tres cartas seguidas con un golpe seco, después se giraba y lanzaba lo que había sellado detrás de ella con unos giros impacientes de la muñeca. Tranquila, eficiente, absorta en su trabajo, la cartera estaba al mando. Frankie siguió los sobres volando en silencio sobre el hombro de Iris hacia las sacas.

—¿Alguna vez no acierta?

—Jamás.

Iris no levantó la cabeza.

—¿Ni una sola vez? No es posible.

—Claro que sí. Fíjese en Joe DiMaggio.

Entonces la miró y sonrió. Frankie se acercó.

—Pero, a veces —concedió la cartera—, sí pienso en las cartas que se pierden. Me pregunto si deberían... si yo debería dejarlas donde caen.

—Bromea.

—No —contestó Iris calmadamente, abriendo el cajón de los sellos.

—¿Alguna vez lo ha hecho? —insistió Frankie—. Dejar que una carta...

—Jamás.

Iris cerró el cajón de golpe, pero Frankie vio que el pensamiento se le había pasado por la cabeza, aunque fuera fugazmente.

—¿Cómo llegó a ser cartera, si me permite la pregunta?

—Pasé el examen.

—¿De qué examen se trata?

—Del examen de jefe de oficina de correos.

Frankie asintió.

—Sumas y restas —siguió Iris.

Estaba esquivando la pregunta. No se llega a ser cartera sólo sabiendo matemáticas, Frankie estaba segura de eso.

—¿Le gusta el puesto?

—¿Me está entrevistando? —replicó la señorita James.

Frankie negó con la cabeza.

—Sólo siento curiosidad.

—Sí. —Iris la miró atentamente—. Me gusta asegurarme de que todo sigue su curso. Me gusta que las cosas estén en su sitio.

—Pero esto es algo más que mantener las cosas en marcha, ¿no? Todo el pueblo gira en torno a este sitio. Usted sujeta todos los hilos en sus dedos, como un gigantesco juego de la cuna.

—Eso es lo que creen ellos —contestó Iris tranquilamente.

—¿Quiénes?

Iris indicó el pueblo con la barbilla.

—A ellos les gusta pensar que lo controlo todo desde aquí, que porque veo lo que les llega, de alguna manera estoy en condiciones de cambiar las cosas. De hacer que ocurran cosas.

—Puede que sólo esperen que esté atenta.

—¿Que esté atenta a qué?

—Que vigile. —Frankie se encogió de hombros—. Que les vigile.

La señorita James arqueó una ceja y entró en la sala de clasificación. Frankie esperó a que saliera.

—¿Está atenta? —preguntó Frankie.

—¿Disculpe?

Frankie cambió de táctica, un poco avergonzada por la melancolía que había detectado en la voz de la mujer.

—Bueno, piense en la cantidad de secretos que tiene en sus manos.

—Yo no tengo absolutamente nada en las manos aparte del correo —contestó Iris, dejando un grueso fajo de periódicos y una carta delante de Frankie.

—Pero piénselo bien. Algo podría desviarse, o pararse, y sería su mano la que lo arreglaría, su mano la que haría que la historia siguiera adelante. Es como un buen narrador. —Frankie calló, notando que Iris se ruborizaba—. Incluso el autor. Podría escoger quién recibe el correo y quién...

—Aunque pudiera, no lo haría, señorita Bard. —Iris la interrumpió. ¿Qué quería la periodista? ¿Por qué estaba aquí insistiendo con sus preguntas?—. Va en contra de todos mis principios.

Frankie le sostuvo la mirada.

—¿Como cuáles?

—Orden —contestó Iris—. Calma. Cada cosa en su sitio.

—Suenan bien. —Frankie se apoyó en el mostrador—. Suenan de maravilla.

—No hay nada maravilloso en ello. —La señorita James levantó la cabeza y miró fijamente a Frankie—. Y podría ahorrarse ese tono petulante.

La cartera miró a Frankie, impasible y alerta como una Madonna en una pared. Sin más ni más, Frankie sintió que se le formaban lágrimas en el pecho.

—Señorita James...

—Cuando una persona escribe una carta, coge un bolígrafo en la mano y escribe lo que necesita en una página. Lo mete en un sobre. Le pone un sello. Y me lo trae. —Frankie arqueó las cejas, pero Iris siguió, sin prestarle atención—. Me da la carta y yo la envío. La meto en la saca de correos. El señor Flores se la lleva a Boston. Allí se clasifican las cartas y se mandan por todo el país, por todo el mundo. Esa carta. En esa carta es en lo que se basa todo.

—¿Qué es todo?

—Todo. —Iris se calmó; después del esfuerzo de dar esa explicación en voz alta estaba sin respiración—. Existe un orden subyacente, un orden y una razón, y cada

carta mandada, cada maldita carta mandada y recibida, lo demuestra. Algo empieza, algo termina. Algo se manda, algo llega. Cada día. Cada hora. Mientras existan las cartas...

—Tonterías —intervino Frankie con brusquedad—. Es usted, señorita James, no un orden más elevado, no una razón extraña. Somos nosotros, aquí abajo, haciendo nuestro trabajo.

—No puede creer eso. —Iris se mostraba lacónica—. No creo que lo diga en serio.

—No tiene ni idea de lo que yo creo.

Iris se dio la vuelta y señaló la radio negra en el estante, sobre las sacas de correo.

—El mes pasado la escuché hablando de eso, diciéndome que prestara atención. Estaba aquí y oí su voz desde allí y nos decía que lo que teníamos que hacer, ante lo que estaba sucediendo, era prestar atención.

—Entendido.

Frankie tragó saliva.

—¿Y para qué demonios prestamos atención? ¿Para qué deberíamos estar atentos?

Frankie contuvo la respiración.

—Aquí no es diferente. Hay que vigilar. Prestar atención todo el tiempo y después hacer sonar la alarma.

—¿Prestar atención a qué?

—Errores —respondió Iris rápidamente—. Averías. En la maquinaria.

—¿Maquinaria?

Iris escrutó a la periodista.

—¿Recuerda la historia de Teseo?

—¿Teseo? —Eso pilló totalmente por sorpresa a Frankie—. ¿El héroe griego?

Iris asintió. Quería aplastar a la mujer que tenía delante de algún modo, hacer que comprendiera. Para que se llevara sus preguntas pesadas y provocadoras a otra parte.

—Siga.

Frankie soltó un bufido.

—Cuando Teseo se hizo a la mar, prometió a su padre que, si estaba vivo, regresaría con velas blancas. Y cada día, todos los años que su hijo estuvo fuera, el rey trepó al acantilado para ver llegar las velas y no vio nada. Cada día del mundo durante años.

Calló, sin mirar a Frankie. Le habían contado esa historia hacía años, en la escuela, y era lo peor que había oído.

—Entonces, un día, vio las velas. Acercándose por el horizonte. Unas velas a la vista, tras años de espera. Años.

Frankie esperó.

—Pero las velas eran negras. Negras de duelo. Así que el padre, el rey, saltó del acantilado para encontrar la muerte en las rocas de abajo, mientras su hijo navegaba

triunfante hacia él. Había olvidado su promesa. —Iris se ruborizó—. ¿Por qué nadie de los que estaban en el barco miró hacia arriba y se dio cuenta del error? Teseo podría haberlo arreglado. Si lo hubiera sabido.

Frankie sostuvo la mirada de la cartera, mientras una idea se introducía lentamente en su cerebro.

—Jamás he superado el desperdicio de ese accidente —dijo Iris bajito.

—Pero la historia lo sabía.

—¿Disculpe?

—La historia —Frankie asintió, todavía no del todo segura de lo que estaba diciendo— lo sabía. La historia no tendría ninguna gracia sin el error. Si Teseo hubiera recordado cambiar las velas, no se habría contado la historia. La historia habría acabado, como todas, con el regreso triunfal del héroe. Pero ese error es el que hizo la historia. Ese error es la historia. Por eso la cuentan.

Iris la miró fijamente.

—No puede ser tan fría.

—Es un mito, señorita James —siguió Frankie, agotada—. Se cometen errores constantemente.

—¿Se cree que no lo sé? —Iris se volvió, con voz temblorosa, y señaló la sala de clasificación—. Cada minuto, cada segundo de cada minuto —se corrigió—, existe la posibilidad de que algo salga mal.

—Pero no por su culpa, ¿se trata de eso?

—Sí. Las cosas se hacen mal todo el tiempo, pero yo las detecto. Y cuando lo hago —Iris se echó más adelante sobre el mostrador—, cuando lo hago, señorita Bard, me doy cuenta de que se me ha permitido detectarlos. Cada error, cada accidente, cada pedacito de azar detenido, es una mirada a Dios. Es Dios que nos mira.

—Claro —dijo Frankie, recogiendo los periódicos, con las mejillas encendidas.

Estaba casi en la puerta. Algo suelto que la había estado fastidiando en el fondo de su cabeza se materializó. Hablar estaba bien. Hablar era gratis, no, aquí, a millones de kilómetros de donde Will Fitch había sido atropellado por un taxi, donde Thomas había sido abatido delante de ella, donde cada día morían personas, personas reales a las que les arrancaban la vida, sus cuerpos hechos pedazos, disparados y abandonados a su suerte. Se volvió.

—Escúcheme —empezó Frankie—. Hace unos meses, estaba sentada en un banco con una madre y su bebé. Era un día precioso de primavera. Había un perro. «Perro», dijo el bebé a su madre...

—Señorita Bard... —interrumpió Iris.

Pero Frankie siguió hablando y mirando a Iris, desafiándola a hacerla callar.

—«Sí, señor», dijo la madre. «Perro», dijo el niño otra vez. Ella asintió. «Vamos, pues.» «Vamos», dijo el niño. «Bien», dijo la madre. «Vamos», dijo el niño sonriendo y entonces sonaron las sirenas y todos miramos hacia el cielo. Era de día. Era

mediodía. Estaban bombardeando a mediodía, pensé que tenía que haber algún error.

—¡Señorita Bard!

Era intolerable. ¿Es que la periodista creía que Iris no estaba enterada del horror? ¿De la angustia?

—Tuve esa sensación —siguió Frankie—, y entonces eché a correr hacia delante, no recuerdo haber visto nada, por lo que yo recuerdo podría haber corrido con los ojos cerrados, como un topo avanzando con el hocico por delante hacia un recuerdo tenue de una abertura por la que había pasado al entrar en el parque: ¿un sótano?, ¿el metro? Y me lancé al agujero justo cuando el edificio del lado del parque donde estábamos todos se derrumbó con un estruendo tremendo. El ruido y el ruido de después, el mortero, el yeso y el cristal levantado por los aires, cayendo al suelo por todas partes, con golpes secos y hecho añicos. Después vinieron los gritos. Subí los escalones del sótano y el polvo blanco del edificio caía en cascada, como una nevada. Oí a personas que gritaban. Alguien abrió una puerta. Alguien gritó. Oí la lluvia constante del polvo.

»Y a través de ella, hacia mí, alguien caminaba a paso regular, como si viniera caminando desde Escocia, y caminaba bajo el bombardeo e iba a seguir caminando. Eso es lo que recuerdo haber pensado, que por la forma como caminaba, parecía inmortal. Entonces vi que era la madre del parque, con su hijo bien apretado en los brazos. Le susurraba algo al oído mientras caminaba entre personas que se levantaban lentamente, susurrando y susurrando, y el niño la miraba a la cara, y su sangre se derramaba por la falda y la blusa de la madre. “Cariño, cariño, cariño”, decía ella al oído del niño.

La cartera pegó un manotazo con ambas manos sobre el mostrador, con tanta fuerza que Frankie sintió que la madera saltaba.

—¡Basta! —gritó Iris con brusquedad—. ¡Basta! A la mierda. ¿Por qué no puede parar?

Frankie pestañeó, y su boca se cerró. Sus ojos redondos vagaron y parecieron detenerse en el calendario de detrás de la cabeza de la señorita James, como si estuviera buscando su camino con cautela, poco a poco, piedra a piedra, a través de un riachuelo.

—Porque sucedió —dijo, y lo más parsimoniosamente que pudo, cruzó el vestíbulo y la puerta.

La puerta se cerró con un golpe detrás de la mujer, e Iris se quedó varios minutos donde estaba. Se quedó quieta y con los ojos cerrados. Poco a poco, los sonidos resurgieron y olió la sal en la brisa, que había cambiado. Se quedó allí, muy quieta, esperando que su corazón se normalizara, esperando que la imagen que la otra mujer había dibujado y sacudido frente a ella se desvaneciera.

Porque Iris lo había visto, había visto la cara de la madre, los ojos buscando ayuda frenéticamente mientras caminaba, susurrando al pequeño oído moribundo. «Cariño, cariño, cariño.» Iris se tapó la boca. Los había visto tan claramente en las

olas de la voz de la mujer. Aquella misma voz que había escuchado en la radio y había apagado cuando resultaba ser demasiado. El reloj volvió a sonar. El tap tap de los tacones de alguien. El viento otra vez. Iris se volvió hacia la sala de clasificación. Dos sacas de correo esperaban donde Flores las había dejado. El hervidor estaba en el hornillo. La persiana estaba subida antes de que entrara la luz cegadora de la tarde.

Pero también estaba ella, guardándose furtivamente una carta en el bolsillo. Ella se había sentado en la mesa de la sala del fondo y había estafado al tiempo. Prestar atención. Todas las palabras que había disparado contra la periodista las creía hasta el fondo de su corazón. Y, sin embargo, había sacado una carta de la maquinaria que tan orgullosamente atendía. La historia lo sabía. Iris miró el cajón de los sellos. «¿Por qué ninguno de los marineros de Teseo se dio cuenta del error y avisó al capitán?», había preguntado a su profesor, angustiada. «Ésta es la lástima de la historia», había contestado con amabilidad el profesor. «No lo hicieron. Y el destino hizo que el padre lo viera.» «Pero ¿quién es el destino?», había insistido la pequeña Iris, pero su profesor no llegó a contestar.

Como una línea trazada a lápiz entre el comienzo y el final del comienzo, el 11 de septiembre, Roosevelt anunció que la Marina de Estados Unidos escoltaría a los convoyes de barcos comerciales norteamericanos a través del Atlántico, y abriría fuego contra cualquier invasor alemán que avistara. Ahora los submarinos alemanes, que navegaban en manadas, tropezarían de narices con la Marina. Y Rusia, bendita sea, se negaba a caer. «Cuando ves una serpiente cascabel preparada para atacar, no esperas a que lo haga para aplastarla», había advertido Roosevelt.

Los veraneantes subieron a sus coches y volvieron en una larga caravana a Boston y a Nueva York. Los niños se pusieron los calcetines y regresaron a la escuela. Los cantantes, los vendedores de baratijas y los propietarios de cafeterías fueron a la playa y se echaron a dormir aprovechando los últimos rayos de sol. Las vacaciones habían terminado a pesar de que el cielo siguiera brillando. Sin turistas, con los bolsillos más llenos, el próximo invierno se pasaría bien gracias a las ganancias de uno de los mejores veranos que había vivido Franklin desde la Depresión. Y el inspector de la oficina de correos había denegado la petición de Harry Vale, así que la bandera de correos agitándose muy por encima del pueblo parecía sacar la lengua a los alemanes, saludar a esos barcos con la alegría de una niña. El pueblo se había replegado sobre sí mismo como un hueso pelado en la arena, y la periodista se quedó.

—¿Tú qué crees que hace aquí?

—¿Quién?

—La chica de la radio.

Iris señaló con el cigarrillo en dirección a la casita de Frankie, donde la bicicleta de la muchacha estaba apoyada contra la pared de atrás. Harry se dio la vuelta en la silla y miró a través de los jardines de las tres casitas que los separaban.

—Descansar. Es lo que ella dice.

Iris asintió, poco convencida.

—Debe de ser duro ser corresponsal de guerra sin una guerra.

—Creo que ha dimitido.

Iris negó con la cabeza.

—Ésa seguro que no.

Harry arqueó las cejas.

—¿Cómo sabes tantas cosas de ella?

—No las sé. No sé nada, eso es lo que me preocupa.

—Está traumatizada por la guerra —dijo Harry.

Iris le miró frunciendo el ceño.

—Iris. —Harry le cogió la mano—. ¿Qué podría haber venido a hacer aparte de lo que dice?

Iris se levantó de la silla, bajó los escalones, y al final del diminuto jardín se detuvo junto a las esmirriadas rosas de playa, frente al mar. Frankie Bard era una

mensajera. Ocultaba algo. De eso estaba segura.

Visto desde arriba, pensó Frankie, dejando que la puerta se cerrara, sería imposible saber si esa mujer que salía a pasear cada día, vacilaba un momento ante la verja de la casa de los Fitch, y seguía hacia las dunas, tenía algún objetivo en el mundo que no fuera mantener esa pauta de dormir, comer, despertarse y pasear.

La tarde había ascendido en la bóveda del cielo y se había quedado allí, el aire era claro y cristalino, los azules del agua y el cielo jugaban entre ellos, reflejándose y resistiéndose como hermanas. Había tomado el sendero que conducía a través de un bosquecillo de hayas entre las dunas, por detrás del pueblo, y el sol penetraba a través de la blusa de Frankie como si sintiera curiosidad. Había alguien delante de ella en el hueco curvo que formaban los árboles torcidos; vio que era Emma, caminando sin ningún interés en lo que hacía, como si alguien le hubiera dicho que sería bueno para ella, y ella obedeciera.

Al poco rato, Emma se volvió.

—Oh —dijo, poniendo algo de entusiasmo en su voz—. Hola.

—Hola —contestó Frankie y se puso a su lado—. ¿Cómo va todo?

—Bastante bien —dijo Emma, con los ojos fijos delante.

—Eso no suena demasiado bien.

Emma no contestó.

—¿Puedo acompañarla un rato?

La silueta pardusca de las dunas apareció al fondo del túnel de árboles. Hacía calor, y caminaron lentamente en fila india durante veinte minutos, Frankie detrás de Emma, a través de las colinas de dunas, hacia el mar. Cuando llegaron al borde de la duna, Emma se deslizó pesadamente duna abajo hacia la playa, resbalando y patinando por la arena, donde se tumbó. Frankie la siguió y se quedó de pie al lado de Emma, que estaba echada con los brazos extendidos a cada lado.

—Vamos —dijo, mirando a Frankie de pie sobre ella—. Túmbese.

—¿En la arena?

—Sí. —Emma sonrió por primera vez—. Échese. Si no no podrá oír las olas.

—Las oigo la mar de bien.

—Échese —insistió Emma y cerró los ojos.

Frankie se quedó de pie un rato más, pero después, sin mirar a la mujer embarazada tumbada sobre la arena, se puso en cuclillas, cayó de rodillas y bajó las nalgas. Después estiró las piernas, manteniéndolas juntas y se echó de espaldas. Cerró los ojos. Inmediatamente, sintió el viento cambiar sobre ella, fluyendo por encima más que sobre sus hombros y espalda. La hizo sentir bienvenida.

El mar seguía rodando y rompiendo. El viento le rozaba la piel, la fría arena le pinchaba la parte interna de las rodillas, la respiración de Emma ascendía y descendía a su lado. Frankie permaneció así, la marea haraganeando arriba y abajo. La ligera

brisa cambiaba y rozaba.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Emma por fin.

—Adelante.

—Ese niño al que acompañó a casa una noche después del bombardeo...

—Billy.

Frankie la miró.

—El niño que perdió a su madre. Dijo que había caído de rodillas al darse cuenta de que ella había muerto.

—Sí.

—¿Y entonces qué? —Emma esperó—. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé.

Emma siguió tranquilamente.

—¿No estaba preocupada? ¿No quería saber si estaba bien?

—Claro. Por supuesto. —Frankie suspiró—. Pero no volví a verle.

Emma no contestó enseguida.

—Así que sólo podía ver lo que sucedía en pedazos.

—¿Comparado con qué?

—Con verlo todo junto. —Y se puso a hablar casi como para sí misma, como si Frankie no estuviera—. Hay señales todo el tiempo. Cosas que se repiten, cosas que se sobreponen. Cosas que no puedes explicar, pero que están relacionadas. —Emma se sentó—. Que Maggie Winthrop muriera de aquella manera, por ejemplo, y que Will lo tomara como si fuera una señal de que debía ir a Inglaterra. Porque ella ya estaba enferma, tenía que estarlo... —Emma calló, recordando que Frankie estaba delante—. Y ahora ninguno de los dos está y yo estoy embarazada. Existe una línea entre ellos, y últimamente me ha dado por pensar que debería entenderlo. Los dos se han ido. Lo uno llevó a lo otro, y algo más lleva fuera de esto. Oh, Dios, qué cansada estoy —suspiró.

No había hablado de la señal real, de la señal clara que había llegado el mes pasado en forma de unos pantalones de peto.

—Oiga. —Frankie tocó la mano de Emma—. Allí todo sucede muy deprisa: estás en un bar, después estás fuera y otra vez dentro y hay un niño y le acompañas a casa y después estás en la tuya. Y no hay una línea divisoria entre estas cosas.

—Pero si la hay, usted tiene que verla. —Emma meneó la cabeza—. ¿Y todas esas personas?

—¿Qué personas?

—Oigo sus voces a veces, por la noche, procedentes de su casa. Otto dice que son personas de Francia.

—Sí.

—Las trajo aquí y se las hizo escuchar a Otto.

Frankie la miró, indefensa ante la lógica de Emma.

—¿Quién más aparte de Otto necesitaba oír esas voces en este pueblo? —

preguntó Emma con amabilidad—. Dígamelo.

Frankie sacudió la cabeza.

—¿Qué va a hacer con todas esas grabaciones? —preguntó Emma.

Frankie volvió la cabeza.

—Todas esas personas.

—No lo sé —respondió Frankie en voz baja.

—Debe soltarlas —dijo Emma—. Debe dejar que las oigan los demás.

—¿Sí? —preguntó Frankie en tono desafiante—. ¿Por qué? ¿Quién más quiere oírlas en el pueblo?

Emma se tomó un largo rato para contestar. Frankie esperó, con los ojos fijos en la ventana de Will.

—Escuche. —Emma la miró, pero desvió la cabeza—. No sé nada de lo que hace, señorita Bard. Pero sé que me contó una historia sobre un niño que no he podido quitarme de la cabeza.

—De acuerdo.

Frankie observaba atentamente a Emma.

—Hizo que la guerra cobrara vida.

Frankie se echó otra vez sobre la arena.

—Él estaba vivo, porque usted era tan... —Emma buscó las palabras—... desgarradora. Su voz era muy triste.

Frankie miró directamente a la azul y vertiginosa bóveda de cielo.

—Esas personas de los trenes hablaron con usted. —Emma calló—. Debieron decirle sus nombres y responder a sus preguntas porque querían que usted hiciera algo, que las transmitiera o lo que sea.

Frankie se levantó sin decir palabra y se dirigió hacia el agua, deteniéndose con las puntas de los dedos en el borde del agua, y durante un medio minuto absurdo Emma creyó que iba a bañarse; en cambio, Frankie abrió la boca y lo que salió de su cuerpo fue un grito sin palabras. De dolor o de rabia, quién sabe.

Emma volvió a echarse y cerró los ojos, con el corazón retumbante, un sonido que resonaba en sus oídos. Penetrante. Eso era lo que era. «Y el niño cayó de rodillas.» Había un país de afligidos, un país de enfermos, inimaginable para los sanos, y Emma supo que era allí donde iba. Su corazón golpeaba violentamente contra su caja torácica, y después ya no era su corazón, era el bebé el que golpeaba violentamente contra ella.

Rodó de lado para amortiguar las patadas del bebé y la arena en la mejilla y la sal le evocaron la mañana de dos días antes de que Will se marchara cuando habían ido allí «para poder hacer ruido», había susurrado él; y sus labios en los de ella eran cálidos y su toque abrió los labios de ella bajo los de Will y sintió esa abertura en todo el cuerpo. Había sonreído contra la boca de Will y había soltado las amarras, dejándose llevar por la marea hacia la arena, sintiendo cómo se movía y moldeaba alrededor de ella, apartando el frío con el abrigo de franela. Detrás del horizonte de la

cabeza de Will, el cielo matutino se arqueaba sobre ella y su deslumbrante azul le sostenía la mirada. Y cuando se hundió dentro de ella gimiendo, Emma se imaginó a Dios mirando y sonriendo por el nacimiento que habían creado, tocando un ritmo frenético que se elevaba en el aire.

Cuando se sentó, Frankie no estaba a la vista. Era el momento álgido de la tarde y el cielo ya se ladeaba hacia el crepúsculo y los chichicuilotos se habían vuelto descarados de nuevo y daban brincos en la amplia playa que se extendía al lado de ella. La marea avanzaba y la ola que venía le recordó la mano de un gigante, los nudillos blancos de la marea tamborileando, los dedos repiqueteando, repiqueteando y retrocediendo.

Más allá de donde rompían las olas, el perfil gris de un barco de guerra superpuesto por el punto más elegante y pequeño de un crucero. En algún lugar, mucho más lejos de estos dos, sabía que varias embarcaciones más rodaban y giraban, practicando maniobras. El crucero se apartó del casco del barco de guerra y la pluma blanca de su estela se le apareció sombría como el corte de un cuchillo sobre el agua azul. Se dio la vuelta y vio a Frankie sentada en lo alto del sendero de dunas, mirando hacia ella. La cúpula de luz y el arco del cielo se cernía sobre sus cabezas; pasó un mirón. Frankie se levantó, y su cuerpo se alzó como un poste indicador en un cruce en medio del desierto. Aquí, decía el cuerpo de la periodista al cielo, al mar, a la mujer por debajo de ella en la arena, aquí.

—Vamos —dijo Frankie gesticulando.

Subir a lo alto de la duna era como subir por una cascada, hundirte en la arena que se escurría de debajo de tus pies. Justo en el borde, Emma levantó la cabeza y fue como si emergiera de un hoyo al cielo.

Dieron dos pasos por las dunas y el sonido de la marea se esfumó de inmediato, dando paso al zumbido de los camiones y el tren que llegaba a las vías del puerto. Cuando alcanzaron el risco medio de las dunas, vieron ambas franjas de agua, delante y detrás, el mar azul más allá del triángulo de casas y ahí, avanzando por la llanura de arena.

A Emma le habría gustado decirle algo a Frankie, algo grande para que viera que comprendía el grito que había soltado al agua. Algo, lo que fuera. También le habría gustado tocarla, con suavidad, pero no lo hizo. Caminó a su lado, en silencio.

Desde el sendero de dunas, salieron a la carretera del pueblo justo antes del ocaso, y las ventanas y las puertas de cristal reflejaban la luz menguante. Sus ojos captaron la hilera de casitas en el extremo de la carretera y después, por afinidad, su propio tejado.

—Espere —dijo.

Frankie se irguió y se dio la vuelta. Emma miraba hacia su casa, donde Harry e Iris estaban en el porche, esperándola.

Si no seguía caminando, pensó Emma, si se daba la vuelta y se escondía en las dunas, si retrocedía todo el camino sobre la arena hasta el borde del agua y empezaba

a nadar, podía nadar hasta él y lo encontraría y haría que lo que venían a decirle no fuera verdad.

—La tengo —prometió Frankie, y cogió la mano de Emma entre las suyas.

Todos habían sido muy amables con ella. Frankie, la señorita James y Harry. Al subir los tres escalones del porche donde la esperaban con la noticia, había tropezado, y Harry había corrido hacia ella. «Vamos —había susurrado—, vamos, cógete a mí.» Y ella le había mirado a la cara y lo había sabido. Estaba tan cansada. Pero olía a grasa de eje y a Old Spice y a piel, y ella levantó los brazos y se dejó llevar en brazos a la casa, como una niña. Él la dejó en el sofá, llamándola querida, y la tapó con una manta, cariñoso como una madre.

Había llegado un telegrama. Había habido una confusión. El doctor Fitch había sido atropellado por un taxi el 18 de mayo y fue enterrado en el cementerio de Brompton el 28. Su más sentido pésame. Y entonces la señorita James había dejado la carta en manos de Emma.

—El doctor Fitch quería que te lo diera... —Iris se ruborizó— si moría.

Emma se sentó en el sofá entre Harry e Iris y miró el sobre. «Emma», decía. Como si estuviera en la otra habitación, llamándola. «Emma.»

Frankie quería ponerse de pie, pero temía hacerlo por si Iris también se levantaba y se marchaba. Emma rasgó el sobre y sacó la carta.

Frankie se quedó sin respiración, se levantó y fue ciegamente por el pasillo donde las luces del rompeolas parpadeaban a través de la ventana de la cocina, muy lejos del agua agitada. Caminó hasta la ventana y miró, con la mente atascada, su mente giraba y se atascaba. Frankie se apoyó en el sobre y tiró del cordón de la lámpara de la cocina. Llenó el hervidor y lo puso al fuego. No había tabaco, y a Emma le quedaba poco té. Echó el último en el fondo de la tetera de porcelana. La luz de la nevera formaba una cuña sobre el linóleo. Sacó la botella de leche y echó un poco en una jarra, sosteniendo la puerta de la nevera abierta con la cadera, después la empujó y cerró el mango con un golpe seco. Cuando el hervidor silbó, echó el agua y volvió al salón con los útiles del té. Los tres seguían en el sofá, aunque Emma tenía el pañuelo de Harry en la mano.

Iris buscó la lámpara y la encendió. Frankie se sentó junto a la mesa y sirvió la leche en el fondo de la taza y después sostuvo el colador de plata sobre el borde y levantó la tetera y sirvió. El vapor le llegó a la barbilla, humedeciéndola. Sentía la mirada de Emma sobre ella.

Emma alargó la carta hacia Frankie.

—Lea.

—No puedo leer su carta.

A Frankie le temblaba la voz.

—Por favor.

Emma insistió y Frankie la cogió.

«Mi amor —empezaba—, si tienes esta carta en la mano, ya no podré volver a cogerte la mano.»

Frankie cerró los ojos y bajó la carta.

—¿Ya ha acabado?

—No puedo.

—Por favor, señorita Bard. —La voz de Emma era ahogada—. Es él, ahí... en esa página. Quiero que le vea.

3 de enero de 1941

Mi amor:

Si tienes esta carta en la mano, ya no podré volver a coger tu mano. Y la mera idea es inimaginable, imposible, porque eres muy real. Y porque yo lo soy. Aquí está mi mano sujetando la página, aquí está la otra mano, escribiendo.

Podría decir que poniendo un pie delante de otro he llegado hasta aquí, pero sería una mentira. Si existe un plan, es el que ponemos en movimiento; alargamos las manos, cogemos algo, y eso hace que la bola empiece a rodar en silencio hacia lo que sucederá. Mi padre dejó su espada y su escudo, Emma, sencillamente se rindió, y no puedo decir por qué. Yo los recogí. Y seguí adelante. Me fui de Franklin, fui a la universidad, me hice médico, y entonces una tarde de invierno, entré en esa habitación donde estabas tú. Oh, mi amor, nada ha sido más dulce en mi vida que amarte, pero me voy. Y no puedo decir por qué.

En los cuentos de hadas, querida mía, los muertos velan por los vivos. Pero, ahora mismo, estás leyendo lo que he escrito y por lo tanto estamos juntos, aquí. No es un cuento. Estoy aquí, mi pluma rasca el papel con tu nombre, Emma Emma Emma. Cuánto, cuánto te he querido, Emma. Eras mi hogar.

Pero esto es lo que quiero decir... mira hacia arriba, ahora. Aparta los ojos de esta página y mira hacia arriba. La señorita James, creo, estará a tu lado. Te dará esta carta y, por lo que sé, esperará contigo a que la leas. Esperará. Te vigilará. Y otros también lo harán. No estás sola. Todos estamos a tu lado, muertos y vivos.

Mira hacia arriba.

WILL

Frankie se estremeció.

«No volveré a casa», había dicho él, justo después de mirar a Frankie y decir: «Todo tiene sentido».

Cuando miró hacia arriba, Emma la estaba mirando y sonriendo. Y fue con un gran alivio que Frankie se dio cuenta de que nunca se lo diría. Nunca le daría la carta que había llevado para Emma. La había llevado hasta allí, y se la llevaría de allí. La noticia había llegado. Will Fitch estaba muerto. Iris había dado a Emma esta última carta, la carta que él quería que leyera cuando muriera. Frankie no tenía nada que añadir más que la felicidad de Will aquella noche a su lado en la oscuridad, y no lo comunicaría. Cruzó la habitación, se sentó al lado de la mujer menuda en el sillón, la rodeó con sus brazos y la abrazó.

Y la semilla que se había aposentado en el corazón de Frankie todo aquel tiempo se abrió. Pétalo blanco tras pétalo blanco se abrió lentamente desde su corazón y empezó a ascender y a salir hacia fuera. Hay historias que no se cuentan. Hay historias que te las quedas para ti. Quedarte mirando y retenerlas en tus brazos no era cobardía. Mirar directamente a la bestia y sentir su aliento en tu costado y no volverte... se podía cargar así con el mundo.

Se quedaron sentados los cuatro un rato más, antes de que Harry se levantara lentamente. Era jueves. La tarde llegaba a su fin. Había llegado el momento de cumplir con la otra parte del día.

Y aunque supiera que Harry bajaría por la colina para ocupar su puesto de vigilancia, y que le vería más tarde, Iris no quería que se fuera; quería que se quedara un poco más y que después fuera con ella y se sentara en la sala trasera de la oficina de correos, y cuando fuera la hora de cerrar, bajara la bandera y la acompañara a casa. Le quería cerca y lo siguió al porche de Emma.

Él se había vuelto al pie de los escalones y la miraba, y ella le sonrió y asintió ligeramente, sintiéndose tímida por las mujeres que estaban en silencio en la habitación, detrás de ella.

Todo lo que él amaba en este mundo estaba frente a él. Y al mirarla, la palabra «siempre» le vino a la cabeza y se quedó.

—Nos vemos esta noche —gritó al abrir la puerta de la camioneta para marcharse.

Eran las cinco y media de un jueves. Al otro lado del parque, las luces de la tienda de Alden estaban encendidas y a lo largo de la calle, con las persianas echadas sobre las ventanas, las franjas amarillas brillaban entre los listones. Harry subió la escalera del ayuntamiento con rapidez, sin pensar, impulsando el cuerpo hacia arriba como si fuera a encontrarse con alguien. Una vez arriba, se detuvo, jadeante. La campana tocó la media por encima de su cabeza, y mientras el clamor se apagaba, Harry cerró los ojos.

Pensó en Will Fitch muerto. Pensó en Emma. Y observó a la hija del tendero bajando los escalones de la oficina de correos, enfadada al encontrarla cerrada, deteniéndose y metiéndose el cabello por dentro del pañuelo antes de caminar rápidamente por Front Street. La siguió todo el camino hasta el recodo en las casas de pescadores donde aparecía el puerto. Las olas en el viejo cristal de la ventana se estremecieron con la forma de la mujer de un modo que la hacía parecer agua caminando sobre el agua. Su pañuelo rojo aparecía y desaparecía entre el verde oscuro de las hayas. La siguió con la mirada, como un farero, hasta el extremo de Front Street y hasta que se perdió de vista.

Paseó la mirada por los tejados del pueblo, hacia el centro y el puerto, más allá, y se detuvo. Entonces Harry se puso de pie y recorrió los nueve metros del desván del ayuntamiento hacia la ventana que daba al mar.

Levantó los prismáticos y apoyó los codos en el alféizar de la ventana. El sol rebotaba en la costilla de la playa cercana, las puntas de las olas como pañuelos blancos agitándose. Se estaba registrando una captura récord de jurel, y los barcos volvían al puerto con tal cantidad de presas, que tenían que cortarles las colas e introducirlas dentro de los cuerpos sin entrañas para que cupieran en las cajas de un metro de ancho amontonadas, selladas y con destino a Cape. Deslizó la mirada diez grados hacia el este. Nada. Se echó hacia delante.

Lejos, por el este, más allá de los barcos de pesca, lo que parecía la sombra gris de una ballena quebró la superficie del agua, formando olas a los lados. Avanzó lentamente, la torre ancha y alta de un submarino asomando en el aire. Larga y baja en el agua, la amenaza gris oscuro sólo mostraba la mitad superior.

—Dios santo —exclamó sin aliento.

El submarino paró las hélices delanteras y los flancos grises del casco se balancearon, flotando con firmeza, con la vela de metal de cinco metros sobre las olas. Los alemanes de su interior no debían de tener ni idea de cuánto se habían adentrado; un poco más y embarrancarían. Harry bajó los prismáticos, prácticamente sin respirar.

Volvió a levantarlos y observó cómo la cabeza y los hombros de un hombre subían al puente en lo alto de la vela, seguido de otro que parecía un oficial.

«Vamos.» El corazón se le aceleró y casi se reía de la ironía. Habían venido y él estaba allí. Lejos y alto, tras unos prismáticos. «Vamos, cabronazos», los ojos puestos en el marinero alemán que había trepado al borde del puente y que se incorporaba ágilmente, apoyando el cuerpo contra el círculo del submarino que tenía detrás. El oficial levantó unos prismáticos y empezó a escanear la costa.

—Vamos, un poco más cerca —susurró Harry—. Venid, cabrones. Os vais a quedar sin agua.

Un golpe enorme dentro de su pecho hizo que soltara los prismáticos y se agarrara al alféizar para recuperar el aliento.

Sintió otro golpe dentro, y éste le hizo caer de rodillas. Abrió la boca para gritar.

Ya llega. Están llegando. Y un sonido que nunca había oído le llegó de dentro, le subió por la garganta, entre un gruñido y una risa, y el golpe de dentro se expandió hacia los lados, y cerró los ojos para bloquearlo. Se levantó del suelo, tambaleándose por todo el desván donde colgaba la cuerda de la campana de la torre. Podía verla. Volvió a gemir, el dolor le dejó sin respiración, y se agarró a la cuerda y tiró, gruñendo, sin respirar. Sonó un débil golpecito de hierro. Otro golpe en el corazón, esta vez apagando la luz de la habitación. Tiró. Tiró con lo que le quedaba de vida. Lejos, se oyó una gran colisión. De nuevo, una última vez. Otro impacto. Siempre lo había sabido. Habían venido.

El funeral por Harry dejó pequeña la iglesia. Algunos vinieron de tan lejos como Bourne. Había sido un hombre reservado, y no dejaba a nadie, pero las personas sentadas en los bancos para escuchar el panegírico del reverendo Vine sintieron más aún la pérdida por lo poco que se habían dicho. Había estado sentado en aquella torre tanto tiempo que la gente no podía acostumbrarse a la idea de que ya no estuviera vigilando por si se acercaban los alemanes.

O que hubiera tenido razón desde el principio. Cuando Harry tiró de la cuerda de la campana antes de derrumbarse, varias personas habían mirado hacia la torre del ayuntamiento, pero lo habían atribuido a los pájaros o al viento. Pero cuando Tom y Will Jakes, remolcando en la parte de sotavento de la costa de atrás, avistaron el submarino emergiendo, recogieron los aparejos y regresaron a casa a toda velocidad. Y fueron ellos los que encontraron el cadáver de Harry junto a la cuerda de la campana. Le miraron y cogieron la cuerda y tiraron, y tiraron y volvieron a tirar: Harry, Harry, Harry. Y las campanas siguieron sonando toda la tarde. Y cuando el viento cambió al final de la tarde, el sonido de las campanas siguió llegando desde Cape, al otro lado del puerto.

El reverendo Vine terminó y Jigg Boggs y Johnny Cripps, Frank Niles, Lars Black y los Jake se adelantaron y cargaron el féretro a hombros, a la cabeza del séquito que salía de la iglesia. Frankie siguió a Emma y a la congregación al exterior, y se quedó en lo alto de la escalera contemplando cómo subían el féretro al coche fúnebre. Dejándose llevar por la cola silenciosa de personas, las dos caminaron detrás del coche. Había bajado la niebla, dejando una cortina pálida y empañada en sus hombros y sus cabellos. A medio camino del cementerio, Frankie se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos.

En medio del parque sumido en la densa niebla, Iris había salido de la iglesia y estaba sola. El pueblo había retrocedido. La cartera estaba de pie en el centro y tenía la cabeza echada hacia atrás dejando que la humedad le mojara la cara. Si Harry estaba mirando, pensó Frankie, vería aquella figura oscura en el centro de la húmeda vorágine, el aire en movimiento, lleno del silencio y de la aflicción de ella. A través de la telaraña de árboles sin hojas, no había luz brillando en la ventana del desván del ayuntamiento. El ojo se había cerrado.

La forma casual como una cosa conducía a otra, fluida como una cuerda desenredándose y cayendo en silencio al mar, era una prueba clara de que la muerte —si llegabas a verla— sonreía. Al fin y al cabo, no era ¿por qué? Era ¿ya está?

¿Ya está? ¿Así era cómo moría Harry Vale? ¿Este era el final?

Un sonido extraño y regular venía de la dirección de la oficina de correos. Iris había abandonado el lugar en el que había estado en el parque. Al principio Frankie pensó que lo que oía era una pelota de tenis golpeada contra la pared. Poc. Poc. Se quedó quieta, escuchando. Poc y después una pausa. Poc. Poc. Iris estaba en el patio

de la oficina de correos con un hacha, lanzándola contra el asta de la bandera. La levantó y balanceó otra vez.

—¿Qué hace? —gritó Frankie.

Si Iris la oyó, no le prestó atención.

—¡Pare!

Frankie echó a correr hacia la mujer inclinada sobre el hacha. La mujer alineó la hoja del hacha sobre el asta blanca de la bandera y la balanceó. La madera empezó a astillarse, el hierro superó el punto medio y el sonido de madera rota ascendió y descendió a modo de advertencia.

—¡Pare! —gritó Frankie desde el pie de los escalones.

Iris levantó el hacha sobre su hombro y volvió a bajarla. La parte superior del asta empezó a temblar bajo la hoja. Pronto se doblaría. La tarea estaba prácticamente terminada, y la mujer dio un tirón violento al hacha hacia ella. La madera gimió, y entonces la parte alta del asta tembló un instante en el aire otoñal antes de rendirse. Fue entonces cuando Iris vio que la bandera seguía ondeando; no había pensado bajarla antes de ponerse a derribar el asta. La gran tela planeó detrás de la madera astillada y a Frankie le pareció una doncella cayendo, seguida de sus cabellos en cascada.

El asta de la bandera se rompió como un hueso, y la bandera se deslizó sobre los escalones de la oficina de correos mientras la parte alta del poste se detenía sobre la barandilla de hierro. Iris estaba inclinada sobre el mango del hacha recuperando la respiración cuando levantó la cabeza y vio a Frankie delante de ella. Sin decir una palabra, Iris se acercó al punto del asta donde estaban fijadas las drizas y empezó a desenredar las cuerdas. Frankie empujó la verja del patio y fue a ayudarla, pero Iris le apartó la mano con brusquedad. Frankie no tuvo valor para marcharse. Iris deshizo la bandera y la recogió en un fardo con los brazos, pasó al lado de Frankie por los escalones, y entró en la oficina de correos. La puerta se cerró detrás de ella.

Sin la bandera, el asta caída, partida en el patio de la oficina de correos, parecía absurdamente pelada.

La cartera volvió a salir y se quedó en el umbral, mirando fijamente el asta abatida.

—¿Iris?

Iris saltó por encima del asta caída y caminó hasta el lugar donde había dejado el hacha. Entonces, sin más, levantó el hacha y la balanceó otra vez.

Frankie se sobresaltó. Iris la balanceó otra vez, apuntando al mismo lugar. Sus fuertes brazos dibujaban el arco y golpeaban como un pistón. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, pero no parecía tener intención de parar. Tras cinco golpes, el asta caída estaba partida en dos. Iris tiró la pieza superior abajo de una patada, de modo que las dos mitades quedaron juntas al pie de los escalones. Entonces bajó y empezó a partir el pedazo más cercano por la mitad. Por la mitad y después por la mitad, por la mitad y por la mitad, reduciendo el asta de la bandera a

leña sin levantar la cabeza. El hacha se alzaba sobre su cabeza y bajaba, sobre su cabeza y bajaba otra vez, en expiación.

Desconsolada, Frankie se dio la vuelta y se puso a caminar por Yarrow Road hacia el pueblo. Las luces de las casas la acompañaron hasta que llegó a la franja vacía de dunas del final donde las tres luces de delante eran las de Emma, la suya, y la luz de fuera de la casita de la cartera, al final de todo. Dejó de caminar y se dio la vuelta.

A través de la oscuridad que la envolvía por detrás, las lámparas domésticas brillaban en cuadrados y círculos. Se apretó el suéter oyendo por detrás el motor de un camión que ascendía la colina y Frankie se subió a la hierba para salir del paso. Poco a poco llegó a su casa, y ella se paró para dejarlo pasar. Siguió ascendiendo por la carretera hacia la salida del pueblo, pasando por la casa de los Fitch, donde se estremeció y se calló, pero al llegar arriba cobró impulso. El cambio de marchas rascó, adquirió velocidad y salió del pueblo, y el rugido se hizo más agudo y más distante hasta que desapareció por completo.

En el silencio, en la oscuridad, Frankie se quedó quieta.

Detrás de ella, en el pueblo, la cartera abrió la puerta y entró en la oficina de correos y encendió las luces de la sala. Delante de ella, los tres tejados eran comas en la línea de salida del pueblo.

«Ssss. Ssss. Hable, hable a la cinta», se oyó decir Frankie a sí misma a la noche a través de las ventanas abiertas de la casita.

«Me llamo Thomas. Vivo en un pueblo de Austria, en las montañas...»

—Otto—susurró Frankie.

Estaba en el porche, con los brazos cruzados, mientras la voz de Thomas viajaba con el viento sustituida por el niño llamado «Franz. Franz Hofmann», susurraba su madre. «Vamos —canturreó la voz de Frankie—. Habla aquí. Di tu nombre.» «Inga —decía la hermana, tímidamente—. Inga Borg.» El hermano reía y le tocaba a él. «Soy Litman. Tenemos documentos.» Las voces se despejaban en el cielo, con el oleaje de fondo. «Dígaselo», exigía el hombre del café de Mulhouse, agitando el dedo ante ella. «¿Decir qué? —se oyó preguntar Frankie—. ¿Decir qué a América?» «*De moi* —la voz del hombre se encolerizaba—. *Dites-le de moi.*» Frankie escuchó a las personas que hacía meses que escuchaba: «*Qu'est-ce qu'elle fait, cette madame?*». «*Elle entend, Papa.*» «Me llamo Susanna, y éste es mi padre. Él es Lucien. Lucien Bergolas.» Se oía el sonido más bajo del padre hablando con su hija. «*Oui, oui, Papa.* Quiere decir que se llama Lucien Alexandre Bergola y es de Maille», voces que se deslizaban en el viento, su casita como una boca, su casita hablando, y Otto delante de todos, desafiando a quien quisiera interrumpir.

Se volvió y miró hacia la casa de Emma a través de los jardines. «Aquí estamos. Aquí estamos todos.»

«¿Qué pasa en los márgenes de una noticia? —había preguntado Will—. ¿Qué pasa después de la parte que nos cuenta?» Si hay una pregunta que se abra ante nosotros, una pregunta imposible de responder, la que no sabemos que hemos recogido y llevaremos con nosotros durante años, ésa fue la mía. Una historia, como una fotografía, se atrapa, se sujeta un momento y después se entrega. Pero las personas que forman parte de ella siguen. ¿Qué sucede después? ¿Qué sucede?

La historia lo sabía. ¿No dije eso, hace tiempo? ¿No lo arrojé a la cartera como prueba de que su fe en el orden estaba equivocada? Un párpado se abre y se cierra, separando este momento del siguiente, lo de dentro de lo de fuera. Lo que es recordado de lo que es visto. Y en algunos momentos se nos permite verlo todo, todo a la vez. Nuestras vidas retrocediendo y avanzando, de modo que somos uno entre un millón, esa frase que aniquila o trasciende, depende.

¿Amaba Will a Emma? Estoy segura de que sí. El recuerdo de su mano en mi brazo y su susurro, «Esta parte de ella hace que tengas deseos de rodearla con la mano», todavía me hace estremecer a veces cuando alguien me toca en ese punto, porque recuerdo en su voz el anhelo de tocar a su esposa donde me estaba tocando a mí. La amaba con todo su corazón. Pero no podía quedarse. Su batalla con el mundo hizo que tuviera que darle la espalda a su casa y poner su corazón en la batalla. ¿Por qué? Es el misterio fundamental, lo que me hizo recorrer las calles arriba y abajo, entrar y salir de las casas y de las vidas de las personas, hacer preguntas. A mi alrededor, toda mi vida, el espectáculo magnífico de los seres humanos siendo.

Y este vasto y contradictorio espectáculo del que he informado y que pronto dejaré.

Pero no antes de contaros la última parte. Llevé encima la carta del médico desde Londres, por toda Europa, de vuelta a casa, y hasta la puerta de la mujer a la que estaba dirigida. Llamé y ella abrió y la miré y no dije nada. La llevé encima pero no la entregué nunca. Está en mi mesa, sin abrir. Esto es todo lo que he escrito, esto es todo lo que tengo que decir. Esto es lo que sabía la historia.

NOTA

Aunque no existan pruebas de que un submarino alemán varara en Cape Cod, estuvo a punto de suceder en numerosas ocasiones. Ya en febrero de 1941, el almirante alemán Dönitz ordenó un estudio de viabilidad para un ataque submarino por sorpresa contra la Costa Este, y, en enero de 1942, el primer submarino emergió con éxito, sin ser detectado, en el canal del puerto de Nueva York. Durante casi todo 1942, los submarinos alemanes navegaron tan cerca de la zona costera oriental que veían las siluetas oscuras de las personas caminando por los paseos litorales a la luz de los hoteles, coches y casas. Los altos cascos de los buques cisterna soltando vapor en dirección a Europa con alimentos y suministros también estaban iluminados, lo que los convertía en unos blancos fáciles y estupendos. De los 397 barcos hundidos por submarinos en los primeros seis meses de 1942, 171 fueron hundidos cerca de la costa atlántica de Maine a Florida, a la vista de las personas en tierra.

Aunque no podría haber tenido acceso a la grabadora portátil de disco en 1941, lo que Frankie utiliza es un prototipo de lo que se hizo de uso habitual en 1944, permitiendo por fin a los periodistas grabar directamente en el campo de batalla. Me tomé esta libertad con la fecha porque la Segunda Guerra Mundial fue la primera guerra que entró en las salitas de la gente gracias a la radio, y quería destacar el poder de la voz para evocar lo inenarrable, los refugiados hablando al aire en el que se desvanecerán.

La emisión de Edward R. Murrow en el 1, su emisión y los comentarios de Severeid en el 2, y la emisión atribuida a Ernie Pyle en el 8 están extraídos de *World War II on the Air: Edward Murrow and the Broadcasts That Riveted a Nation* de Mark Bernstein y Alex Lubertozzi (Sourcebooks, 2003).

El comentario de Martha Gellhorn a Frankie en el 24 es una reconfiguración de lo que escribió en su introducción para *The Face of War* (Simon and Schuster, 1959). «Pertenece a una Federación de Casandras, mis colegas eran los corresponsales en el extranjero, que encontraba en todos los desastres.»

Las observaciones de Walter Lippmann sobre la guerra en el 11 proceden de «The Atlantic and America: The Why and When of Intervention», *Life*, 7 de abril de 1941.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas me guiaron por el buen camino a lo largo de mi investigación para este libro —desde el funcionamiento de una oficina de correos rural, a la mecánica de un submarino, las medicinas administradas en un parto y el ambiente de las emisiones radiofónicas— y quiero dar las gracias a Bob Smith, Bill Matzelevich, Whitney Pinger, Justin Webb de la BBC, Kevin Klose de NPR, y Bill Godwin y Brian Belanger del Radio & Television Museum en Bowie, Maryland, por sus generosas respuestas a mis preguntas.

Maud Casey, Sean Enright, Linda Kulman, Susannah Moore, Rebecca Nicolson, Howard Norman, Linda Parshall, Claudia Rankine y Joshua Weiner me ayudaron a mantener el rumbo durante la redacción de este libro, no sólo leyendo borradores sino planteando preguntas esenciales de él y de mí. No existen palabras suficientes para agradecer lo que me han dado estos últimos años.

Estoy muy agradecida al Virginia Center for the Creative Arts por el tiempo y el espacio que me garantizaron en un momento crucial.

Y, por fin, sin la persistencia y el buen humor de Stephanie Cabot y la astuta habilidad de Amy Einhorn para ver el quid de la cuestión, una y otra vez, este libro simplemente no se habría escrito.

Estoy en deuda con las siguientes obras por ayudarme a imaginar la época: *World War II on the Air* de Mark Bernstein y Alex Lubertozzi; *Where the Action Was: Women War Correspondents in World War II* de Penny Colman; *The Murrow Boys: Pioneers on the Front Lines of Broadcast Journalism* de Stanley Cloud y Lynne Olson; *Operation Drumbeat: The Dramatic True Story of Germany's First U-Boat Attacks Along the American Coast in World War II* de Michael Gannon; *The Face of War* de Martha Gellhorn; *No Ordinary Time: Franklin & Eleanor Roosevelt: The Home Front in World War II* de Doris Kearns Goodwin; *The Longest Night: The Bombing of London on May 10, 1941* de Gavin Mortimer; *Buried by the Times: The Holocaust and America's Most Important Newspaper Reporting World War II: Part One: American Journalism 1938-1944* (Library of America, 1995) de Laurel Leff; *The Women Who Wrote the War* de Nancy Caldwell Sorel, y *Time and the Town: A Provincetown Chronicle* de Mary Heaton Vorse.

LA HISTORIA DETRÁS DE LA HISTORIA

Cuando vivía en un pueblo de la punta de Cape Cod, me gustaba observar a la mujer que entregaba el correo caminando arriba y abajo con su cartera llena de cartas. Me habría gustado saber si alguna vez leía las postales que entregaba, ya que podía. Y si guardaba los secretos, que por fuerza tenía que conocer, de todos nosotros. Una tarde, tuve una imagen clara de esa mujer de pie frente a las cajas de clasificación de la habitación trasera de la oficina de correos con un sobre en la mano. La vi de pie mirando lo que tenía en la mano, decidiéndose, y entonces sencillamente guardándose la carta en el bolsillo. Así nació Iris James, la cartera.

En aquel momento, recuerdo que pensé: «Estupendo, ya tengo mi próxima novela».

Pero ¿de quién era la carta que tenía en la mano? Y ¿por qué? Me di cuenta de que para que la novela tuviera suspense, tenía que estar ambientada en una época en que una carta no entregada fuera importante, en que el retraso pudiera crear toda clase de situaciones caóticas. Dado que tenía un montón de cartas guardadas de mis abuelos, de la época en que mi abuelo estaba en la Marina en el Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, decidí situarla en esa época, utilizando esas cartas para la ambientación, y la carta que la cartera decide no entregar sería la de un hombre a su esposa desde el frente.

Así que ya tenía un esbozo de la historia, pero seguía sin tener ni idea del argumento. Buscando detalles que me indicaran la dirección de la novela, pasé tres meses revisando números de *Life* de los años de guerra, deshuesando todos los aspectos de la guerra y encontré las emisiones de Edward R. Murrow sobre el Blitz en Londres, leí informes sobre los refugiados que huían de Europa en verano de 1941, y descubrí la información de primera mano sobre un capitán de un submarino alemán que emergió sin ser detectado en el puerto de Nueva York en enero de 1942 y vio las luces de los coches zumbando arriba y abajo de la West Side Highway, ignorado por los habitantes de la ciudad.

A medida que mis pocos conocimientos del período aumentaban, empecé a escribir la historia de Emma y Will, de Iris James, que era el centro del pueblo, y su inesperado amor por Harry Vale, un hombre que estaba convencido de que llegarían los alemanes. Tras escribir cien páginas sobre el pueblo y esa época, Frankie Bard bajó del autobús de Boston y entró, de forma totalmente inesperada, en la historia.

Pero ¿cómo se combinan esos personajes para formar una novela? ¿Cómo conducen sus tres historias al momento ante las cajas de clasificación en que Iris decide no entregar una carta? Todavía no tenía ni idea.

Una mañana de primavera de 2001, abrí el periódico y vi la fotografía ahora icónica de un padre palestino y su hijo agachados detrás de un búnker, atrapados en el fuego cruzado entre tiradores israelíes y palestinos, el niño acurrucado en las rodillas de su padre, que intenta protegerlo de las balas. La foto capta el momento antes de

que el niño reciba un tiro y muera. Y el hecho de que yo, desayunando en Chicago, con mi hijo leyendo un tebeo a mi lado, pueda ver el último segundo de la vida de ese niño es insoportable. Quería escribir sobre ello, sobre ese aspecto de la guerra y sus aterradoras contingencias y cómo llegamos a aceptar que se están librando guerras ahora mismo, mientras yo escribo (y ustedes leen) estas palabras. ¿Cómo imaginamos esta simultaneidad?

Unos meses después, me mudé con mi familia a Washington D. C., de modo que estaba allí el 11 de septiembre. La reacción de la ciudad a las agresiones, los F16 que la sobrevolaron durante semanas, los tanques en la calle, los rótulos que se pusieron en las calles más importantes que decían «RUTA DE EVACUACIÓN», los artículos en *The Washington Post* detallando cuáles de nuestros barrios se verían afectados por una bomba sucia, basándose en las pautas de los vientos predominantes, me dejó muy claro cómo debieron sentirse en Estados Unidos inmediatamente después de Pearl Harbor. De repente, se hizo fundamental la cuestión de cómo sabemos que estamos en peligro como nación. ¿Cómo llegas a comprender que el momento en el que vives es histórico, y qué haces al respecto? ¿Cómo debió de ser para los norteamericanos intentar encontrar sentido a las noticias que recibían del extranjero?

Me di cuenta de que quería escribir una historia de guerra que no se desarrollara en el campo de batalla, sino que nos mostrara los márgenes de una fotografía de guerra o una información en los momentos anteriores o posteriores a lo que leemos o vemos u oímos.

Para entonces había leído tantas informaciones de los grandes periodistas de la época —Martha Gellhorn, William Shirer, Ernie Pyle, Wes Gallagher— que se había impuesto la figura del corresponsal de guerra. Pero cuando leí que Bill Paley, el jefe de CBS, había decidido —apostando por el dominio de la radio sobre la prensa escrita— que se informaría de la guerra en vivo, me di cuenta de que la historia de la persona que graba la guerra, que narra la guerra, que vive la cotidianidad de la guerra después de salir en antena, era la que quería explicar.

Cuando empecé a saquear el Radio & Television Museum en Bowie, Maryland, escuchando todas las emisiones que pude, me di cuenta de que la inmediatez de la información en directo era una espada de doble filo: por una parte, trasladaba al oyente directamente a la guerra. Sin embargo, las normas de objetividad exigían que los locutores caminaran sobre una cuerda floja, manteniendo la voz exenta de emoción, intentando que no se les quebrara la voz. ¿Cómo sería, pensé, que esa voz que transmitía la guerra fuera la de una mujer?

Salvo contadas excepciones, la información de guerra seguía siendo un club exclusivo para hombres. Esto era más cierto aún en la radio, donde existía un claro prejuicio en contra del sonido de las voces femeninas. Betty Wason y Mary Marvin Breckinridge fueron dos mujeres que emitieron desde Europa en los primeros años de la guerra; de hecho, Breckinridge trabajó para Murrow durante los seis primeros meses del Blitz. Me sirvieron de inspiración para Frankie.

Cuanto más profundizaba en mi investigación, más pensaba en la posición de los que pueden ver lo que ocurre, o ver partes de lo que ocurre, y se sienten impotentes para hacer nada más que intentar que la gente mire en esa dirección. La revelación de Frankie Bard en el centro de la novela —cuando se da cuenta de que ha visto morir a alguien y conoce el final de una historia que los padres de esa persona no llegarán a saber— engloba la gran aflicción implícita en la responsabilidad de saber. Y me di cuenta de que lo que le pasó a Frankie en Europa era que la responsabilidad de cargar con las voces de las personas que conoce, cuyos finales no puede saber, se hace insoportable. La grabadora portátil de disco (que, de hecho, la BBC y CBS no pusieron en circulación hasta poco después de la guerra) se convirtió en un vehículo para que ella los conservara.

Y esto se convirtió para mí en el punto central de la novela: ¿Cómo se sobrellevan las noticias?

La forma como Iris y Frankie acaban traicionando todos sus principios —que el correo debe entregarse, que la verdad debe divulgarse— es la historia de guerra que esperaba contar. Es la historia que está en los márgenes de las fotografías, o al final del relato del periódico. Trata de las mentiras que decimos a los demás para protegerlos, y de las mentiras que nos decimos a nosotros mismos para no reconocer lo que no podemos sobrellevar: que estamos vivos, por ejemplo, y que nos encontramos comiendo mientras caen las bombas, y los refugiados están amontonados en campos, y que la noticia nos llega a cada hora del día. Y, al final, ¿qué hacemos?